

CHEMA RIVERO

ENEMIGOS DEL HOMBRE



CRUCE DE
TIEMPOS

La supervivencia de la raza humana está seriamente amenazada. Los hombres, reducidos en una península y asediados por una feroz raza de las estepas, sobreviven a duras penas, siempre vigilando la cordillera norte, que hace de frontera con el continente sometido desde hace tiempo por los rankog. Sólo la raza de los ayas, también confinados en la península, son sus aliados.

En este marco se produce el descubrimiento de los restos de una civilización perdida de un pasado remoto. Su investigación traerá grandes cambios para el futuro de las razas en la península.



Chema Rivero

Enemigos del hombre

ePUB v1.0
SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Enemigos del hombre

Colección: Ciencia ficción y fantasía

Autor: Chema Rivero

chemarivero91@gmail.com

Año edición epub: 2015

Desarrollo epub: Brandialia

Versión epub: 2.0.1

1ª edición en papel junio de 2015

Diseño: Brandialia

www.brandialia.com

Cubierta e ilustración: Inma Lázaro

Edita: Cruce de tiempos

www.crucedetiempos.com

editor@crucedetiempos.com

Teléfono: 657 54 24 91

Leganés – Madrid

ISBN: 978-84-943453-1-9

Reservados todos los derechos.

Querido lector. Este libro, tanto en su versión de papel como electrónica, tiene un precio muy ajustado con la idea de que llegue al mayor número de lectores, sin que perjudique su bolsillo ni el del autor-editor de la obra. En tu mano está que esta obra no sea pirateada y no cause con ello perjuicio alguno.

*Para los ojos más bonitos,
azules como el océano inmenso de tu curiosidad,
para Pablo.*

*Para la lucecita de pasión,
incontenida energía,
para Sofía.*



Península de Estilia

Un descubrimiento en las profundidades

Capítulo 1

Se despertó sobresaltado. Con las manos intentó librarse de lo que le había caído en la cara. Tras un instante de pánico en la oscuridad total, comprendió que se trataba de su hurón. Sabandija brincaba, corría y movía la cabeza hacia todos lados, como si sintiera algo en el ambiente que a Helan le era imposible apreciar.

—¿Has encontrado algo verdad? —dijo Helan, mientras comenzaba a apartar la manta que le servía de saco de dormir. Debido a la insistencia del hurón, comenzó a sentir curiosidad por saber de qué se trataba. Desde que lo traía a las prospecciones por los túneles de la montaña, sólo lo había visto así una vez, cuando encontraron la gran sala de los cristales de roca.

Buscó en el interior de su mochila la caja con el capullo de nomdu. Sabandija se le enredó en las piernas y le subió por un costado hasta acomodarse por unos segundos alrededor de su cuello.

—¿No quieres esperar? —preguntó al hurón—. Está bien, déjame por lo menos que saque la linterna y que recoja la manta.

Sacó una caja enganchada a una cadena, la alzó y le quitó una tapa metálica dejando al descubierto una jaula que contenía un enorme capullo de seda. De inmediato, aunque poco a poco, comenzó a iluminarse, empezando por los hilillos que lo unían a los barrotes de la jaula. A los pocos segundos se empezó a dibujar a su alrededor una parte de la galería en la que se encontraba. Dos puntos negros le miraron enmarcados por un antifaz, la cara blanca acentuaba el rostro de pillo del mustélido, que corría de un lado a otro y saltaba haciendo cabriolas en el aire.

Aquella galería tenía unos dos metros escasos de ancho con las paredes muy poco trabajadas, como la mayoría de las obras de los sangrai, a los que parecía interesarles más avanzar que pararse a perfeccionar los túneles que dejaban detrás. Las galerías naturales se mezclaban con las excavadas y a veces no era fácil distinguir unas de otras.

En cuanto Helan se puso en pie, Sabandija echó a correr y se perdió de vista. Helan comenzó a andar con un creciente interés por lo que habría encontrado el hurón. De vez en cuando acercaba la linterna a las paredes para buscar alguna veta metálica, pero sabía que por allí no encontraría nada. Al poco de avanzar por la galería encontró una bifurcación y no tuvo que pensar mucho tiempo por cual iría. Sabandija lo esperaba en la entrada de la izquierda y cuando se aseguró de que Helan lo había visto, retomó su carrera volviéndose a perder de vista entre brincos y chillidos de excitación.

Antes de seguir andando, sacó un cuaderno e hizo las anotaciones que más tarde, ya en su pequeña habitación, le servirían para confeccionar los planos que elaboraba de las galerías. Le pareció oír un sonido familiar, ¿el oleaje del mar en una playa? Era imposible, estaba seguro de estar bastante alejado de la costa. Quizá se tratara de una pequeña corriente de agua, aunque juraría que no se escuchaba igual.

Aceleró la marcha. Corría detrás de su mascota. La mochila le golpeaba la espalda a cada paso. Comenzó a jadear por el esfuerzo. Una gota de sudor le corrió por la sien. Incumplía la primera regla de todo explorador, sobre todo cuando viaja sólo, ser prudente en todas las situaciones con las que se pudiera encontrar, una simple pierna rota podría suponerle la muerte. Después se recriminaría esa actitud infantil, se dejó influir por la excitación de Sabandija, la impaciencia le pudo, estaba escuchando... ¿el sonido del mar?

Desembocó en una gran sala y el suelo cambió de repente, ahora pisaba arena, estaba seguro. Acercó la linterna al suelo y cogió un puñado que miró detenidamente durante unos segundos. No era arena clara, como la de las playas de la superficie, era oscura casi negra. Dio unos pasos más levantando la linterna, un gran lago se extendía misterioso delante de él. A su alrededor no veía los límites de la gruta, estaba en una cámara realmente grande. Después, no supo decir cuánto tiempo estuvo allí parado mirando la negrura que se abría ante él. Aspiró fuerte

sintiendo la humedad del agua y una leve brisa. Por un momento le pareció estar en el exterior, al aire libre, fuera de la montaña.

Un lago debajo de una montaña, desde luego eso podría explicar la gran colonia de sangrais que había vivido allí hacia tiempo. Los sangrais o topos inteligentes habían horadado las montañas a placer durante milenios a juzgar por la cantidad de túneles existentes. Ahora, él los exploraba. Trabajaba como prospector de metales para el gremio de su padre, los herreros-químicos. Dentro de los trabajos que le podía proporcionar el gremio, era el único que le interesaba de verdad. Su padre se sintió muy decepcionado. Pocos o ninguno entendieron la elección de Helan que podría haber elegido seguir los pasos de su padre, uno de los armeros más reconocidos de todo el reino de los humanos, de hecho ya comenzaba a despuntar entre los aprendices cuando se decidió por las prospecciones.

Se acercó a la orilla, se quitó las botas y metió los pies en el lago, como si le hiciera falta sentir el agua para confirmar que lo que estaba viendo no era una ilusión. Un frío helador le subió por las pantorrillas devolviéndole a la realidad. Sabandija se paró un momento y le miró fijamente, después echó a correr de nuevo por la playa, su pequeño amigo sabía expresar su estado de ánimo.

Helan se preguntó cómo sería la playa de larga. Siguió a Sabandija intentando calcular su tamaño real. Cuando había andado unos cuatrocientos cincuenta metros, vio lo que parecía ser un embarcadero que se metía en el lago. Sorprendido, se acercó y comprendió que era imposible que lo hubieran construido los sangrai. No sólo se veía resistente, sino que también resultaba armonioso y elegante, realizado con cierta preocupación por la estética. Lo había realizado otra gente, ¿pero quién? Loren tendría algo que decirle sobre eso. Cuando lo rodeaba, acercó la luz al muro del embarcadero. Unos símbolos estaban inscritos en la piedra, aquello definitivamente no podía ser una obra sangrai. Hubiera jurado que se trataba de algún tipo de escritura. Sacó una hoja de papel de su libreta y calcó los signos como mejor pudo.

Exploró la playa intentando resolver todas las dudas que pensaba que le iban a plantear cuando subiera a la superficie. La playa del gran lago tenía quinientos metros de largo en un arco ininterrumpido. En cuanto a la superficie no había manera de saberla sin navegar por él. El agua era dulce, tenía peces y otras criaturas que no pudo identificar. Poco más podía decir, aparte de haber constatado que otro túnel que llegaba hasta el lago, casi en el extremo de la playa y enfrente del embarcadero, estaba colmatado por lo que parecía ser el derrumbe de la galería.

Aquel descubrimiento supondría una gran noticia en todo el reino, en realidad en los dos reinos, el de los humanos y el de los ayas. Para su raza sería muy importante, pues algún invierno para sobrevivir habían tenido que racionar la comida y habían estado al borde del hambre. Con esa nueva fuente de recursos quizás podrían sortear mejor los inviernos de los años de malas cosechas.

Ahora lo importante era comunicar cuanto antes la noticia del descubrimiento. Saldría a la superficie por el camino más corto que conocía. Encontrar un camino más directo hasta el lago sería, sin duda, la primera misión que el rey le encomendaría cuando volviera a las profundidades de la montaña.

Cuando salió a la superficie, la luz estaba teñida de naranja. El sol estaba bajo en el oeste. El aire empezaba a ser fresco a esas horas. El verano tocaba a su fin. La gran entrada a los túneles no estaba mucho de la ciudad, apenas dos kilómetros, la ciudad estaba casi adosada a la falda de la montaña. Vista desde los barrios de la ciudad, la montaña dominaba todo en el paisaje, el horizonte hacia el este estaba casi completamente ocupado por ella. Sin embargo Helan sabía que la mayoría de la gente vivía de espaldas a la montaña y cuando les hablaba de sus descubrimientos, parecían no entender lo cerca que estaba todo lo que les relataba.

La impresionante muralla de la ciudad era del mismo material que la montaña, por lo que a los viajeros que venían desde el oeste, les resultaba difícil distinguir la ciudad en el horizonte.

Hasta que se apreciaba el perfil de las grandes torres, la villa se fundía con la cordillera que la resguardaba por el este.

Entró a la ciudad por la puerta sureste, que recibía a los viajeros de los pueblos de la costa que atravesaban los puertos de la cordillera para ir al interior. La puerta era majestuosa como todas las obras que se hicieron en la época en que se construyó el segundo y último recinto de la ciudad. Dos enormes torres la flanqueaban, avisando a los viajeros que entraban en Ter–Carlak, la ciudad más importante del reino de los hombres.

Aunque varias galerías coincidían en algunos tramos con el alcantarillado de la ciudad, Helan no las usaba nunca. Consideraba que eran cosas distintas y quería que así siguiera siendo. Solamente se lo había comentado a Loren, quien le advirtió que guardara silencio, pues el asunto tenía que ver con la seguridad de la ciudad. Bajó por la calle Mayor, arteria principal, que dividía la ciudad en dos. Fuera de ella, el callejero se expandía de forma caótica y laberíntica. Ahora la villa estaba más tranquila y triste que nunca desde que se habían cerrado, por orden del rey, la mayoría de las tabernas. El rey dejó apenas unas pocas tabernas abiertas para no provocar motines entre los ciudadanos.

Algún paisano le miró de reojo, estaba cogiendo fama de ser un bicho raro. Aunque él realizaba un trabajo muy digno para uno de los gremios más importantes del reino y se sentía orgulloso de lo que hacía, la mayoría de sus conocidos pensaban que estaba tirando al vertedero su futuro.

Se cruzó con cuatro hombres cubiertos con capas negras. Llevaban bordado en las capas un círculo negro inscrito en un triángulo amarillo, que a su vez, se inscribía en un círculo rojo. Era la insignia de la Iglesia de la Única Verdad. La gente los esquivaba y los observaba con recelo, con mucho cuidado de no cruzar las miradas con ellos. A él no le dijeron nada y le dejaron seguir su camino. La visión de estos hombres por las calles cada vez se hacía más frecuente y comenzaban a atribuirse funciones que no les correspondían, con el consentimiento de los alguaciles del rey que les dejaban hacer.

Salió de la calle Mayor para internarse en las estrechas callejuelas, hasta que llegó a una pequeña plaza porticada, la plaza del Gremio de los Herreros–Químicos. Allí estaban los órganos directivos, la casa del gremio y hasta su hospicio.

Atravesó la arcada de piedra que tenía la casa de su amigo como pórtico y llamó a la puerta con la gran aldaba que simulaba ser la garra de un león sujetando una enorme bola de bronce, regalo del gremio de los orfebres. Abrió el secretario personal de Loren, Fausto, que reconociéndole al instante le dejó pasar sin hacer ninguna pregunta, tan sólo deseándole buenas noches.

—Loren está en su laboratorio, verdad —dijo Helan más afirmando que preguntando, a lo que Fausto le respondió con un gesto afirmativo.

Cruzó el patio empedrado y subiendo la escalera llegó a la gran habitación que servía de estudio y donde Loren pasaba la mayor parte del tiempo. Muchas veces comía y cenaba allí.

Quería que fuera él, el primero en conocer la noticia. Si no hubiera sido por Loren, jamás habría podido convencer a su padre de que le dejara realizar el trabajo de prospector.

Llamó dos veces a la puerta hasta que Loren le permitió pasar. Allí estaba su mejor amigo, entre libros y frascos en el laboratorio que había construido en su casa. En realidad parecía lo contrario, que había construido la casa alrededor del laboratorio. Estaba de pie calentando un recipiente en un pequeño fuego. Tenía el pelo muy corto y una barba que ya blanqueaba también corta y bien arreglada. Llevaba una túnica larga, llena de lamparones, donde se podían seguir los experimentos de los últimos días. Era alto y aún conservaba bastante de la fortaleza que le hizo famoso en otro tiempo, pero ya comenzaba a andar encorvado y se quejaba de que su vista no era la de antes. Se dio la vuelta y miró por encima de los anteojos que llevaba. Allí estaba Helan con pinta de venir directamente de los túneles de la montaña. No era alto para

ser hijo de Lictorius, pero sí era fornido como su padre y sus manos eran grandes. La cara era redonda, con los pómulos marcados como su madre y el pelo castaño, y al igual que el de ella, totalmente ensortijado. Los ojos, de un verde claro, eran muy raros entre los humanos que vivían en Ter–Carlak, y su padre decía que le venían de su bisabuelo.

En seguida se dio cuenta que algo no era normal en la actitud precipitada de Helan, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a una mesa que estaba llena de mapas y libros invitándole a que se sentara. Sabandija salió de la mochila de Helan con mucha precaución, y comenzó a olisquear las cosas que había en el laboratorio. Loren miró al animalillo de reajo, avisándole con la mirada de que más le valdría no romper nada. Sabandija, entendiendo el mensaje, se acercó más a los pies de Helan buscando su protección.

—He descubierto algo importante —los ojos de Loren se abrieron de par en par y casi imperceptiblemente se acercó a Helan, que estaba encantado de provocar interés en su amigo—. He descubierto un lago de agua dulce en el interior de la montaña. Tiene mucha pesca. Yo diría que es enorme y también hay un embarcadero construido en la playa.

Loren se incorporó un poco con esto último que le había dicho y le preguntó:

—¿Cómo es el embarcadero?

—Si estás pensando que es obra de los sangrai, te equivocas. Por lo que sé de ellos, son incapaces de construir algo como aquello. Además, juraría que en uno de sus lados hay grabados unos signos que a mí me parecieron algún tipo de escritura.

Loren se bajó los anteojos con el dedo y le miró fijamente por encima de ellos.

—Escritura dices, ¿estás seguro?

—Bueno —dijo Helan algo azorado— en realidad no puedo decir que fuera escritura porque no la reconocí y no pude leer lo que ponía, pero sin duda se trata de una serie de signos relacionados. Hice un calco sobre papel porque sabía que te iba a interesar.

Loren tocó el hombro del muchacho y entendió lo acertada que había sido su decisión de ayudarlo a ser prospector cuando su padre se negaba a que realizara aquel trabajo que muchos entendían como secundario dentro del gremio. Después de decir esto, estuvieron viendo libros de signos y de escrituras antiguas que tenía su amigo, pero fueron incapaces de identificarlos, aunque varios les resultaron parecidos. Al contrario de lo que se podría pensar, Loren no parecía decepcionado por no encontrar en sus libros los signos del embarcadero.

—Vamos a ver al rey —le dijo a Helan—, pero te pido que no le nombres nada de la escritura.

—¿Por qué? ¿Qué más le da al rey que tenga o no esos signos?

—No se trata de lo que le pueda o no interesar al rey, son otros oídos distintos de los suyos los que me preocupan. El rey se está dejando influir demasiado por el nuevo sumo sacerdote. Ya notarás que muchas cosas están cambiando.

—Algo he notado en la gente. Cada vez que vuelvo de alguna exploración, parecen estar más ensimismados, como si empezaran a temer al vecino —dijo Helan pensativamente.

—En realidad, así es. Los sacerdotes han comenzado a luchar abiertamente contra los que no les siguen y ya han encerrado a varias personas bajo la acusación de herejía. Lo peor es que el rey les deja hacer y también ha aprovechado para quitar del medio a algún que otro noble que alguna vez se ha enfrentado a él. Pero bueno, eso es política que a ti por ahora no debe preocuparte —puso su brazo por encima del hombro de Helan y le dirigió hacia la puerta para ir a ver al rey.

Esa política como decía Loren, sí le interesaba. Su padre siempre había estado posicionado en contra de la religión de La única verdad. Había sido muy crítico y sin duda tendría muchos enemigos en la organización. Loren pareció leerle el pensamiento cuando le dijo:

—No te preocupes por tu padre, la Iglesia no tiene tanto poder como para atacar directamente a un alto cargo de nuestro gremio. —Loren ostentaba el cargo de coordinador de los gremios de arquitectos–historiadores y el de los químicos–herreros, al que pertenecía Helan y su padre.

Los cargos de coordinadores existían para organizar las investigaciones que involucraban a distintos gremios. Los coordinadores como Loren eran auténticos sabios en las materias de ambos gremios, por eso su número era tan escaso.

Aquello no tranquilizó a Helan. Por lo que había podido entender de su conversación, era cuestión de tiempo que se atrevieran con los altos cargos, y uno de los primeros perjudicados sería su padre, por muy importante que fuera dentro de la organización del gremio.

Capítulo 2

Después de la charla con Loren veía las cosas de otra manera. Lo había notado durante las últimas visitas a la ciudad, pero no lo había querido creer. Comenzaba a entender mejor los cambios que se habían producido en sus paisanos. La ciudad se volvía por momentos oscura y siniestra, poco a poco comenzaba a sentirse como un extranjero entre su propia gente.

Sabandija volvió corriendo desde un rincón del laboratorio y se metió en la mochila de Helan. Loren apagó el pequeño fuego que calentaba unas redomas, se dirigió al perchero que había cerca de la puerta, se enrolló al cuello una bufanda raída y colocándose el abrigo tres cuartos le dijo:

—Vamos, cuanto antes hablemos con el rey, mejor —dijo abriendo la puerta para que su amigo saliera al patio.

La mochila parecía pesarle el doble. Miró a Loren mientras salía de la habitación y volviendo la cabeza al suelo, lo siguió prácticamente arrastrando los pies.

Salieron a la plaza del gremio, ya sin luz y con una ligera bruma que iba en aumento. Loren miró hacia todos lados como si buscara a alguien. Se internaron por las callejuelas y volvieron a cruzar la calle Mayor. Se veía a muy poca gente por las calles, los negocios ya cerraban sus puertas hasta el día siguiente y la escasa iluminación de la ciudad hacía rato que luchaba contra la oscuridad. Todas las contraventanas de los pisos bajos estaban cerradas. Loren atravesó el pasadizo de Las Matronas, una calle que se había cubierto por los pisos superiores de las casas, algo muy corriente en aquella zona de la ciudad. Se decía que sabiendo por dónde ir, se podía llegar a la puerta sur desde la puerta norte de la ciudad sin mojarse cuando llovía.

Al cruzar una esquina vieron, entre sombras, tres figuras que se acercaban a ellos. Dos de ellas vestían con pantalones anchos que les llegaba por debajo de las rodillas. Unas grandes casacas, que Helan sabía que serían de colores vivos, les cubrían hasta la mitad de los muslos. Unos sables cortos pero anchos les colgaban de las cinturas, eran inconfundiblemente dos samán. Loren les saludó con la mano y se aproximaron para hablar con él. Ahora de cerca, Helan vio que se trataba de Fausto que venía acompañado por dos isleños. Loren les presentó diciendo que los dos eran amigos del gremio y que normalmente comerciaba con ellos.

Los samán, pobladores de las islas occidentales cada vez visitaban menos el reino de los hombres y el comercio con ellos se resentía. Aunque plantearon varias quejas al rey, por el comportamiento que tenían los miembros de la Iglesia hacia ellos, nunca les habían hecho el menor caso. Los gremios intentaron durante mucho tiempo ganar la confianza de los isleños para tener otros aliados contra los enemigos mortales de los humanos, los rankog, pero la doctrina de la Iglesia, que les negaba su condición de seres iguales a los humanos, había imposibilitado cualquier acuerdo con ellos. La Iglesia les trataba con la misma consideración con la que se trata a animales sin inteligencia. Los samán, eran un pueblo orgulloso, y ante aquella situación, habían desaparecido casi en masa de los territorios humanos. La Iglesia después de varias acusaciones falsas, había logrado que se les mirara con recelo. El miedo a lo distinto había hecho el resto, ya no eran bienvenidos en casi ningún lugar del reino. La actitud de la Iglesia perjudicaba a los hombres mucho más que a los samán, no estaban en disposición de perder un posible aliado en su situación.

A los ojos de un humano, los samán parecían estar siempre cabreados e iracundos, pero bastaba conocerles un poco para darse cuenta de que esa primera impresión era falsa. Una de las cosas que Helan había echado de menos era la presencia de los marineros samán en las tabernas, pues siempre tenían alguna historia divertida para contar o alguna canción de su tierra con la que entretener a los parroquianos. Tenían una cabeza grande, su piel era dura, más gruesa que la humana, con aspecto de haber sido curtida y de un color marronáceo. Tenían también un poco de hocico con unas fosas nasales grandes. Las mejillas les colgaban lacias

hacia abajo tapándoles en parte la boca, de la que sobresalían dos grandes colmillos. Esto y un torus supraorbital muy desarrollado era lo que les daba ese aspecto fiero. Después de las presentaciones uno de los samán se llevó aparte a Helan y pasándole la mano por encima del hombro, empezó a hablar:

—Seguro que nunca has visto un paladín de las flores —dijo mientras sacaba una cajita de uno de los grandes bolsillos que llevaba en su casaca verde. Helan se acercó más a él para ver lo que le iba a enseñar. El samán abrió con mucho cuidado la pequeña caja y como una exhalación, lo que a Helan le pareció una libélula, salió volando. Dio varias vueltas alrededor de la cabeza de Helan, después las dio alrededor de la cabeza del samán y por fin se paró en el hombro de éste. Era un pequeño ser con forma humana, se había sentado con las piernas cruzadas y con cierta coquetería, en el hombro de su dueño.

—Es precioso —dijo Helan acercándose un poco más para verlo mejor. El animal tenía dos profundos ojos negros y todo el cuerpo, incluso la cara, cubierto por una especie de pelusa azul celeste. En las manos sólo tenía tres dedos, pero lo que más llamó la atención de Helan, eran los movimientos nerviosos del animalillo. Ni por un momento dejó de mover la cabeza hacia todos los lados.

—¿Habla? —preguntó Helan muy interesado, pues el animalillo daba la sensación de ser inteligente.

—No —dijo el samán— aunque sería estupendo escuchar todas las cosas que nos podrían contar. No tienen la inteligencia suficiente, simplemente son unos animalillos muy amigables.

En ese momento, Sabandija saliendo de la mochila de Helan, se asomó por encima de su hombro moviendo la nariz, estaba claro que había detectado un olor extraño que le había llamado la atención. Cuando el samán lo vio, se mostró muy interesado por el hurón, llegando a ofrecerle una gran suma de dinero por él. Helan veía de reojo como Loren disertaba entre susurros con Fausto y con el otro samán. Estaba claro que el individuo que hablaba con él le había enseñado su paladín para alejarle de la conversación de Loren. Ellos sabrían lo que hacían, a Helan ya sólo le interesaba poder llegar a su habitación para dormir. Después de conversar durante un rato más con el samán, los tres se despidieron dejando solos otra vez a Loren y Helan. Loren no le dio ninguna explicación de aquella reunión nocturna.

Callejearon un poco más y llegaron al primer recinto amurallado, la parte más alta de la ciudad, su acrópolis. Dentro se encontraban los cuarteles de la guardia, el palacio real y algunos otros palacios de los nobles más allegados al rey. Desde no hacía mucho tiempo, también albergaba el palacio del sumo sacerdote, que se acomodó en la mansión de uno de los nobles más cercanos al anterior monarca y que con su hijo había caído en desgracia. Estos palacios cambiaban de dueño a gusto del rey, y últimamente se habían visto muchos carros, cargados de muebles caros, abandonar el recinto.

El primer recinto era inaccesible por tres lados, pues se encontraba construido en lo alto de un farallón. La única puerta por la que se podía acceder a él era grandiosa, coronada por dos grandes torres cuadradas de ladrillos azules, con bajorrelieves de escenas del rey cazando a los grandes magnidones de las llanuras. Los bajorrelieves estaban realizados de manera muy realista, siendo la admiración de todos los visitantes de la ciudad. Eran el orgullo de todos los gremios que habían colaborado en la construcción de las torres. La entrada entre las torres no era directa al recinto, pues nada más entrar existía un muro que dirigía a los que entraban hacia la derecha por un pasillo por el que apenas cabía un carro. Se trataba de lo que los militares llamaban una puerta en codo.

Desde el farallón se controlaba toda la ciudad. En esta parte de la ciudad existían más plazas y lugares abiertos. Se notaba que había sido realizada de una vez, siguiendo un patrón, y que no se había dejado nada al azar o a la improvisación, como pasaba en la mayoría de los barrios de la ciudad. El palacio del rey estaba construido sobre una plataforma de ladrillos, también con

bajorrelieves que lo rodeaban por todos lados, sólo interrumpidos por la escalera por la que se accedía a su interior. Era una construcción simple y austera, no daba la sensación de grandiosidad que uno esperaba de un rey como Landerius III, aunque por dentro el lujo abarrotaba todos los rincones. Esa austeridad externa parecía molestar al rey, pues estaba levantando otro palacio en el parque que había en el este de la acrópolis. Se decía que tendría tanto lujo por fuera como por dentro. Loren, que había visto los planos del nuevo palacio, le confesó a Helan que iba a ser un templo al mal gusto y a la prepotencia.

Capítulo 3

Loren le dejó unos momentos solo en la puerta del palacio mientras arreglaba la recepción con el rey. La puerta estaba tachonada con unos preciosos clavos de hierro fruto de la mejor orfebrería. Se decía que provenían de la antigua puerta del palacio del reino continental de los hombres. Un fiel sirviente del rey se encargó de sacarlos en el último momento antes de la gran migración, cuando los rankog obligaron a los hombres a abandonar sus antiguos territorios para alejarse del peligro dirigiéndose hacia el oeste. Era uno más de los detalles que recordaban a los hombres su condición de exiliados en la península, y aunque ya llevaban mucho tiempo viviendo en ella, no habían dejado de sentirse como refugiados.

Desde la escalinata del palacio, Helan podía ver las calles escasamente iluminadas de la ciudad como si se tratara de serpientes de luz que reptaban por la noche. La ciudad ocupaba la ladera del farallón, llegando el último recinto hasta la orilla del río que corría a los pies de la metrópoli. A la espalda de la ciudad, se levantaba la cordillera dominada por tres picos gemelos que separaban la ciudad del mar que se encontraba al este. Era la ciudad más grande que los humanos habían podido construir en su exilio y se vanagloriaban de ella, porque ya no se acordaban de las célebres ciudades de sus antepasados en el continente. Lo que se contaba de ellas estaba envuelto en la leyenda y eran pocos los historiadores que sabían diferenciar bien lo que era mito de lo que no. Cuando Loren o cualquier otro sabio versado en la historia de los hombres les hablaba de las antiguas ciudades, eran pocos los que no creían que se trataba de mitos y exageraciones que el paso del tiempo había engrandecido.

Loren desde el interior le indicó que lo siguiera, y los dos se dirigieron al salón del trono. El palacio del rey le pareció más oscuro que las otras veces en las que había estado. Y no sólo porque ahora las telas negras de la Iglesia de La Única Verdad colgaran por la mayoría de las paredes tapando los tapices, sino por la actitud más vigilante de los guardias, además de por la cantidad de monjes y sacerdotes que pululaban por todos lados como ratones en un granero recién conquistado.

Aquellos seres intrigantes le recordaron a Helan una charla que tuvo con un amigo de la infancia en una taberna. Le habían despedido de palacio, donde trabajaba como escribiente y en su lugar habían colocado a un monje, recomendándole que si quería encontrar trabajo en algún puesto de la casa real, debía inscribirse como fiel numerario en su Iglesia. Recordaba que le advirtió de los cambios que se estaban realizando en palacio, pero Helan creyó que esas confesiones estaban motivadas por el resentimiento de haber perdido el trabajo y no le prestó mucha atención. Se prometió que la siguiente vez que lo viera le haría varias preguntas que ahora se le ocurrían, a la vista de la omnipresencia de los monjes en el palacio del rey.

Helan escuchó, desde el otro lado de la puerta, como el heraldo les anunciaba al rey. Después de un par de segundos, la puerta se abrió y el mismo heraldo les invitó a entrar. La sala no era tan grande como Helan había esperado. Aún así era más grande que toda la casa de sus padres. En la parte alta había un corredor que daba a las habitaciones privadas de la familia real. A la derecha, en una gran chimenea, ardía un fuego con rabia, prolongando sombras que con movimientos inquietos, ondulaban por las paredes y el mobiliario. De vez en cuando, algún leño chisporroteaba en lo que parecían quejidos de la madera al ser consumida. El rey se encontraba en frente de la puerta, detrás de una gran mesa en forma de U, con capacidad para más de tres docenas de personas, aunque sólo estaba ocupada por él y por el sumo sacerdote que se sentaba a su derecha. Los dos comían grandes trozos de carne asada, y su olor le recordó a Helan el tiempo que hacía que no disfrutaba de una comida en condiciones.

Aquella visión de los dos hombres compartiendo la mesa acabó de convencer a Loren de que la lucha por el favor del rey la habían perdido los gremios. La mirada del pontífice era arrogante, despreciativa, cargada de superioridad e inyectada por un resentimiento difícil de entender

para Helan. Jamás hubiera imaginado que nadie pudiera mirar así a su amigo. Todo el mundo reconocía la gran labor que Loren realizaba en el gremio en beneficio de toda la sociedad.

El rey, sin mirarlos, le hizo un gesto a Loren para que comenzara a exponer la razón de aquella audiencia urgente. Escuchó con paciencia a Loren. Helan comprobó que su amigo no nombraba para nada la escritura y le quitaba importancia al embarcadero, aunque no ocultó ninguno de los demás datos. Rocarela, el pontífice de la iglesia de La Única Verdad, escrutaba muy atentamente todos los gestos de Loren, como si sospechara que ocultaba algo. De vez en cuando, el sacerdote se inclinaba para decirle algo al oído al rey, que parecía asentir a todo lo que escuchaba.

Helan no dejaba de mover las piernas y las manos. Estaba cansado y no supo contrariar a Loren cuando le dijo que irían a ver al rey aquella misma noche. Ahora lo estaba pagando, el cansancio estaba vencién­dole y ya no oía con claridad lo que decía Loren, sólo oía los murmullos que el fuego le susurraba en el oído, como si le cantase una nana. Se sobresaltó cuando el rey se dirigió a él para preguntarle todo lo referente a la posibilidad de explotar los recursos del lago. El monarca quedó muy satisfecho cuando Helan le habló de un camino que distaba media jornada del lago y que estaba seguro de poder acortar con unas pocas exploraciones más. Un camino, por otro lado, que con un poco de trabajo de los ingenieros de los gremios podría incluso permitir el paso de caballerías. Dicho esto, el rey insistió en que comenzaran los trabajos cuanto antes, nombrando a Loren encargado del asunto.

El sumo sacerdote pareció complacido. Esperaba alejar a Loren de la capital durante un tiempo, sabía que era una de las pocas personas a las que el rey respetaba y que aún podría influir en él. Ahora la Iglesia había logrado tener más poder que nunca y no iba a permitir que nadie lo pusiera en peligro.

—Sólo una cosa más, majestad —dijo Loren— me gustaría intensificar la exploración de las galerías y había pensado pedir la colaboración de los ayas. Seguro que Alasterín estará encantado de colaborar con nosotros. Ellos siempre se han mostrado muy interesados por los túneles de nuestras montañas y nos serán de gran ayuda sus conocimientos.

El sacerdote puso la mano en el hombro del rey como si quisiera advertirle de que no se precipitara en su respuesta. El rey le miró interesado, dándole pie para que hablara.

—¿Qué esperas encontrar? —inquirió Rocarela a Loren.

—Nada en especial —respondió Loren—, quizá un paso hacia el otro lado de las montañas para llegar a las aldeas de la costa evitando los peligros de los puertos. La verdad es que mi principal interés es el estudio de los sangrai. Como sabéis a mí y a mi amigo Alasterín nos interesa mucho el estudio de las demás razas inteligentes de nuestro mundo.

—Ten cuidado Loren, tus palabras están muy cerca de la blasfemia —dijo Rocarela enojado, incorporándose de su asiento y señalándole con el dedo—. Como sabes bien, la inteligencia sólo pertenece a la raza humana a la que Dios otorgó el manuscrito sagrado, y le concedió ese don para que lo leyera y pudieran obedecerle y alabarle. Los únicos seres que además tienen inteligencia son los ayas, que como muy bien sabes, no han abrazado el camino del manuscrito sagrado. Las demás razas no tienen inteligencia, simplemente querencias e inclinaciones. Su destino es servir a los hombres para regocijo del Gran Hacedor. —El pontífice había perdido las formas, se excitaba mucho cada vez que alguien ponía en duda cualquier parte de su doctrina delante del rey.

—Siento haber enojado al gran sacerdote —dijo Loren, pensando en la sarta de tonterías que había dicho el pontífice. Para él y para cualquiera, estaba claro que los humanos y los ayas no eran los únicos que tenían inteligencia en su mundo. Loren sabía que era cuestión de tiempo que también le negaran la inteligencia o el alma a los ayas.

—Está bien —dijo el Landerius III cortando la discusión—, puedes pedir ayuda a quien quieras, pero recuerda que todo lo que hay debajo de la montaña es tan mío como lo que hay encima.

—Desde luego majestad, nuestro interés está sólo guiado por la obligación de servirle de la mejor manera posible —dijo Loren mientras retrocedía hacia la puerta.

A Helan le pareció que el sacerdote estaba incómodo, como si supiera que se le escapaba algo importante, como si intuyera que había hecho precisamente lo que Loren quería que hiciera. Se quedó pensativo, aquello no terminaría así, no para un ser como aquel resentido y sediento de poder.

Cuando hubieron salido del palacio y mientras caminaban por las calles solitarias de la ciudad, Loren le dirigió una mirada a Helan y le dijo:

—Parece que por ahora no nos ha ido mal, pero tendremos que estar preparados para la próxima vez. Rocarela ya está sobre aviso de que podríamos estar ocultando algo y cada vez que le nombro cualquier colaboración con los aya pierde los estribos.

Helan no comprendió muy bien por qué su amigo le decía aquello. El aire fresco de la noche le había espabilado un poco. Después de esto, le llevó hasta la taberna más conocida de la ciudad para cenar y concretar qué es lo que tenía que hacer. De camino, a Helan le vino un pensamiento inquietante, ¿había dicho Loren que pediría ayuda a los ayas para intensificar las exploraciones? ¿Ya no iba a tener la exclusiva de la exploración de las galerías de la montaña? Se sintió como si alguien hubiera invitado a otra persona a entrar en su casa sin su consentimiento.

El zorro plateado, en plena calle mayor de Ter–Carlak, era tan popular que los fanáticos aún no se habían atrevido a prohibirle que abriera sus puertas. No había muchos parroquianos, apenas media docena de personas repartidas por aquí y por allá, más de uno con la mirada perdida de los borrachos. Se dirigieron a una mesa y el posadero no tardó en presentarse ante ellos para tomarles nota, contento de poder cerrar aquel día con la ganancia de dos nuevos clientes. Pasaba por ser una de las mejores tabernas, su despensa y el menú que les propuso no desmintió su fama. Después de haber dado cuenta de la cena, Helan se cargó de valor y antes de que el sueño volviera a hacer su aparición, le dijo a Loren:

—No sé si me gustará trabajar con compañía —dijo sin dirigirle la mirada, mientras se agarraba ambas manos por debajo de la mesa, le preocupaba que su amigo malinterpretara sus palabras. Loren le miró haciendo una pausa, pensando lo que le iba a decir, al final le sonrió condescendentemente y acercándose al rostro de su amigo le dijo:

—Mi joven amigo, tenía que haberte contado a ti mis planes antes que al rey —le dijo—. Sé que no me lo dices por afán de protagonismo, sé que no temes que alguien más se lleve la gloria por ti —Helan le miró con un gesto de espanto que confirmaba lo que Loren estaba diciendo—. ¿Qué es lo que estamos haciendo? —Ante la mirada de incompreensión de Helan, Loren continuó— Tú, yo, el gremio, ¿qué es lo que hacemos?

Helan no sabía qué contestar, la pregunta le pilló por sorpresa, se quedó pensativo unos instantes, miró alrededor como queriendo encontrar la respuesta en las paredes desnudas de la taberna, hasta que al fin, y de manera insegura dijo:

—Trabajamos para mejorar nuestras condiciones, investigamos para que la vida sea más fácil para todos los hombres y para nuestros descendientes.

—Exactamente, eso es lo que hacemos —le dijo Loren con orgullo de que su amigo hubiera acertado a la primera—. A diferencia de los creyentes, nosotros partimos de la duda, queremos saber para encontrar nuestro lugar en el mundo como seres civilizados, para ser una raza dichosa y facilitarle las cosas a nuestros hijos. Los creyentes parten de la verdad, ya lo saben todo, creen que sólo pueden aprender detalles sin importancia, ya saben cómo guiarse por la vida, su manuscrito sagrado les dice todo lo que tienen que saber. Nuestro camino es el difícil. Por eso, cualquier ayuda que tengamos será buena. Creo que estamos en la pista de algo muy importante y no me gustaría tener por medio a esos sacerdotes autocomplacientes.

—Entiendo lo que quieres decir, es más importante llevar a cabo la investigación de todas las galerías que mis sentimientos personales. Te prometo que pondré de mi parte todo lo posible para colaborar con el explorador aya que me acompañe —dijo Helan, sin saber muy bien como lo haría.

Sabandija salió de dentro de la mochila de Helan y, subiendo por su pierna, levantó la nariz asomándose por encima de la mesa, para ver qué es lo que había en los platos. Helan le acercó un trozo de jamón y el animal comenzó a comérselo sin contemplaciones. Mirando a Sabandija dijo Loren:

—En el fondo es la curiosidad lo que nos hace avanzar —y sin quitar la vista del animal continuó hablando en voz baja, casi para sí—. Una vez fuimos una raza grande —y mirando a Helan le dijo ahora con más énfasis—. El hombre está pasando por una de sus peores épocas, estamos sitiados por los rankog, pero te puedo asegurar que nuestro peor enemigo está entre nosotros, la sinrazón y el fanatismo están prendiendo en nuestro pueblo y no somos capaces de detenerlo. La gente se está dejando llevar y llegará un momento en que será tarde para dar marcha atrás. Lo único que podemos hacer, llegados a este punto es intentar salvar todo lo que podamos para cuando pase el vendaval. Cuando vuelva de Camora, quiero que empieces a estudiar nuestros anales más antiguos. En ellos hay más verdad de la que se ha querido reconocer y en ellos está claramente explicado lo que fuimos y lo que podemos volver a ser.

Helan asintió con la cabeza, aunque no tenía ni idea de por qué, sospechaba que era debido a los signos que encontró en el embarcadero. Loren les había dado una importancia capital, como si fuera un descubrimiento que había estado esperando durante mucho tiempo.

—Duerme lo que puedas, mañana a primera hora saldré hacia Camora para ver a mi amigo Alasterín, adiós Helan. Tienes un trabajo importante, y confío plenamente en ti.

Después de aquella noche, Helan entendió que Loren sería su único interlocutor en lo que a las investigaciones de las galerías se refería. Fuera lo que fuese que encontrara, sólo confiaría en Loren, ya sabía demasiado para darse cuenta de que estaba mucho más en juego que su oficio.

Capítulo 4

Salieron muy temprano, cuando el sol aún no asomaba por el horizonte. Loren agradecía aquellos viajes, le daban tiempo para pensar en sus asuntos sin interrupciones de ningún tipo. Su ayudante, que sabía esta circunstancia, procuraba no interrumpir sus pensamientos. Tiram era la persona de mayor confianza de Fausto. Alto y callado, llevaba siempre rapado el pelo. A Loren le gustaba, pues parecía que disfrutaba tanto como él en esos silenciosos viajes. No se le pasaba por alto que en realidad Fausto había elegido a Tiran por su pasado en el Ejército de Defensa Común, su amigo en realidad le ponía un guardaespaldas asignándole a Tiran esas tareas.

Cuando la luz empezaba a declinar, llegaron a una aldea situada en la ladera de un pequeño monte coronado por un castillo. El carro rodeó la aldea para dirigirse a la posada donde Loren y su criado descansarían esa noche antes de seguir camino hacia Camora, ciudad en la que vivía su amigo Alasterín. Tiram conocía muy bien aquella aldea, pues era paso obligado para todos aquellos que hacían la ruta entre Ter—Carlak y Camora. Las casas ya no eran por completo de piedra, en el llano, sólo construían un zócalo de piedra y el resto era tapial enmarcado por vigas de madera. La aldea no estaba amurallada y aunque el castillo no era muy impresionante, en él cabía todo el pueblo con su ganado en caso de necesidad.

Al lado de la posada, dos monjes estaban sentados bajo la sombra de un árbol. Al acercarse el carro se levantaron y se dirigieron al camino por donde pasaría en unos instantes. Cuando vieron que se trataba del alto cargo de un gremio, le dejaron pasar sin decir nada, se contentaron con mirarle mal encarados. Loren pareció no inmutarse por la actitud de aquellos personajes.

Cuando llegaron a la posada, entraron y se sentaron en una mesa algo retirada de la puerta. Un personaje delgado de nariz aguileña y pelo rojo se les acercó para atenderles. El posadero llevaba una medalla de oro por fuera de la camisa, con la efigie del pontífice en una cara y el signo de la Iglesia en la otra, que lo identificaba como miembro numerario de la organización.

—Soy Loren, del gremio de los herreros—químicos, necesito una habitación para dos esta noche y un establo para mis caballos. Mi propio ayudante se encargará de ellos —dijo Loren autoritariamente para dar a entender al individuo que no permitiría ninguna falta de respeto.

Después de asentir con la cabeza les tomó nota de lo que querían para cenar y se retiró a la cocina con la mirada baja, incómodo por tener que soportar ese trato de aquel viejo. Desde que se había hecho de la Iglesia, nadie se atrevía a tratarlo como lo había hecho Loren.

—Hace apenas dos meses esta posada tenía otro dueño —dijo Tiram en voz baja.

—Y no es el único negocio que ha cambiado de dueño en los últimos tiempos —les dijo una figura desde una mesa más apartada aún que la suya. Loren se levantó al reconocer la voz y fue a sentarse con el personaje. Una capucha le tapaba la cabeza haciendo casi imposible ver su cara. Tiram se quedó en la mesa sólo, sin perder ni por un momento de vista la puerta de la taberna.

—Temo ser el siguiente...—dijo el hombre en voz baja.

—No me extraña—le contestó Loren, aquel hombre no necesitaba presentación, era el barón Lisander, señor del castillo que remataba la aldea y un gran erudito que llevaba a cabo varias investigaciones pagadas con su propio dinero, colaborando con el gremio de los físicos—mecánicos.

—En cuanto supe que venías, he querido esperarte, siento no haber podido recibirte en el castillo como debería ser...

—No te preocupes —dijo Loren cortando a su amigo— a mí no se me ha ocurrido ni por un momento ir al castillo. Todo aquel que tiene relación con los gremios corre peligro en estos

tiempos. Aún así, agradezco mucho que hayas venido a verme, creo que los amigos del conocimiento tenemos que estar más unidos que nunca.

—¿Cómo están las cosas por palacio? Hace más de tres meses que no me atrevo a ir a la capital.
—Peor que nunca.

Su amigo dirigió la mirada al suelo, resignado, pensando que no le quedaba mucho tiempo de libertad. Loren agarrándole la mano le dijo:

—De todas formas, la próxima purga no nos pillaré desprevenidos, no dejaremos que vuelva a ocurrir otra vez lo mismo. —Su amigo le miró esperanzado, hacía unos meses, el rey y la Iglesia habían llevado a cabo una purga y detuvieron a muchos amigos de los gremios—. Nosotros también tenemos nuestros infiltrados y al menor signo de que se acerque otra medida represiva, mandaremos correos a todos nuestros amigos para que huyan. Hemos pensado que el lugar más seguro serían las montañas del suroeste, allí podríais sobrevivir y al rey le sería muy difícil destruirlos.

—¿Y los samán, están dispuestos a ayudarnos? —dijo Lisander con esperanza.

—Están divididos, la mayoría no quiere intervenir en una guerra con los rankog —dijo Loren viendo que su amigo se entristecía con las noticias—. Eso no es todo, nos han dicho que varias familias de mercaderes samán han comenzado a comerciar a pequeña escala con los rankog.

—Eso son aún peores noticias —dijo Lisander—. Si llegan a colaborar estrechamente, podrían convencer a alguna familia de comerciantes Samán para disponer de una flota de invasión.

—Cabe esa posibilidad, pero es muy lejana —dijo Loren—. ¿Y la nobleza, qué opina de todo este asunto?

—Para la nobleza la situación no es nueva —dijo Lisander un poco avergonzado—. Para ellos es simplemente otro cambio de poder. La historia les ha enseñado a amoldarse a los nuevos tiempos y los nuevos amos. Muchos ya han ingresado en la Iglesia y detentan altos cargos de ésta en sus dominios. Ya sabes, la nobleza sigue la máxima de cambiar lo necesario para que todo siga igual. No podemos esperar nada de ellos.

—Sabemos que no todos son así —afirmó Loren sonriendo a su amigo.

—Cada vez somos menos, todos los que tenían un poco de decencia se enfrentaron al rey en los primeros años de su reinado y ya lo han pagado. —Después de una pausa, el barón Lisander continuó—. Creo, que no nos va a quedar otra alternativa que resistirnos por medio de las armas a esta situación.

—Sí, creo que no va a haber otra solución —dijo seriamente Loren—, pero eso puede significar el fin de la raza humana. Si los rankog atacan y nos pillan luchando entre nosotros, será el fin. Los aya no podrán detenerlos en los pasos del norte estando solos.

—Aunque lucháramos entre nosotros, no creo que el rey estuviera tan loco como para retirar las tropas del ejército común de la frontera, eso sellaría tanto su fin como el nuestro —exclamó Lisander.

—Sí, quizá tengas razón —dijo Loren y añadió—: pero creo que si se ve amenazado seriamente, no tendría tantos reparos y preferiría la aniquilación total a la abdicación. Y de la Iglesia no digamos, estaría dispuesta a sacrificar a toda la raza humana por no perder un ápice del poder que ahora tiene. El futuro de nuestra raza es muy importante como para dejarlo en las manos de esos dos locos.

En ese momento entraron los monjes que estaban en el camino y se sentaron. Sin decir nada más, el barón se levantó, se despidió de Loren con un gesto de la cabeza y salió por la puerta de atrás de la posada. Cuando el posadero se acercó a los dos monjes, les comentó algo que les hizo mover la cabeza hacia donde se encontraba Loren. Sabía que el pontífice había mandado seguirle los pasos allá donde fuera, pero esperaba que no hubieran podido reconocer a su amigo.

El barón Lisander se escabulló por las calles del pueblo como si fuera un ladrón, hasta llegar a su castillo. Allí sabía que todos sus sirvientes le eran fieles. Recordaba las palabras de su amigo y pensó en lo que supondría para él abandonar su castillo, su laboratorio, sus inventos..., lo haría para salvar su vida. Varias noches después preparó un pequeño equipaje que tendría siempre a mano, para cuando llegase el momento de salir hacia las montañas, posibilidad que veía cada vez mas cercana e irremediable.

Capítulo 5

Le gustaba volver, siempre que podía, al arrabal industrial de la puerta sur. La gente le conocía desde pequeño y allí se encontraban la mayoría de sus amigos de la infancia. Cuando pasaba por el barrio intentaba enterarse de cómo les iban las cosas. De forma gradual había ido distanciando cada vez más las visitas y hasta la noche anterior no había entendido por qué. Cada vez que volvía lo veía más apagado, los vecinos intentaban conscientemente no saber nada de la gente que les rodeaba. Donde antes había ruido, carreras, gritos, en fin vida, ahora sólo campaba el miedo. Inconscientemente lo había comprendido y había dejado de ir con la misma asiduidad de antes. Si sus padres no hubieran vivido allí, es más que probable que no hubiera vuelto. Cuando la noche anterior habló con Loren lo comprendió y una gran pena se apoderó de él. Se despertó a la mañana siguiente y se encaminó, más por una inútil rebeldía que por otra cosa, al barrio exterior.

El barrio se encontraba en la parte sur de la ciudad y se extendía por la orilla del río que la bordeaba por aquel lado. Las casas no podían construirse a menos de diez metros de la muralla y tampoco podían tener más de un piso de altura, por lo menos las más cercanas. La casa de su padre se encontraba al otro lado del río, aprovechando su agua para la herrería, por lo que era una de las últimas casas de la ciudad por aquella dirección. Las viviendas, sin ser ostentosas, eran de una factura más que correcta, pues la mayoría de ellas eran de personas pertenecientes a uno u otro gremio, y estos proporcionaban ayuda a sus afiliados.

En realidad, en la ciudad, toda la sociedad se vertebraba en gremios, pues de una manera u otra casi todo el mundo pertenecía a uno. Desde el gremio de comerciantes–geógrafos, al de panaderos–boticarios, todos tenían unos intereses comunes, proteger a sus afiliados, ordenar sus oficios y desarrollarlos al máximo por medio del estudio y la experimentación. Antiguamente habían existido muchos problemas entre los gremios, chantajes, e incluso peleas, pero todo mejoró mucho cuando se decidió crear un comité gremial en el que participaban altos cargos de todos los gremios. Este comité se encargaba de mediar en todos los problemas que se daban entre gremios. También se intentó desde un principio implantar unas miras más amplias que las propias del corporativismo artesano, de hecho, ese corporativismo nunca había existido de una manera asfixiante y los mismo gremios habían incentivado una competencia, reglada eso sí, entre sus miembros.

Ese poder que tenían los gremios de influir sobre los ciudadanos, había preocupado siempre al actual rey. La monarquía ya no recordaba los tiempos en que para instaurar su poder absoluto se había apoyado en los gremios limitando así el poder de la nobleza, llegando incluso a otorgar el gobierno de algunas antiguas ciudades del continente a las organizaciones gremiales en detrimento de algún noble. Los gremios habían demostrado, en aquellos tiempos que otra forma de gobierno era posible, que la gente se podía gobernar a sí misma, por medio de instituciones, sin la necesidad de que hubiera un rey por medio.

La función más importante de los gremios era la de protección y ayuda en épocas de crisis. Uno de sus grandes logros había sido organizar el exilio de los hombres a la península. Fueron ellos los que se encargaron de movilizar a toda la población para poder poner de nuevo en funcionamiento las ciudades de los humanos lejos de su tierra ancestral. Habían logrado conservar algo de la dignidad de una raza que huía de su territorio sabiéndolo perdido, frente a un enemigo invencible, para establecerse en una región cedida por sus vecinos, los ayas. Los hombres habían perdido todas las batallas que habían luchado contra los rankog para mantener su reino y la única elección que se les presentó fue la huida o el aniquilamiento.

Aun habiendo cambiado mucho, el barrio conservaba más vida que el centro de la ciudad. No tardaron en saludarle cordialmente muchos transeúntes, pero ya no le preguntaban por su

trabajo como antes, ahora cada uno se preocupaba de sus asuntos y las conversaciones le parecían vacías de significado, era como repetir continuamente un tópico detrás de otro. Muchos de sus amigos creían en el dogma de la Única Verdad y cumplían con sus deberes como buenos creyentes, siempre había sido así, y siempre había existido un respeto por las creencias de los demás. Lo que ahora había cambiado era que la Iglesia tenía poder político real, eso les había vuelto intransigentes con cualquier cosa que no fueran sus propias creencias. A Helan le constaba que muchos creyentes alejados de los puestos de poder, no entendían ese cambio de actitud, ¿por qué ahora era peligroso para ellos que su vecino no creyese en su Dios? Se alegró cuando llegó a casa de su padre, rodeó la fachada y fue directamente a la herrería que estaba detrás de la casa, el ruido de los golpes le decía que su padre estaba allí martilleando el metal afanosamente.

—¿Ya te has cansado de arrastrarte como una rata por esos túneles? —le dijo su padre sin siquiera saludarle. Dejó lo que estaba haciendo y le abrazó como hacía siempre. Helan casi había olvidado la sensación de seguridad que sentía cuando se encontraba entre los musculosos brazos de su padre, era una presencia física apabullante que le había acompañado durante toda su vida.

—Hola padre —dijo Helan. Lictorius volvió a coger las herramientas de trabajo y siguió con lo suyo, Helan agarró el fuelle y comenzó a insuflar aire al horno.

—¿Qué tal el viejo Loren? Hace varios meses que no sé nada de él.

—Muy ocupado como siempre. Hoy partía para visitar a su amigo Alasterín. Padre, he descubierto algo realmente importante en la montaña —dijo Helan y cuando vio que su padre le miraba fijamente continuó—. He descubierto un lago subterráneo lleno de pesca.

—¿Y tiene algo que ver ese descubrimiento con el viaje de Loren? —preguntó Lictorius. Helan se quedó paralizado por unos momentos, su padre sabía más de lo que siempre le había dado a entender.

—Sí, en el lago había un embarcadero con unas inscripciones que no ha sabido traducir. Pertenecen a alguna lengua desaparecida hace muchos años, al menos, eso es lo que piensa Loren —dijo Helan.

—Eso sí es importante —afirmó Lictorius— ¿Loren no te ha dicho nada más?, ¿no te ha dicho nada de las investigaciones de los gremios de nuestro pasado más remoto?

—No, simplemente me ha comentado que puede ser un descubrimiento muy importante, y ha insistido en que cuando vuelva debería estudiar más sobre el pasado de la raza humana —dijo Helan.

—Entonces, yo no te diré nada más, confío plenamente en las enseñanzas de Loren —diciendo esto se calló y no volvió más al tema. Helan rompiendo el incómodo silencio y sabiendo que no iba a sacar nada más de su padre, le dijo:

—¿Tenéis noticias de Rilán?

—Sabemos más de Rilán, que está en el lejano norte, que de ti que estás dentro de la muralla. La actividad en el norte está aumentando y cree que no podrá venir para la fiesta de Año Nuevo.

—Cuando se alistó, no teníais que haberme impedido que fuera con él —dijo Helan acordándose del día que se enteró de que su hermano mayor se había alistado y él pretendió hacer lo mismo.

—Él fue porque consideraba que era su deber —le dijo su padre—. Tú querías ir por no dejar que fuera solo. También lo hice pensando en tu madre.

—Quizá fue mejor así —dijo Helan reconociendo que se equivocaba al querer alistarse en el Ejército de Defensa Común como su hermano.

Helan notó como Sabandija salía de su mochila y saltaba al suelo. De un salto, subió por la pierna de Lictorius, trepó por su espalda, le dio un mordisco en la oreja y se lanzó al suelo perdiéndose entre las patas de la mesa de trabajo del herrero.

—¡Maldito bicho! —exclamó Lictorius entre risas mientras buscaba con la mirada al mustélido de Helan—. ¡Aún sigue contigo esa Sabandija!, podías educarla.

—Te recuerdo que fuiste tú quien la criaste, por eso tiene ese carácter. —Uno de los recuerdos más entrañables que guardaba Helan, fue el del día en que su padre apareció con una cría de hurón entre sus poderosas manos. Lo crió él mismo y logró que el hurón no se separase de él ni por un momento. Fue él quien le puso el nombre y todas las noches, cuando se le subía a los pies de la cama para dormirse hecho un ovillo, Lictorius decía: «mañana te retorceré el cuello como a las gallinas». Cuando Helan comenzó a trabajar como prospector, su padre le regaló el hurón para que le acompañase, fue la manera que encontró de hacer las paces con él, por haberse negado a que realizara ese trabajo.

—Sí, bueno... la verdad es que os hemos echado de menos —dijo su padre— la casa no es lo mismo desde que estamos solos tu madre y yo.

—Padre, nada parece ser igual desde hace algún tiempo —dijo Helan mirando hacia la ciudad.

—Esos malditos cuervos —dijo Lictorius—, cada día que pasa tienen más poder, y el imbécil del rey no parece darse cuenta que ellos sí suponen una amenaza para su poder. No sé si hablas con Loren de estas cosas, pero te puedo asegurar que muchos en los gremios estamos dispuestos a alzarnos contra el rey si es preciso.

—¿Contra el rey? —dijo Helan sorprendido.

—Los jóvenes pensáis que lo sabéis todo —dijo Lictorius, y levantando la cabeza para asegurarse de que nadie más le oía continuó—. Antes de que los hombres abandonaran el continente, los gremios gobernaban algunas ciudades. Aquella situación hizo pensar a muchos que la república de hombres libres era posible. Justo cuando esa idea empezaba a cuajar entre los ciudadanos, comenzó la amenaza rankog y los gremios olvidaron sus ideas para aunar fuerzas contra los invasores. Una vez en la península, los antiguos reyes aprendieron la lección y no dejaron nunca más el gobierno de una ciudad a los gremios. Sin embargo, dentro de los gremios, la experiencia quedó grabada de forma indeleble y ante las injusticias de este rey y de sus perros de la Iglesia, muchos volvemos a hablar del gobierno sin rey como de una realidad más que deseable.

—Ahora entiendo mejor a Loren —dijo Helan.

—Desde luego, no creo que haga falta que te recuerde lo importante que es ser discreto en este asunto —dijo Lictorius.

—¡Un gobierno sin rey! —dijo Helan para sí mismo.

—Un país es simplemente una unidad política más grande que la ciudad. Aquella experiencia hizo verse a muchos como personas que gobiernan su destino por sí mismos. —Haciendo una pausa y viendo a su hijo reflexionar sobre el asunto le dijo— Ahora ¿qué somos?, somos como niños a los que se tutela todas las horas del día. Pretenden que creamos en su Dios como único existente, sin tener en cuenta que aún hay mucha gente que cree en los dioses antiguos y otra gente que no cree en nada sobrenatural.

—¿Cuándo te han importado a ti los dioses antiguos?, siempre me has dicho que son tan falsos como el Dios de la Iglesia de la Única Verdad —dijo Helan intentando poner en un aprieto a su padre.

—No importa que esas creencias sean verdad o no. Lo que importa es que todo el mundo tiene derecho a poder pensar lo que quiera. No me creo esas patrañas de dioses, pero estoy dispuesto a defender el derecho de mi vecino a creer en ellas si es su deseo. —Después de unos segundos dijo—: en el fondo se trata de un problema de dignidad...

Antes de que acabara la frase, apareció Meghana, la madre de Helan, con Sabandija arrebujado entre sus manos.

—¿Tiene que ser la «rata de tu padre», quien me diga que has venido? —Su madre siempre se había negado a llamarla Sabandija. Aunque siempre parecía tratar con desdén al animal, era a

la única persona a la que Sabandija respetaba en la familia. Abrazó a Helan y le dio dos sonoros besos—. Hoy comes con nosotros.

—Desde luego madre —dijo Helan resignado a hacer caso a su madre sin discutir. En aquella mujer, cualquiera podía ver el origen de Helan, pues había heredado su fisionomía, su baja estatura, sus pómulos marcados y su pelo encrespado. La madre de Helan era la jefa de contables del gremio de herreros—químicos, y era de las pocas personas a las que Loren respetaba y admiraba.

En toda la comida no volvieron a hablar de política, Lictorius lo evitaba cada vez que su mujer estaba cerca, en el fondo sabía que pensaba como él, pero ella se negaba a cualquier acción que pudiera poner en peligro la vida de alguien. Meghana le preguntó por Loren y por Fausto, y sobre todo le intentó sonsacar si había conocido a alguna chica. Helan siempre se había sorprendido del interés que mostraban sus padres por Fausto, el secretario de Loren. Estaba claro que ellos sabían algo que nunca le habían contado sobre ese personaje, pues hablaban de él con un inusitado cariño y consideración.

Después de comer, Helan pasó el resto de la tarde trabajando con su padre en la herrería, pues sabía que no había nada en el mundo que a su padre le gustara más que trabajar con sus hijos y enseñarles su oficio. Aquella tarde, Helan vio a su padre como un ser distinto a lo que siempre se había imaginado que era, pasó de ser «su padre» a ser una persona realmente interesante, con una vida propia alejada del papel de padre. Confirmó lo que ya sospechaba, Lictorius era tan culto como los coordinadores de gremios, y si no había accedido al cargo, era solamente por voluntad propia. Como él mismo le dijo entre martillazos, disfrutaba trabajando con las manos, y pretendía hacerlo hasta que no pudiera levantar el mazo. Cuando Helan salió de casa de sus padres, ya casi era de noche. Se despidió de ellos y, agotado por el trabajo, se encaminó hacia el centro de la ciudad. Años más tarde recordaría aquel día como el último que vio a su padre con vida.

Capítulo 6

Loren llegó a Camora antes del mediodía. A pocos kilómetros de la ciudad, un aya montando un cantar bípedo con un pelaje como hacía muchos años que no veía, se le acercó. Las manchas amarillas y negras, sobre un manto blanco immaculado, le delataban como perteneciente a las manadas que corrían por los bosques del noroeste. Dos grandes patas sostenían al animal con las que podía correr tanto como el más rápido de los caballos. Su cabeza era grande y estaba provista de un casquete córneo que le cubría la parte alta de la cabeza. Los dientes romos le delataban como herbívoro, y dos inútiles extremidades delanteras le colgaban sin ninguna función. Poseía una larga cola con la que se equilibraba cuando corría.

El jinete era joven, el pardo amarillento claro de su piel así lo demostraba, debía de estar en sus primeros años de estudios en la alta escuela. Seguramente debía tratarse de uno de los ayudantes de su amigo. Era fácil hacerse una idea de la edad de los aya, pues su piel se oscurecía con los años, pasando por varias tonalidades pardas, desde un pardo blanquecino amarillento cuando son jóvenes hasta el pardo oliváceo de la edad adulta. Aun existiendo una gran diversidad de matices, ellos eran capaces de saber la edad exacta de sus congéneres por ese único dato.

—Sois el sabio Loren —dijo educadamente, utilizando la traducción literal de uno de los títulos de máximo respeto que existían en su lengua. Alto para ser aya, el joven vestía pantalón caqui y camisa blanca, un abrigo de piel le protegía del aire fresco, las botas de montar que llevaba evidenciaban que se trataba de un personaje adinerado. Los ayas eran de estatura media más baja que los hombres, apenas un metro sesenta, su complexión era grácil. De lejos eran difíciles de distinguir de los humanos, de cerca enseguida saltaba a la vista la diferencia por su pequeña nariz y diminutas orejas. El otro detalle en que se diferenciaban de los humanos, era la ausencia casi total de pelo corporal, pues simplemente les crecía un mechón en lo alto de la cabeza. El mechón podía ser de cualquier color del espectro, siendo muy comunes los colores rojos, amarillos y morados. Los ojos los tenían grandes y almendrados y su cara solía tender al óvalo.

—Sí, y a ti sin duda te envía Alasterín.

—Así es señor, me han enviado para que os guíe hasta él, si me queréis seguir. —Sin más palabras, el joven se puso delante del carro y lo guió por el interior de la enorme ciudad. Tiram agradeció la ayuda, pues siempre que había estado allí, se había perdido por las callejuelas y temía que ahora le pasase lo mismo.

La ciudad antiguamente había sido una aldea de los aya, más privilegiada que muchas otras del interior por estar situada en un importante cruce de caminos. Cuando llegaron los humanos y los ayas les cedieron la mitad de la península, Camora pasó a ser la sede del Ejército de Defensa Común. Eso la convirtió, de la noche a la mañana, en la tercera ciudad más importante de la península, aunque el hecho de ser un punto de convivencia entre las culturas humana y aya, la había convertido en un imán para artistas y artesanos. El gobierno de la misma dependía directamente del Ejército, por lo que era una ciudad franca dentro de la península. La ciudad no poseía ninguna construcción defensiva. Las murallas de la ciudad eran la pléyade de acuartelamientos que existían prácticamente por todo su perímetro. En los últimos tiempos y debido a la presión de la Iglesia de la Única Verdad, habían comenzado a llegar humanos de todos los rincones huyendo de la Iglesia, pues allí, apenas tenía poder.

El aya les guió por la calle principal, en la cual existían multitud de posadas y tabernas, donde tanto los legionarios humanos como los guerreros ayas, se gastaban la soldada instantes después de cobrarla. La gente de fuera pensaba que, con tanta milicia en los alrededores, la ciudad estaría poco menos que hundida en el caos. Esto distaba mucho de ser cierto, pues la disciplina que se había impuesto el Ejército Común era férrea, y no perdonaba malas conductas. Aún así no era tan raro que alguna pelea rompiera la paz de la ciudad de vez en cuando.

Después de las generaciones que llevaba existiendo este ejército, ya comenzaba a tener la solidez de un solo cuerpo, cosa que desquiciaba, al ya de por sí irritable rey humano.

Entraron en la zona más antigua de la ciudad hasta llegar a un gran edificio de piedra, al cual le habían grabado la fachada para que imitara la corteza de un roble. Loren sabía que eso lo identificaba como un sitio dedicado a la sabiduría. Gran parte de la mitología y de las costumbres de los aya giraba en torno a la importancia que habían tenido los árboles en su historia. Cuando querían investir un objeto para dignificarlo, no lo hacían con joyas como los humanos, sino acercándolo lo más posible a las texturas y diseños arbóreos y orgánicos. Cuando tuvieron que dividir el territorio de la península, no lo dudaron ni por un momento, se quedaron con la parte oeste, que era donde se concentraban la mayor parte de los bosques del territorio.

En la entrada del edificio se encontraban dos aya, que diligentemente se acercaron al carro para recoger el equipaje y conducirlo hasta la presencia de Alasterín. El guía se despidió de él y acompañó a Tiram hasta el establo para ayudarlo a acomodar los caballos.

El edificio no reflejaba la importancia que los sabios de las altas escuelas tenían para su sociedad. Era austero y simple, nada ostentoso. La riqueza de aquel lugar se encontraba en las mentes de los ocupantes y en la gran cantidad de volúmenes que tenían sus bibliotecas. Un sistema mecánico que habían inventado apenas hacía diez años les permitía la copia rápida de los volúmenes y la posibilidad de difundir con gran rapidez las ideas. El gremio humano de los joyeros–dibujantes mantenía en secreto una máquina de estas. El rey las había prohibido por recomendación de los sacerdotes de la Única Verdad. Les parecía que era antinatural la realización mecánica de los libros, desde luego no tenía nada que ver que ellos tuvieran la exclusiva de la copia de manuscritos. En realidad, casi todos los gremios ya habían realizado copias mecánicas de sus manuscritos más valiosos. Estas copias tenían que estar bien guardadas, pues encontrarlas y quemarlas parecía ser el mayor entretenimiento de los religiosos.

Antes de llegar a las habitaciones particulares de Alasterín atravesaron dos claustros llenos de árboles. Le quedó la sensación de haber atravesado dos bosques, pues las columnas imitaban los troncos de los árboles con multitud de ramas que se entrelazaban formando los arcos del claustro. Los aya no habían perdido la costumbre de impartir las enseñanzas al resguardo de los árboles, de hecho los claustros en realidad eran clases. Detrás del edificio de la Alta Escuela se encontraba el único parque que existía en la ciudad, un parque en el cual los profesores impartían clases a los estudiantes y cualquiera que quisiera podía asistir a ellas, con la única limitación que imponía el respeto entre personas educadas. Muchos soldados pasaban la tarde en el jardín escuchando a los profesores hablar de casi cualquier tema. Desde hacía poco tiempo, los gremios habían empezado a enviar a jóvenes para educarse con los aya, aunque los humanos en general pensaban que la educación que se impartía era demasiado ecléctica, poco práctica, como preferían los gremios.

Por una gran escalera de piedra con bajorrelieves de motivos vegetales subió a un segundo piso, donde se encontraba la sala particular de Alasterín. No era la primera vez que Loren entraba en aquel edificio y, como siempre que lo había hecho, tenía la sensación de encontrarse entre iguales, allí estaba cómodo. El suelo de barro tenía improntas con formas de todo tipo de hojas, provocando una sensación rara de desorden en equilibrio. Su amigo le esperaba a la entrada de su habitación.

Cuando le vio aparecer mostró su alegría. Alasterín le hizo pasar a su estancia donde, aparte de la gran alfombra que cubría el suelo, nada se podía interpretar como signo de prestigio. Se dirigió hacia dos sillas de tijera que se encontraban a los lados de una mesa baja y redonda. La luz entraba tamizada por una ventana cubierta por una celosía de madera. Le sirvió un vaso de yand, bebida de aspecto ambarino, que despedía un suave aroma a menta y limón. Se sentaron

alrededor de la mesa y una gran paz invadió a Loren. Después de unos instantes dedicados a las obligadas formalidades, Loren habló con su amigo:

—Necesitamos tu ayuda —dijo Loren, y vio que su amigo se revolvió incómodo en su silla.

—Ya sabes que por nuestro mutuo acuerdo, no podemos intervenir en nada que concierna a vuestra política interna y...

—No, no se trata de eso —le interrumpió Loren, pues sabía que le había malinterpretado. Él jamás le habría pedido que incumpliera el pacto entre las dos razas, pacto que parecía sagrado por parte de los ayas. —Se trata de la investigación que estamos llevando a cabo en los túneles de las montañas —Alasterín le miró interesado—. Como te he comentado, mi ayudante Helan explora las galerías y cuevas de la montaña más cercana a Ter–Carlak.

—Sí, sabes que a mí también me interesa mucho todo lo que podamos aprender sobre los sangrai. ¿Has encontrado algo nuevo? —le dijo incorporándose un poco para acercarse más a Loren.

—En realidad —dijo Loren mientras sacaba los calcos de la inscripción que había hecho Helan, sobre la mesa—, no se trata de los sangrai, sospecho que se trata de algo mucho más antiguo.

Alasterín, sacó unas gafas de una caja de marfil y poniéndoselas se acercó el papel que había sacado Loren. Podía haber jurado que jamás había visto tan excitado a su amigo. Levantó el papel y mirándole fijamente a los ojos le preguntó:

—¿Dónde estaba esta inscripción?

—Estaba en un embarcadero —ante la sorpresa de su amigo Loren continuó—: Helan, ha encontrado un lago subterráneo. Piensa, y yo estoy de acuerdo, que no lo realizaron los sangrai, dice que la construcción no tiene nada que ver con lo que ellos hacen.

—Te creo —contestó Alasterín—. Esta escritura es muy antigua, más que la lengua de los sangrai. Ellos se debieron de encontrar con eso en sus trabajos de perforación. De hecho, las veces que he hablado con los sabios que más podían saber sobre el tema, no me han podido explicar por qué los sangrai excavaron tanto en las montañas. Alguno me llegó a comentar que parecía como si los sangrai buscaran algo, pues de hecho, excepto las galerías más cercanas, no le dieron ningún uso que sepamos.

—¿Reconoces la escritura? —comentó Loren con impaciencia.

—Creo reconocer algún carácter, pero no me atrevería a decir nada más. Lo mejor será convocar a los expertos que tenemos en el tema, si alguien puede saber qué es esta inscripción son ellos.

Alasterín se dirigió a la puerta y estuvo dando instrucciones a un sirviente, después regresó con Loren, se sentó y le dijo:

—He convocado una reunión para mañana. Con tu permiso, le enviaré a cada uno una copia del calco. —Cuando Alasterín extendió la mano para recoger el calco, Loren le cogió la mano y le dijo:

—Sé que os tenéis que mantener al margen de los asuntos humanos, pero para mí es esencial que este asunto se lleve de la manera más discreta posible. En el momento en que la Iglesia de la Única Verdad se meta por medio, te puedo asegurar que se acabó la investigación.

—Lo entiendo perfectamente y para nosotros no se trata de política, sino de una más que recomendable discreción en una investigación científica.

—Confío en ti totalmente —dijo Loren.

Su amigo asintió con la cabeza y, con el calco en la mano, salió de la habitación. Loren le miró preocupado, no dejaba de pensar que a partir de ahora a la Iglesia le sería muy fácil descubrir lo que se traía entre manos.

Capítulo 7

Se tomó unos días de descanso antes de volver a explorar las galerías. Loren le había recomendado que no hiciera nada sospechoso, como volver corriendo al interior de la montaña. Así que hizo lo que siempre hacía, descansar unos días antes de retomar su trabajo de campo. Cuando por fin se decidió a volver, comprobó varias veces que nadie le seguía. Sabandija corría a su lado disfrutando del buen día que hacía. Dentro de la cueva hacía una temperatura constante de alrededor de dieciséis grados y un ambiente húmedo.

La entrada era un gran mordisco en la ladera de la montaña, del cual salían varias galerías internándose en sus entrañas. En ese gran hall que formaba el mordisco, había restos de construcciones de los sangrai. Era un lugar muy conocido en el gremio de los arquitectos–historiadores, muchas veces habían subido allí guiados por la curiosidad de saber cómo vivían esos seres. Todo lo que quedaba del asentamiento, eran los muros de cimentación de las cabañas, que apenas levantaban treinta centímetros del suelo. Estas eran estructuras redondas u ovaladas y más o menos todas del mismo tamaño. De esta falta de jerarquía en el poblamiento, muchos investigadores habían inferido que la sociedad sangrai era una sociedad igualitaria. Las ruinas se acercaban todo lo posible a la pared de la montaña, dejando una zona central que claramente se podía interpretar como una plaza. Todo lo que concernía a los sangrai estaba rodeado de misterio. Se decía que cuando los hombres llegaron a la península aún quedaban algunas poblaciones de sangrai, pero un día, y sin que nadie se explicara la causa, desaparecieron por completo sin dejar ni rastro.

Lo que más le llamaba la atención a Helan de los sangrai, era su laboriosidad. La gran cantidad de túneles que existían en aquella montaña lo atestiguaba. Allí se entrecruzaban las galerías naturales con las excavadas, aunque muchas naturales estaban transformadas para poder transitar por ellas de forma segura. Sus amigos del gremio de arquitectos–historiadores no le habían sabido decir qué era lo que buscaban aquellos seres, era un misterio más para todos los que se interesaban en el tema.

Volvió a pararse antes de entrar en el túnel, temiendo que apareciera un monje siniestro, aliviado comprobó que nadie le seguía. Entró con decisión por los tramos que ya conocía bien, iría directamente al lago subterráneo y después, desde allí, intentaría encontrar otro camino hacia la superficie más directo. Sacó de la mochila la jaula con el capullo de nomdu y descubriéndola iluminó su camino por las galerías hacia el lago.

En la tercera bifurcación, pudo oír el ruido de los picos de los mineros extrayendo la veta de hierro que Helan les había marcado tiempo atrás. Otras veces le gustaba pararse un momento antes de seguir para charlar con ellos, pero esta vez era importante que cumpliera sin demora el encargo de Loren. La montaña se había mostrado decepcionante, hasta el momento, en cuanto a vetas metalíferas. Él sabía que más abajo las posibilidades de encontrar el metal aumentaban en aquel yacimiento, pero se negaba a bajar a mucha profundidad. Cuando lo había intentado, había tenido la sensación de que lo vigilaban, y aquella sensación no había terminado hasta que no había vuelto a subir. Se lo había contado a Loren con cierto pudor, pero su amigo se lo tomó en serio, y le recomendó que no volviera a bajar a esas profundidades, pues en las crónicas antiguas no sólo se hablaba de los sangrai cuando se referían a los seres de las profundidades. Después de aquella conversación con Loren, veía de manera distinta las galerías de la montaña. Además, los sangrai tampoco habían profundizado hasta esos niveles y para bajar se veía obligado a hacerlo por las galerías naturales, mucho más peligrosas que las excavadas por los sangrai.

Llegó en el tiempo previsto al lago, se dirigió al embarcadero, e hizo una inspección a fondo por si hubiera alguna otra inscripción que no hubiera visto. No encontró nada, sólo existía la que ya conocía. Después del nuevo examen, ya no le cabía ninguna duda de que los sangrai no habían

construido el embarcadero, los sillares estaban perfectamente labrados y no tenían nada que ver con los muros de cascajos que habían utilizado los sangrai.

Sacó una bolsa con los polvos que le había proporcionado Fausto. Los mezcló con la arena de la playa y con agua, cuando empezó a espesar, lo aplicó sobre los signos, no dejando rastro de ellos. Cuando secó la mezcla sobre la pared, esta imitó el color de la piedra del embarcadero. Ahora nadie que no supiera de la existencia de esos signos, sería capaz de descubrirlos.

Se dispuso a comer. Se sentó en la playa, clavó su bastón en la arena y colgó de él la jaula de nomdu. Trasteó en su bolsa hasta que dio con el paquete de comida. Sabandija apareció a su lado como si le hubiera leído el pensamiento, se sentó cerca y esperó pacientemente a que le diera su ración. Mientras comía no dejaba de resultarle rara la sensación de estar sentado en una playa en las profundidades de la montaña. Lo comparaba con la primera vez que sintió vértigo en una cueva, una sima se abría a sus pies, y la cúpula estaba medio derruida dejando pasar luz suficiente de la superficie para apreciar una caída de más de cien metros. Aquello no dejó de parecerle un contrasentido, ¡vértigo por debajo de la superficie!

Sabandija se entusiasmó cuando vio que Helan sacaba su arnés de la mochila, aquel trabajo en concreto parecía satisfacerle mucho. Helan pensaba a menudo que a Sabandija, de ser humano, le hubiera gustado trabajar en el teatro de variedades. El arnés lo encargó a unos curtidores y cuando les explicó para qué lo quería, no dejaron de mirarle como a un loco. Encima del arnés de cuero, forrado con piel de conejo, se encontraba una pequeña jaula también de cuero endurecido, donde se alojaba un capullo de nomdu. La idea se le ocurrió a Helan, cuando entró en una sala subterránea con varios metros de altura y no pudo saber la altura real de la sala. Le colocó el arnés a Sabandija y con la mano le indicó por donde quería que fuera.

Sabandija corrió hasta el límite de la playa y comenzó a subir por la pared de la cueva, mostrándole a Helan el límite y la forma de la gran cavidad. Calculó, que en su lado más alto, aquella sala debía de alcanzar los treinta metros. Cuando vio que Sabandija se perdía a lo lejos, le silbó para que volviera. Estaba claro que aunque la cavidad parecía estrecharse a lo lejos, era muy larga, y de ella partirían galerías inundadas. La exploración del lago, ocuparía bastante tiempo, pero él no iba a ser quien la hiciera. La simple idea de navegar por aguas tan negras le aterraba.

Sabandija volvió y se dirigió corriendo al otro lado de la playa, pero cuando había subido apenas diez metros, se paró y comenzó a bajar. Al principio Helan se alarmó pensando que se podía haber herido, pero por los movimientos del animal, comprendió que no era así. Simplemente había visto algo que le llamó la atención. Helan fue hacia allí y vio que al final de la playa, detrás de un recodo y medio inundada por el agua de la orilla, se encontraba una pequeña boca de apenas un metro y medio de diámetro. Aparte de la galería por la que había entrado y la otra totalmente cegada por el derrumbe, era la única salida más que parecía haber. Tendría que meterse por allí para saber si se dirigía a la superficie de manera más rápida que el camino que ya conocía.

Capítulo 8

Loren, disfrutaba de la brisa del atardecer desde el balcón de su alojamiento. Era un tercer piso y podía ver sin problemas gran parte de la ciudad. La barandilla del balcón, de formas orgánicas, se fundía a la perfección en la fachada del edificio. Aún paladeaba el sabor del yand que había tomado después de la cena. La tranquilidad que sentía en la casa de su amigo siempre le había fascinado. Aquella paz era resultado de sentirse entre iguales, de no ser espiado en todo momento. Siempre había querido trasladar ese estado de cosas a su Ter—Carlak. Su casa se había convertido en un refugio entre sus amigos, donde cambiar impresiones de sus trabajos con otros colegas y hacer reuniones periódicas con los mejores especialistas de los distintos gremios.

Aún se le revolían las tripas cuando recordaba las acusaciones que habían vertido contra él los sacerdotes por haber organizado aquellas jornadas. Le acusaban de crear asociaciones secretas de ateos y conspiradores contra la Iglesia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que si quería que las ciencias sobreviviesen al poder en alza de la Iglesia, tenía que crear de verdad una sociedad secreta. El único objetivo de la sociedad era ir un paso por delante de la Iglesia, para intentar protegerse de sus acusaciones y poner al descubierto los verdaderos intereses que se escondían detrás de los principios altruistas que tanto cacareaban en las plazas públicas. Todo había ido bien hasta que la Iglesia encontró un aliado en el rey, quien la usaba para reprimir a cualquier persona que, en su paranoia, consideraba peligrosa para su poder.

El primer ataque en su contra les pilló por sorpresa. Landerius III y Rocarela habían confeccionado una lista de personas a las que acusaron de impías y de conspirar contra el rey. Lo peor para Loren fue la reacción de la gente, es decir la falta de reacción de la gente. Se había apresado a vecinos suyos de forma arbitraria y nadie, a excepción de algunos representantes de los gremios, había dicho nada. Para Loren estaba claro que tanto el Rey como la Iglesia se apoyaban en el miedo para imponer su voluntad. Aquello había hecho crecer la confianza del rey y del sumo sacerdote en sus métodos, y cada vez estaban más seguros imponiendo su voluntad.

Sin darse cuenta, estaba apretando la barandilla del balcón con todas sus fuerzas, tenía los nudillos blancos por el esfuerzo. Cuando su amigo interrumpió sus pensamientos, notó las manos entumecidas y tuvo que abrir y cerrar varias veces los dedos para recuperar la sensibilidad. Alasterín enseguida se dio cuenta de la preocupación de su amigo. Haciendo gala de la educación de su raza, no le preguntó nada, y sólo lo haría si Loren le daba pie a ello. Esa actitud tan típica de su raza, hacía que a muchos humanos les resultase muy incómodo el trato con ellos. Muchos consideraban estúpidos a los ayas. A muchos ayas por el contrario el trato con los humanos les resultaba repulsivo, pues les parecía que eran groseros y entrometidos hasta grados intolerables. No eran pocos entre los ayas los que consideraban a los humanos unos patanes. Aún así, cada vez eran más los que traspasaban este estadio de desconocimiento para llegar a ver las similitudes por encima de las diferencias.

—Mañana nos reuniremos con los sabios. Ya sólo la existencia del lago, habría creado en ellos una expectación enorme, imagínate lo que ha supuesto para la mayoría la presencia de escritura.

—Sí, es el descubrimiento más importante en muchos años —dijo Loren—. Ojalá no hubiera nada que enturbiara estos tiempos y nos permitieran llevar a cabo una investigación ejemplar sin tener que escondernos como si fuéramos en contra de los designios del universo.

—Todo se arreglará al final —le dijo Alasterín poniéndole la mano en el hombro.

—No sois capaces de ver el problema a que nos enfrentamos los seres humanos. Si conocierais mejor nuestra historia, os daríais cuenta de que no se trata de un contratiempo —y mirándole a los ojos le dijo—: esto puede suponer, ni más ni menos, que el fin de toda nuestra ciencia.

Lograrían extirpar el pensamiento racional de la raza por varias generaciones, pero sería lo suficiente para perder todo el conocimiento que hemos logrado hasta ahora.

—Creo que te entiendo —dijo Alasterín con pesadumbre, entendiendo la inquietud de su amigo humano.

—¡Yo creo que no! nuestra historia es distinta a la vuestra. Para vosotros, la acumulación de conocimientos es regular y poco a poco los habéis ido atesorando. Nuestra historia nos dice que antes teníamos muchos más conocimientos que ahora. Lo entiendes, pasamos por una era de oscuridad en la que los hombres perdimos casi todos los conocimientos que teníamos y nos vimos abocados a una barbarie de la que ahora parece que logramos salir. Temo que volvamos a pasar por una época oscura, dominada por las supersticiones y los miedos de la gente — Alasterín le miraba interesado, pues lo que le estaba contando como historia humana, siempre se había dicho que pertenecía a la mitología. —Esta vez vamos a hacer todo lo posible para que algo así no le vuelva a suceder a la raza humana.

Alasterín entendió, por el brillo de los ojos de su amigo, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo. Pocas veces había visto una resolución tan fuerte en el humano. Ya se veían pocas personas por las calles de la ciudad, el frío comenzaba a hacer su aparición a aquellas horas de la noche.

—Siento que no podamos ayudaros, ya sabes los pactos de no intervención en los asuntos internos de la otra raza —le dijo Alasterín, temeroso de que Loren malinterpretara sus palabras. Loren le miró y sonrió por un momento a su colega, después, mirando otra vez a la calle, le dijo: —¿Sabes?, estoy convencido que hay algo que está por encima de pertenecer a una raza u otra. Espero que todo el mundo lo acabe comprendiendo con el tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué puede estar por encima de tu propio pueblo? ¿Cómo se puede anteponer algo a esto? —Alasterín disfrutaba enormemente de aquellas conversaciones con Loren, pues el humano parecía guardar siempre algo con lo que sorprender al aya.

—Espero que con el tiempo la gente entienda que por encima de la raza, está la consciencia. No lo entiendes, eso es lo que nos une a los seres inteligentes, la consciencia, en eso no nos diferenciamos tanto unos de otros. Ahora espero que no me digas que la razón no está por encima de los mandatos de tu pueblo. Dime que, en otras circunstancias, no habríais abogado por luchar contra la sinrazón y la oscuridad de las supersticiones.

Su amigo le miró sin decir nada. Por su gesto, Loren intuyó que esa lucha ya había tenido lugar en la sociedad aya, estaba claro que se le escapaba una parte importante de lo que pasaba en la sociedad de su amigo. Loren estaba muy agradecido por la verdadera amistad que aquel ser le profesaba. Su relación era la prueba inequívoca de que por encima de pertenecer a una cultura u otra, estaba el conjunto de los seres que compartían la inteligencia, la consciencia de sí mismos como individuos. Ese pensamiento era el mayor enemigo de la Iglesia. Para esta, pertenecer a la raza humana era un privilegio, que por lo que parecía, no se merecían ni la mitad de los humanos. Se trataba del pueblo elegido, por supuesto, y ellos se consideraban nada menos que los escogidos del pueblo elegido, ¿cómo alguien así podía predicar después humildad? Era absurdo, ni ellos mismo se creían la mitad de los cuentos que predicaban.

No dijeron nada más, la oscuridad acabó cubriendo todos los rincones, como si se tratara de una premonición de lo que se avecinaba. Se despidieron hasta el día siguiente, al menos la investigación que empezaba les llenaba el corazón con una pequeña esperanza. Cuando se sintió solo en su lecho, rememoró lo que le había pasado aquel día. Su época era incierta pero emocionante, hubiera dado cualquier cosa por poder acompañar a Helan en sus exploraciones. Se quedó dormido plácidamente como no hacía en mucho tiempo.

Capítulo 9

No era miedo lo que sentía, muchas veces se había arrastrado por galerías más estrechas que aquella. La había encontrado Sabandija, y esperaba que le llevara al otro lado del gran derrumbe que tapaba la entrada artificial al mar subterráneo. Desde que había hablado con Loren, le había transmitido su curiosidad por saber quiénes eran aquellos seres que, hacía tantos años, habían utilizado aquel embarcadero. Ahora parecía que tenía prisa por ir más allá, por encontrar más señales de los antiguos habitantes. Esa impaciencia y expectativa le creaba una presión que por unos instantes había confundido con miedo. Notaba que este viaje de exploración era totalmente distinto a todos los que había realizado antes.

Sabandija hacía un buen rato que le había adelantado y todavía no había dado la vuelta, lo que, como poco, significaba que aquel estrecho pasadizo era largo, o que iba a desembocar en algún otro. Se paró para tomar aliento y el pequeño descanso le sirvió para sentir una ráfaga de aire, el pasadizo debía de comunicar el mar con otra sala o galería más grande.

Salió de la oscuridad y se incorporó estirándose. Enseguida notó que el suelo era anormalmente regular, y cuando dio un paso hacia delante, tropezó en un pequeño desnivel, acercó su jaula de nomdu al suelo y pudo ver que había tropezado con un escalón. Destapó por completo la jaula donde llevaba el capullo luminoso y pudo ver donde se encontraba.

Una gran galería ascendente, colmatada en dirección al mar, aparecía ante él. Tenía una rampa central, flanqueada por dos escaleras labradas en la roca. En la pared de la extraordinaria galería, existía un friso labrado con formas geométricas que se entrelazaban con otros motivos vegetales. Era una decoración complicada, pero que en ningún caso producía una sensación de abigarramiento. Fijándose mejor en los motivos, vio que aún conservaban restos de color. Aquella policromía debió de ser impresionante en sus días. Helan sintió una gran emoción pensando en la cara de su amigo Loren cuando pudiera ver aquel espectáculo. Por encima del friso, la pared estaba sin trabajar, es decir, aún se veían las huellas de las herramientas de los seres que habían creado aquello.

Subió por la rampa, contemplando boquiabierto la obra de ingeniería, con lo que ello significaba. Por la parte central, perfectamente se podrían haber cruzado dos carros de los grandes, mientras que las escaleras de los lados, posibilitaban el tránsito sin problemas de personas bajando y subiendo a la vez. Ahora se fijó en que cada diez metros, y a unos tres de altura, se encontraban unos soportes que podrían haber servido para alojar en ellos algún tipo de luminaria.

Después de recorrer unos doscientos metros en línea recta, la galería hizo una curva pronunciada. A cualquier otra persona que no estuviera familiarizado, como él, con los túneles le hubiera parecido una estupidez aquel cambio de dirección, pues hasta los individuos más limitados entienden que el camino más corto entre dos puntos es la línea recta. Helan enseguida entendió que quienes realizaron aquella obra no hicieron más que seguir los estratos más blandos que pudieron encontrar en su camino hacia el mar interior. Cuando había andado otros doscientos metros desde la curva, descubrió con un tremendo disgusto, que la galería también estaba cerrada con otro gran derrumbamiento. Se encontraba en un tramo de la galería que estaba interrumpido en las dos direcciones, no podía ni seguir subiendo ni bajar hasta el mar sin salir por el atajo de los sangrai. Un pánico le invadió al comprender que allí podrían acabar sus descubrimientos, y agachándose delante del derrumbe, cogió un cascote. Cuando se lo contase a Loren, este haría lo imposible por despejar aquel corredor, aunque para ello tuviera que desviar todos los fondos de los gremios que comandaba. Aquello supondría un parón que se le antojaba intolerable, a saber lo que se tardaría en despejar el túnel, si ni siquiera sabían la longitud que podría tener el derrumbe. Era desesperante saber que un poco más adelante podría encontrar el final del túnel y el derrumbe le impedía pasar.

¿Dónde iría a dar aquella galería, decorada que llevaba hasta el mar interior? La pregunta atormentaba a Helan. De haber dado al exterior de la montaña, sería un camino perfecto para la explotación del mar subterráneo.

Mientras pensaba estas cosas cayó en la cuenta de que en todo el camino, no había visto a Sabandija. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, pero el animal no daba muestras de estar por allí cerca. Le llamó un par de veces, asustándose él mismo del cariz que tomaba su voz en aquella laringe artificial debajo de la montaña. Por fin, Sabandija apareció después de unos segundos de espera por detrás del derrumbe y pareció que le miraba sin comprender a qué venían esos gritos.

—¿Dónde estabas? Sabes que aunque te adelantes debes volver cada cierto tiempo, si no, algún día te perderás —dijo mientras le acariciaba la cabeza.

Helan rodeó el derrumbe intentando calcular su volumen. Descubrió que otra pequeña galería se internaba en la montaña con dirección ascendente desde la base del derrumbe. Ahora comprendía; tanto este estrecho pasadizo, como el que salía del mar, habían sido creados por los sangrai, intentado descubrir dónde iba a parar la galería de las escaleras, lo que significaba que aquellos derrumbes eran anteriores a la época en que los sangrai poblaron la montaña.

Helan siguió a su compañero por la nueva abertura. Era muy similar a la que le había llevado hasta el corredor de las decoraciones. Esperaba que los sangrai hubieran podido sortear el nuevo derrumbe. El corredor ascendía, lo que le llenó de esperanza, sin duda buscaban lo mismo que él, ver donde acababa la rampa que partía desde el mar.

Caminó más de un kilómetro hasta llegar a un ensanchamiento de la galería. Por más que buscó, no pudo encontrar ninguna salida. Los excavadores sangrai, por la razón que fuese no habían pasado de allí. Le pareció una situación desesperante, ahora que por fin pensaba que iba a llegar a alguna parte, la galería se detenía. Decidió que descansaría antes de seguir con su exploración. Cuando sacó un pedazo de carne seca de su mochila, Sabandija apareció de repente y comenzó a mendigarle un trozo del manjar. Después de comerse su ración, Helan pudo ver como Sabandija se escurría por una grieta de la pared. Sin hacer mucho caso al animal, se acomodó para dormir un poco. Aunque el pasadizo de las escaleras era un descubrimiento fantástico, a Helan le parecía poco, pues se había creado la expectativa de descubrir dónde iba a parar. Si se trataba de otra entrada a la montaña, como sospechaba, el nuevo camino más directo hacia el mar facilitaría mucho la tarea a su pueblo. Con estos pensamientos entró en un estado de duermevela.

Capítulo 10

En la sala de la asamblea ya le esperaban media docena de estudiosos ayas. La estancia rectangular se abría a un claustro por uno de sus lados largos. Estaba situada en el segundo piso y los arcos de la pared se superponían a los del claustro inferior. Desde la mesa donde se sentaban los sabios se podían ver las copas de los árboles que poblaban el jardín. El olor de las plantas aromáticas, que se cultivaban en una esquina del patio, llegaba hasta ellos. Aun habiendo empezado ya los días más frescos, los ayas se resistían a utilizar las salas más protegidas de sus edificios. Apuraban al máximo lo que la climatología les permitía, para disfrutar del aire libre.

Loren les saludó con un gesto de cabeza, como se acostumbraba a hacer en Camora, todos le respondieron con el mismo gesto. Se sentó al lado de Alasterín en la cabecera de la mesa, desde donde sin ningún esfuerzo tenía a todos los presentes a la vista. Esperó a que su amigo rompiera el silencio. Después de una rápida presentación, Alasterín dio la palabra al aya que se encontraba a la izquierda de Loren.

—Endrino es uno de nuestros mejores lingüistas, sino el mejor —dijo señalando al personaje, alto como pocos ayas y que por el color se podría decir que era de mediana edad. En el tono en que lo dijo, a Loren no le pareció que fuera un cumplido, Alasterín simplemente se limitaba a decir la verdad, y así lo entendían los demás sabios. —Por favor, cuando quieras nos puedes dar tus conclusiones.

—Primero, he de decir que no he sido capaz de traducirlo —dijo Endrino, sin sonar como una excusa o como una disculpa—. Aún así, es muy interesante para nosotros, pues conservamos muy pocos ejemplos de esta escritura —dijo mientras miraba al aya, situado a su lado y de un color más claro que ninguno de los presentes, éste asintió con la cabeza—, además es doblemente interesante, pues el hallazgo está totalmente contextualizado. Podemos decir que se trata de una lengua muy antigua. Estamos seguros de que, de alguna manera, es la antecesora de nuestras lenguas, tanto de la humana como de la aya.

—Sí —interrumpió Loren—, algunos sabios ayas tienen la hipótesis de que su lengua y la nuestra están emparentadas por una lengua común anterior a ambas.

—Créame, es algo más que una hipótesis. Los estudios de Albar el Viejo demostraron que tal lengua troncal existió en un pasado muy remoto. Creemos que estos fragmentos que nos trae pertenecen a una lengua anterior a la troncal de la que evolucionaron la humana y la aya. Apenas hemos traducido algunos fragmentos de la lengua «madre», y ahora tenemos aquí, otros pocos fragmentos de la lengua «abuela». Lo poco que sabemos de esa lengua madre no nos ha permitido traducir la otra más antigua y compleja. Aunque con más muestras y suponiendo que no sea muy distinto de ese lenguaje antiguo y común a las dos razas, no dudo que será cuestión de tiempo que logremos traducirlo.

—Por tanto, piensa usted que esos signos pertenecen a la «primera lengua madre» por llamarla de alguna manera —dijo Loren.

—De eso creo que podemos estar seguros —dijo mientras buscaba el asentimiento de sus colegas, todos menos una asintieron, y esta última tomó la palabra.

—Mi nombre es Agar, y yo no estoy tan segura de que una lengua derive de la otra, más bien tiendo a pensar que las dos, nuestra troncal ancestral y la otra más complicada, estarían emparentadas, pero creo que podrían ser contemporáneas, no existen pruebas en contra ni de una cosa ni de la otra.

—En eso tiene razón nuestra amiga Agar, tanto podría ser una cosa como la otra —dijo Alasterín—, pero la mayoría de nosotros piensa que una es anterior, es decir, que una dio lugar a la otra.

—Lo que parece seguro es que las dos son muy antiguas —dijo Loren y todos asintieron.

—Sobre eso, creo que Aquer, tiene algo que decir —dijo mientras unos ayudantes servían vasos de yand templado—. Él, aunque es aún muy joven, es el mayor especialista de los ayas en el pasado más remoto.

Loren le miró por unos instantes intentando adivinar su edad, el tono claro de su piel le delataba, y parecía sentirse incómodo cada vez que alguien le recordaba su juventud, otro signo inequívoco de su temprana edad.

—Sí, bueno —dijo un poco azorado—, sólo se conservan dos inscripciones más de esta lengua. La primera está en una piedra de pizarra, pero el hallazgo está totalmente descontextualizado, nadie sabe de dónde procede. Pertenecía a una familia que lo atesoraba desde hacía varias generaciones y ya no tenían conocimiento de su origen. Aún así, es el que más signos conserva de los tres: quince líneas y casi doscientos cincuenta caracteres. Además de un signo al comienzo del escrito —y enseñó un papel donde aparecía dibujado, dos alas de murciélago inscritas dentro de un círculo—. El otro hallazgo se encontró en la cima de una montaña, es un fragmento de piedra con apenas dos líneas, pero con el interés de que se encontró en unas ruinas. Verá, en toda la cordillera norte existen una serie de plataformas de piedra muy bien trabajadas, hasta el momento hemos encontrado doce, acompañadas de unos edificios. En realidad, de los edificios apenas se conserva una hilera de piedras de la cimentación. A estos yacimientos los llamamos oteaderos, aunque nada sabemos de ellos. He realizado investigaciones en varios —diciendo esto le pasó a Loren unos planos. Por los apuntes, se podía ver que estaban situados en lo más alto de las cimas de las montañas. Para acceder a ellos, Aquer había tenido que escalar en muchas ocasiones. En todos los planos que le dio, el esquema se repetía: una plataforma de piedras, que formaban dibujos regulares, (en un caso formado por hexágonos, en otro con una cruz griega), y en uno de los extremos de la plataforma, lo que parecía haber sido una torre con forma cuadrada o ligeramente rectangular. En las investigaciones no he encontrado nada más que reseñar, solamente la inscripción en uno de ellos. Aún así pienso que todos pertenecen al mismo periodo, aunque es muy difícil concluir nada, pues los restos están contruidos sobre roca y no existe ningún tipo de sedimentación o estratigrafía que pueda contener más restos. Se trata de un callejón sin salida para cualquier investigador.

Después de un minuto de reflexivo silencio, continuó.

—Por eso, el hallazgo que ustedes han realizado en el interior de la montaña es tan importante, allí sí sería posible encontrar más restos que pertenecieran a esa cultura. Me gustaría mucho poder visitar el lugar donde se hallaron los signos y poder explorar sus alrededores.

—Creo que eso se puede arreglar —le dijo Loren—. Por lo demás siento enormemente no haber podido convocar a ningún sabio de mi raza a esta reunión. Como ustedes saben, los humanos estamos pasando por unos tumultuosos tiempos y hubiera sido una imprudencia por mi parte haber convocado a estudiosos de mi raza. Sin embargo, gracias a las notas que nuestro amigo ha recogido —y señaló a un aya, que en un extremo de la mesa escribía muy afanado todo lo que se había dicho en la reunión—, les haré llegar los resultados de esta conferencia. Ellos también se sentirán muy interesados por lo que aquí se ha dicho. Prometo que les mantendré informados de todo lo que vayamos descubriendo.

—Estamos todos de acuerdo —dijo Alasterín— en que esta investigación es la más interesante de cuantas se han llevado a cabo sobre nuestro pasado común. Esperemos que por fin podamos aclarar el origen de nuestras razas. No sabemos nada del pasado remoto, antes de la fundación de Avi—Sadest por los hombres, todo son mitos. Por ello, creo que podemos garantizar a Loren que será prioritario para nosotros el estudio de cualquier hallazgo nuevo que se realice —todos asintieron con la cabeza.

—Gracias a todos por vuestra ayuda —dijo Loren despidiéndose de ellos.

Todos se dirigieron hacia la puerta menos Aquer, que remoloneó lo que pudo para hablar a solas con Loren y Alasterín. Antes de salir por la puerta, el aya que había estado cogiendo notas se acercó a Loren para pedirle instrucciones, Loren le estuvo diciendo algo en voz baja, después el secretario salió de la sala para cumplir las órdenes que le habían dado.

Acercándose a ellos, Aquer les dijo:

—¿Cuándo podré ir a ver el embarcadero?

Loren, extrañado por esa impaciencia tan impropia de la raza aya, miró a su amigo con curiosidad.

—Ya lo ves —dijo Alasterín, acercándose a los arcos con motivos vegetales que les separaban del exterior—, Aquer parece formar parte de una raza distinta. Se ha criado en Camora y ha tratado tanto con humanos como con ayas. A nosotros nos parece algo irritante, pero como te he dicho es el mejor experto en el pasado más remoto. Sin duda creo que también lo es porque a ningún otro aya se le ocurriría prospectar los lugares que él visita, ya has visto los mapas.

—Creo que te llevarás bien con Helan —dijo Loren—. Es mi pupilo, él encontró la inscripción. En ningún momento lo he mencionado, porque creo que debo protegerlo. Como ya sabrás, los gremios pasamos por muy malos momentos. —Aquer asintió demostrando que estaba al día de lo que sucedía entre los humanos—. Me alegro de que estés enterado, pues cuando vengas conmigo tendrás que adoptar una identidad falsa, te harás pasar por un investigador interesado en los sangrai, y no por un investigador del pasado remoto.

—Por supuesto, haré todo lo que me pidas —en eso, pensó Loren, sí representaba muy bien a su raza, Helan jamás hubiera dicho algo parecido. Sintiendo un viento algo más que fresco, los tres se retiraron a las salas más protegidas del edificio.

Una misión trascendental

Capítulo 11

Dobló la esquina con decisión, como quien pasaba por allí habitualmente. Se encontraba en la parte más protegida del palacio del sumo sacerdote. Allí se localizaban las estancias de gobierno y las cámaras particulares del hermano supremo. Muebles ricamente ornamentados, cuadros alegóricos en cada hueco de la pared, sillones dorados con pan de oro... El lujo de las instancias no parecía molestar a los monjes que por allí rondaban y a los cuales se les pedía vivir austeramente.

Se acercó a las puertas lacadas en rojo, con el signo de la Iglesia labrado y dorado entre ellas. Dos guardas flanqueaban la puerta con grandes alabardas y espadas al cinto, eran las únicas armas que se permitían en el palacio. Se trataba de los monjes soldados encargados de custodiar y proteger al gran pontífice, pertenecían a la orden de los pordioseros. Eran antiguos monjes, que habiendo hecho el voto de pobreza, se dedicaban en los primeros tiempos de la Iglesia a mendigar por los pueblos para mantener a las comunidades religiosas. Poco a poco habían ido cambiando su misión y se habían convertido en unos matones, la guardia personal del pontífice y verdadero brazo armado de la organización eclesial. Estaban por encima de los demás monjes, y últimamente parecía la manera más rápida de ascender en la jerarquía de la Iglesia. Seguían manteniendo la frase que les dio nombre, y antes de realizar sus actos de redención por medio de la violencia, seguían diciendo por Dios. Para ellos era muy importante mantener vivas las tradiciones.

Santez ya se permitía mirarles con desdén, pues se sabía por encima de ellos. Los pordioseros se hacían de temer sobre todo en las comunidades más pequeñas y alejadas de la capital. El rey acabó por dejar que fuera el mismo sumo sacerdote quien les controlara y castigara en caso de incumplimiento de la ley. La aplicación de la ley a estos parásitos se había reducido a un dejar hacer y sólo cada cierto tiempo utilizaban a alguno como cabeza de turco en una ejecución sumaria en la plaza central de Ter–Carlak.

El signo de la Iglesia se partió en dos, dejándole pasar por el vano de las puertas. Se arrodilló delante del individuo que estaba sentado en un gran sillón encima de un podio de tres escaños. Detrás de él, unos grandes cortinajes de un rojo sangre enmarcaban la escena, haciendo impresionante la visión de aquel hombre. El sumo sacerdote hizo una seña para que todos los que se encontraban con él en la sala la abandonaran, cosa que hicieron de inmediato. Cuando se volvieron a cerrar las puertas, el sumo sacerdote le hizo un gesto con la mano para que comenzara a hablar.

—Señor, como siempre, tenéis razón —dijo el espía comenzando su informe al sumo sacerdote—. Loren se dirigió directamente a ver a Alasterín. Convocaron una reunión de sabios, y aunque nada ha trascendido se nos hace difícil pensar que se trata sólo de un asunto de sus estudios sobre los sangrai, como quieren dar a entender.

El sumo sacerdote le miraba con complacencia. Aquel sirviente siempre empezaba sus informes con alabanzas hacia él, si seguía trabajando como hasta ahora, no tardaría mucho tiempo en tenerle a su lado, en formar parte de su camarilla más íntima.

—Nos ha sido imposible convencer a ningún aya para nuestra causa, y hemos tenido que eliminar a todos a los que se lo hemos propuesto. Tendremos que cambiar de táctica si queremos avanzar en este asunto —dijo el creyente esperando que su amo y señor le diera nuevas directrices.

—Santez has trabajado bien. —Los ojos de su subordinado parecieron salirse de las órbitas de puro goce. El sumo sacerdote hablaba sin ningún tipo de consideración con sus subordinados y a él lo había llamado por su nombre—. Nos enfrentamos a la prueba más dura que vamos a tener que pasar como creyentes. Está cerca el día en el que nada se interpondrá entre Dios y su pueblo. Pero hasta entonces vamos a tener que realizar algunas cosas de las que

probablemente no nos sintamos orgullosos después. —Sus palabras destilaban hipocresía, más aún cuando hacía apenas unos segundos le habían informado de los asesinatos de los ayas realizados en su nombre. Lo imprescindible para ser un buen creyente era la sumisión y esa lección había procurado siempre enseñarla bien. No pasaba por alto ningún gesto que pudiera contener un ápice de insumisión.

—Podéis contar con mi apoyo personal, si es preciso arderé en las cavernas del maligno por toda la eternidad con tal de servir a Dios y a vos —dijo Santez en un alarde de servilismo que tanto le gustaba a su jefe.

—Siempre he sabido que podía contar contigo, eres el tipo de hombre que Dios desea tener a su lado en estas épocas de incertidumbre y decadencia moral. —Después de una pausa en la que el sumo sacerdote pareció reflexionar continuó—. Creo que he encontrado la manera de conseguir ayuda de los ayas. Existe una secta mística entre ellos, la llaman Rama Dorada. Estos animales consideran que es perjudicial para la pureza de su raza todo contacto con otros seres inteligentes, y aunque pocos, siempre hacen oír sus opiniones cada vez que pueden. Consideran que son una especie de pueblo elegido. Creo que ofreciéndoles algunas bagatelas les podríamos convencer de lo buena que sería nuestra colaboración.

—¿Qué les podríamos ofrecer? —se atrevió a interrumpir Santez a su señor, arrepintiéndose enseguida de lo que había hecho. Este le miró de manera reprobatoria, pero no le dijo nada.

—Les diremos que si conseguimos el poder, crearemos una frontera física entre ellos y nosotros, y prohibiremos todo contacto entre las dos razas. Creo que con eso bastará por ahora. Ya tendremos tiempo de ocuparnos de ellos cuando convirtamos al pueblo de los hombres en auténticos guerreros de Dios.

—Con vos y Dios de nuestra parte la misión de los hombres en el mundo está asegurada. —Santez estaba cada vez más convencido de que no podía haber nadie mejor para guiar el destino de los hombres que el sumo sacerdote.

—Ve y cumple tu misión con diligencia, como hasta ahora. Son pocos en los que puedo confiar estando en mi puesto, demuéstreme que tú eres uno de ellos —dijo alargándole la mano para que se la besara antes de partir—. Mi secretario te dará todos los datos que te hacen falta para cumplir tu misión.

Santez se incorporó, abandonando la postura incómoda en la que había estado durante toda la reunión. Sin darle la espalda ni por un momento, salió de la habitación. Desde que le encargaron el espionaje de las actividades de los gremios, su carrera se había visto impulsada de una manera fulgurante. Cada vez había tenido más hombres bajo su poder, y ahora le encargaban otra misión de gran importancia. No se había equivocado al entrar en la Iglesia como monje.

Se dirigía pensativo por los pasillos del complejo del gran palacio, notando como la gente se apartaba a su paso y le miraban con respeto. Cada vez estaba más seguro en su nueva posición, aunque no se le escapaba el peligro que ahora corría, pues se había convertido en el blanco de las miradas de algunos de los monjes más cercanos al sumo sacerdote. Por eso era tan difícil ascender en la Iglesia, eran muchos los que querían tu puesto y muchos más los que se preocupaban de que nadie ascendiera por encima de ellos.

Capítulo 12

Decepcionado por el repentino final del túnel, Helan no pudo conciliar el sueño. Aunque el descubrimiento del corredor que salía del mar subterráneo era muy importante, se había hecho ilusiones de encontrar una entrada directa desde el exterior de la montaña. Eso supondría un triunfo importante para él, todo el mundo se enteraría del valor real de su trabajo.

Se hacía una idea de donde estaba en el interior de la montaña y sabía la dirección que llevaba la rampa, por lo que le extrañaba que nadie hubiera hablado nunca de un acceso a esa galería desde el exterior, ya que no se trataba de una zona en las alturas más inaccesibles. Debería existir un gran derrumbamiento en la ladera que cubriera toda la entrada. Mientras extraía un poco de carne seca de la mochila, Sabandija le sacó de su ensimismamiento apareciendo de repente sin hacer ruido. Le dio un poco de carne y el animal lo agradeció sentándose por unos instantes a su lado mientras se lo comía.

—¿Dónde has estado? —le dijo mientras le acariciaba—. Seguro que tú también te has llevado un buen chasco con este corredor.

El animal le observaba como si entendiera de verdad lo que le decía. Mientras le miraba, Helan comprendió que su trabajo era más llevadero desde que lo acompañaba el hurón. Poco a poco se había convertido en un compañero insustituible. No sabría explicarlo, pero su relación era muy especial, a veces el animal respondía a los pensamientos de Helan, o al menos eso creía él. Jamás se lo había contado a nadie, temía que pensarán que la soledad estaba afectando a su cordura. Eran pocos los que realizaban el trabajo de prospector en solitario, y menos aún los que lo hacían durante mucho tiempo. El gremio estaba barajando la posibilidad de hacer lo mismo que con el trabajo de ferrón, este era obligado para todos los miembros del gremio durante una etapa de su formación. El trabajo en las ferrerías era el más duro del gremio y el tiempo que se pasaba trabajando en ellas, servía para crear un verdadero sentimiento de pertenencia al grupo, es decir al gremio. Otros gremios también tenían labores que eran obligatorias para todos sus miembros durante las épocas de su formación y a veces durante algunos períodos al año.

—Bueno, será mejor que salgamos, pero antes quiero volver a inspeccionar bien el corredor, no quiero fallar a Loren cuando me pregunte por él, ¡vamos!

Sabandija no se movió, le miraba muy interesado. Helan pensó que Sabandija no quería abandonar la zona, era como si le quisiera decir algo. Se avergonzó un poco cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, pero sabía que debía guiarse por su instinto. Destapó del todo la jaula de nomdu para poder inspeccionar con más cuidado el entorno.

—Vamos —le repitió mientras crecía la iluminación de la galería por el resplandor del capullo de nomdu. Sabandija no se movió ni un ápice.

Cuando la luz estaba a plena potencia, Sabandija se arrimó a un extremo de la galería y desapareció. Helan, se acercó incrédulo al lugar por donde había desaparecido su mascota, hasta que vio una grieta que se abría en la roca por donde había pasado el mustélido. Se agachó para examinarla mejor, guiado por su curiosidad de prospector, a lo mejor había dado con una veta de metal. Desgraciadamente no era así, allí no se apreciaba ningún resto metalífero. Cuando se iba a retirar notó un olor extraño en la cavidad, no era el olor típico de las galerías de la montaña. Metió la cabeza por ella pero no pudo ver nada, sin embargo confirmó su sospecha, el olor venía del otro lado de la grieta. Sacó su piqueta de la mochila y golpeó la pared. Aquello no sonaba como una pared maciza, lo que le animó. Nada perdería por picar un poco, quizás haciendo más grande la grieta podría meter la cabeza y ver si se trataba de otro túnel. En unos cuantos minutos picando había logrado agrandar lo suficiente la entrada como para poder meterse por ella de rodillas. En cuanto entró y dobló un recodo, la grieta se

hizo más grande y le permitió avanzar con más comodidad. En unos metros gateando sintió que la grieta desembocaba en otra sala y al poco logró verla iluminada por su luz.

Salió de la gatera y se incorporó, levantó la luz todo lo que pudo para poder apreciar todos los detalles. No se creía lo que estaba viendo, se encontraba en una sala totalmente rectangular, con las paredes bien trabajadas y el suelo totalmente nivelado. Debía tener unas medidas de seis por tres metros. No supo qué pensar, aquello era más inaudito que el mar subterráneo. En el lado opuesto al que entró, había una puerta cerrada. Cuando se dio cuenta de que se trataba de una estancia que no habían realizado los sangrai, comenzó a sentir miedo. Se sentía como un ladrón al que hubieran pillado «in fraganti». ¿Quién habitaba allí? Si no andaba con ojo se podía meter en un lío. Con mucho cuidado se acercó a la puerta y arrimó el oído para intentar descubrir si había alguien al otro lado. Al no oír nada, se tranquilizó un poco y volvió a echar una mirada a la estancia en que se encontraba. En uno de los lados cortos de la sala, existía un escaño trabajado en la piedra de la pared, que contenía encima lo que parecían los restos de un jergón, aunque daban la impresión que al tocarlos se pulverizarían. Helan no se acercó a él, siguió pegado a la puerta. Entonces, pudo ver que Sabandija dormía plácidamente en un rincón de la sala, mejor que siguiera allí, una preocupación menos para él.

Agarró el pomo de la puerta y sintió el frío metálico del bronce. La otra mano la apoyo en la puerta para empujarla lo más sigilosamente posible. Le sorprendió que el tacto de la puerta resultase áspero, se fijó mejor en ella y lo que había tomado en principio como madera resultó ser piedra, con el aspecto de ser arenisca. Apagó la luz cerrando la jaula con su tapadera opaca, y se dispuso a empujar la puerta para descubrir lo que había al otro lado. Para su sorpresa, la puerta era mucho más ligera de lo que cabría esperar y con una sola mano la movió sin ningún problema. Acercó el ojo a la rendija, pero no pudo ver nada, fuera estaba todo en absoluta oscuridad. Esperó un segundo intentando oír algo, pero sólo pudo escuchar su propia respiración acelerada y entrecortada. Qué demonios, pensó, y abriendo la puerta salió al exterior, destapó la jaula de nomdu y vio que se encontraba en un corredor de unos cuatro metros de ancho, en las paredes cada pocos metros podía ver puertas semejantes a la que había abierto. Atónito por lo que estaba viendo, y casi involuntariamente, gritó:

—¿Hay alguien aquí? —y el primer y último sorprendido por el grito fue él.

Nadie le contestó y el silencio le pareció de verdad un silencio sepulcral, ¿desde cuando no pisaba nadie aquel corredor? Estaba seguro que era el primero que lo hacía en mucho tiempo.

Capítulo 13

Comenzaron su viaje antes del amanecer saliendo de Ter–Carlak por el camino del este. A Santez le acompañaba su asistente particular, encargado de llevar dos mulas con todo lo que necesitaban para el viaje. Aquel hombre le servía desde hacía mucho tiempo y sabía cosas de él que nadie más conocía. Pensando en ello, Santez cayó en la cuenta de que su asistente sabía demasiadas cosas, cosas de las que alguien de su recién estrenada posición no debería sentirse orgulloso. Acababa de firmar la sentencia de muerte de su asistente y no sintió ningún tipo de remordimiento. Se trataba de los designios de Dios, pues no permitiría que su más ferviente servidor pudiera sufrir ningún contratiempo por culpa de su pasado, un pasado lleno de manchas para alguien que aspiraba a la santidad. Como al sumo sacerdote le gustaba decir, «los designios del hacedor son inescrutables, y sólo nosotros, sus más fervientes servidores sabemos interpretarlos en su justa medida».

En el camino de vuelta de la misión, cuando ya no le hiciera falta su asistencia, seguro que encontraba algún momento propicio para llevar a cabo los deseos de Dios. Sin darse cuenta, estaba mirando fijamente a su criado y este le miraba intrigado, como si sospechara algo de lo que estaba pasando por la cabeza de su señor.

—Sabes, Yirdan —le dijo tras los segundos que habían transcurrido mientras mantenían las miradas fijas el uno en el otro—. Después de las últimas misiones que he realizado, he ascendido en la jerarquía de la Iglesia y creo que tú también te mereces un ascenso, cuando regresemos, veré qué se puede hacer.

—Gracias, señor —le contestó Yirdan, más que extrañado, pues sabía que su jefe jamás le había agradecido de ninguna manera los servicios prestados. Retiró rápidamente la mirada de su único ojo de su amo, para que no viera reflejado en su cara las sospechas que aquello había despertado en él. El resto del camino fue mirando hacia el suelo reflexivo. Su largo pelo castaño, le tapaba la cara y una gran cicatriz le atravesaba el rostro enmarcando la cuenca vacía de su ojo derecho. Su amo no se dio cuenta de su preocupación.

Después de varias jornadas de camino hacia el sureste, llegaron por fin al río Tar, que era la frontera en aquella zona entre el territorio humano y el territorio aya. Esperaba poder internarse en el bosque que habitaban los ayas seguidores de la secta de la Rama Dorada antes de que alguna patrulla aya le parara. Hasta el momento, todos los ayas con los que se había cruzado, tan sólo le habían deseado buen viaje. Si aquellos seres eran tan confiados, no le resultaría muy difícil a la Iglesia acabar con ellos cuando tuvieran el poder necesario y él en persona esperaba poder comandar a la fuerza encargada de realizarlo.

El territorio de los ayas se diferenciaba bastante del territorio de los humanos: para empezar, los ayas no formaban grandes poblaciones, la gente se repartía por el territorio en granjas regentadas por varias familias. Eran muy pocas las ciudades dignas de ser llamadas así en todo el territorio aya. Los campos de labor se esparcían por aquí y por allá, casi pidiendo perdón a la vegetación autóctona por quitarle espacio. Las familias acababan convirtiéndose en extensas al igual que su forma de explotación de la tierra.

—Este territorio está mal explotado —sentenció Santez.

—Desde luego señor —dijo Yirdan, pues sabía que cuando su señor decía algo parecido, no esperaba comenzar una conversación, simplemente esperaba una adhesión incondicional a sus ideas.

—Estas tierras, bien trabajadas, podrían albergar una población diez veces mayor de la que ahora tienen. —Después de permanecer unos instantes en silencio añadió—: administrando bien la península podremos hacer que el reino de los hombres vuelva a ser lo que fue en otra época. Estos estúpidos seres están desperdiciando los recursos de su territorio. —Yirdan le miraba de reojo—. Hacer eso es una afrenta directa contra Dios.

Una tarde, mientras galopaban por un camino especialmente pedregoso, una de las mulas, perdió una herradura. Antes de decidirse a pedir ayuda en la granja más cercana, Santez estuvo a punto de deshacerse del animal por no llamar la atención, pero le pareció que si los ayas eran tan confiados como a él le parecían, no había ningún peligro para la misión por buscar un herrero, además probablemente llamaría más la atención si se deshacía del animal.

—Perdone —dijo Santez al primer aya que se cruzó con ellos. Era de mediana edad y llevaba de las riendas un enorme lantar bípedo, que se inquietó un poco cuando se acercó a las caballerías de los humanos—. Necesitamos un herrero para nuestra mula, ¿hay alguno en esta comarca?

—No exactamente —le dijo el aya—, en realidad, no hay nadie que sea herrero exclusivamente, pero en cualquier granja de los alrededores le pueden volver a herrar el animal. —Después de una pequeña pausa dijo—: Si quieren síganme, yo mismo les ayudaré, en nuestra granja tenemos un pequeño taller.

—Muchas gracias, no habiéramos podido seguir nuestro camino con la mula así —y rodeándose hacia Yirdan le dijo en voz baja para que el aya no le escuchase—: espero que no quiera sacar tajada de la situación.

Le siguieron durante unos kilómetros, y Santez intentó en varias ocasiones establecer una conversación con el aya, siempre intentando parecer educado.

—Lleva un animal precioso —dijo refiriéndose al lantar bípedo cobrizo, que el granjero llevaba por las riendas.

—Sí, es el semental de la granja.

—No entiendo mucho de estos animales, pero parece magnífico.

—Lo es —dijo el aya y volvió a guardar silencio.

—¿Cuánta gente vive en la granja?

—Veinticinco personas.

—¿Tienen muchos lantares?

—Treinta y siete.

Santez se sintió incómodo, últimamente se había acostumbrado a que todo el mundo se desviviera por complacerle, y aquel ser le respondía sin ningún entusiasmo y de forma lacónica. Acercándose a Yirdan le susurró:

—Está claro, que la condición de simple no sólo se puede aplicar a los campesinos humanos.

Cuando les divisaron desde la granja, cuatro niños pequeños se dirigieron hacia ellos. Su estatura y su color pardo blanco amarillento delataba su temprana edad. Al alcanzarlos, saludaron al aya y se mantuvieron por detrás, sin hacer nada que pudiera molestar a los que con toda seguridad, iban a ser sus invitados. Llegaron a la entrada de la valla que rodeaba la granja, los niños se apresuraron a abrir la puerta, lo hicieron como si fuera una función que tenían que realizar ellos. Después uno de ellos se adelantó al resto y entró en la granja, para avisar a los mayores de la llegada de visita.

El edificio de la granja tenía forma de U abierta hacia la entrada principal. Tenía dos plantas y en su construcción habían utilizado barro, con vigas de madera en los muros, conformando cuadrados con equis inscritas. El tejado estaba hecho con retamas de la zona. De las edificaciones salieron varios ayas al patio central. Santez se bajó del caballo y realizó una reverencia algo teatral, intentando que desde un principio se advirtiera que se trataba de un personaje de cierta importancia. El aya que les había acompañado les señaló una dependencia en uno de los brazos de la U, donde se encontraba un pequeño taller de herrería en el que los granjeros realizaban pequeñas reparaciones.

—Me tendrás que dejar una de las herraduras de la mula para ver cómo es —dijo el granjero mientras se ponía un mandil de cuero que colgaba de un clavo en una columna de madera.

—Por supuesto, —y dándose la vuelta le indicó a su criado que trajera la mula—, mi criado está a tu disposición, mándale todo lo que quieras y el te obedecerá. —Dicho esto, se dio la vuelta y

salió del pequeño taller, como si ya hubiera estado demasiado tiempo en una dependencia tan poco noble.

Salió al patio con las manos en la espalda, mirando a todos los lados como si estuviera allí dando un paseo. Uno de los ayas más oscuros de la granja se acercó a él cojeando. Su vestimenta era sencilla: un pantalón y una chaqueta de color verde, que habían tenido sus mejores años hacía mucho tiempo. Enseguida descubrió algo que le diferenciaba de los demás.

—Perdone si le hemos ofendido en algún momento —dijo—. Mis compañeros jamás han tratado con humanos y no saben qué es lo correcto y qué no. Por eso se presentan ante usted tan parcos, espero que no lo interprete como una desconsideración por nuestra parte.

—Desde luego que no —dijo Santez sorprendido por la aclaración del ser—. Yo tampoco he tratado con muchos de su raza y espero no molestarles de ninguna manera.

—Aunque no se lo crea es difícil molestar a un aya.

—Usted sin embargo sí parece haber tratado con humanos.

—Sí, serví durante varios años como ayudante de un general de nuestro ejército acantonado en Camora. Allí trataba a diario con soldados humanos, realicé varias patrullas con ellos por la frontera, y también en más de una ocasión he luchado a su lado.

—Tienen ustedes aquí una granja muy hermosa —dijo Santez ya más tranquilo, por fin iba a poder obtener algo de información de primera mano de aquellos seres.

—No es la más grande de la zona, pero estamos muy orgullosos de ella, sobre todo de nuestros lantares. Sígame, le enseñaré nuestros ejemplares, creo que a Espino le va a llevar bastante tiempo realizar su herradura. —Viendo la cara de fastidio que puso Santez, el anciano le dijo—: no se preocupe, esta noche la pasaran con nosotros y mañana podrán seguir su camino.

—Se lo agradezco mucho, me vendrá bien descansar bajo techo.

Siguió a su anfitrión por la granja. Llegaron al lado corto de la U, y pasando por un arco que atravesaba el edificio se acercaron a una gran puerta de madera roja. El anciano aya la abrió e invitó a Santez a pasar. Accedieron a un gran recinto vallado al fondo del cual se encontraba un edificio que alojaba la cuadra de los lantares bípedos. En el recinto vallado varios lantares corrían libres. Los pelajes de la mayoría eran cobrizos y rojizos, presentando algunos, manchas blanquecinas.

—Son los lantares típicos del sureste de la tierra de Longonar, donde estamos. Por su gran tamaño, eran los más apreciados por el ejército, hasta que se estableció la prioridad de protección en la frontera norte. Ahora prefieren a los lantares de montaña, se ajustan mejor a las nuevas necesidades.

—Sí, la frontera norte ha sido siempre nuestra prioridad —dijo Santez, con el deseo de alargar la conversación sobre ese tema—. Los rankog están últimamente muy activos, les hace falta otra cura de humildad como la que les dimos hace ahora... ¿treinta años?

—Treinta y seis años para ser exactos —le corrigió el anciano granjero—, tuve el honor de estar allí. Pero no creo que vuelvan a repetir una estupidez como aquella. Les quedó claro que no podían hacer nada en un ataque frontal, los pasos de montañas están muy bien defendidos. Tenga por seguro que la próxima vez que las tribus se unan para realizar un ataque no va a ser como la última ocasión.

Continuó durante algún tiempo la conversación, pero Santez no se enteró de nada que no supiera ya. O aquel ser era un mentiroso profesional o realmente no ocultaba nada. En realidad, estaba claro que no ocultaban nada, Santez se dio cuenta de ello cuando entendió que aquellos seres no le miraban de la misma manera que él lo hacía. La diferencia fundamental era que los ayas no le veían como una amenaza, era un aliado, mientras que él no había dejado de sentirse como un espía en terreno enemigo desde que comenzó su viaje por territorio aya.

Les llamaron para cenar y Santez se decepcionó un poco cuando no le ofrecieron un lugar de honor en la mesa, y por si fuera poco sentaron a su lado a Yirdan. El criado le miraba como

disculpándose, pero realmente no sabía qué hacer. Él estaba más incómodo que su amo, pues sabía que se lo tomaría como una afrenta personal.

El comedor era amplio, con una gran chimenea en una de las paredes. Una mesa enorme ocupaba todo el espacio central, y a la hora de tomar asiento, Santez se fijó en que no había sitios establecidos, cada uno se sentaba donde quería, y el último que llegaba se sentaba en el sitio que quedaba libre. Para su sorpresa le dijeron que se turnaban en la función de la cocina, por lo que se dio cuenta de que a los que había confundido al principio con los criados, eran miembros de pleno derecho de la familia.

Cuando terminaron, el anciano les invitó a seguirle a la «sala de juegos». La sala era una estancia tan grande como el comedor, en realidad estaba situada inmediatamente encima de éste. Un fuego ardía en el centro de la habitación, cubierto por una gran campana de cobre. En semicírculo, alrededor del hogar, existía una pequeña grada de cinco peldaños, haciendo que la mitad de la habitación tuviera una altura distinta que el resto. En los dos lados largos de la sala, unos grandes ventanales debían de hacer que la sala fuera muy luminosa durante el día. Al fondo, en la altura más baja de la estancia, en una mesa pegada a la pared, había varios ayas ocupados, algunos leyendo, uno parecía que llevaba las cuentas de la granja y otro estaba ocupado en lo que parecía un cuadro en miniatura. Saltaba a la vista que los ayas eran muy hacendosos.

Le invitaron a sentarse en la grada y para su desdicha, tuvo que aguantar a un aya de mediana edad que cantaba acompañándose con un instrumento de cuerda. Después le tocó el turno a una hembra de edad ya avanzada, que les leyó lo que parecía ser un poema en un idioma de la zona, pues Santez sólo entendió algunas palabras sueltas del idioma franco que utilizaban los ayas.

Se le hizo insoportable aquella velada, después de la cual, un muchacho les guió al exterior hasta una dependencia que salía directamente al patio, en el segundo piso. Allí había dos filas de camas, en total ocho, y al fondo un fuego que habían encendido para ellos. Debía tratarse de la habitación que dedicaban a las visitas. Cuando el muchacho les dejó, Santez eligió una de las camas que estaban más cerca de la chimenea, y vio que Yirdan le miraba esperando instrucciones.

—Tú acuéstate en la cama que está más cerca de la puerta y vigila que no entre nadie por la noche.

—Está bien señor —dijo obedientemente Yirdan, pensando que le daba igual lo que dijera su señor, en cuanto se acostara en la cama se quedaría dormido como un tronco. Los ayas le habían parecido unos seres sorprendentes, pues parecían llevar una vida simple, donde todos eran iguales y cada uno realizaba un trabajo para los demás. Todo esto, sin anular sus individualidades como había podido comprobar en la velada que siguió a la cena.

Capítulo 14

Aquer miraba todo con curiosidad, desde las caravanas de mercaderes a las granjas que se iban encontrando por el camino. Loren sabía el trabajo que le costaba a su compañero no estar constantemente preguntando por las cosas que veía, le recordaba a un niño pequeño con su inagotable curiosidad. Como le había dicho Alasterín, Aquer era raro para ser aya. Cabalgaba sobre un lantar bípedo grande, y no eran pocos los que se paraban para verlo cuando atravesaban algún pueblo. Estaba impaciente por ver Ter–Carlak, pues nunca había tenido la oportunidad de visitarla. Tiran iba más callado que nunca conduciendo la carreta. Según se acercaban a la ciudad, se volvía más taciturno.

—¿Cómo es él? —preguntó, casi disculpándose, a Loren, que iba cabalgando al lado de la carreta.

—¿A quién te refieres? —dijo Loren torturando al joven, pues de sobra sabía que se refería a Helan.

—Mi compañero, el humano con el que voy a trabajar en los túneles de la montaña —dijo, mientras Loren le miraba divertido.

—Se parece más a ti de lo que jamás querrá reconocer, es cabezón como buen hijo de herrero, prefiere la compañía de su hurón a la de la mayoría de las personas, es tímido, algo cortante con los desconocidos, aunque una vez que tengas confianza con él llega a ser afable de verdad. Nunca ha querido que nadie le acompañara en sus exploraciones. En fin, estoy seguro que os llevaréis bien —dijo mientras miraba de reojo al joven aya.

—Ya veo —dijo Aquer con preocupación.

—Oh, no te preocupes, es tan buena persona como su padre y concienzudo en el trabajo como su madre. Cuando se le conoce se le llega a apreciar de verdad y si llegas a hacerte su amigo, lo será para el resto de tu vida —dijo Loren.

Cuando aún estaban a una jornada de distancia, apareció ante la vista de los viajeros el perfil de las montañas que estaban a la espalda de Ter–Carlak. Tres picos impresionantes se alzaban dividiendo el dentado horizonte en dos.

—El pico central, es donde Helan ha descubierto el mar subterráneo. Contra la ladera de esa montaña se encuentra Ter–Carlak, capital del reino, actual sede de gobierno de los humanos —dijo Loren con aire de nostalgia.

—Mi pueblo también está confinado en la península, como los humanos —dijo Aquer.

—Pero tu pueblo nunca se ha extendido fuera de esta península, seguís en vuestro reino originario, los hombres se extendieron por las llanuras del continente, fuimos la raza más poderosa de este mundo, y ahora miranos, confinados en esta península y temerosos del castigo de los dioses que nosotros mismos hemos creado. No, Aquer, los hombres en su historia jamás han estado peor y temo que las defensas del norte no aguanten para siempre. —Al ver la tristeza que había provocado en su joven amigo dijo—: al menos no estamos solos, tenemos muy buenos amigos que nos ayudan —arrancó una sonrisa de Aquer, éste le miró y dijo:

—Nosotros los aya, no estamos tan unidos como damos a entender —Loren le miró interesado—. En nuestra sociedad hay quien lleva tiempo hablando en contra de la colaboración con los humanos, hay incluso quienes creen que sería preferible dejar pasar a los rankog para que acaben con vosotros, piensan que después de la tempestad todo llegaría a ser como antes, mientras que con vosotros, las cosas nunca serán como antes.

—Algo de lo que dices, creo que Alasterín lleva tiempo intentando decírmelo, pero no tenía ni idea de que la cosa estuviera tan mal.

—En realidad, se ha producido poco a poco —dijo un poco avergonzado—. Quienes mantienen esa postura son minoría, pero en algo tienen razón, las cosas no serán jamás como antes, como

cuando toda la península era nuestra y el aislamiento estaba garantizado. Si piensan que sería mejor con los rankog están muy equivocados.

Ciertamente Aquer era distinto a los otros aya que conocía. En los años que hacía que conocía a Alasterín, este jamás había hablado tan abiertamente con él. Ahora entendía por qué su amigo quería mantener a toda costa el tratado de no intervención en los asuntos internos. Los partidarios de romper relaciones con los humanos utilizarían cualquier excusa para alcanzar sus objetivos. En otra cosa que su amigo no se equivocaba, era en la madurez que demostraba aquel joven.

—Mira —dijo Loren señalando hacia la base de la montaña—si te fijas bien, ya se pueden distinguir las torres de la parte más alta de la ciudad. Descansaremos en una posada y mañana comerás en mi casa de Ter—Carlak.

Aquer esforzaba la vista entre las brumas del atardecer para adivinar el perfil del castillo del rey en la parte más alta de la ciudad, pero si no lo habías visto antes, era difícil de distinguir al confundirse contra la montaña que se encontraba detrás.

Llegaron a la posada ya oscurecido y Aquer ayudó a Tiran a llevar las monturas al establo. Cuando regresaron, Loren les esperaba sentado en una mesa con tres jarras de cerveza.

—¿Crees que hay posibilidades reales de encontrar restos antiguos en el lago? —dijo Loren.

—No estoy seguro —le respondió Aquer—, si en ese mar subterráneo hay crecidas, cualquier resto habrá sido arrastrado a las profundidades, pero en las galerías cercanas es posible que aún exista algo. Ten en cuenta que estamos hablando del pasado remoto de nuestras razas. Se creía que hasta la fundación de Avi—Sadest por la dinastía de los emeridas, los hombres habían vivido en la barbarie.

—Lo sé, ahora sabemos que simplemente se recuperaban de algún tipo de hecatombe que los había reducido a ese estado de barbarie —dijo Loren—. Aún no entendemos bien qué pasó en ese pasado remoto, pero sí sabemos que estaban mucho más avanzados tecnológicamente que nosotros.

—Eso es muy discutible —dijo Aquer—. Apenas conocemos unas edificaciones de alta montaña y algunos retazos de su escritura, no creo que de eso podamos inferir que su desarrollo tecnológico era más avanzado que el nuestro.

Loren le miró fijamente y le dijo:

—Créeme cuando te digo que sí lo sabemos, los gremios tenemos algo más que indicios para pensarlo.

Aquer le miró esperanzado, confiaba plenamente en la palabra de Loren. Aquello le confirmaba las expectativas que se había creado con el viaje.

—Espero que algún día me puedas hacer partícipe de esos «algo más que indicios». —Loren miró para otro lado dando por concluida la conversación, Aquer no insistió más.

Mientras cenaban, Tiran vio a alguien por la ventana que le hacía señas, salió de la posada para hablar con él y estuvo el rato suficiente como para que se le enfriara la cena. Cuando volvió, le comentó algo al oído de Loren. Aquer extrañado le preguntó.

—¿Hay algún problema?

—No, ninguno, era un emisario de mi secretario para ponerme al día y comentarme que podemos entrar en la ciudad sin problemas.

Aquello hizo pensar a Aquer en la situación que se vivía en las comunidades humanas. Le aterrorizó la perspectiva de que se pudiera llegar a eso en la sociedad aya por culpa de los fanáticos de la Rama Dorada. También en su país, aunque de una manera muy lenta, estaban logrando cada vez más adeptos.

Capítulo 15

En el linde de la granja hacia el este se podía ver el inicio de un bosque. Santez ya estaba preparado para seguir su camino. Fingió indignación cuando los aya no quisieron cobrarle nada.

—¿Es aquel el bosque Antiguo de Longonar? —preguntó Santez al anciano, señalando con el dedo hacia el bosque que se advertía a lo lejos.

—No se ve desde aquí —le dijo su anfitrión, apoyado en la valla de madera cuidadosamente pintada de rojo—, aquello es el inicio del bosque de Longonar, el bosque Antiguo está hacia el sureste, es la parte más vieja y profunda de ese bosque, —y haciendo un gran esfuerzo para no parecer descortés, se situó cojeando a su lado y le preguntó—: ¿te diriges hacia allí?

—Sí —dijo lacónicamente Santez.

—No sé si serás bien recibido, —y después de una pausa durante la que el aya creyó examinar por primera vez a Santez dijo—: ¿Sabes quién vive allí?

—Sí —y añadió resueltamente—, es a ellos a quien quiero ver.

La cara del aya reflejaba una curiosidad como jamás había visto Santez en un ser de su raza, por lo que decidió arriesgarse, e intentar sacarle toda la información que pudiera sobre los miembros de la Rama Dorada.

—Quiero conocerlos mejor, yo también soy una persona religiosa, como ellos. Mi superior en la Iglesia opina que podemos aprender mucho los unos de los otros. Por eso me dirijo hacia allí.

—Bueno, vosotros sabréis lo que hacéis. De todas formas, deberías tener cuidado una vez que te internes en el bosque —y mirando hacia el cielo dijo—: estos últimos días hemos visto sobrevolar a varios granrok, además, las colonias de quinimus, parecen estar otra vez en guerra. Id con mucho cuidado.

Santez estuvo unos instantes pensando que aquellas advertencias sólo pretendían que no prosiguiera con su viaje, pero enseguida descartó esa idea. Los ayas no eran tan sutiles y si querían decir una cosa la decían directamente. Se subió a su caballo y desde arriba le preguntó al aya.

—¿Te refieres a los quinimus blindados?

—Sí, me olvidaba que vosotros los conocéis como seres solitarios. Sí, son los blindados, los que viven en colonias, tienen una cultura muy simple comparada con las nuestras. En ciertas épocas del año comercian con nosotros, pero hace varios meses que no sabemos nada de ellos. Hay rumores de que están en guerra con las tribus que viven en las montañas —dijo mientras señalaba con el brazo extendido la montaña que se divisaba hacia el sureste.

—Gracias por todo, y tendremos mucho cuidado —dijo Santez poniendo en marcha su caballo y diciéndoles adiós con la mano. En ese momento, apareció una aya con un paquete que les entregó, diciéndoles que eran vituallas para el camino. Santez se lo agradeció con un gesto de la cabeza y siguió su camino seguido por su criado.

No dijeron nada durante un largo rato. Cuando desaparecieron de la vista de la granja, Santez tiró al suelo el paquete que le habían dado. Yirdan miró el paquete en el suelo, sintiendo rabia por el comportamiento de su amo. Con seguridad los granjeros encontrarían tarde o temprano el paquete, Yirdan se sintió muy incómodo. Aquellos seres no se merecían ser despreciados por muy inferiores que se les considerase.

Avanzaron por el valle hasta el bosque. A Yirdan le gustaba aquel paisaje apenas poblado tan distinto de las zonas rurales humanas, no daba la inhóspita sensación de los grandes terrenos de secano humanos. Parecía que a lo lejos se cerraba el valle, pero sabían por los mapas que no era así. En el extremo sureste y cuando la sierra de los Vientos más se acercaba a las montañas de Longonar, el valle volvía a ensancharse formando un relieve de lomas que llegaba hasta el mar. Toda esa llanura estaba ocupada por el bosque, y en la región más recóndita se encontraba el bosque Antiguo de Longonar hacia donde se dirigían.

No quitaban la vista del cielo y cualquier sombra les ponía nerviosos. Ambos conocían bien las historias que se contaban sobre los salvajes granrok y no tenían ganas de comprobar hasta qué punto eran ciertas. Se decía que antiguamente, en algunas ciudades existía una guardia permanente de arqueros que vigilaban durante todo el día los cielos para evitar que las bandadas de granrok, atacaran a los ciudadanos desprevenidos. Decidieron pasar la noche acampados en la entrada del bosque, al abrigo de las primeras hileras de árboles pero sin perder de vista la zona del valle en la que aún se veían las explotaciones agrícolas de los ayas. Era como si quisieran retrasar la parte más inquietante de su viaje.

Se despertaron sin ninguna novedad y después de tomar el desayuno, no tardaron en estar preparados para partir. A Yirdan se le encogía el corazón al pensar que se tenía que internar en aquel bosque ancestral. La parte en la que estaban ya le parecía un bosque viejo y amenazante, y no quería imaginarse ni por un momento que aspecto tendría el bosque Antiguo. Y no sólo era el bosque, ¿Quiénes eran aquellos ayas a los que iban a ver? El granjero les había dicho que dudaba mucho que los recibieran de forma amigable y empezaba a temer el encuentro con ellos. Se dirigían al lugar más sagrado de los adeptos de la Rama Dorada. Pensó por un momento ¿cómo se tomarían los monjes del monasterio de Illu que dos viajeros ayas, herejes, aparecieran dentro de sus sagrados muros? El único motivo que tenía para seguir adelante era el miedo a su amo, pero este no le había hecho partícipe de sus objetivos, se jugaba la vida sin conocer el motivo.

Caminaban, después de medio día de marcha, por lo que parecía ser un sendero que se dirigía hacia el este. Grandes robles ocupaban aquella parte del bosque, con una presencia física casi asfixiante. La capa de hojas tapizaba todo el suelo y a veces tenían que prestar mucha atención para no perder la senda por la que iban. Santez y Yirdan comenzaron a sentirse cómodos, por un momento olvidaron que se encontraban en una zona llena de peligros y se sintieron como si estuvieran dando un agradable paseo por algún bosque cercano a Ter-Carlak. La luz intimista de la estación ayudaba a ello. Llegaron a mantener por unos momentos una conversación sin que Santez sacara a relucir su superioridad sobre él.

Un chirrido aterrador les trajo de golpe a la realidad del bosque desconocido por el que andaban. Jamás habían escuchado algo así, pero no hizo falta que nadie les dijera de qué se trataba, un granrok estaba cerca. Se aproximaron a sus caballos que andaban a su lado y se quedaron quietos para intentar localizar de dónde venía el sonido. Como no volvieron a oír nada, retomaron la marcha. Ahora les parecía que hacían mucho ruido al andar, el sonido de los cascos de los caballos y de las mulas les pareció que se oiría a cientos de kilómetros de distancia. Desde el camino divisaron un claro y cuando se acercaron pudieron ver que en el centro había un enorme carnero arador. Examinaron los alrededores y no vieron a nadie, el animal parecía pacer tranquilamente. Con sus grandes cuerno planos removía la tierra que se encontraba a su alrededor en busca de raíces y tubérculos.

—Yirdan, —dijo Santez— ese carnero arador parece haberse perdido. No parece haber ninguna granja cerca. Si logramos cogerlo, será nuestro. —La codicia que llevaba dentro Santez, asomaba por sus ojos, que abiertos de par en par, miraban fijamente al animal.

—Sí señor —dijo Yirdan que entendía perfectamente a su amo, sabía que éste no perdería la oportunidad de hacerse con una ganancia fácil. En cuanto al «nuestro», sabía que se refería sólo a que sería él quien le atrapara. A la hora de repartir las ganancias, no vería ni una moneda.

—Nos acercaremos despacio, tú, rodea el claro y dirígete a él desde el lado contrario al que nos encontramos ahora —dijo mientras ataba su caballo a un árbol, Yirdan hizo lo mismo y comenzó a rodear el claro.

Santez esperó a que su criado apareciera por el lado contrario al suyo. Cuando le vio aparecer, comenzó a acercarse al animal intentando no asustarle y no adelantarse a su criado, si el animal embestía, prefería que lo hiciera hacia su criado. La bestia removía la tierra tranquilamente

cuando Yirdan le alcanzó y acariciándole la cabeza, lo agarró con fuerza por el cuello mientras le ponía una soga alrededor de la cabeza. De forma triunfal levantó las manos para avisar a su señor de que lo había logrado, cuando extrañado se quedó mirando los cuartos traseros del animal. Inmediatamente alzó la cabeza como si buscara algo entre los árboles. Santez le alcanzó. —¿Qué te pasa? —dijo con excitación, esperando algún problema que no había sido capaz de ver.

—Mire —le dijo mientras le señalaba la pata trasera del animal, que estaba atada a una estaca para que no pudiera escapar del claro. La hierba alta ocultaba la estaca hasta que se estaba a la altura del animal.

—Bueno, dijo Santez, si su dueño no está cerca... —una serie de horribles silbidos provenientes del cielo interrumpieron lo que estaba diciendo y entendió lo que su criado le intentaba decir. Aquel no era un animal dejado allí para pastar mientras su dueño se dedicaba a otros quehaceres, aquel animal era un cebo. Se le erizaron los pelos de la nuca cuando entendió para qué presa estaba hecha aquella trampa. No le dio tiempo a pensar más, se dio la vuelta y echó a correr hacia la protección de los árboles, pero tropezó y pudo ver como media docena de granrok se abalanzaron contra ellos desde el cielo. Los grandes reptiles voladores, se caracterizaban por su enorme cabeza y su gran pico córneo en forma de cizaña. Su color rojo les hacía fácilmente reconocibles. En aquel momento, una lluvia de flechas y dardos, voló desde los árboles que delimitaban el claro. Ningún reptil volador llegó al suelo vivo, cayeron como piedras al suelo, con tan mala suerte, que uno le calló directamente en la cabeza a Santez, dejándole inconsciente.

Capítulo 16

Después de unos instantes sin saber qué hacer o hacia dónde ir, Helan, se decidió por avanzar hacia la izquierda. El pasadizo era muy largo y con la luz que llevaba no podía ver el final. Dejó abierta la puerta, por la que había salido, de par en par y avanzó con precaución, casi con miedo. Vio puertas como la que le había dado acceso al corredor. Al principio entró en varias de las estancias, pero todas eran parecidas. El suelo estaba totalmente nivelado, las paredes del corredor estaba perfectamente trazadas, por un momento perdió la noción de donde estaba y pensó que se encontraba en un pueblo humano, una noche sin luna. Ya no tenía ninguna duda, se encontraba en una especie de poblado debajo de la montaña.

Supo que el abandono del poblamiento se había hecho despacio, sin ninguna prisa. Las gentes que lo poblaron no tuvieron que huir rápidamente de alguna amenaza. Si se hubieran tenido que ir precipitadamente, habría encontrado más restos de cosas abandonadas, enseres pesados, o restos de algún tipo de destrucción que no se veían por ningún lado. Algunas fachadas estaban decoradas con bajorrelieves que le recordaban a los que había visto en el pasadizo que subía desde el mar. Ahora caía en la cuenta de que el pasadizo que subía desde el mar probablemente llegaba hasta la ciudad y no al exterior de la montaña.

Contó cuatro calles más pequeñas que desembocaban en la que iba recorriendo, todas salían desde la derecha, por lo que pensó que iba por una calle perimetral del poblado. Poco a poco pretendía hacer un plano mental del poblado, para después plasmarlo y presentárselo a Loren. La quinta calle que encontró, también partía de la derecha, pero ésta a diferencia de las otras, era tan ancha como la que recorría. Decidió explorarla, era completamente perpendicular a la que le había llevado hasta allí. De esta nueva calle, partían otras más pequeñas tanto por la derecha como por la izquierda. Se internaba un poco por cada una de ellas, pero daba marcha atrás enseguida y volvía a la más importante, no quería perderse callejeando, antes quería recorrer aquella increíble población por las calles principales, que le permitirían hacerse una idea general de la extensión del despoblado.

Sabandija le alcanzó y se encaramó a él, parecía asustado por aquellas calles. Cuando llevaba un rato andando, vio una fachada que era distinta a las que había visto hasta entonces, ya que en parte estaba construida. Hasta ese momento, todas las paredes que había visto estaban excavadas en la montaña. Además la fachada tenía por lo menos el doble de altura que el resto, y fue entonces cuando se fijó que el techo de las galerías había ido creciendo en altura a la vez que se adentraba por aquella calle. Ahora las casas tenían dos plantas, y un poco más adelante, pudo ver unas enormes arcadas, superpuestas en tres pisos, cercando una plaza que se encontraba delante de un edificio con una gran escalinata. Las puertas de aquella zona eran distintas, pues todas tenían vanos labrados en la roca, la factura era mucho más cuidada y ostentosa. Cada pocos metros en toda la ciudad, existían en las paredes soportes, apropiados para albergar algún tipo de iluminación, iguales que los que ya había visto en la galería ascendente desde el mar subterráneo.

Atravesando los arcos, entró en la gran plaza. En todo el tiempo que llevaba prospectando los túneles, este era el espacio abierto más grande que había encontrado. Allí había un gran número de personas. Se le hacía difícil pensar que se encontraba debajo de tierra, con todo aquel espacio «abierto» rodeándole. En la plaza, al lado contrario del edificio de la escalinata, había una gran puerta de dos hojas. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de moverlas ni un ápice, estaban selladas. Hacia el lado de la puerta el techo volvía a bajar en altura, la cubierta era una gran cúpula que albergaba a toda la ciudad bajo ella. Ya no le había ninguna duda de que lo que había encontrado era una ciudad de gran tamaño. Por las construcciones que había visto hasta el momento, le resultaba claro que detrás de su realización tendría que haber una sociedad organizada de forma compleja, no se trataba de algo que pudiera hacer una tribu

pequeña, aquellas personas no tenían nada que envidiar, en cuanto a organización del trabajo, a los gremios humanos y tecnológicamente, sin duda, estaban mucho más avanzados que los gremios.

Se acercó al edificio de la escalinata y sacando su bloc de notas, hizo un tosco plano de lo que conocía hasta entonces de la ciudad. La escalinata del edificio estaba interrumpida por una gran plataforma que serviría para dirigirse a la multitud que se congregara en la plaza. Estaba cansado y decidió explorar el edificio de la escalinata, después buscaría un lugar para dormir. Por un momento pensó que sería mejor dormir dentro de un edificio antes que a la «intemperie», la ocurrencia le resultó divertida y se dispuso a buscar un edificio para sentirse más seguro. La entrada de acceso al edificio, se encontraba en el centro de la fachada, justo detrás de la tribuna. La puerta estaba entreabierta, por lo que sin tocarla se coló en el interior. Al entrar, vio un gran graderío de cinco filas de asientos, enfrente de la puerta, que se extendía de lado a lado de la sala. No quedaba nada, aparte de la escalinata de piedra. El techo de la cubierta estaba decorado con grabados geométricos. Un friso de bajorrelieves rodeaba la parte más alta del edificio. Representaba a humanos luchado con distintos monstruos. En el primero que se fijó, una mujer desnuda, luchaba a brazo partido con un ser de cabeza alargada que poseía una docena de pechos, en otro, un hombre luchaba con otro hombre que tenía la cabeza de halcón, otro más luchaba con un monstruo de seis brazos... Cada lucha estaba separada de su vecina por un par de columnas. No podía significar más que lo que sospechaba desde que entró allí, la ciudad era obra de los hombres y aquellos que estaban representados luchando contra distintos monstruos debían de ser de la misma especie que la raza de los constructores, aquello era lo lógico. Se sintió orgulloso de que unos hombres hubieran realizado todo aquello. A la derecha descubrió otra puerta, se dirigió hacia ella pasando por delante del graderío. Se imaginó por un momento los graderíos llenos de personas observándole de forma recriminatoria por haber entrado sin permiso en su ciudad. Se alegró cuando salió de aquella gran estancia. Entró en un pasillo con dos puertas a los lados que daban a dos habitaciones grandes y desoladas. Al final del pasillo había otra puerta, la cruzó y se encontró en la calle por la que había accedido a la plaza.

Volvió por la calle unos pasos y se metió en la primera callejuela que encontró a la izquierda, era la calle que rodeaba por detrás el edificio de la escalinata. El edificio estaba totalmente rodeado de grabados geométricos, eso le diferenciaba del resto de edificios que tenían roca grabada imitando el ladrillo o los sillares. En la primera puerta que encontró a la izquierda entró y se halló en una pequeña estancia similar a la que había accedido a la ciudad subterránea. Aquello le pareció más acogedor que las grandes salas que había encontrado dentro del edificio que presidía la plaza.

Se sentó en un banco corrido que había en la estancia y sacó el paquete en el que guardaba la comida. Sabandija apareció como por arte de magia de dentro de su mochila y esperó a que Helan le diera su ración. Después de cenar se encontró cansado de verdad, agotado de una manera como nunca se había sentido. El descubrimiento que había hecho le había puesto el cerebro al doscientos por cien y ahora estaba notando el exceso. Pensando en lo que había encontrado se dio cuenta de que todavía no había asimilado el gran descubrimiento que había hecho. No quería pensar más en aquello, sólo quería dormir hasta el día siguiente. Se levantó y se dirigió al escaño que había en un lado de la pared. Intentó ponerse en la piel de la persona que hacía muchísimos años había dormido allí.

Se sentía más solo que nunca. Estar en una ciudad tan grande y abandonada hacía sentirse a cualquiera como el último ser en el mundo. Fuera sería de noche, la manera que tenía de controlar dentro de lo posible el tiempo era intentar llevar el mismo ritmo que en el exterior, calculaba que había entrado a la ciudad cuando fuera anocheecía, y ahora debería ser medianoche en el exterior. Al principio de sus exploraciones, le resultaba muy difícil, pero

ahora era algo muy natural para él, en realidad era su disciplinado estómago quien marcaba las horas y ahora el cuerpo le estaba imponiendo el descanso, aunque su mente pretendía seguir trabajando intentando asimilar todo lo que había encontrado.

Capítulo 17

Santez se despertó desorientado y con un fuerte dolor de cabeza. Cuando se incorporó para ver dónde se encontraba, sintió un fuerte mareo que le hizo desistir del intento. En la penumbra de sus sentidos se dio cuenta de que estaba tumbado en un lecho de paja y sintió el calor de un fuego cercano. Una pequeña mano verdosa con diminutas garras le sujetó fuertemente por el hombro y volvió a reclinarle sobre su lecho. Le puso una especie de corteza untada con algún pringue irreconocible y de olor acre debajo de la nariz y volvió a dormirse.

La siguiente vez que despertó no se mareó, se incorporó en su lecho de paja y miró a su alrededor. Sintió un fuerte dolor de cabeza, se llevó la mano a la sien y tocó una venda que le rodeaba por entero la cabeza. Después de un momento de desconcierto, pudo ver que se encontraba en el interior de una pequeña choza de forma cónica hecha con ramas. Él apenas cogía bien de rodillas y todo lo que había en la choza parecía estar creado a una escala infantil. Se arrastró hacia la entrada esquivando las cenizas de lo que había sido un fuego y vio que rodeando a la choza había otras muchas, todas aproximadamente del mismo tamaño. Estaba en un poblado. Fue entonces cuando vio al primer quinimus. Un ser de entre ochenta centímetros y un metro de altura, le miraba fijamente desde un pequeño fuego que se encontraba escasamente a cuatro metros delante de la choza. Era un reptil, así lo revelaba su piel ligeramente escamosa. Vestía un pantalón viejo y raído de alguna tela muy basta, la camiseta algo más clara también se veía muy gastada. Tan sólo los tatuajes azules y amarillos le daban algo de distinción al ser, que estaba tatuado de arriba a abajo con motivos geométricos, rompiendo el tono uniformemente verdoso de su piel. Al instante, el quinimus se levantó y desapareció corriendo entre las chozas del poblado, probablemente iba a avisar a alguien de que había despertado.

No tuvo que esperar mucho, al momento apareció el que debía ser el jefe de aquellos seres, seguido por un séquito y acompañado a su derecha por quien debía ser su consejero. La vestimenta de estos era claramente distinta al resto, pues unos grandes tocados les hacían parecer más altos, y sus ropas aunque del mismo corte que las del resto, aún mantenían los colores con los que se habían confeccionado. Se acercaron a él, y en ese momento apareció Yirdan por detrás de ellos sobresaliendo bastante por encima, como si se tratase de un grupo de niños acompañados por un adulto. Los tocados que traían los dos personajes principales reproducían los dibujos que ya había visto tatuados en el cuerpo del quinimus que le custodiaba. Esos dibujos se repetían en mayor o menor medida en todos los pequeños reptiles que podía ver.

—Veo que ya estás mejor —le dijo quien parecía ser el jefe. Aunque tenía un acento muy particular, le comprendió perfectamente. Estaba claro que hacía un trabajo sobrehumano para hacerse entender. Santez le respondió con un gesto de cabeza intentando ser lo más ceremonioso posible. Se sentó en la entrada de la choza, con lo que situó su cabeza a la altura de los quinimus.

—Gracias por salvarnos la vida, si no hubiera sido por vosotros, esos monstruos nos hubieran devorado —dijo Santez, esperando con ello complacer a sus anfitriones. Todos los quinimus se miraron unos a otros. Parecían no entender lo que quería decir, cuando por fin, el personaje del tocado más bajo, pareció comprender a qué se refería Santez y dijo:

—¡Oh, no!, gracias a vosotros —dijo en tono divertido, o eso le pareció a Santez— llevábamos dos días esperando a que los granrok cayeran en nuestra trampa, pero parecían recelosos. Cuando vosotros entrasteis en el claro decidieron que aquello era una prueba de que no se trataba de ninguna trampa y toda la bandada se lanzó hacia vosotros para no perder bocado — todos los quinimus se movían entusiasmados—. No sé cómo no se nos ocurrió a nosotros.

Gracias a vuestra oportuna aparición hemos podido acabar de golpe con todos ellos —dijo haciendo un gesto que a Santez le pareció una risa reptiloide.

—En ese caso, me alegro de haber podido ayudaros —dijo Santez lo más serio que pudo, esperando que aquellos seres no pudieran interpretar bien la mueca de desprecio que se le escapó cuando escuchó su explicación.

—Nos habían causado muchos daños —dijo el quinimus que llevaba el tocado más alto en tono reflexivo—, sois nuestros invitados de honor, podéis estar entre nosotros todo el tiempo que queráis.

—Muchas gracias —dijo Santez haciendo una pequeña reverencia con la cabeza. Los dos personajes con los tocados se dieron la vuelta y se fueron, no sin antes invitarle a cenar con ellos aquella noche para celebrar que habían acabado con aquella terrible amenaza.

Cuando se alejaron lo suficiente para que no le pudieran oír, se levantó, ayudado por Yirdan, y mirándole le dijo en tono furioso:

—¡Estúpido! ¿Cómo no te diste cuenta de que nos estábamos metiendo en una trampa? —Yirdan le miró sin saber que decir. En aquel viaje había perdido el poco respeto que sentía por su jefe. Ahora creía verlo como realmente era, un ser vil y aprovechado que lo mejor que podía pensar del resto de la gente era que tenían también sus bajos instintos.

—Lo siento señor —dijo mientras miraba al suelo incrédulo por lo que estaba oyendo. Cada vez le costaba más callarse lo que sentía. Aún sabiendo el castigo que reservaba la Iglesia a quienes desobedecían a sus superiores, no estaba seguro de acabar aquel viaje sin decirle un par de cosas a su señor. Él había entrado a formar parte de la Iglesia voluntariamente. Desde el día siguiente, comprendió que se había equivocado. Pensaba convertirse en un sirviente de Dios, y supo, en poco tiempo, que se había convertido en herramienta de otras personas con unos intereses que se alejaban de lo que él pensaba humildemente que deberían ser los principios de su creencia.

—Dime ¿cuánto tiempo llevo sin sentido? —dijo de forma apremiante queriendo cambiar rápidamente de tema, con lo que quería dejarle claro que tuviera mucho cuidado en el futuro cuando se refiriera a la aventura en el claro del bosque.

—Dos días —contestó secamente.

—¿Qué has averiguado de estas ranas con sombrero? —dijo despreciativamente de los seres a los que hacía unos instantes había dado las gracias por salvarle la vida.

—No mucho —dijo Yirdan con la mirada de su único ojo en el suelo—, los que has visto hace un momento son los jefes de las tribus.

—¿Es que son más de una? —dijo mientras le pedía ayuda para andar entre las chozas con pasos vacilantes—. Andemos un poco, quiero conocer mejor a nuestros anfitriones.

—Sí, se trata de la unión de dos tribus, por eso has visto a dos jefes —Yirdan le sujetaba del brazo, pues su amo estaba aún debilitado por la convalecencia.

—El del tocado más alto ¿era el de la tribu más poderosa? —dijo mientras miraba con curiosidad a dos adultos que cuidaban de un grupo, de por lo menos diez niños, metidos en un pequeño corral, realizado con listones de madera. Les atendían con cariño, como si se tratase de sus propios hijos.

—No exactamente. Por lo poco que he podido averiguar, aunque discuten todas las decisiones y parecen estar de acuerdo en casi todo, el que lleva el tocado más alto, impone su criterio al otro —Santez le miraba con curiosidad—, la cosa es que cada día, se cambian los gorros y se puede decir que cada día se impone uno distinto.

—¿Cómo puede ser eso? Permiten que un día de cada dos su autoridad esté en entredicho —dijo Santez incrédulo—. Ahora sí que dudo de su inteligencia, seguro que su sistema social está más cerca de las hormigas que de los hombres. —Yirdan que llevaba ya muchos años al servicio de Santez, no sabía si eso podría ser mejor o peor, pues en aquellos momentos no le parecía

nada envidiable la situación de la cultura humana—. ¿Qué intenciones tienen con nosotros? —dijo Santez algo preocupado, mientras se quedaba mirando el límite del poblado de los quinimus.

—No nos quieren causar ningún mal —dijo Yirdan y se sorprendió pensando en las diferencias con su señor, que pretendía dejar solamente a la raza humana sobre aquel mundo y ni siquiera al cien por cien de ella.

—¿Crees que nos ayudaran a encontrar a los aya que buscamos? —y diciendo esto apartó con el pie a un pequeño quinimus que se había salido del corral y que se agarraba a su pierna para ponerse de pie.

—Sí señor, creo que si se lo pedimos, nos guiarán a la zona del bosque que buscamos, —y sintió cierto remordimiento de decirlo, ya que sabía que Santez se aprovecharía en todo lo que pudiera de aquellos seres.

—Te has dado cuenta de que su poblado no está amurallado —dijo Santez ensimismado, Yirdan no le respondió, aunque comprendió muy bien en qué pensaba su señor—. Será mejor que volvamos a la choza e intente dormir un poco antes de la celebración de esta noche. —Los dos se dirigieron a la cabaña donde guardaban sus cosas para descansar.

Después de reposar durante unas horas, se aseó en el arroyo que bordeaba el poblado y se preparó para ir a cenar con los jefes. Cuando ya estaba preparado, se comenzó a escuchar un murmullo en un extremo del poblado. El murmullo fue en aumento y de repente apareció un quinimus que se dirigía a él rápidamente. Yirdan se acercó corriendo a su señor, por el impulso aprendido durante mucho tiempo de defenderle.

—Señor —dijo el quinimus atropelladamente—, tienen que seguirme, ¡rápido!

—¿Qué pasa? —dijo Santez, aterrado.

—¡Nos atacan! —dijo sin apenas pararse, se dirigía hacia el lado contrario al que había venido—. Después de haber acabado con los granrok, la tregua ha terminado, y han aprovechado el primer momento para atacarnos. Mi jefe me ha dicho que les ponga a salvo y les sirva en lo que pueda hasta que pase el ataque.

Los tres se dirigieron a la choza donde había estado Santez. Recogieron todos los bártulos que pudieron y se perdieron en el bosque alejándose lo más rápidamente posible del poblado que estaba siendo atacado, dejando sus monturas, pues en aquel momento pastaban por la zona que sufría el ataque.

Antes de que se hubieran alejado lo suficiente, comenzaron a escuchar los primeros sonidos de lucha. Se pararon cuando el quinimus que los guiaba consideró que ya se encontraban a salvo. El ruido, aunque amortiguado por la distancia era horrible, los silbidos se mezclaban con los gritos de agonía. El quinimus estaba inquieto y no dejaba de moverse, su impulso le llevaba a volver a su poblado pero jamás desobedecería conscientemente las órdenes de su jefe. Se quedaría en aquel escondite hasta que hubiera pasado todo.

—¿Qué crees que va a pasar? ¿Crees que tenéis alguna oportunidad contra los atacantes? —le preguntó Yirdan, afligido por lo que estaba pasando y sin saber cómo ayudar en aquel momento al quinimus que les acompañaba. Era seguro que habría dejado en el poblado a su familia a merced de los atacantes.

—No, ahora veo que son demasiados y nos han pillado por sorpresa. Jamás pensamos que atacarían tan pronto, nuestros enemigos no han celebrado la matanza de los granrok —dijo angustiado mientras intentaba vislumbrar en la creciente oscuridad algún rastro de lo que estaba pasando en el poblado.

—¿Qué va a ser ahora de tu gente? —le dijo Santez, viéndose por un momento totalmente desamparado al perder de pronto a sus nuevos aliados.

—No sobrevivirá ninguno. —Santez y Yirdan le miraron como si no comprendieran lo que les estaba diciendo—. Todos serán ejecutados, y así, ellos podrán formar una colonia en nuestro

territorio. Siempre ha sido así. La paz durará hasta que las colonias sean otra vez numerosas y vuelvan a la guerra.

El quinimus hablaba con pesar, pero lo hacía como quien está convencido de que no puede ser de otra manera. Ya no intentaba ver en la oscuridad, se sentó, apoyó la espalda en un árbol y se abrazó las rodillas, metiendo la cabeza entre ellas. Durante un buen rato no dijo nada y Santez temió por unos instantes que hubiera entrado en un estado de shock. Rompió el silencio, más para comprobar que seguía con ellos que por seguir la conversación.

—El bosque es muy grande, ¿por qué no os extendéis por él? —dijo Santez—, a los ayas no les molestaría.

—No —dijo aterrizado el quinimus levantando la cabeza y saliendo de su ensimismamiento—, está prohibido, no podemos establecernos fuera de nuestro territorio sagrado. Los dioses nos lo prohíben, es mejor la guerra, así nuestros dioses no se ofenden con nosotros y no nos negarán su gracia cuando muramos.

Yirdan miró a Santez, quien se encogió de hombros, se dio media vuelta y se dispuso a dormir lo que quedaba de noche.

Durante toda la noche se siguieron escuchando los gritos de terror de las criaturas que estaban siendo exterminadas. Yirdan se despertaba cada dos por tres y no dejaba de maravillarse de la facilidad con que su señor desdeñaba la terrible catástrofe que les había sucedido a aquellos seres. Para él no era más que la lucha entre dos hormigueros peleando por un territorio insignificante.

Capítulo 18

Helan despertó pensando que se encontraba en su habitación de Ter–Carlak, pero sólo fue un instante, enseguida recordó dónde estaba. Incorporándose buscó la jaula de nomdu y se dirigió al banco que había en la habitación para desayunar algo. Después de masticar un trozo de carne seca y aún con el sopor encima, se dirigió a la puerta de la estancia, con la idea de continuar su exploración. Jamás olvidaría la sorpresa que se llevó en aquel instante, una luz lechosa iluminaba la ciudad, se veía todo perfectamente. Salió a la calle de un salto y comenzó a buscar la fuente luz. Gran parte de la cúpula del techo, refulgía con una luz ambarina que lo inundaba todo. No se podía comparar con la luz del exterior, pero servía perfectamente para su propósito. Aquello iba a suponer un tremendo quebradero de cabeza para los investigadores de los gremios. Se paró por un momento apoyado contra la pared del edificio, se sentía abrumado, no dejaba de mirar el techo intentando descubrir qué era lo que le hacía brillar. Sonrió por un momento al recordar la cara de su amigo cuando vio la sencilla inscripción que le llevó del embarcadero. ¿Qué cara iba a poner cuando viera la cúpula iluminada y toda la ciudad bajo ella? Sabandija le miraba desde el suelo, demandándole una explicación de lo que estaba pasando.

Recuperado de la sorpresa, se dirigió a la derecha, internándose en lo que parecía ser un barrio de viviendas populares. Aquí las calles no eran anchas ni rectas. Rodeó alguna manzana por completo y comprobó que las paredes eran sinuosas, no estaban tan bien terminadas, como algunas que había visto en otras partes de la ciudad. Inspeccionó por dentro algunas de las casas, que en aquel barrio tenían dos o tres pisos. Las que tenían tres pisos, se adosaban a la cúpula, pero estas eran muy pocas, pues la mayoría tenían arriba unas azoteas que ocupaban toda la manzana de viviendas. En las casas de dos pisos podría vivir perfectamente una familia de muchos miembros. Después de callejear durante un buen rato, encontró una plaza. En el centro, había lo que en otro tiempo había sido una fuente de agua. Por unos momentos le pareció escuchar el ruido que hacía el agua y el alboroto de lo que debió de ser una zona populosa de la ciudad. Cualquier detalle de la antigua vida de la ciudad le transportaba a unos recuerdos inventados, donde todo lo que le rodeaba seguía vivo. La soledad que se sentía en una ciudad abandonada era la más abrumadora que se podía sentir.

En todo el barrio no encontró ninguna línea recta, las esquinas eran redondeadas aunque mal acabadas, igual que las escasas ventanas que se abrían en las paredes, no existía la necesidad de crear líneas limpias, sólo se trabajaban hasta que eran funcionales. Aquí tampoco había muros construidos, todos estaban desbastados de la misma montaña. La ciudad era más digna de leyendas y mitos que de la realidad, al menos de la realidad que conocían los hombres del presente. Sin duda algo así era lo que buscaba Loren y debía ser a esto a lo que se refería cuando le dijo que en las crónicas antiguas encontraría más verdades de las que sus contemporáneos querían reconocer.

Abandonó la plaza por el lado contrario al que había llegado. Cuando pensaba que se había perdido irremediablemente, desembocó en una calle de la que sólo salían otras vías por la derecha según se dirigía al norte. Estaba en la calle perimetral por la que había accedido a la ciudad. Le resultó fácil encontrar la estancia por la que entró, pues la puerta estaba abierta de par en par.

Apenas había explorado una pequeña parte de la ciudad, pero sentía que tenía que ir a informar cuanto antes. Deseaba que alguien más le acompañara, que alguien más ocupara la ciudad, deseaba cruzarse de vez en cuando con alguien por las calles. La ciudad pedía a gritos que alguien volviera. Parecía estar esperando el regreso de las personas que la ocuparon en el pasado. Como si la ciudad, guardiana de sí misma, hubiera encendido y apagado la luz de manera repetitiva durante miles de años para guiarles en su regreso.

El descubrimiento superaba todas sus expectativas. Cómo se podría haber imaginado que una inscripción en un embarcadero le iba a llevar a descubrir una ciudad. Loren sabía bien qué era lo que había que hacer a continuación. Decidió volver a Ter–Carlak lo más rápidamente posible y esperaba que ya hubiera regresado Loren de su viaje a Camora y le pudiera contar algo más sobre la escritura del embarcadero. Comenzó a reír, las carcajadas resonaron por toda la ciudad. Casi inconscientemente, tapó con unas piedras la grieta que le había llevado al interior de la urbe. No quería que nadie entrara hasta que volviera, como si por allí fuese a pasar mucha gente, le pareció infantil, pero se aseguró de que nadie podría dar con la grieta.

Cuando salió por el mar subterráneo, se dio cuenta de que las medidas que había tomado tapando la grieta de acceso a la ciudad eran innecesarias, pues nadie encontraría el pequeño túnel después del recodo, él lo había descubierto gracias a Sabandija. Sin pasar por ese túnel, sólo se podría seguir adelante limpiando el derrumbe y aquella obra no se podría realizar de un día para otro.

Decidió que utilizaría el sistema de alcantarillado de la ciudad para volver, era el mejor medio para no cruzarse con nadie en su camino de regreso y no tener que pasar por las puertas vigiladas de Ter–Carlak. Fue uno de los primeros descubrimientos que hizo, gracias a ciertas galerías subterráneas podía regresar de la montaña saliendo directamente por el alcantarillado. El sistema de desagüe de la ciudad, en realidad aprovechaba el gran número de galerías que existían. Cuando llegó estaba atardeciendo y decidió esperar a que oscureciese del todo antes de salir. Se encontraba realmente incómodo en las alcantarillas, no tenían nada que ver con las galerías limpias que exploraba, allí iban a parar todas las inmundicias de la ciudad. Impaciente por salir de las cloacas, levantó la rejilla con cuidado y echó un vistazo por si podía atisbar algo en la oscuridad levemente combatida por el pobre alumbrado de la ciudad. No vio nada, salió fuera, y ya se incorporaba cuando escuchó a sus espaldas una voz que decía:

—¡Alto! —le gritaban desde la oscuridad de una calle cercana. Dejó de golpe la rejilla de la alcantarilla y corrió a esconderse en el laberinto de calles del casco urbano que tan bien conocía.

—Alto en nombre de la fe —escuchó cada vez más lejos según dejaba atrás a sus perseguidores, había olvidado que le dijeron que pronto se iba a establecer el toque de queda.

Logró despistarlos justo poco antes de llegar a la casa de su amigo. Llamó lo más tranquilamente que pudo, pero supo que su urgencia se había transmitido con el ritmo rápido de los golpes. Fausto le abrió la puerta y pareció algo sorprendido por la presencia de Helan. Le fue fácil darse cuenta, por su aspecto, de que venía directamente de los túneles de la montaña, aunque cierto tufillo le puso sobre aviso de que esta vez había venido por el alcantarillado.

—Buenas noches Fausto, ¿está Loren en casa? —dijo mientras miraba a la calle por la que había venido con cierto temor.

—No —dijo Fausto y sujetándole por el brazo, lo atrajo hacia el interior de la casa mientras le decía—: será mejor que pases aquí la noche, ya está en vigor el toque de queda y no es muy recomendable estar a estas horas en la calle. —A Helan estas palabras le parecieron un cierto reproche, como si hubiera cometido un fallo imperdonable—. En cuanto al señor Loren, debería llegar mañana de su viaje a Camora.

—Gracias, pero no quisiera molestarte —dijo azorado Helan sin ninguna gana de salir otra vez a la calle, esperaba poder aguardar allí a su amigo hasta que viniera al día siguiente.

—No al contrario, llevo días sin hablar con nadie, hasta el gato de Loren me esquivo, creo que piensa que hablo demasiado con él para estar cuerdo —y diciendo esto, dirigió a Helan al baño para que se aseara. Después en la cocina le esperaba una copiosa cena. Estuvieron hablando hasta alta horas de la madrugada.

Helan entendió que no se equivocaba, Fausto era mucho más que un criado o un secretario particular. Ahora estaba convencido que toda la red de información que los gremios habían

desplegado dentro de la Iglesia y de la corte, era más cosa de Fausto que del propio Loren. Desde luego era la tapadera perfecta, ya que todo el mundo vigilaba a Loren mientras que nadie podría pensar que Fausto tuviera alguna responsabilidad en aquello. También se dio cuenta, que Fausto era más joven de lo que aparentaba, comprendió que ante otras personas actuaba, y por cierto era muy bueno en su trabajo. Su madre le había comentado que si no fuera por Fausto, el papeleo agobiaría tanto a Loren que acabaría dejando su puesto de coordinador de gremios. Estaba claro que Meghana le otorgaba tanto mérito a uno como a otro en los trabajos de dicha coordinación, era con Fausto con quien su madre hablaba para todo lo referente a las finanzas del gremio. Por otro lado, la actitud de Fausto siempre había sido muy protectora con Loren, y este le permitía actitudes que a nadie más consentía. En el fondo se daba cuenta del gran cariño que se tenían y de la dependencia mutua en la que parecían vivir. Meghana parecía tener una relación con Fausto que sólo la amistad de muchos años otorgaba. Aquella noche Helan comprendió, por cómo Fausto hablaba de Loren, que entre ellos había mucho más de lo que los dos estaban dispuestos a reconocer en público. En muchas ocasiones el comportamiento cómplice de Loren y Fausto le recordaba al de sus propios padres.

Capítulo 19

Miró con los ojos desorbitados a Loren cuando atravesaron la puerta de la ciudad. Tenía agarrotados los nudillos de apretar con fuerza las riendas y Loren se dio cuenta de que el joven iba rígido. Su montura hizo un par de movimientos quejándose de lo incómodo que se había vuelto llevar a su jinete. Loren le miró divertido. Las quejas de Tiran no habían servido para nada, Loren abandonó la carreta y decidió entrar a la ciudad montando un caballo al lado de su joven amigo.

—¿No esperabas algo así? —le dijo Loren, mirando a la multitud que se abría paso como podía por la calle—. Es primera hora de la mañana y día de mercado, todo el mundo está en la calle.

—Es, es,... caótico —dijo un poco azorado—. Había oído hablar del caos de las ciudades humanas, pero no me había imaginado nada así. Hasta que te acostumbras es un poco aterrador. Camora no tiene nada que ver con esta ciudad, y eso que hay tantos humanos como ayas —dijo con cierta aprensión, observando aquel despliegue de actividad.

—En realidad, Camora tiene personalidad propia y la mayoría de hombres que conozco que viven allí piensan que viven dentro de un campamento militar.

Loren sacó a su compañero de las calles principales, librándole del caos que parecía aterrarle y le llevó por las secundarias hasta su casa. Fausto le recibió como si hiciera unas horas que se hubiera ido abrazándole cariñosamente. Un mozo se apresuró a encargarse de las monturas e instalarlas en el establo de la casa de Loren. Aquer le recordaba a un niño que lo veía todo por primera vez y parecía estar siempre entusiasmado.

—Perdóname si parezco impertinente por mirarlo todo —dijo Aquer disculpándose, pero sin dejar mirar para todos los lados.

—No te excuses —le respondió Loren—, no perder la capacidad de maravillarse con las cosas nuevas es una característica de los grandes hombres de ciencia.

Desde la ventana del estudio de Loren, Helan miraba con interés al que sería su nuevo compañero. Analizaba a su futuro camarada intentando descubrir algún comportamiento que delatará su personalidad, pero había tratado con muy pocos ayas y se dio cuenta que sería inútil. Se apartó de la ventana y esperó que Loren subiera al estudio.

Confiaba en que Loren sabría elegir bien a alguien adecuado para aquella tarea. Menuda sorpresa se llevaría cuando le contará que el trabajo ya estaba hecho. Aunque ¿en realidad estaba hecho? No, el trabajo no había hecho más que empezar. Después de indicar a Aquer su habitación y descargar allí su equipaje, le invitó para que le siguiera hasta su estudio. Cuando entraron en el laboratorio, Helan les estaba esperando apoyado en una mesa. Unas gotas comenzaron a mojar la ventana, comenzaba a llover. Helan les miró sin saber muy bien qué hacer, pero fue Loren quien tomó la palabra.

—Ya me había dicho Fausto que estabas aquí, mucho mejor —dijo Loren que hizo las presentaciones, los dos se retiraron un paso para atrás después de estrecharse las manos. Sin dirigirle la mirada, Helan le dijo a Loren ignorando a propósito a Aquer.

—Creo que deberíamos hablar un momento a solas —le dijo Helan un poco azorado.

—Si es sobre tu trabajo —dijo Loren con seriedad— puedes hablar libremente, Aquer ya es parte de nuestro equipo.

—Es mejor que te sientes —se frotó las manos y se dispuso a contarle lo que había encontrado—. He descubierto una ciudad debajo de la montaña —dijo simplemente, como si fuera algo que ocurriese todos los días, esperando con impaciencia la respuesta de su amigo.

—¿Una ciudad? —dijo Aquer tremendamente interesado sin dejar hablar a Loren.

—Sí, allí mismo, cerca del lago subterráneo, posiblemente se trata de las mismas personas que construyeron el embarcadero —dijo Helan adelantándose al pensamiento del aya.

—Pero —dijo Loren, acercándose a su joven amigo—, crees que se puede calificar de ciudad, ¿tan grande es?

—No la he explorado en su totalidad, apenas he andado por algunas calles, pero te puedo asegurar que es más grande que la mayoría de los pueblos humanos —dijo Helan dándose cuenta de lo inverosímil que deberían parecer sus explicaciones sobre su hallazgo, si no fuera Loren su interlocutor dudaba mucho de que alguien le creyese.

—¿Cuándo podemos ir? —dijo Aquer con impaciencia, como si esa misma tarde pudieran subir—. Y por supuesto estás hablando de las ruinas de una ciudad abandonada, —añadió Aquer incrédulo.

—Cuando queráis podemos subir. No me refiero a las ruinas de una ciudad, sino a una ciudad entera, completamente en pie. Todos los edificios estaban intactos y no vi ruinas, aunque como os he dicho, no la exploré en su totalidad —respondió Helan, y cuando vio que los dos le miraban boquiabiertos les dijo—: incluso las casas mantienen las puertas en sus sitios. Está excavada dentro de la montaña, hay plazas, edificios impresionantes, viviendas. También entré en un edificio enorme, decorado con frisos de relieves que presentaban a hombres luchando contra distintos monstruos. Además, esto no lo vais a creer, el techo desprende luz coincidiendo con las horas de luz del exterior.

—¿Luz en el interior de la cueva? —dijo Loren pensativo, dejándose caer en la silla, Aquer estaba impaciente por ver aquel prodigio.

Aquer miró a Loren esperando que le dijera que su amigo era un bromista, pero la cara de este le confirmó que creía a pies juntillas lo que le estaba contando. Acababa de llegar y ya le habían informado del mayor hallazgo de la historia de los estudios del pasado. Era una de las personas más afortunadas de la península, pues estaba en el momento y en el sitio adecuado que siempre había soñado.

—Aparte de la ciudad ¿has encontrado algún otro tipo de resto?, me refiero a objetos, máquinas...

—No —dijo Helan, y Loren pareció algo decepcionado— parece que abandonaron la ciudad llevándose todas las pertenencias, diría que la vaciaron a conciencia, pero de todas formas, he explorado una pequeña parte, no sé qué es lo que puede haber oculto en otras partes de la ciudad.

Después de unos segundos de silencio, Aquer volvió a insistir.

—¿Cuándo podemos subir a verla?

—No tan rápido —dijo Loren— hay que pensar en cómo camuflamos una expedición como la que esto se merece. No podemos mostrar nuestro entusiasmo. El simple hecho de montar una expedición va a levantar sospechas, si nos mostramos muy interesados no tardarán los sacerdotes en meter sus narices, aunque eso va a ser irremediable.

—Creo que en eso te puedo ayudar —dijo Helan—. Una galería que sube del lago a la ciudad, o eso creo, esta colmatada por derrumbes. Podríamos decir que se trata de limpiar esa galería, eso justificaría una expedición grande y diríamos que creemos que la galería podría desembocar en el exterior de la montaña, con lo que la explotación del lago sería mucho más fácil. Eso es lo que más le interesa al rey, que la explotación comience cuanto antes, la construcción del palacio ha dejado sus arcas vacías.

Loren se tocó la barbilla durante unos segundos, por lo que oía sabía que Helan había hablado con Fausto, y no le faltaba razón.

—Eso valdrá. Además creo que el sumo sacerdote se alegrará de que me vuelva a alejar de la ciudad durante algún tiempo —dijo mientras miraba de reojo a Fausto, el cual asintió con un gesto de cabeza afirmativamente. Helan sabía que las actividades secretas de los gremios no se pararían aunque Loren abandonara la ciudad, no mientras permaneciera en ella Fausto.

—¡Una ciudad debajo de la montaña y en buen estado de conservación! —dijo Aquer mientras se dejaba caer de golpe en una silla del estudio de Loren— ¿Cómo está construida? ¿Dirías que su trazado está pensado de una vez, o que ha crecido de manera desordenada? ¿Has descubierto alguna salida al exterior de la montaña?

—¡Para! —le dijo Loren—, vayamos poco a poco y pronto podremos responder a todas esas preguntas por nosotros mismos.

—Si no os importa —dijo Fausto desde la puerta—, podemos comer ahora y Helan nos contará todo lo que sepa.

Pasaron al comedor y aquella fue, para todos, una velada que no olvidarían en toda su vida.

Aliados

Capítulo 20

—Son siete —dijo el humano arrebuado en su capa dirigiéndose a su compañera aya que lo acompañaba en la patrulla. El viento cortante de las montañas comenzaba a hacerse realmente frío, el invierno no tardaría mucho en cubrir de blanco toda aquella zona.

—Sí, y no sé cómo han podido llegar hasta aquí sin ser descubiertos —dijo Ilex, escondida detrás de la roca. La gran coleta morada le llegaba hasta el trasero. Llevaba una coraza sencilla, decorada con dibujos de ramas de hiedra, un pantalón de color verde grisáceo metido dentro de las botas de cuero, dándole un aspecto fiero. Era una guerrera de sangre, seguía la tradición familiar de servir en la milicia aya.

Las patrullas en aquella época del año eran más duras que de costumbre. El viento gélido no dejaba de soplar, y aquellos valles de alta montaña se convertían en un verdadero infierno. Sólo las enormes rocas con forma de borrego y algunos pequeños abrigos en las escarpadas pendientes ofrecían un poco de protección contra el viento.

Cuando los rankog pasaron de largo y se aseguraron de que no había ninguno más en la compañía que se hubiera retrasado, bajaron por la pendiente del cerrado valle detrás de ellos. En cuanto sus compañeros, ya avisados de la presencia de los rankog, les emboscaran, su misión consistiría en que ningún enemigo huyera por el camino que seguían. Las figuras compactas y fuertes de los rankog se adivinaban escondiéndose, por delante de ellos. Ilex pensó que los rankog habían aprendido mucho en los últimos años, cada vez eran más atrevidos en sus incursiones y más sigilosos, incluso sus armas, en los últimos tiempos habían mejorado mucho su factura. Seguían teniendo las formas tradicionales que a ellos les gustaban, cimitarras, alabardas, hachas de doble filo, martillos de guerra., pero su acabado tenía mayor calidad. Ya pasaron a la historia las primeras incursiones en las que un centenar de rankog, azuzados por sus jefes y chamanes, se volcaban sobre los pasos de montaña, como si pudieran llegar a forzarlos por la pura fuerza. Les costó mucho aprender la lección. Ahora era distinto, mandaban pequeños grupos de exploradores con la idea de encontrar algún paso sin vigilancia y poder colar una avanzadilla con la que atacar por la espalda a las fuerzas de defensa de los aya y de los humanos.

Con el sigilo de quien lleva muchos años realizando el mismo trabajo, los dos vigilantes siguieron a sus presas sin ser descubiertos. Ilex le hizo un gesto a Vertax para que se parara. Este lo hizo y la miró demandando una razón, pues aunque no había percibido nada extraño, conocía de sobra a Ilex para saber que algo iba mal. La aya tenía un talento especial para aquel trabajo, no en vano, sus superiores ya le habían encomendado más de una misión de alto riesgo, y pasaba por ser la soldado que más se había internado en territorio rankog.

Después de unos segundos, Ilex le hizo señas para que se fijara en la actitud del tercero de la fila de los rankog. Vertax lo hizo y se dio cuenta de que éste había descubierto algo más adelante y estaba frenando conscientemente a sus compañeros. Al poco tiempo todos los rankog remoloneaban entre unas piedras. Para Ilex estaba claro que habían descubierto la emboscada. Durante unos segundos pudo ver cómo los rankog se deshacían del equipaje más pesado y preparaban las armas. Iban a huir en estampida intentando que al menos alguno lograra escapar para informar a sus jefes de lo infructuoso de aquella ruta. Ilex entendió al momento que estaban en peligro, pues ellos se encontraban en el camino que tomarían en su huida los rankog. Vertax la miró tranquilizadamente, dejó el macuto en el suelo, desenvainó la enorme espada que llevaba colgada a la espalda y agarró fuertemente el escudo. Ella le sonrió y preparó su arco, esperaba despachar a un par de ellos antes de tenérselas que ver con todos en un cuerpo a cuerpo. Estaba claro que sus superiores la tenían en gran estima, pues como compañero de patrulla le habían asignado a uno de los mejores guerreros con que contaban los humanos.

Comenzó la estampida de repente, sin previo aviso. Algunos de los que les esperaban para emboscarlos se dieron cuenta y dispararon sus arcos, pero sólo lograron matar al más rezagado de los rankog. En cuanto los emboscados comprendieron que todos sus enemigos se dirigían hacia donde debían estar sus dos compañeros, saltaron en su persecución. Ilex salió de repente de detrás de la piedra en la que se encontraba y disparó por dos veces el arco, la primera flecha mató al que comandaba la huida, el segundo logró retirarse a tiempo para evitar el siguiente dardo, pero este alcanzó la garganta del rankog que iba detrás. Vertax salió de su escondite y se dirigió corriendo hacia los rankog para compensar un poco el duro encontronazo que sentiría de recibirlos parado. En aquel estrecho sendero, un hombre decidido podría pararlos sin que los atacantes tuvieran posibilidad de rodearle. Su enorme escudo redondo, chocó con el primer rankog tirándolo al suelo y ya no se pudo levantar. Ilex aprovechó el momento de indefensión del rankog para rebanarle el pescuezo con su espada. Vertax detuvo a los tres rankog que quedaban de la expedición. Los rankog atacaron con furia redoblada cuando sintieron a sus espaldas al resto de los hombres que les seguían. Ahora, los dos luchaban codo con codo contra los rankog. A Ilex se le hizo eterno el tiempo que ella y Vertax tuvieron que aguantar el empuje de los enemigos. En aquel intercambio de golpes, los rankog siempre tenían ventaja en los combates largos, pues eran más fornidos que la mayoría de los hombres y desde luego mucho más que los aya. Cuando por fin sus compañeros acabaron desde la retaguardia con los rankog, Vertax tenía varios cortes en los brazos.

Jadeando y sudando como un buey, Vertax miró a Ilex para comprobar que ésta estaba totalmente ilesa. Tiró la espada y el escudo al suelo y doblado, con las manos en las rodillas, le dijo a su compañera con voz entrecortada y jadeando:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿y tú?, estás herido —le dijo mientras le cogía los brazos para analizar los cortes, como siempre, había sido él quien llevaba el peso de la lucha cuerpo a cuerpo.

—No es nada, unos arañazos. —Mirándola fijamente a los ojos le dijo—: si fueras humana, me enamoraría de ti, el aya que te lleve a su cama será el aya más afortunado de esta era.

Ilex le miró riéndose pero no le contestó, incluso en aquellos momentos el humano no perdía su sentido del humor. Al principio de su trato con los humanos no entendía muy bien que ese tipo de exclamaciones pudiera ser un cumplido, pero después de los años de servicio a su lado, entendió que no pretendían ofenderla. Un aya jamás se hubiera atrevido a decirle algo así, bueno pensó Ilex quizás su hermano si se atrevería, pero él era muy distinto al resto de su pueblo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo Vertax refiriéndose al licenciamiento de su compañera.

—Iré a ver a mi hermano, hace mucho que no sé nada de él.

—Es cierto, desde que le acompañamos en su último viaje de exploración a esos malditos oteaderos no hemos vuelto a tener noticias de él. —Ilex sabía que a Vertax le caía muy bien su extravagante hermano, mientras pensaba esto, se fijó en una cimitarra que había en el suelo, pertenecía al rankog que parecía haber dirigido la expedición, aquel que cayó bajo la primera flecha de Ilex. La recogió y se fijó en la decoración recargada del pomo del arma. Le dio varias vueltas, como si intentara entender algo en aquel enrevesado dibujo lleno de bestias pertenecientes a la complicada mitología rankog.

—Jamás hubiera pensado que te gustaría ese tipo de arte tan..., tan..., ¿salvaje? —dijo Vertax algo sorprendido por la actitud de Ilex. — ¿Vas a reengancharte otra vez?

—No es eso, he creído reconocer signos de un dialecto aya, uno usado por los artesanos de Dalantalasa. —Vertax se inclinó sobre el arma, pero lo que vio le pareció un montón de trazos, sin ningún orden, apenas pudo distinguir la cabeza de alguna bestia producto de la imaginación rankog. —No sé si me reengancharé esta vez—. Ilex mentía, pues aunque jamás lo reconocería delante de nadie, estaba convencida de que no servía para nada que no fuese la vida militar.

—A mí me parecen los delirios de un asesino sanguinario, cuyo fin en la vida es matar y destruir lo máximo posible para contentar al idiota de su Dios, sin duda otro monstruo, creado a su imagen y semejanza —dijo mirando inmediatamente hacia otro lado, los cadáveres estaban dispersos por el estrecho camino.

La estatura media de los rankog era de un metro ochenta y cinco centímetros, de hombros anchos y piernas cortas pero extremadamente fornidas, acostumbradas a largas marchas por la estepa. El color de su dura piel era muy oscuro, marrón casi negro. Se les veía muy incómodos teniendo que luchar en las zonas montañosas, preferían la lucha en campo abierto. Los ojos eran pequeños y la cabeza en la que se alojaban era grande con pocos pelos, que tenían como las cerdas de los jabalís, lo que les había valido ese mote entre los primeros humanos que tomaron contacto con ellos.

Ilex recogió el arma del suelo y se dirigió hacia el campamento del Ejército de Defensa Común al que estaba asignada. Desde allí, se dirigiría a Camora en busca de su hermano. Cuando se alejaba del campo de batalla, se fijó en tres figuras que estaban en la orilla del pequeño lago hacia el norte. Se trataba de la pequeña silueta de un dae–lin, franqueado por dos humanos armados con lanzas y cuyas cotas de malla se dejaban entrever en la lejanía. Era Ogui y sus hombres, uno de los últimos dae–lin, que existían, pues los rankog les habían atacado por sorpresa y su pueblo prácticamente desapareció. Ahora los pocos que quedaban se escondían en algún lugar secreto y recóndito, apareciendo de vez en cuando alguno de su raza para unirse al Ejército de Defensa Común. Eran muy apreciados como exploradores, su pequeño tamaño de apenas un metro les ayudaba en este trabajo. En el rostro de los pocos que había conocido, Ilex siempre descubría la tristeza de una raza que se sabía extinta. Ogui, con el semblante serio, hizo un gesto de saludo, que Ilex le devolvió.

—Ilex —gritó Vertax desde su espalda—, da recuerdos a Aquer y dile que cuando quiera volver a explorar más cimas, cuente conmigo.

Con un gesto de la mano, la aya le dio a entender que así lo haría y continuó su camino hacia Camora, donde se encontraba lo único que podía llamar su hogar, su hermano Aquer.

Capítulo 21

Kulrog no podía disimular su desagrado. Sus jinetes le seguían entre las tiendas de la ciudad del emperador rankog, el gran Sol de Oriente. Sus clanes estaban enfrentados desde el principio de los tiempos. Cuando por fin el enemigo se hizo con el poder y logró unificar a todos los clanes en una sola horda, a los antepasados de Kulrog no les quedó otra opción que hincar la rodilla delante de la nueva dinastía. Pero los rankog no olvidaban las viejas rencillas y los dos clanes siguieron siendo enemigos por siempre. Esa rivalidad, fue la que provocó que en los repartos de las nuevas tierras conquistadas, el clan de Kulrog se viera relegado a las tierras más marginales que el emperador pudo encontrar, la península de Estilia. Los emperadores habían utilizado todas las excusas posibles durante varias generaciones para retrasar la conquista de la península y convertir así a sus enemigos en unos parias sin territorio. Les habían convertido en los bufones de las reuniones clánicas, ya que era el único clan antiguo e importante que no tenía aún tierra propia.

El emperador ya no tenía más excusas. Primero fue la rebelión de los clanes en las estepas, que intentaron aprovechar la lejanía del emperador para hacerse con el poder, pero finalmente fueron aplastados y las familias de las jefaturas rebeldes exterminadas. Después le tocó en turno a la pacificación de los clanes que luchaban entre sí por los territorios conquistados en el continente occidental. La solución fue la misma, el exterminio ejemplarizante de toda la familia del clan más díscolo en el asunto. La siguiente excusa fue la lucha contra los hombres que resistían en las montañas Brumosas que quedaron reducidos a las cumbres más altas, donde se decía que ya quedaban muy pocos y que ellos mismo se extinguirían. Cuando parecía que el emperador se había quedado sin razones para no volcarse en la conquista de la península, la horda se dirigió hacia el norte para acabar con los pequeños reinos humanos que existían allí. Ahora ya los habían conquistado y más al norte sólo existía una enorme extensión de hielo.

Kulrog iba a hacer una petición formal delante del consejo de los clanes, ya no quedaba nada más que conquistar en todo el continente, y hacía varios años que los clanes parecían estar en paz entre ellos. El consejo de los clanes no entendería otro retraso en la conquista de la península. Kulrog tendría que tener mucho cuidado.

Al fondo de la enorme ciudad compuesta por tiendas, se podían ver las ruinas de una antigua ciudad de los hombres. Los rankog habían querido crear allí su capital, al lado del esqueleto de sus antiguos enemigos. Desde hacía algunos años los rankog habían empezado a volver a ocupar las ruinas, que demostraban ser más cómodas que sus tradicionales tiendas. La sedentarización en el nuevo continente les estaba cambiando poco a poco, y eran muchos los rankog que consideraban que sus antiguos enemigos les estaban ganando la guerra.

Muchos se paraban para mirarles. No disimulaban el odio que sentían hacia ellos cuando distinguían las insignias de su clan. La ley del emperador no dejaba resquicio para algo más que miradas airadas, cualquier delito que se cometía en la capital era pagado con la muerte por descuartizamiento. La paz reinaba dentro de los límites de Darkalat.

Después de cruzar la gran extensión que formaban las tiendas de piel de los rankog, llegó al muro del palacio del emperador. El muro medía cinco metros de alto y el último metro estaba compuesto por calaveras de todos los enemigos que habían caído en el avance de la horda. Entre los cráneos no sólo había cráneos humanos, los había de todas las razas que existían en el mundo, y no eran pocos los de los rankog. El recinto era gigante, cuando se cruzaba la puerta se apreciaba un enorme terreno deforestado donde sólo dejaban crecer la hierba, era la forma que había encontrado el emperador de recrear la estepa originaria. Al fondo del recinto se levantaban tres cúpulas que desde lejos simulaban unas grandes tiendas de piel. Dentro del muro pastaban libremente los pequeños bueyes que usaban los rankog como monturas. No eran rápidos, apenas podían mantener un paso rápido durante un par de minutos antes de

pararse agotados, pero su resistencia les hacía poder andar sin parar durante varios días seguidos. Los rankog aprendían desde pequeños a vivir encima de estos animales. Debido a su lentitud, la horda se movía despacio, pero lo hacían como un rodillo. Para los enfrentamientos bélicos utilizaban las enormes bestias llamadas bueyes de batalla. De gran tamaño, eran empleados como plataforma para los arqueros y con ellos aplastaban a los enemigos que pretendían parales. Sin embargo, estas bestias no se reproducían en los nuevos territorios conquistados, por lo que todos los que tenían eran los que lograban traer desde sus lejanas estepas originarias del este.

Las tres cúpulas que componían el palacio estaban en el extremo opuesto a la puerta de entrada. Al lado de las cúpulas, medio centenar de tiendas alojaban a la guardia personal del emperador. Cuando Kulrog se acercó a las cúpulas, una formación de dicha guardia le esperaba en la entrada principal de la primera cúpula de piedra. Se encargaron de sus bueyes y le dejaron entrar en compañía de Kagdan, el heredero de su clan. Era la primera visita que Kagdan hacía a Darkalat. Al entrar bajo la cúpula vio que el suelo estaba excavado. Desde dentro la cúpula parecía más impresionante de lo que era por fuera.

Les guiaron al extremo opuesto de la entrada y salieron por una galería excavada debajo de la cúpula que comunicaba con otra aún más grande. La galería era en realidad, una trinchera cubierta, unas telas no permitían que entrara el sol. Después de pasar por las otras dos cúpulas, les guiaron por un laberinto de trincheras hasta que entraron en una zona donde las trincheras se abrían, dejando espacios más grandes al aire libre pero por debajo del nivel del suelo.

Entraron en el más grande de estos espacios que habían visto hasta entonces. Este a diferencia de los otros, tenía una cubierta de madera a dos aguas. El emperador de los rankog se sentaba en la cabecera de una gran mesa rectangular. Todos comían animadamente, Kulrog se adelantó a Kagdan, los dos se arrodillaron frente al emperador pronunciando los tratamientos formales prescritos para aquella situación.

—Sentaos en mi mesa y decidme lo que os ha traído hasta aquí —dijo el emperador de los rankog.

—Gran Sol de Oriente —dijo Kulrog, Kagdan miraba para todos los lados intentando descubrir amigos entre los miembros del consejo clánico—, el primer propósito de nuestro viaje es mostrar, a mi hijo y heredero, la gloria de nuestro emperador. Quiero que le conozcáis, ya tiene edad y es el segundo jefe de nuestro clan. Ha luchado valientemente en el norte contra los humanos, donde ha recibido gran número de cicatrices.

El emperador asintió con la cabeza, y un criado que se encontraba detrás de él se acercó a ellos y le ofreció a Kagdan un cuchillo ritual tallado en piedra, de los que se utilizaban para sacar el corazón a los enemigos caídos en combate. Este lo cogió y examinándolo le dio las gracias a su señor. La factura era perfecta, con el mejor sílex que se podía encontrar en las montañas orientales de la estepa, una auténtica joya en el nuevo continente. Aquel regalo tan caro puso sobre aviso a Kulrog, ahora tenía claro que su emperador planeaba algo en contra de ellos.

—El segundo propósito que nos trae es la conquista de nuestros territorios en la península —dijo mientras el resto de los comensales comía con un apetito insaciable, era de buena educación mostrarse realmente voraz en la mesa del anfitrión y nadie quería defraudar a su señor—. Ya han pasado muchas generaciones desde que llegamos a este continente, y la existencia de una península con hombres y ayas es un insulto para nuestra sagrada tradición. Hacia el norte solo hay hielo, hacia el sur desierto y el mar hacia el este, todo el mundo es vuestro. Es hacia el oeste hacia donde debemos ir para acabar nuestra cruzada y ensalzar la gloria de nuestros omnipresentes antepasados.

Todos los comensales le miraron por un momento, se había atrevido a decir al emperador qué era lo que tenía que hacer. Había apelado al orgullo de la tradición, lo más sagrado para los

rankog. Se jugaba mucho pero estaba dispuesto a ser él quien conquistara la península para su clan.

—Tienes razón —dijo el Sol de Oriente para sorpresa de todos—, ya hemos pensado en eso y la conquista de la península debe ponerse ya en marcha, —Kulrog entrecerró los ojos esperando algún truco del emperador—. Sin embargo, como muy bien nos has recordado, han pasado muchas generaciones desde que el emperador, nuestro antepasado, hizo el reparto del territorio. Desde entonces nuevos clanes han surgido y nos han servido tan bien como otros más antiguos, por lo que he decidido que los territorios de la península se dividan entre tres clanes. —Allí estaba la siguiente humillación que el emperador les había reservado. Por derecho, la península pertenecía a su clan, pero ahora iba a tener que dividir su territorio con otros dos clanes. Sabía que no se podía negar, eso podría suponer la definitiva exclusión de su clan y ser unos parias para siempre como le había pasado ya a otros clanes—. Desde luego, vosotros podréis elegir el tercio que mejor os convenga. Entre los tres clanes acabaréis con la resistencia de los hombres y los ayas.

Después de un silencio en el que todos esperaban las palabras airadas de Kulrog que no se produjeron, este dijo:

—Se hará como digáis, mi único interés es servir lo mejor posible a nuestra tradición ¿Qué clanes habéis pensado que sean los que nos acompañen en la conquista? —dijo Kulrog que podía ver que el emperador cambiaba de color cada vez que mencionaba a la tradición.

Antes de contestarle se dibujó una sonrisa en su cara.

—Los Lobos del Norte y Los Carroñeros del Frío —el emperador clavaba la vista en Kulrog para disfrutar de su reacción. A Kulrog le costó mucho no lanzarse contra el Sol de Oriente, para apagar por siempre su hiriente luz. Dos comensales se levantaron y se dirigieron detrás del emperador, por sus rostros quedaba claro que eran veteranos en la batalla, pero eran clanes muy pequeños, se habían formado en las últimas luchas contra los reinos humanos del norte. El emperador esperaba que su clan llevara todo el peso de la guerra y así diezmarlo todo lo posible, a nadie se le escapaba que los resistentes de la península eran unos rivales nada desdeñables. —Te presento a Ranlag de los Lobos del Norte y a Garagdan, de los Carroñeros del Frío, tú serás el primer jefe de la horda que compongáis entre los tres clanes. —Para estos pequeños clanes la oportunidad era muy grande, pues conseguirían un territorio al poco de haberse formado, una oportunidad que siempre agradecerían al emperador y que no olvidarían nunca, su fidelidad a su casa sería indeleble.

—¿Vamos a poder contar con bueyes de batalla? —preguntó Kulrog mordiéndose la lengua para no decir lo que realmente pensaba. Había descartado ya la presencia de los fieros mercenarios urgos, pues ninguno de los tres clanes tendría recursos para contratar a un número efectivo de ellos.

—No —dijo sin dudarle el emperador—, no es aconsejable hacerles pasar por los puertos de montaña, allí serán blanco fácil y como sabes es muy difícil conseguirlos.

—Pero yo tengo un plan que evitará que se expongan en los puertos al enemigo. —Kulrog sabía que no debía decir nada más. Allí tenía muchos enemigos.

—No los voy a arriesgar. Ahora retiraos, quiero que la península sea nuestra cuanto antes.

—Desde luego, haré todo lo posible por aumentar la grandeza de nuestra sagrada tradición.

Diciendo esto, los encargados de la conquista, se retiraron del salón del emperador para dirigirse a las montañas que limitaban con la península. Cuando iban por la trinchera dirigiéndose al exterior, una voz llamó a Kulrog desde atrás. Kulrog reconociendo la voz de Darko, único amigo que tenían en el consejo, mandó a los otros por delante para hablar con él a solas.

—¿Es verdad lo que has dicho de un plan?

—Es verdad —dijo acercándose a él para que nadie lo escuchara—, si todo sale bien, no me tendré que enfrentar a los humanos y a los ayas en los puertos de montaña, y estos serán seguros para que los bueyes de combate pasen sin peligro.

—Si es así, yo me comprometo a dejalos la docena de bueyes que tiene mi clan —dijo Darko—. Cuando los puertos sean tuyos avísame, me encargaré de convencer al emperador de que me permita mandarte mis bueyes.

—No lo permitiré, pero te lo agradezco de todas maneras. Espero ver con mis ojos el día del ocaso del Sol de Oriente.

—Entonces que tengas suerte, pero avísame cuando sean tuyos los puertos. Todo por la tradición no lo olvides. Hoy nos has hecho recordar que el clan del emperador no ha actuado siempre guiado por el engrandecimiento de nuestra tradición guerrera. Suerte.

Capítulo 22

Camora siempre le había parecido una ventana al futuro. Si alguna vez decidía establecerse, tenía claro que sería allí. Camora debía ser el lugar de la península donde la gente tenía menos prejuicios. Ilex pensaba que se debía a que allí todo el mundo parecía estar de paso, incluso los que vivían desde hacia varias generaciones.

Debía dirigirse en primer lugar al cuartel general de la Fuerza de Defensa para dar el informe de los últimos acontecimientos en la frontera norte. Después tenía pensado buscar a su hermano al que hacía mucho tiempo que no veía. Según se aproximaba al cuartel general, más gente la saludaba al cruzarse con ella. En esos momentos era cuando más cerca se sentía de tener un hogar, aunque tenía claro que su hogar estaría donde estuviera su hermano, que era toda la familia que le quedaba.

El cuartel general se encontraba a la entrada de la ciudad por su lado norte, y estaba compuesto por varios edificios bajos que se abrían a una explanada por la que continuamente se veía a gente y soldados de acá para allá. Las edificaciones eran muy simples y no contaban con ningún tipo de defensa, pues todos sabían que la única defensa posible contra los rankog se encontraba en las montañas del norte. Rota esa barrera nada podría evitar que los rankog se hicieran con toda la península. Todos los esfuerzos defensivos estaban en los pasos de las montañas, allí existían fortificaciones estratégicas que eran imposibles de rebasar, imposibles de tomar por asalto.

El ejército se había formado poco a poco. Fue la necesidad la que dictó que un ejército permanente vigilara la frontera norte de la península. Para evitar traiciones, los primeros gobernantes se habían asegurado de que siempre hubiera el mismo número de fuerzas de las dos razas. La lejanía a los centros de poder tanto aya como humano determinó que Camora pasase a ser la sede del ejército, y la fuerza de la costumbre le otorgó la independencia necesaria. Algunos gobernantes, tanto humanos como ayas habían intentado modificar esta situación, pero la urgente necesidad de la defensa de la frontera norte había evitado que pudieran cambiar nada de lo que el tiempo había constituido como norma. Ahora, los generales del ejército se veían con poder suficiente como para hablar de tú a tú a los gobernantes de la península.

A los humanos siempre les parecía divertida la manía de los ayas por administrar y registrar todos los aspectos, hasta los más insignificantes. Ilex se dirigió hacia el edificio que se encontraba hacia el este, más concretamente el que correspondía al cuerpo de inteligencia. Entre los ayas no existía una disciplina tan rígida como entre los humanos, e Ilex tan sólo saludaba con un ligero movimiento de cabeza, sin importarle que quien la saludara fuera superior o inferior a ella en la escala de mando. Entró por la puerta y se dirigió directamente al despacho que ocupaba su superior. La austeridad del edificio no se correspondía con el gusto aya, pero ellos también sabían primar la funcionalidad cuando querían. El despacho era pequeño y aparte de una mesa y dos sillas, sólo había una estantería llena de legajos. Una ventana a la espalda de la mesa hacía que, quien entraba en la habitación, no pudiera distinguir a quien se sentaba a contraluz, hasta que sus ojos se acostumbraban.

Después de un afable saludo, Ilex le puso al día de todos los movimientos que habían detectado entre los rankog. Su superior asentía como si ya los conociera, se preocupaban mucho por que la información fluyera todos los días desde la frontera a Camora.

—Recogí esto de uno de los rankog que cayeron en la emboscada —dijo, mientras sacaba la cimitarra del cinto y se la pasaba a Yann para que la examinase.

—Sí, había oído hablar de ellas. Aparecieron desde hace un año, o poco más. Han mejorado su factura —dijo mientras la examinaba—, cada vez hay más.

Ilex no le dijo nada esperando que su amigo viera dónde estaba la verdadera singularidad del arma. Yann después de un momento de inspección, se la acercó más a los ojos y la orientó de tal manera que la luz incidiera en la decoración del mango, estaba claro que había visto algo extraño.

—¡Tú también lo has visto! —dijo Ilex—. Me alegro, empezaba a pensar que me estaba volviendo loca. No me lo creía cuando me pareció ver signos de escritura. Desde luego, no he podido saber qué significan, hay que ser artesano del metal de Dalantalasa para poder leerlo. Pero pensé que si eran esos signos, nos convendría saber qué es lo que pone.

—Estoy de acuerdo —dijo Yann sin dejar de mirar la empuñadura de la cimitarra, confuso con el descubrimiento—. Deberías llevarla a la casa de los sabios, seguro que allí, alguien nos podría decir su significado...

—No —cortó Ilex el discurso de Yann—. Como sabes, con la última misión acababa mi servicio con el ejército, encárgale el trabajo a otro. Yo iré a la casa de los sabios, pero para buscar a mi hermano, me prometió que la próxima vez que nos viéramos pasaríamos un tiempo juntos, y es exactamente lo que pienso hacer.

—¿Estás segura de lo que dices? —dijo Yann— ¿Sabrás vivir lejos de la tropa? —Yann la conocía mejor de lo que a ella le hubiera gustado admitir.

—Si no sé, haré por aprender, estoy cansada de la vida de la milicia, y aunque no estoy segura de si volveré, quiero tomarme unas largas vacaciones —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta. Antes de salir continuó—: por cierto, vi a Ogui en nuestro campamento avanzado cuando me dirigía hacia aquí. Llevaba mucho tiempo sin verle y los rumores decían que había ido al continente, ¿es verdad?

—¿Te ha dicho él algo? —preguntó Yann socarronamente.

—No, le vi de lejos y sólo nos saludamos.

—Pues como tú me acabas de recordar —dijo Yann con cierta sorna—, ya no formas parte de este ejército, y no seré tan imprudente de compartir información con un «civil» —dijo remarcando la última palabra esperando que ella se ofendiera, pero lejos de esto, le hizo un gesto de adiós con la mano y abandonó la habitación entre risas.

Se dirigió a la casa de los sabios donde vivía su hermano, y aunque no le había avisado de su llegada, esperaba encontrarle allí. El invierno le impedía salir a prospectar las montañas y aquella estación la pasaba compartiendo sus investigaciones con sus colegas y dando clases a los pocos alumnos que las aguantaban. Cuando se acercaba al edificio donde vivía su hermano, se paró para verlo bien, siempre que pasaba por allí lo hacía, la fachada imitaba la corteza de un roble de manera muy realista. Entró en el edificio sin que nadie le dijera nada y tomando el pasillo de la izquierda fue directamente a la habitación que ocupaba Aquer. Llamó a la puerta y al no recibir contestación pasó. Su hermano había salido de viaje, lo supo por el orden que reinaba en la habitación, el orden que su hermano sólo guardaba cuando salía de viaje por varios días. Un sentimiento de fastidio la invadió. ¿Dónde habría ido en esta época del año? Le creía muy capaz de cometer una estupidez y se prometió que si había ido a las montañas a prospectar algún yacimiento, le traería de las orejas a Camora.

Salió por la puerta y se dirigió al patio donde esperaba encontrar a sus compañeros de especialidad dando clases. Si alguien sabía donde había ido, esa sería Sunna, la jefa del departamento de su hermano y gran amiga de ambos. La vio hablando con unos jóvenes que se repartían por el patio. Ya empezaba a hacer frío para dar las clases a la intemperie. Ilex se apoyó en un árbol del patio y esperó a que Sunna acabara su clase. Cuando terminó, Ilex la siguió por el patio mientras se despedía de sus alumnos.

—Sunna —la llamó cogiéndola por el brazo, la anciana se dio la vuelta y una sonrisa se dibujo en su rostro cuando reconoció a Ilex.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó dando un abrazo a Ilex cargado de cariño, ella siempre había sido muy tierna con los dos hermanos desde que los conoció, de hecho ella era la culpable de la vocación de su hermano. Después de intercambiar saludos y de ponerse al día, Ilex le preguntó por su hermano.

—Se ha ido, pero no me ha querido decir dónde. —Ilex miró extrañada a Sunna, pidiéndole explicaciones de lo que había dicho—. Sí, últimamente se movía mucho con Alasterín y con ese amigo humano de los gremios que tiene —dijo pensativa—, sin duda, él sabrá decirte donde está el desagradecido de tu hermano.

—Iré a verle ahora mismo —dijo mientras besaba en la mejilla a la anciana profesora.

—Cuida de ese cabeza de chorlito —le dijo Sunna cuando esta se alejaba por el patio, sabía que sus palabras estaban de más, el trabajo de Ilex hacía que valorase la relación con su hermano por encima de todo.

Aunque al principio Alasterín no quiso decirle dónde estaba su hermano, ella no tardó mucho en sacarle la información. No le gustó lo que averiguó. Su hermano se había ido a realizar una investigación con los gremios humanos a Ter-Carlak. Sabía muy bien la precaria situación los gremios, con una Iglesia y un rey que querían acabar con ellos. Conocía a los humanos y sabía que si empezaban una matanza, no pararían a comprobar la raza de quien recibía la cuchillada. Decidió ir a buscarle y asegurarse personalmente de que se encontraba bien. Aunque Alasterín no quiso decirle de qué trataba la investigación, por sus palabras dedujo que era algo muy importante. Si era así, no habría quien separase a su hermano del lado de los humanos hasta que saciara su curiosidad o creyera que ya no podía aprender más. Sabía que le esperaba una larga estancia en compañía de los humanos. Compró un lantar bípedo con el dinero del licenciamiento, lo cargó con lo que pensó que le haría falta para el viaje y se encaminó en busca de su hermano hacia la capital del reino de los hombres.

Capítulo 23

Con paso pesado, los dos humanos seguían al pequeño quinimus, que había prometido protegerles hasta que estuvieran a salvo. Subían por una senda pedregosa rodeada por robles y helechos, tan tupida que más de una vez tenían que cortarlos con las espadas para poder seguir avanzando. El reptil miraba para todos lados esperando que en cualquier momento apareciera su Dios y le fulminase con un rayo, pues hacía un par de días que caminaban por territorio tabú. Después de haber escuchado pacientemente al quinimus explicar sus dogmas, Santez encontró una salida al dilema del atribulado ser y le había convencido para que creyese que su Dios les había prohibido establecerse en aquellas tierras, pero no les había prohibido explorarlas. Esas palabras sirvieron para que el ser siguiera ayudándoles por aquel territorio vedado a su raza.

—Apenas hemos comido unas bayas en tres días —se quejó Santez—, no sé por qué el Creador me hace pasar por esto. Cada vez estoy más convencido de que Dios me quiere mostrar algo —dijo mientras miraba al cielo a la vez que le rugían las tripas.

Yirdan había notado un cambio de actitud en su amo desde que iniciaron el viaje. El misticismo estaba haciendo mella en él. En esas circunstancias, decidió que lo mejor sería seguirle la corriente, aunque en algunas ocasiones llegaba a temer por la cordura de su superior.

—¿Sabes cada cuánto tiempo se produce una guerra de exterminio entre los quinimus?, sin duda cada muchos años —se respondió él mismo, mientras jadeaba por el esfuerzo de caminar y hablar a la vez. Yirdan no le dijo nada, sabía que su amo hablaba para sí—. Sin embargo, hemos presenciado la última, como si esos seres nos hubieran estado esperando.

Santez andaba cabizbajo y ensimismado, Yirdan pensó por unos segundos que podía oír los pensamientos que parecían atormentarle. Tropezó con una piedra del camino y estuvo a punto de caer, ya era la tercera vez que le pasaba aquella mañana, Yirdan lo agarró del brazo para que no cayera y Santez lo miró sin comprender qué era lo que lo que estaba haciendo su sirviente, fue una mirada de reproche.

—Sé que estoy cerca de algo, pero no sé de qué —dijo Santez, y Yirdan pensó que ese algo era el suelo.

—¿Cerca de algo, señor? —Yirdan preguntaba con temor, en esos momentos nunca sabía cómo podía responder su jefe.

—Sí —dijo Santez y se paró mirándose los pies. Sin dirigirle la mirada le dijo—: no sé por qué el Creador ha querido que me aleje de la ciudad precisamente en estos momentos tan decisivos para nuestros intereses en la Iglesia.

—Pero vuestra misión es importante, el propio sumo sacerdote os la impuso, —Yirdan intentaba agrandar a su señor, y eso sabía que sólo se lograba dándole importancia. Santez le había trasladado su alegría por el nuevo cometido, había estado convencido de que para él era una muy buena oportunidad, ahora parecía dudar.

—Estoy empezando a dudar de cuál es nuestra verdadera misión —dijo frotándose las manos—. Creo que la misión que nos ha mandado el sumo sacerdote, no es la misma que nos quiere encomendar el Creador.

Yirdan no quiso hablar más, en ese momento pensó que el hambre le estaba pasando una mala jugada a su señor. Siguieron andando y Santez comenzó a fijarse con detenimiento en su pequeño guía. Le miraba con curiosidad, como si hasta ese momento no lo hubiera visto realmente.

—Fíjate en este pequeño ser y en su pueblo —dijo mirando descaradamente al quinimus— ¿Por qué Dios no se ha presentado a ellos como hizo con los hombres?, reconozco que tienen algo parecido a la inteligencia, y bien dirigidos podrían ser muy útiles para la creación.

El quinimus miró hacia atrás, a Yirdan no le cupo ninguna duda de que les había oído. Sin embargo, por su expresión, daba a entender que era un muerto en vida al que ya no le

importaba nada y que lo único que le mantenía vivo era la orden que le había dado su jefe. Estaba convencido de que, después de terminar su misión, se dejaría morir de una u otra manera. Le era indiferente lo que dos extranjeros pensarán de él y de su pueblo.

—Quizás, mi misión tenga que ver con haber conocido a estos seres inferiores que, sin embargo, parecen tener algo de inteligencia, —y rápidamente añadió—: «inteligencia animal». No sé que relación puede tener todo esto con nuestra misión divina.

Santez siguió hablando en voz baja para sí y Yirdan se alejó un poco de él, ahora sabía que no aguantaría ninguna intromisión en sus divagaciones, se adelantó y se puso al lado del quinimus. Escuchó un sonido fuerte, Santez había caído al suelo después de tropezar y cuando se dio la vuelta para ayudarlo ya se estaba levantando entre una letanía de maldiciones, lo pensó mejor y no se acercó a él, recordó la mirada de reproche cuando poco antes había intentado ayudarlo. Se pararon en unas piedras que había en la ladera por donde iban, a la sombra de los robles. El quinimus les dijo que lo esperasen allí, se adelantaría para ver si podía dar caza a algún animal del bosque. Les recriminó que hacían mucho ruido y espantaban toda la caza. Se perdió entre la jungla de helechos que lo sobrepasaban en altura. Durante todo el tiempo que esperaron su regreso, Santez no dijo nada. Estaba ensimismado en sus pensamientos como Yirdan jamás lo había visto. Cuando pasaron dos horas y el sol ya casi se escondía en el horizonte, Santez rompió el silencio:

—¿Crees que ese ser regresará? —lo consideraba un animal inferior, y ya no parecía recordar que aquellos «animales» con su sencilla ciencia médica le habían salvado la vida.

—Estoy casi seguro señor —dijo Yirdan—, hizo un juramento a su jefe y creo que mantener la palabra para los quinimus es casi sagrado.

—En realidad ¿crees acaso que estos seres son tan nobles? —dijo Santez mirando reprobatoriamente a su criado—. La Iglesia nos enseña que la nobleza es exclusiva de los hombres, estos animales funcionan por pasiones e inclinaciones casi humanas, pero son animales al fin y al cabo.

—Ciertamente señor —dijo Yirdan agachando la cabeza sumisamente, el pelo le tapaba su único ojo—, si eso es lo que dice la Iglesia, sin duda tiene razón.

Santez asintió con la cabeza y agachó la mirada al suelo esperando que el quinimus hubiera encontrado algo para comer en aquel bosque. Cuando le vieron aparecer, ya apenas había luz y Yirdan había encendido un fuego esperando que no sólo sirviera para calentarse. Vieron que traía colgado del hombro un conejo, que apenas les quitaría el hambre, pero les causó una gran alegría poder comer algo de carne por fin.

—Yirdan —dijo Santez chupándose los dedos y observando el crepitar del fuego,—creo que ya estamos cerca de nuestro objetivo. Ya no deben estar muy lejos esos ayas, como mucho creo que en un par de días estaremos dentro de su territorio.

—No sé señor —le respondió Yirdan, que sabía que su jefe hablaba sin saber realmente cual era el territorio de la secta de la rama dorada— el bosque es enorme y llevamos dos días subiendo por la ladera de la montaña, mañana ya deberíamos empezar a descender y...

¡¡Brooooouuuummm!!

Señor y criado se quedaron agazapados y asustados por aquel sonido estruendoso que venía de la dirección hacia la que ellos se dirigían. Todo el suelo retumbó bajo sus pies y si no hubiera sido por el atronador ruido hubieran pensado que se trataba de un terremoto. Buscaron con la mirada a su guía para que les diera una explicación de qué era aquello que habían oído. Para su sorpresa, el guía, después del sobresalto inicial parecía ahora tranquilo como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Santez con apremio al quinimus.

—No deben preocuparse, se trata de los gusanos borrum.

Santez miró extrañado a Yirdan, pero este se encogió de hombros sin poder darle ninguna explicación. Se tranquilizaron al ver tan sereno a su guía, pero se durmieron intrigados por lo que habría querido decir el quinimus.

Cuando reanudaron la marcha después de recoger el campamento, el quinimus parecía impaciente por encontrar algo. Poco a poco se fue adelantando hasta que a los humanos les costó mantener su paso. Vieron que el reptil se sentaba en una roca de la pendiente desde la que tendría una buena vista del valle que se encontraba más abajo. Cuando se acercaron a él, les señaló hacia abajo y les dijo:

—Gusanos borrum.

Los dos se asomaron esperando ver a aquellos animales, pero no vieron ningún ser vivo. Debajo de ellos, en la ladera de la montaña, había un gran agujero en el suelo, de unos cincuenta metros de diámetro. Las paredes del derrumbe estaban llenas de túneles que horadaban los perfiles. La gran cantidad de galerías existentes habían provocado que el techo se cayera produciendo el estruendo que habían escuchado la noche anterior.

—Señor —dijo Yirdan— es posible que se trate de los míticos gusanos de roca.

—Sí, yo también he oído hablar de ellos, y aunque una vez vi un cráter que me juraban que lo habían causado los gusanos, no lo creí, pero mira —le dijo a Yirdan señalando hacia la base del cráter—, creo que allí tenemos la prueba definitiva. —Yirdan reconoció sin problemas lo que era una parte de gusano atrapado en el derrumbe. Era enorme, debía de tener al menos tres metros de longitud y su color blanquecino le delataba entre las piedras oscuras—. Ahí tienes otra prueba de que el hacedor quiere algo de mí e intenta decírmelo, pero ¿qué? —dijo Santez con cierta frustración—. Espero no fallarte en el momento de la verdad, espero poder servirte mejor que nadie —dijo en susurros con la mirada perdida en el cielo.

Yirdan lo miró asustado por los desvaríos que estaba teniendo su señor. El quinimus descendió corriendo por el cráter en cuanto vio el gusano muerto.

—¿Dónde va? —dijo Santez saliendo de su ensimismamiento.

—Creo que va a por el gusano señor —respondió Yirdan.

—Para qué querrá... —dijo Santez pero se interrumpió al ver que el reptil se agachaba sobre el cadáver y empezaba a comer el fluido interno del animal—. Dios, que animal más asqueroso, —y añadió casi entre dientes— si su raza dejara de existir, la creación de Dios sería mucho más perfecta—. En ese momento, Yirdan casi pudo oír un clic en el cerebro de su amo, le miró, pero Santez permanecía callado con la mirada perdida dentro del cráter.

—Eso es —dijo al fin con un entusiasmo casi infantil, como si estuviera evaluando las consecuencias de lo que había descubierto, se puso de rodillas y dijo—, de eso se trataba, Dios quiere que los hombres nos convirtamos en los rectificadores de su creación.

—¿Señor? —le preguntó Yirdan intrigado.

—Creo que Dios me ha revelado su voluntad. Al principio creó el universo de una manera rápida, casi automática, haciendo muchas pruebas hasta que encontró lo que buscaba. Ahora, ha descubierto que los hombres somos su mejor creación y nos quiere usar para limpiar la pizarra de la creación, quiere que borremos todo lo que no desea en su mundo, —y alzando los brazos dijo—: quiere que yo sea alguien importante en la realización de esa misión. Yirdan has tenido suerte pues has sido testigo de todas las pruebas que Dios ha puesto en mi camino para que descubriera mi objetivo sagrado.

El reptil, al ver a Santez arrodillado con los brazos en alto, pensó que le pasaba algo, y cogiendo en su camisa unas vísceras del animal, subió por la pendiente del cráter hasta donde estaban los dos humanos. Cuando estaba cerca de ellos, algo extrañado por su actitud, les ofreció las vísceras que transportaba. Santez le miró con asco, se puso de pie y antes de que el quinimus pudiera hacer nada, desenvainó su espada y de un golpe seco le decapitó. El quinimus se quedó durante algunos segundos de pie, aún con las manos extendidas ofreciéndole lo que para él

habría sido un banquete. Yirdan después de unos segundos de sorpresa, miró con pena al ser que tan bien les había servido y que les había salvado la vida sacándoles del territorio que ahora dominaban sus enemigos. Casi a cámara lenta, el pequeño ser se desplomó en el interior del cráter, rodando hasta donde se encontraba el cadáver del gusano muerto.

—Hoy, he empezado la misión que me ha asignado el Creador —dijo sin dirigirse a nadie en concreto— sólo espero que no sea demasiado tarde para cumplir su cometido —decía mientras limpiaba y enfundaba su espada—. Vamos Yirdan, seguro que ahora nuestro camino será más fácil. —Diciendo esto, se dio la vuelta y siguió resueltamente ladera abajo.

Capítulo 24

No les costó mucho convencer al rey de la conveniencia de realizar una expedición de importancia al lago subterráneo. El sumo sacerdote parecía muy contento cuando se enteró de que no sólo se iba Loren a la montaña, sino de que le iban a acompañar varios de los más importantes personajes de los gremios. Lo decisivo para convencer al rey, fue decirle que los gremios correrían con todos los gastos de la expedición, lo que le serviría a Loren para elegir a todo el personal de la expedición, pues temía que de otra manera, Rocarela le impusiera la presencia de algún monje.

Se eligió con mucho cuidado a los trabajadores que irían al interior de la montaña, y la primera misión de Fausto fue descubrir quienes eran los infiltrados que la Iglesia había logrado meter en la expedición. Loren se sorprendió cuando Fausto le comunicó que uno de ellos era un coordinador de gremios, es decir alguien que tenía un puesto similar al suyo. Muy a su pesar, se decidió que se llevarían a los dos infiltrados, pero que ambos sufrirían, en breve, un desgraciado accidente. La recomendación de Fausto de no revelar a nadie la verdadera naturaleza de la expedición había cumplido su propósito, pues de no haberla seguido, el sumo sacerdote ya estaría enterado de la existencia de la ciudad. Entre los hombres elegidos, Fausto se había encargado de poner a algunos de su máxima confianza que harían los trabajos de seguridad para que los sabios se pudieran ocupar sin problemas de su investigación. Tanto Fausto como Loren sabían que la batalla por el poder en Ter-Carlak estaba perdida. Comenzaban a pensar que la ciudad subterránea era la última oportunidad para los gremios de seguir con sus investigaciones lejos de la influencia de la Iglesia. Aquel lugar oculto también les podría servir de refugio si las cosas iban a peor.

Se armó un gran escándalo entre los gremios, pues a todo el mundo le parecían desproporcionados los recursos que Loren quería dedicar a la expedición. Todos recordaban los tiempos en los que los gremios lucharon entre sí por sus propios intereses, y sabían que un simple malentendido podría acabar con todo lo que habían logrado en los últimos años. Durante mucho tiempo se libró una guerra secreta entre ellos, y no fueron pocos los que aparecieron asesinados en los callejones de la ciudad. Aunque la mayoría se fiaba del criterio de Loren, otros pensaban que se trataba de una maniobra de la Iglesia para debilitar más a los gremios. Muchos aún no entendía que la batalla por la confianza del Rey frente a la Iglesia ya estaba perdida, la unidad de los gremios aún estaba en la cuerda floja.

Fueron unos días de intensos preparativos, que Loren aprovechó para que Helan y Aquer se conocieran mejor. Tenían por costumbre empezar y acabar el día en la casa de Loren, hablaban del estado en que se encontraban los preparativos, y en esas reuniones se vio la gran ayuda que Aquer les estaba prestando, pues en realidad era el único que tenía experiencia en la organización de expediciones de investigación tan largas.

—Hoy quiero que trabajéis en mi casa —dijo Loren que tuvo que levantar la mano para acallar las protestas que comenzaban a hacer sus dos jóvenes amigos—. Lo primero que haréis será traer todos los planos que ha realizado Helan de las galerías. —Helan le miró intrigado—. Quiero que le expliques a Aquer todo lo que sepas de los caminos de las galerías y después quiero que se los des a Fausto para que los guarde a buen recaudo. El resto del día quiero que lo dediquéis a leer los manuscritos antiguos que os he dejado en aquella mesa —dijo señalándoles una pequeña mesa que estaba colocada debajo de una ventana y llena de legajos hasta no haber cabido uno más—. En eso, Aquer te podrá ayudar a ti.

—¿Quieres que pasemos el día leyendo historias de los antiguos, mientras hay tanto trabajo por hacer? —se quejó Helan con desesperación, aunque sabía que no le serviría de nada. Aquer se ponía muy tenso cuando Helan mostraba esa rebeldía ante Loren, pero con el tiempo

entendió que la rebeldía sólo consistía en eso y que nunca iba más allá. Un aya jamás llegaba a esos extremos si no pensaba mantener su postura hasta el final.

—Ya te dije una vez que en esas leyendas encontrarás más verdad de la que se ha querido ver hasta ahora —respondió Loren—, a lo mejor te hace valorar más lo que has encontrado debajo de la montaña, y es imprescindible que entiendas cuanto antes qué es lo que podríamos llegar a encontrar.

No dijeron nada más. Los dos salieron de la casa de Loren y se dirigieron a la habitación que tenía alquilada Helan encima de la taberna del Yunque de plata, favorita de los miembros del gremio de herreros—químicos. Sabandija asomó la cabeza fuera de la mochila. Siempre parecía estar contento cuando salían de la casa de Loren. Aunque nadie le había enseñado, jamás se bajaba de la mochila cuando andaban por la ciudad, para Helan eso suponía una muestra más de su inteligencia.

—Me gustaría entrar en la taberna —dijo Aquer sin ocultar su curiosidad.

—¿Estás interesado en la fauna local? —le preguntó Helan con cierta ironía.

—Sí, podría decirse así —dijo Aquer, sin darse por aludido— además entre los humanos de Camora, se habla mucho de la calidad de las tabernas de Ter—Carlak, y me gustaría comprobarlo por mí mismo. Siempre he pensado que para conocer a los hombres no hay nada mejor que entrar en sus tabernas.

—Está bien —aceptó Helan ante la perspectiva de estar el resto del día encerrado en el estudio de Loren leyendo crónicas antiguas— te enseñaré el bestiario local.

Cuando entraron, todas las cabezas se giraron para ver quién entraba, como pasaba siempre. Helan conocía a algunos, les saludó y se dirigieron a una mesa al fondo del local. Algunos les seguían mirando con curiosidad, ya no era fácil ver ayas por Ter—Carlak.

—Pon dos cervezas negras —dijo Helan al tabernero con confianza, estaba claro que Helan pasaba bastante tiempo allí y se consideraba uno de los parroquianos asiduos.

Aquer miraba todo con atención, no quería perderse ningún detalle, analizaba con mente científica las diferencias que encontraba con las tabernas de Camora.

—¿Para qué son esos ganchos que hay detrás de la barra? —preguntó Aquer—, en Camora no los he visto.

—Son para colgar carne seca y poder cortarla mejor. En Camora será más corriente tener la carne en la despensa y cortarla allí. Aquí nos gusta ver el género que vamos a comer.

—Y ¿por qué hay tan poca luz en las tabernas de Ter—Carlak? —dijo Aquer con curiosidad.

—En realidad, no lo sé —dijo Helan después de una pausa, un poco sorprendido, pues no parecía haberse dado cuenta hasta ese momento de lo que decía su amigo—. Supongo que cuando entramos en una taberna buscamos intimidad y poder charlar con los amigos como si no estuviéramos en un sitio público..., —se cayó, pues en realidad no tenía ni idea de por qué todas las tabernas que él conocía tenían un ambiente tan lóbrego—. No es sólo la oscuridad —dijo por fin a su amigo que le miraba interesado—, se trata de toda una atmósfera que las envuelve, el olor a humo y a cocina, los murmullos y a veces los gritos de los parroquianos. Creo que si fueran de otra manera no nos gustarían —dijo Helan, recordando las numerosas noches que había cenado en el Yunque de Plata y la cantidad de historias que había oído cerca del fuego—. De todas formas, todo está cambiando, ahora apenas nos visitan los samán, y eso sí que se echa de menos en las tabernas. Los sacerdotes parecen tener algo personal contra las tabernas, pues están cerrando todas las que pueden.

—¿Por qué? —preguntó Aquer.

—Mi padre dice, que lo que quieren evitar a toda costa, son los lugares de reunión que ellos no controlan, pretenden que la gente sólo se reúna en la Iglesia y que de allí se vuelvan a sus casas. En ese momento, un joven entró en la taberna y Helan que le reconoció como uno de los mozos de la casa de Loren, le hizo un gesto con la mano. El chico se acercó a ellos y les dijo:

—Me manda Loren, os pide que no os entretengáis y que volváis enseguida a su casa.

—¿Pasa algo malo? —dijo Helan mientras se levantaba de la silla.

—No, o eso creo —dijo el muchacho con indiferencia— parece ser que nuestro amigo —dijo mirando a Aquer— tiene visita.

—¿De quién se trata? —preguntó Aquer incrédulo.

—No lo sé, sólo sé que dos guardias, con pinta de haber sido sacudidos acompañaron a uno de tu raza hasta la puerta de la casa de Loren. Querían comprobar que se trataba de un invitado suyo.

—Vaya —dijo Aquer sorprendido— acaso ese individuo tenía una larga coleta de pelo morado y va armado.

—Sí, pero no usó las armas contra los guardias, ¿la conoces? —dijo el muchacho.

—Desde luego —dijo Aquer mientras salían de la taberna— se trata de mi hermana, Ilex. Se me había olvidado que se licenciaba del ejército y que tenía programado un viaje con ella, espero que no se lo tome muy mal, pero con el viaje y la investigación me había olvidado por completo del asunto.

Helan se sintió de repente muy intrigado por lo que había oído sobre aquella aya.

—Cogeré los planos e iré ahora mismo —le dijo Helan, separándose de Aquer para realizar el encargo que Loren les había hecho—. Es mejor que vosotros os vayáis ya a casa de Loren.

Estaba impresionado por lo que la hermana de Aquer había hecho a los guardias. Sin darse cuenta hasta el momento jamás había pensado en los ayas como guerreros e inconscientemente les había quitado méritos en las acciones militares del ejército. Si la hermana de Aquer se había enfrentado a dos guardias y los había vapuleado, iba a tener que replantearse la forma de verlos. En realidad entendió que a los guardias les había pasado lo mismo que a él, habían menospreciado las cualidades guerreras de los ayas y por lo visto lo habían pagado.

Capítulo 25

El camino no se hizo más fácil por que Santez pensara que ya había descubierto su finalidad. Una nueva determinación parecía mover los pies del religioso. Si hasta entonces se había colocado siempre detrás de su criado, desde el episodio del cráter, iba por delante de Yirdan. Ahora parecía que no le molestaba tanto como antes el ayuno, pensaba que si Dios se lo mandaba sería bueno para él.

El aire era cada vez más frío y la niebla, que cubría todo el bosque por las mañanas, cada vez se levantaba más tarde. Yirdan sabía que si no encontraban pronto a quienes iban buscando no sobrevivirían al invierno.

—Tendré que tener mucho cuidado cuando regrese a Ter—Carlak —dijo para sí Santez, en un susurro.

—Perdón señor, ¿decía algo? —preguntó Yirdan.

Santez le miró con suspicacia, y durante unos segundos no dijo nada, le miró fijamente y por fin dijo:

—Decía, que tendré que tener mucho cuidado cuando regrese a Ter—Carlak. Si descubro en un momento inadecuado la misión que me ha encomendado el Creador, mis enemigos me tacharán de loco y ambicioso y el sumo sacerdote empezará a temerme.

—Tenéis razón señor —le dijo Yirdan sin hacerle mucho caso, mientras removía unos tubérculos dentro del fuego. Aquellos tristes bulbos iban a ser su desayuno y probablemente la única comida del día.

—Será mejor que no le comente nada a nadie, hasta que la situación esté clara, —ahora no le importaba que Yirdan le escuchara, cosa que inquietó mucho a Yirdan—. Dios me hará saber cuál es el mejor momento para desvelar su voluntad.

Santez comenzó a comer casi con parsimonia el tubérculo. Tenía los pensamientos en otros asuntos muy lejos de aquellos parajes.

Por su cuenta, Yirdan aprovechaba cualquier ocasión para estudiar todo lo que encontraba por el camino. Le apasionaba descubrir un paisaje y una flora tan distinta a la que conocía en su país. Aquella era la mañana más fría de las que habían pasado a la intemperie desde que salieron de Ter—Carlak.

—Muchos hombres viven toda la vida sin tener un atisbo del Creador, pero yo puedo decir que he sido elegido por él para cumplir su voluntad, me ha señalado con su dedo. —Santez parecía mucho más tranquilo, era como si se hubiera quitado un peso de encima al descubrir su destino. Yirdan no sabía qué contestar a su señor en aquellos momentos en los que confesaba ser un elegido—. Hoy vamos a descansar en este sitio —dijo mientras parecía fijarse por primera vez en el entorno que les rodeaba.

—Sí señor —dijo Yirdan—. Iré donde anoche encontré los tubérculos, seguro que puedo encontrar algunos más —dijo contento por poder dedicar un buen rato a buscar comida y por poder alejarse de su señor.

Avivó el fuego y apiló un buen montón de leños cerca de la hoguera. Después de coger su espada y una bolsa, se dirigió hacia el sitio donde la noche anterior había encontrado los bulbos. Santez se sentó en una roca cerca de la lumbre y puso sobre sus rodillas un montón de papeles que utilizaba para tomar notas del viaje. Yirdan entendió que su señor utilizaría la parada de aquel día para trazar algún tipo de estrategia. Se encaminó montaña arriba dejando a Santez ocupado. Recordó que una vez le comentó que para poner en orden sus ideas necesitaba ponerlas primero por escrito.

La noche anterior debió de andar alrededor de un kilómetro y medio hasta donde encontró los tubérculos y aunque los recogió ya sin luz, estaba seguro de poder volver a aquel sitio. Rodeó la ladera en dirección norte, y cuando apenas había andado quinientos metros, descubrió algo

que le dejó petrificado. Se arrodilló detrás de una gran piedra para no ser descubierto. Se asomó con cuidado y vio algo que le fue imposible ver la noche anterior sin luz.

Ante sus ojos, a unos ciento cincuenta metros, veía un poblado pegado a la montaña. De hecho parecía que la pared había sido excavada para crear un gran hall y alojar el poblado. Por un momento pensó que habían encontrado una colonia de quinimus, pero pronto descubrió que no era así. Por detrás de una de las cabañas apareció un ser pequeño, de la estatura de un quinimus, pero mucho más robusto que este. Su cuerpo estaba totalmente cubierto de un pelo rojizo, salvo la cara que tenía extrañamente parecida a la humana, imberbe y con los ojos muy redondos. La anchura de los hombros parecía desproporcionada para su estatura. El corazón le bombeaba la sangre a toda velocidad. Delante de las cabañas vio pequeños terrenos de cultivos, de uno de ellos había recogido los tubérculos la noche anterior. Entonces comprendió que sería imposible que no les hubieran descubierto. De pronto aparecieron más seres por entre las cabañas, y se dio cuenta de que el primero que vio, era uno de los más pequeños de todos. No podía ser que les tuvieran miedo. Pero ¿por qué les habían dejado entrar tranquilamente en su territorio? y ¿cómo no le habían detenido cuando saqueó el huerto? No podían ser tan descuidados con los extraños. Entonces sintió un cosquilleo en la nuca que casi paraliza su respiración, y poco a poco giró la cabeza. Detrás de él, había dos seres peludos mirándole con interés.

Su primer impulso fue llevarse la mano a la espada, pero no la desenvainó. Apoyado contra la piedra les dijo:

—¿Qué queréis de mí? —y esperó sin saber qué, pues los dos seres le seguían mirando con curiosidad. Estaba claro que no habían entendido nada. Sin embargo supo al momento que no querían hacerle nada malo. Si hubieran querido, durante la noche les habrían podido matar a los dos sin dejarse ver.

Parecían sorprendidos de ver a Yirdan. Por sus rostros, entendió enseguida que era el primer hombre con el que trataban. Yirdan separó las manos de la espada y les mostró las dos manos con las palmas hacia arriba. Pensó que debía de ser un gesto interracial que significaba que no se tenían malas intenciones. Después de unos segundos mirándole las manos, los dos individuos hicieron el mismo gesto y se miraron divertidos. Se acercaron a él y le tocaron los pantalones como queriendo descubrir qué tipo de tejido era aquel. Yirdan les devolvió el gesto, tocándoles una especie de túnica de un color crudo que llevaban puesta.

Los dos seres, se adelantaron a Yirdan y haciéndole gestos para que los siguiera, se dirigieron al poblado. Yirdan tímidamente comenzó a andar al lado de sus anfitriones. Cuando se acercaron al poblado, todos los habitantes parecieron advertirlo y salieron a ver al ser extraño que acompañaba a sus compañeros. Las casas, aunque de planta redonda como las de los quinimus, no eran tan endeble, pues estaban construidas sobre un zócalo de piedra proporcionándoles más robustez. Todos los seres del «pueblo peludo», como enseguida los llamó Yirdan, lo rodearon con curiosidad y comenzaron a tocarle, emitiendo sonidos que parecían expresar sorpresa. Estaba claro que lo tomaban por un ser totalmente inofensivo, aunque se dio cuenta de que los que parecían ser más mayores, se situaban alejados de él, y hubiera jurado que le miraban con cierto resentimiento y temor.

Cuando a Yirdan empezaba a incomodarle aquella situación, se escuchó por detrás de la multitud un chillido que parecía una orden, pues inmediatamente los peludos se separaron de él, haciendo un círculo a su alrededor. Acto seguido, la multitud hizo un pasillo para que el personaje que había dado la orden pudiera acercarse. Se trataba de un peludo encorvado y con el pelaje amarillento, casi blanco. Se acercó a Yirdan, y mirando hacia arriba pareció escrutarle severamente. Por fin después de un insostenible silencio de la multitud, el anciano le dijo:

—Eres un hombre, —le miraba de reojo esperando ver la reacción de Yirdan, como si fuera a comprobar si le engañaba. Su acento era casi incomprensible, a Yirdan le dio la sensación que el

ser peludo hablaba aquel idioma por primera vez después de muchos años. Por la reacción de los que le rodeaban, parecía claro que nadie le había entendido.

—Sí, soy un hombre —dijo Yirdan serenamente— y vengo desde muy lejos, de la ciudad del rey de los hombres.

El anciano, después de un tiempo mirándole, dirigió la mirada al suelo y durante un tiempo no dijo nada. Nadie en el poblado se atrevió a interrumpir al que parecía su jefe. Yirdan esperaba desconcertado algún tipo de reacción del personaje que tenía delante.

—Acompáñame, «un solo ojo» —dijo secamente, bautizando a Yirdan. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el gran hall que había en la montaña y que parecía envolver al poblado. Yirdan le siguió, y detrás de él iba todo el pueblo. Según se acercaba al gran abrigo que resguardaba al poblado, pudo apreciar que la oquedad era artificial. Los peludos lo habían excavado para poder adosar lo más posible su poblado a la montaña. También pudo escuchar los ruidos que salían de las bocas de las galerías que se situaban en la base del abrigo. Las criaturas estaban realizando trabajos de excavación dentro de la montaña. Por el ruido que producían excavando Yirdan llegó a la conclusión que había tanta gente trabajando como fuera en el poblado.

—Pasa, «un solo ojo»—dijo el anciano en el vano de la entrada a una cabaña que no se diferenciaba en nada de las otras que había en el poblado.

Yirdan pasó y ante las señas de su anfitrión se sentó en una esterilla que había en el suelo.

—Mi nombre es Raíz de Roca. Hace muchos años que no veíamos a ningún humano —dijo el ser peludo—. ¿A qué se debe que estéis aquí?, ¿sólo sois vosotros? o ¿sois los primeros de un grupo más numeroso?

Yirdan sintió la preocupación en su interlocutor. El anciano cogió dos vasos de barro que había en una estantería detrás de él y dijo algo en su lengua a otro peludo que esperaba sus instrucciones en la puerta de la cabaña.

—Sólo somos dos —dijo Yirdan y pudo sentir el alivio del viejo—. No somos ninguna avanzadilla, y si hemos llegado hasta aquí ha sido para cumplir una misión de nuestros superiores. De todas formas, nos hemos perdido. —Entonces Yirdan les hizo un resumen interesado de lo que les había pasado hasta entonces, para intentar que les prestaran ayuda.

—Si buscáis a los ayas del bosque, no vais desencaminados —dijo el anciano—, pero te advierto que no os recibirán con los brazos abiertos. A nosotros nos ignoran, nos tratan como si fuéramos una colmena de abejas que se ha instalado en su jardín. Pero al menos ellos nos dejan tranquilos. —Yirdan notó algo amenazante en su tono, y entonces se dio cuenta de que dos guardianes esperaban a ambos lados de la puerta de la cabaña armados con unos picos enormes que no solo servían para cavar en la montaña.

—Jamás os haría ningún daño —dijo Yirdan y el anciano comprendió se había dado cuenta de que su situación era crítica.

—Lo siento mucho, pero no podemos dejar que nuestro asentamiento sea conocido por los hombres —dijo el viejo y su tono no mentía cuando decía que lo lamentaba—. Si estamos en estos parajes es en parte culpa del hombre. Nosotros confiamos en ellos y acabaron esclavizando a mi pueblo. Desde aquellos tiempos hemos huido de los hombres. ¿Entiendes ahora por qué debemos matarte?

Yirdan estuvo durante un tiempo mirando el suelo sin saber que decir. Entendía perfectamente que aquellas criaturas se escondieran de los hombres.

—Pero —dijo Yirdan implorante—, no me podéis hacer pagar a mí los pecados de otros hombres. No todos los hombres somos iguales. Jamás os haría daño. —En ese momento, un peludo entró con una tetera a la cabaña y llenó los vasos que el anciano había dejado en lo alto de una mesa baja entre los dos—. Te juro que jamás revelaré a nadie vuestro asentamiento, te prometo que no le mencionaré a nadie que os he visto.

—¿Nos podemos fiar de vosotros? —dijo el peludo con el ceño fruncido, mientras le señalaba uno de los vasos para que bebiera.

—No —dijo Yirdan—, no os he pedido que os fiarais de nosotros. Mi señor no es de fiar, él revelaría vuestra posición si le beneficiara en algo.

El peludo se enderezó y le miró directamente a la cara, como queriendo descubrir un atisbo de verdad en su único ojo.

—¿Nos estás diciendo que tendríamos que matar a tu compañero? —dijo con perspicacia.

—¡No! —respondió Yirdan un poco espantado, el anciano se dio cuenta de su azoramiento—, en realidad no hace falta, él no sabe de vuestra existencia, y si depende de mí, seguirá sin saberlo. Ya os he jurado que jamás hablaré de vosotros.

El peludo le miró por unos momentos sin saber que decir. Entonces, cuando Yirdan iba a coger su vaso para beber, el peludo lo empujó con el dorso de la mano y lo tiró de la mesa, Yirdan había estado a punto de morir envenenado y no se había dado cuenta de nada.

—Creo que eres sincero —dijo y diciendo en su lengua algo a los de fuera, aparecieron con otro vaso con bebida—. Además, las nuevas generaciones no han tenido que sufrir o ver violencia alguna y no quisiera que esto cambiara hoy. Espero que entiendas que me juego mucho dejándote vivir

—Lo entiendo perfectamente —dijo sinceramente Yirdan aliviado, pues estaba seguro de comprender que si su señor se enteraba de la existencia de aquella colonia, sería cuestión de tiempo que intentara volver a esclavizarlos. Después de una pausa Yirdan preguntó— ¿Jamás había oído que los hombres esclavizaran a otros seres?, ¿cuándo sucedió eso?

—Fue al inicio de la invasión de los hombres a nuestros territorios del norte. —Yirdan jamás lo había considerado desde aquella perspectiva, pero estaba claro que si los hombres ocuparon un territorio de otros seres inteligentes, se podría hablar de invasión—. Los ayas no consultaron con nosotros su decisión de dejar pasar al pueblo de los hombres a la península, y todas nuestras queridas montañas de noreste fueron conquistadas. Al principio no vimos el peligro y pensamos que podríamos vivir con los hombres igual que lo habíamos hecho durante tantas generaciones con los ayas. Pero no fue así, y nuestro afán por el trabajo fue lo que definitivamente nos perdió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Yirdan.

—Nosotros trabajamos para la comunidad de sol a sol, por eso estamos continuamente excavando. Nuestro trabajo es lo único que tenemos para demostrar que hay un motivo para que estemos en este mundo, es la parte más importante de nuestra relación con las otras personas de la tribu.

—No lo entiendo muy bien —dijo Yirdan sinceramente interesado en lo que el anciano le contaba.

—Ese es el problema de tu raza, que considera que la liberación es no tener que trabajar para vivir —dijo el anciano pensativo.

—Bueno, en realidad muchos pensamos que el trabajo se debe hacer para conseguir algo, normalmente un plato de comida —respondió Yirdan que no acababa de entender lo que su anfitrión le quería decir.

—Esa es la mayor diferencia entre nosotros. Para nosotros, el trabajo es un fin en sí mismo. El fin es trabajar, lo secundario es conseguir algo con el trabajo. Aunque está claro que siempre nos proponemos un fin para orientar debidamente nuestro trabajo.

—Somos muy distintos —dijo Yirdan—, ¿y cómo elegís a los jefes entre vosotros?, entre nosotros quienes mandan suelen ser quienes más tienen.

—En eso no nos diferenciamos mucho de vosotros —dijo el anciano—. Entre nosotros, la gente suele seguir al cabeza de la familia que más trabajo puede ofrecer a la comunidad, y que se puede permitir el lujo de excavar galerías sin ningún propósito aparente.

—¡Así demuestra su poder! —exclamó Yirdan con sorpresa—, malgastando el potencial de su familia.

—Otra vez te equivocas —dijo el anciano mirándole divertido—, es de mal gusto dedicar todo el trabajo a actividades productivas. Recuerda que para nosotros el fin es el trabajo.

Después de esto, siguieron hablando durante bastante tiempo, en el que descubrió cómo una sociedad totalmente distinta a la humana y que jamás había oído hablar de su Dios, funcionaba, e incluso parecía que les iba bien. Se convenció de algo que ya creía haber descubierto cuando conoció a los quinimus y que ahora estos seres le habían confirmado; existían más razas inteligentes de las que la Iglesia reconocía, y a pesar de lo que predicaban, sabía que esos seres estaban más cerca de los hombres que de los animales. Aunque pensándolo bien, no supo decir si eso era una ventaja o un inconveniente.

Cuando se despidieron, le volvió a prometer que nunca le diría nada a nadie, y sólo quiso aceptar unos cuantos tubérculos, para que Santez no sospechara nada. Esperaba que su amo no hubiera tratado de encontrarle. Si descubría a los peludos, estaría condenado a muerte, y no sabía si los peludos iban a ser tan comprensivos con él por segunda vez.

Su temor fue infundado, pues cuando llegó al campamento, vio a su señor en el mismo sitio donde le había dejado, pero ahora parecía haber construido una especie de mesa delante de él con algunos de los leños que le había dejado para alimentar el fuego.

—Traigo comida —dijo Yirdan cuando estaba lo suficientemente cerca para no tener que alzar mucho la voz.

Santez pareció sorprendido al oír otra voz humana. Levantó la cabeza y la volvió a bajar al comprobar que se trataba de Yirdan. Estaba totalmente absorto en sus pensamientos y no le hizo el menor caso. Yirdan cocinó los tubérculos y no hablaron nada durante la cena. Sin que su amo lo supiera, estaban siendo vigilados desde la oscuridad.

Capítulo 26

Helan no podía evitar mirar a Ilex de reojo. Aquer no dejaba de hablar de las cosas que había hecho, y nadie lo dudaba ya que se trataba de una guerrera valiosa para el Ejército Común de Defensa. A Ilex no parecía importarle la cháchara de su hermano y comía tranquilamente como si no fuera con ella la cosa, parecía estar acostumbrada a que su hermano presumiera de ella delante de todo el mundo. En una ocasión, Ilex sorprendió a Helan mientras la miraba, y esta le devolvió la mirada sorprendida, Helan rápidamente desvió la mirada para otro lado e intentó no volver a hacerlo. No lo logró.

Comían en el comedor de Loren, todos atentos a lo que Aquer contaba. A Loren le costó convencer a los guardas de la puerta de que su invitada no suponía un peligro para nadie. Les convenció al final el hecho de que se tratara de una oficial del Ejército Común, no les dijo que ya estaba licenciada.

—¿Vendrás con nosotros a la expedición? —preguntó Loren a Ilex.

—Claro, si me lo permitís, os acompañaré gustosa —dijo—. No es que me interesen mucho las investigaciones sobre el pasado, pero he venido para estar con Aquer, y lo haré todo el tiempo que me sea posible, aunque tenga que seguirle dentro de una montaña.

—Sí —dijo Aquer sonriendo—, será una novedad para ti estar dentro de la montaña y no encima.

Helan se sorprendió de que no preguntara nada más, no se interesó por conocer las condiciones de la expedición, ni el tiempo que duraría, nada, parecía que todo le daba igual. Inmediatamente cayó en la cuenta de que por muy duras que fueran las condiciones de la expedición, ella lo habría pasado mucho peor en la frontera norte, o incluso dentro del territorio rankog. Aquello para ella debía de ser como una excursión al campo un día de fiesta.

Después de la cena, extendieron los planos que Helan había realizado durante las exploraciones de las galerías. Ilex también se había interesado por ellos y los estudiaba con detenimiento, como si estuviera memorizado distintas rutas dentro de las galerías. Estaba acostumbrada a leer mapas y no le hizo ninguna pregunta sobre lo que veía.

—No es un trabajo exhaustivo —dijo Helan preocupado por la opinión que pudiera hacerse Ilex de su trabajo—. Jamás pensé que fueran a ser tan importantes, de ser así hubiera invertido más tiempo en la cartografía de las galerías. Hay muchas galerías pequeñas que no van a ninguna parte, o que no acabé de explorar y que no aparecen más que como aberturas en las paredes de las que sí dibujé.

—Están muy bien —dijo Ilex, puntualizando después—, para no ser un trabajo exhaustivo. Muchos de nuestros exploradores son incapaces de hacer un trabajo tan digno. Te recomiendo que hagas anotaciones de distintos sitios describiendo algo del entorno, eso te puede ayudar para relacionar el plano con lo que recuerdes visualmente.

Helan sacó una libreta que guardaba en su mochila, allí tenía anotaciones de casi todos los tramos de las galerías, incluso en más de una página había realizado dibujos de formaciones rocosas que le parecieron curiosas, describía colores o los distintos materiales que iba encontrando.

—Aquí las tengo —dijo orgulloso, acercándose a Ilex para que lo viera—, aún no las he pasado a los planos.

—Sí, es muy voluntarioso, pero después le cuesta mucho todo el trabajo de estudio —dijo Loren, Helan agachó la cabeza sin replicar nada en su favor, Ilex le miró divertida—. Bien —siguió Loren—, ha llegado el momento de contaros lo que sabemos de la historia más antigua de los hombres.

Aquer, Fausto y Helan se acercaron con sus sillas al sitio que ocupaba Loren en la mesa. Ilex se alejó un poco y apoyándose en la ventana, sacó una pipa y se puso a fumar. Aunque no diera

esa impresión, Helan sabía que estaba prestando mucha atención a lo que Loren les contaba, simplemente no quería estorbarles en su trabajo.

—Según las leyendas más antiguas del pasado remoto, tanto los ayas como los humanos aparecieron en el mismo periodo de tiempo en el continente. Nadie ha averiguado jamás de donde procedían, pero parece claro que el origen de las dos razas está ligado de algún modo. —Aquer asentía con la cabeza, pues aquello concordaba bastante con lo que los ayas sabían de su pasado más arcaico—. Una vez en el continente, no les resultó muy difícil hacerse con el control de toda la tierra conocida, los ayas formaron el reino de la península, y el resto occidental del continente lo ocuparon los hombres. Hasta aquí todo el mundo parece estar de acuerdo, y es lo poco que todo el mundo acepta como verdadero. No se sabe nada de nuestro origen. Algunos investigadores apuestan por que los hombres y los ayas venían de otro continente del cual ya no tenemos ninguna noticia. Con lo poco que conocemos todo es posible, aunque si esto es cierto el continente nuevo tiene que estar muy alejado para que nadie halla dado con él.

—Sobre eso, poco tenemos que decir los ayas, pues parece que las «leyendas» de los humanos son más antiguas que las nuestras —dijo Aquer interrumpiendo a Loren—. Nosotros sobre ese periodo tan antiguo no conservamos ninguna historia, pues nuestras leyendas más antiguas ya hablan de los ayas como pobladores de la península con los hombres como vecinos y aliados en el norte.

—Sí, he hablado mucho sobre este tema con Alasterín y nunca me ha sabido decir algo más. En fin, a lo que iba, según nuestras historias aquel tiempo anterior a la presencia en el continente fue una «edad dorada». Los gremios aún no existían, parece ser que había «sabidurías» que estaban mucho más especializadas que ahora y había muchas más. De hecho muchos sabios humanos consideran que lo que existe ahora no es ni la sombra de lo que existió en el pasado remoto. Se cuentan verdaderos prodigios de esa época, como por ejemplo que los hombres podían volar con la ayuda de algún tipo de cabalgadura o de máquina, no está claro. También se cuenta que existían todo tipo de armas maravillosas que mataban a los enemigos a grandes distancias —Loren se emocionaba cada vez que tenía que hablar con alguien del pasado remoto de la raza humana—. De la medicina se dice que estaba tremendamente adelantada. Algunos altos cargos del gremio de los panaderos—boticarios me han comentado que tienen constancia de que muchos conocimientos de farmacia se han perdido para siempre. —Todos miraban con gran interés a Loren. Aquer ya conocía las leyendas humanas sobre una edad dorada, pero ahora las estaba viendo desde una perspectiva nueva, Loren no las trataba como si fueran simples mitos, sino como reflejo de una historia verdadera—. También se dice que los antepasados más pretéritos eran unos grandes excavadores, pero hasta ahora no teníamos ni idea de a qué se refería esa «leyenda».

—Pero, todo lo que nos estás contando, ¿son leyendas? —dijo Helan—, es decir, pertenecen a un pasado mítico de la humanidad, responden más a un deseo de algo perdido que a una realidad, ¿no?

Loren le miró durante unos segundos antes de contestarle, a continuación paseó la mirada por la habitación para examinar a sus oyentes y por fin dijo:

—Desde hace varios años, algunos coordinadores pensamos que hay indicios suficientes para pensar que esas «leyendas» tienen una parte importante de verdad. —Aquer iba a protestar, pero Loren levantó la mano pidiéndole un poco de calma—. Espera un poco, lo que os voy a enseñar, es el secreto mejor guardado de los gremios, y os pido que prometáis que guardaréis el secreto —Loren fue mirándoles uno a uno hasta que los tres asintieron. A Fausto no le preguntó, se levantó de la silla y les dijo—: seguidme.

Salió al pasillo y bajando las escaleras se dirigió por el patio, hacia la pequeña cuadra que disponía la casa. Fausto no les siguió. El frío se dejaba notar a aquellas horas de la noche, y todos se encogieron y aceleraron el paso para llegar cuanto antes al establo. Cuando entraron,

Loren cogió una jaula de nomdu que estaba colgada cerca de la puerta y la destapó, iluminando el establo. Los tres miraron para todos lados buscando algo que explicase la actitud de su amigo, pero fueron incapaces de ver nada que se saliera de la normalidad, si no tenían en cuenta la rara presencia de los lantares bípedos de Ilex y Aquer que descansaba entre los caballos.

Loren se dirigió a una esquina del establo, movió un abrevadero y con el pie dispersó la paja del suelo, hasta que pudo ver una argolla que revelaba la existencia de una trampilla en aquel lugar. Se agachó y tirando fuerte, la portezuela comenzó a levantarse, descubriendo unas escaleras que bajaban a un sótano. Le siguieron escaleras abajo, mirando hacia el interior del sótano en penumbra, queriendo descubrir qué era lo que les iba a enseñar. Iban a ser partícipes de un gran secreto que los gremios habían mantenido oculto durante varias generaciones. Cuando llegaron abajo, Loren colocó la jaula del nomdu colgada de un clavo en una viga de madera y destapó otras dos jaulas iguales que estaban repartidas por el sótano.

—Hace muchos años, que los máximos dirigentes de los gremios decidieron crear este lugar —dijo mientras extendía las manos enseñándoles el sótano. Una mesa tapada con varios lienzos se apoyaba en una pared, y en la pared de enfrente, unas estanterías guardaban varias cajas, la mayoría cerradas con candados—. Aquí guardaron todo tipo de vestigios del pasado, que les parecía de suma importancia conservar a toda costa, pues almacenan secretos que no han podido ser desvelados todavía. —Diciendo esto, se dirigió a una mesa que se apoyaba en la pared más cercana y destapó un objeto cubierto por un paño. Los tres acercaron las cabezas hacía el objeto que estaba encima de la mesa. Jamás habían visto nada parecido y no tenían con qué compararlo. Se trataba de una caja de forma cilíndrica que descansaba sobre tres patas con garras afiladas que no pertenecían a ningún animal que ellos conociesen. Era de un metal dorado que tampoco lograron reconocer. En la parte superior de la urna, había una esfera dividida en veintiocho segmentos y dos agujas, una de ellas partida, descansaban sobre la esfera. En el borde se podían apreciar restos de haber tenido un cristal por encima. Las agujas no se movían.

—¿Qué es eso? —dijo Aquer con mucho interés, acercándose para inspeccionarlo mejor.

—No podemos decir nada con seguridad —respondió Loren apesadumbrado—pero muchos coordinadores pensamos que se trata de un instrumento de medición, de una máquina, para medir el paso del tiempo. Ya no funciona, pero hay registros antiguos que hablan de su funcionamiento. Pertenecía a una familia del gremio de joyeros—dibujantes, que lo conservaba como un auténtico tesoro. —Los tres escuchaban con mucho interés a Loren, maravillados por lo que les estaba descubriendo—. Muchos hombres han pedido permiso para abrirlo y estudiar su mecanismo, pero como podéis ver —dijo mientras lo cogía con una mano y lo ponía bocabajo— para abrirlo habría que romperlo, por eso no se ha dado permiso a nadie para que lo destroce, sus dueños no quieren bajo ningún concepto que se le produzca ningún daño.

Dejó el aparato encima de la mesa y siguió andando para enseñarles otros artilugios que descansaban junto a la caja. Los tres clavaban la mirada en el aparato, maravillados por la posibilidad de que existiera algo así.

—Ese artefacto que acabáis de ver es el único del que tenemos algún indicio de su uso. De todos los demás no podemos decir nada, simplemente conjeturar sobre su utilidad. —Destapó el resto de la mesa y aparecieron ante ellos un montón de objetos perfectamente alineados. Entre ellos, había arandelas de metal de una aleación totalmente desconocida y de una factura difícilmente imitable, ya que todas eran perfectamente idénticas. Cucharillas de tamaño diminuto, engranajes, tuercas, muelles etc., todo muy difícil de reproducir para un herrero de la actualidad, y aunque llegara a hacerlo, no sabría qué utilidad darle.

—¿Qué es esto? —dijo Helan, agarrando un tubo largo de más o menos un metro de longitud y hueco, perfectamente acabado. Lo más increíble era que el interior estaba estriado de forma helicoidal.

—No lo sabemos —dijo dejando asomar en sus palabras ciertos indicios de frustración—. No sabemos casi nada de estos objetos, sólo que no somos capaces de crearlos con nuestra tecnología, ni de darles ninguna utilidad. Entre ellos —dijo cogiendo varias piezas— los hay de unos metales que nos son desconocidos. Está claro que la gente que los fabricó estaba técnicamente más adelantada que nosotros. Es imperdonable que todo el saber necesario para hacer estas cosas y ponerlas en funcionamiento se haya perdido para siempre. —La tristeza traslucida por las palabras de Loren era compartida ahora por sus jóvenes amigos.

—¿Crees que pudieron ser los mismos que construyeron el embarcadero del lago y la ciudad? —le preguntó Helan, inquieto por lo que podría representar su respuesta—. Para construir la ciudad subterránea tenían que estar más adelantados que nosotros, acordaos de lo que os dije de la luz de la cúpula, de alguna manera logran meter la luz del sol por las rocas hasta el interior de la ciudad.

—No lo sé, pero me inclino a pensar que son los mismos. Con esto que os he enseñado espero que entendáis lo que podría representar para nosotros encontrar otros restos de estos constructores: maquinaria, herramientas, escritos... En este caso más que en ningún otro, el estudio del pasado nos puede ayudar a mejorar nuestra vida. —Los tres le miraban atónitos, y continuó diciéndoles—: estudiar el pasado puede llevarnos a un futuro mejor, quizá podríamos dar con las claves para adelantar tanto como en siglos de investigación. Algo así podría suponer el fin del confinamiento de nuestras razas en esta península. Podría ser la garantía de que podemos sobrevivir a los ataques de los rankog, y quien sabe, incluso podría suponer la vuelta del hombre al continente.

Los tres se miraron incrédulos, por fin entendían la importancia que podría tener la investigación para el futuro de sus razas. No sólo se trataba de clarificar qué fue lo que aconteció en el pasado, ahora también se trataba de saber hasta dónde se podría llegar en el futuro. Todo el peso de la responsabilidad que se les daba pareció caerles de repente, y no volvieron a decir nada hasta que salieron del establo y regresaron al interior de la casa. Ilex entendió que ahora no habría manera de despegar a su hermano de aquella montaña.

Ya en la casa, todos, incluido Fausto, que se había sumado al grupo, tomaban un licor frente a la chimenea y volvieron a escuchar la descripción de lo que Helan había visto en la ciudad. Después de haber examinado lo que guardaba Loren, a todos les pareció que escuchaban la historia por primera vez. Helan veía las cosas de manera distinta, a cada momento se preguntaba si los gremios podrían haber sido capaces de realizar aquella gigantesca obra con los conocimientos que tenían en la actualidad, lo dudaba muy seriamente.

Capítulo 27

Yirdan seguía con resignación los pasos de su señor. La tarde anterior habían logrado abatir una liebre y esa comida era la que les mantenía en pie.

—Nos están siguiendo —dijo Santez seguro de lo que decía—, espero que se trate de los ayas que estamos buscando y no sea otro contratiempo, ya es hora de que volvamos a Ter–Carlak y nos ocupemos de otros asuntos.

—Sí señor —respondió Yirdan sumisamente. Ya se habían alejado bastante del poblado de los peludos para que estos siguieran vigilándoles, debía de tratarse de los ayas de la Rama Dorada—. Ya había notado que nos espían y creo que se trata de los ayas que buscamos, seguro que usted sabe cómo tratar con ellos para que no nos hagan daño.

Había descubierto hacía poco tiempo que temía a su amo más que a nada en el mundo, y había decidido que cuando estuvieran de vuelta, no llegaría a Ter–Carlak con él, se escaparía a las montañas, donde esperaba que no pudieran encontrarle jamás. Cada día que pasaba tenía más claro que su señor no quería que él volviese con vida a Ter–Carlak y comenzó a dudar seriamente de la salud mental de Santez.

—Será mejor que nos paremos aquí y hagamos fuego, creo que ellos se decidirán por fin a tratar con nosotros —dijo Santez con una tranquilidad pasmosa.

Sin que su amo dijera nada más se puso manos a la obra, y al poco tiempo tenían un fuego al que acercarse. En realidad quien se acercó al fuego fue su amo, pues él estaba encargado del sustento y recorrió los alrededores buscando cualquier cosa que llevarse a la boca. Por más que lo intentó, no logró descubrir a ninguno de los seres que le espiaban desde la espesura del bosque. Volvió con un par de tubérculos que conocía, dispuesto a asarlos. No era mucho, pero a ellos les parecía un manjar, pues las más de las veces se habían tenido que dormir sin nada en el estómago.

Después de dar cuenta de las raíces, sintieron el pesado sopor que entra al acabar un día de trabajo y se sabe ya que no se puede hacer nada más hasta el día siguiente. Los dos estaban durmiéndose en el sospechoso silencio del bosque.

—¿Qué hacéis en nuestro bosque? —dijo una voz imperiosa que les trajo de vuelta a la vigilia. Yirdan se incorporó de un salto y echó mano a su espada, pero un gesto de Santez, le hizo pararse en seco. Santez no se había movido de su sitio y apenas se había incorporado un poco. Había estado esperando la intervención del aya.

—Siéntate Yirdan —le dijo a su criado, después girándose un poco, pero todo lo erguido que le permitía el cansancio, habló con cierto desdén a su interlocutor—. Mi nombre es Santez y soy el embajador del honorable sumo sacerdote de la Iglesia de la Única Verdad, el venerable Rocarela I. —Después de una estudiada pausa, continuó—: si pertenecéis a la secta llamada la Rama Dorada, tenéis que saber que me manda mi señor, pero también debéis de saber que sólo puedo hablar con algún miembro destacado de ella —y añadió para sorpresa del aya—, no perderé el tiempo con un don nadie.

Yirdan pudo sentir el desconcierto de los ayas que les rodeaban. Estaban esperando una orden de su jefe para acabar con ellos, pero su sorpresa era tal que no supieron qué hacer. El cabecilla de los ayas había entendido que no debía ser él quien decidiese qué hacer con el mensajero. Después de un largo minuto de silencio, el aya habló.

—Está bien, recoged vuestras cosas y seguidnos, os llevaremos a nuestro campamento y allí, otro decidirá qué hacer con vosotros, —todo el grupo de ayas bajó sus arcos y parecieron sentirse decepcionados con la decisión de su jefe.

Ningún aya les ayudó, todos les miraban como si se tratará de animales de feria dignos de ser observados. Después de dos horas de camino, llegaron a unos cortados en la terraza de un río. El río había excavado el sedimento durante millones de años, y había formado cañones en unos

meandros. Cuando llegaron al borde vieron que los aya seguían un estrecho sendero de bajada. Con la oscuridad del crepúsculo no vieron a dónde se dirigían, y cuando habían bajado lo que les pareció un camino interminable, se encontraron de golpe con una construcción que parecía un tronco de un árbol adosado al acantilado. Por una pequeña puerta pasaron todos en fila, y dentro pudieron apreciar la amplitud de la sala en la que se encontraban. Unas enormes lámparas de aceite producían suficiente luz como para iluminar toda la estancia. Se trataba de un enorme hall del cual salían varias escaleras que ascendían hacia distintas alturas llenas de puertas. Las paredes excavadas en la roca estaban pintadas de negro, un negro profundo, y por encima aparecían dibujados signos extraños que nada tenían que ver con la escritura que conocían de esos seres. Santez jamás habría imaginado ese tipo de construcción realizado por los ayas, no parecía propia de ellos. Denotaba un gusto por lo oculto que resultaba extraño relacionarlo con los ayas. El misticismo, que Santez siempre había relacionado con la superioridad de la raza humana, aparecía ante sus ojos en un esplendor mágico, y no era obra de los hombres. Quizás al final resultase que esos seres sí iban a tener algo de inteligencia divina.

Santez intentó que no se notara que estaba impresionado por aquel lugar. Se cruzó de brazos y esperó a que sus anfitriones le dieran instrucciones.

—Enramada os acompañará a vuestra habitación para que descanséis —dijo el líder de los ayas, y añadió con una sorna impropia de su raza—. Como hemos visto que ya habéis cenado, no os molestaremos más y os dejaremos que paséis al descanso de inmediato —y haciendo un gesto con la mano, le indicó a Enramada que les guiase.

Yirdan iba a protestar por la falta de hospitalidad de los sectarios, pero no lo hizo pues vio la cara que puso su amo. Bajó la cabeza y siguió, siempre después de su amo, a Enramada, que les guiaba escaleras arriba sin decir ni una palabra. Cuando llegaron arriba, les dirigió a una de las puertas que estaba a la derecha y pasaron a un largo y estrecho pasillo todo pintado de rojo y escasamente iluminado, también lleno de signos y dibujos geométricos, del cual salían a su vez numerosas puertas. Cuando llegaron a la que pertenecía a su cuarto, Enramada la abrió y les indicó que entrasen. Ya dentro, la guía dejó una vela encendida encima de un mesa y volvió a desaparecer por la puerta sin llegar a decir nada. La habitación era pequeña, apenas suficiente para contener dos pequeños catres. Después de observar durante unos instantes las paredes pintadas de azul oscuro y decoradas con dibujos que a Santez le recordaban los mapas de los astrólogos humanos, se acostó para dormir, no sin antes agradecer a su Dios la gracia de que le hubiese proporcionado un lecho, donde sus huesos descansarían del frío suelo, por lo menos durante aquella noche.

Santez tuvo sueños inquietantes, donde aparecía como un traidor a su Dios, pues soñó que había decidido abrazar la fe de los miembros de la secta de la Rama Dorada. Se despertó realmente enfadado, como si los responsables de aquellos sueños hubieran sido los ayas, en un intento de ganarle para su fe. Lo pagó con Yirdan, que sin querer tropezó con su amo, el cual malhumorado le empujó con todas sus fuerzas haciéndole caer sobre la cama. Durante todo aquel día Yirdan intentó por todos los medios quitarse de la vista de su señor.

Enramada les dejó el desayuno en la pequeña mesita que había en la habitación. Cuando se retiraba del cuarto les dijo:

—Mi señor os aguarda en la entrada, espera que no os demoréis mucho con el desayuno. — Bajó la cabeza y desapareció tan silenciosamente como había entrado sin esperar contestación.

—Si piensa que voy a comer como las gallinas para no hacer esperar a su señor, está muy equivocada —dijo Santez, y se sentó con parsimonia, esperando que Yirdan le sirviera.

Después de desayunar tranquilamente, los dos bajaron lo más dignamente que supieron las escaleras que les llevaban al hall del edificio. Con la luz del día que entraba por las grandes ventanas pudieron apreciar mejor donde se encontraban. La construcción que por fuera

semejaba un tronco de árbol, se alzaba unos seis pisos, adosado a la pared del acantilado del río. Por dentro el espacio semicircular estaba totalmente decorado con los signos que tanto habían llamado la atención a Santez la noche de antes. En la pared del acantilado existían seis pisos de galerías a los que se ascendía por una escalera que partía del centro del hall. La edificación era enorme y debía contener un gran número de celdas como la que habían usado. En realidad se trataba de las habitaciones de los monjes ayas, pues el resto del monasterio era todo el bosque sagrado, al que llamaban Bosque Antiguo de Longonar.

Esperándoles en la entrada del edificio se encontraba el capitán de la partida que les había apresado el día anterior. Andaba de un lado a otro sin parar y cuando les vio se dirigió hacia ellos rápidamente, esperando que le dieran alguna explicación por su tardanza. A Santez le pareció divertida la actitud de aquel aya, y no le dirigió la palabra a propósito, como si fuera el capitán quien le tenía que dar explicaciones a él.

—Habéis hecho perder un tiempo precioso a mi señor —les dijo mirándoles con desprecio— espero que al final del día me permita despellejaros y secar vuestra carne al sol para dársela de comer a mis perros.

—Creo que deberías darte prisa y dejarte de retóricas —replicó Santez haciendo oídos sordos a lo que el aya le había dicho—. A tu señor no le gustará saber que su lacayo se ha entretenido en chácharas mientras él perdía su precioso tiempo.

Yirdan hubiera jurado que aquel ser cambió de color. No tuvo la menor duda que lo que les había dicho no era ninguna exageración. El aya pareció tragarse lo que iba a decir, se dio media vuelta y se dirigió al exterior pidiéndoles que le siguieran, realizando un gesto exagerado, casi teatral.

Cuando salieron al exterior vieron que el edificio estaba situado a la orilla de un gran río. En la otra orilla, el cañón por el que discurría el río era mucho menos alto, y estaba coronado por el bosque. Se dirigieron a un puente que cruzaba el río a unos metros de donde se encontraba el edificio. Los arranques del puente eran de piedra y formaban tres grandes ojos que dejarían pasar embarcaciones por ellos. La parte alta del puente estaba completamente construida con madera. Daba la sensación que los ayas habían aprovechado los arranques de un puente ya en ruinas, para levantar el nuevo. Cuando estuvieron en el otro lado, miraron hacia atrás y vieron que el edificio que les había albergado llegaba casi hasta la cima del acantilado. Desde lejos parecía aún más un gran tronco de árbol de piedra, como si el tiempo hubiera fosilizado un árbol en aquella posición. Subieron la pendiente de la otra orilla y llegaron al bosque.

Los dos siguieron por el bosque a sus guías. Los ayas con los que se cruzaban, se paraban para ver a aquellos dos indeseables seres. Todos se preguntaban qué hacían allí, y a todos les pareció un signo de mala suerte que dos humanos hubieran llegado hasta su refugio más recóndito, donde pensaban que se encontraban a salvo de toda contaminación extranjera. La actitud de los ayas le resultó conocida a Yirdan, él había sentido ya esa mirada en alguna comunidad humana de monjes; estos, al igual que los ayas, creían ser puros y también parecía molestarles todo lo que llegara de fuera, es decir todo lo que le era ajeno a su reducido mundo de blancos y negros, donde los matices eran arrinconados, con el propósito de hacerlos desaparecer.

Habían andado un par de kilómetros, cuando llegaron a la base de algo que jamás hubieran creído si no lo hubieran visto con sus propios ojos. Estaban a los pies de un gran roble, el más grande que jamás habían visto y que para colmo de rarezas, era blanco. Ante sus ojos tenían un ser mítico, el roble albino de la península. Antaño los ayas, decían que se trataba de la especie más extendida, pero con el tiempo, se había visto reducida a algunas pequeñas manchas blancas, hasta llegar a la actualidad, donde tan sólo se encontraban unos pocos ejemplares en regiones muy recónditas. Delante de ellos tenían nada menos que tres enormes ejemplares. Después de unos instantes de muda contemplación, el capitán les interrumpió para que le

siguieran. Se acercó al tronco, y fue entonces cuando los humanos vieron una escalera en espiral que subía a lo más alto del roble albino. Fijándose ahora mejor, Yirdan vio como en lo alto del árbol, se encontraban algunas construcciones muy ligeras que se confundían con las ramas. Por aquí y por allá, se veían ayas yendo y viniendo por el árbol, como si fueran pulgones. La comparación le pareció graciosa a Yirdan, quien sonrió mientras ascendía detrás de su señor. Aquello sí que era distinto a todo lo que había visto en su vida, en aquellos momentos llegaba a pensar que el viaje con su señor había valido la pena, había visto cosas que eran auténticas maravillas.

A Santez le costaba mirar hacia abajo, se pegaba todo lo que podía al interior de la escalera y jamás soltaba la barandilla. Cuando los aya se dieron cuenta de ello, murmuraron entre ellos y desde entonces, a Yirdan le pareció que cada vez ascendían de manera más indirecta, y le dio la sensación que pasaron por más puentes colgantes de los que en realidad hacía falta. Era la forma de venganza que había encontrado el capitán por hacerle esperar. A pesar de que era evidente que Santez había palidecido considerablemente con la ascensión, en ningún momento se quejó e intentó por todos los medios no dejar traslucir su malestar.

Por fin llegaron a un gran arco apuntado que daba paso a una habitación construida en la parte más alta del árbol. Cuando Santez entró a la construcción, se alejó lo que pudo de la puerta y se apoyó en una gran rama que perforando el suelo de la habitación salía por el techo. Se tambaleó un poco, y no hizo caso a su guía cuando le dijo que siguiera. Después de unos instantes que le sirvieron para coger aire, se enderezó y recobró la compostura que se requería de un gran embajador. Yirdan se admiró de la capacidad de su señor para llevar a cabo aquellos trabajos con éxito.

El guía les condujo ahora por dentro de la construcción hacia arriba, por unas escaleras que rodearon un poco el gran tronco, siempre presente pues ahora se trataba de una de las paredes de la construcción. Llegaron a una enorme puerta de dos hojas. El capitán se acercó a la puerta, y agarrando los dos tiradores a la vez, las abrió dejando un hueco suficiente para que pasaran todos. Yirdan miró por un momento la decoración de la puerta, que estaba totalmente decorada con los signos que ya había visto en el edificio donde les alojaron. El lugar le pareció siniestro y no sólo por la gran cantidad de signos que abarrotaban cualquier superficie, ahora también el tronco del árbol, sino por lo poco iluminado que estaba todo. Un sabor agridulce le inundó los sentidos cuando entró. En el centro de la sala, un gran brasero ardía consumiendo algún tipo de resina que acrecentaba aquella atmósfera tenebrosa y recargada. Esperaba que no se tratara de ninguna droga que le hiciera perder el control.

Cuando dejaron atrás el brasero, pudieron ver el fondo de la habitación. Un banco corrido iba de un extremo a otro de la pared. En el centro el banco se interrumpía para dejar espacio a una silla de piedra, pintada de rojo y recargada también con gran cantidad de signos. En ella, se sentaba quien debía ser el jefe de aquella secta, un aya con una túnica gris que le llegaba hasta los pies. Cuando le pudieron ver mejor, vieron que la túnica también estaba cargada de los mismos signos que abarrotaban todo aquel lugar, sólo que en la túnica eran simplemente un poco más oscuros que el color de la prenda y no daban una sensación tan agobiante.

Imitando a su señor, Yirdan agachó la cabeza en señal de respeto a aquel personaje que les miraba desde su trono sin decir nada. En ese momento, apareció una docena de ayas que, sin pronunciar palabra, se acomodaron en el banco corrido rodeando al personaje de la túnica gris. Este no les prestó ninguna atención. Santez no se atrevió a romper el silencio hasta que alguien le diera alguna señal de que lo hiciera, no quería faltar de ningún modo a un protocolo que, por otro lado, no conocía. Aparecieron por una puerta a la derecha dos ayas llevando una silla, se dirigieron a Santez y se la colocaron detrás, haciéndole gestos para que se sentara en ella. Yirdan permaneció de pie y en silencio detrás de su señor sin decir nada.

—Soy el supremo fautor —dijo el aya que se sentaba en el centro—. Me llamo Caver. ¿Cuál es tu nombre y quién eres?

—Soy embajador del sumo sacerdote de la Iglesia de la Única Verdad —dijo Santez dignamente—, mi nombre es Santez.

—¿Qué te ha traído hasta nuestro lugar más sagrado? —dijo Caver y añadió lo que a Yirdan le sonó claramente como una amenaza— Qué es tan importante que te ha hecho venir a nuestro territorio sabiendo que está vedado para todo aquel que no pertenece a nuestra raza, y especialmente prohibido a los humanos.

Santez entendió enseguida que el aya sólo le tomaría en serio si podía ver claramente que hablaba con alguien con autoridad y decidió jugarse el todo por el todo.

—Ustedes están tan contentos con mi presencia como yo por haber tenido que venir aquí —dijo sin ahorrar a sus oyentes una muesca de desagrado, les había dejado claro que lo que ellos pudieran sentir por los humanos era lo mismo que él sentía por ellos. Algunos de los que estaban sentados en el banco se incorporaron un poco hacía delante esperando una orden del supremo fautor para acabar en un instante con la vida del embajador. Pero no pasó nada. Una chispa en la mirada de Caver, revelaba que ahora estaba más interesado por lo que le pudiera decir Santez.

—Continúa —dijo Caver, y los demás ayas de la habitación parecieron relajarse.

—Me trae hasta aquí, el interés común de nuestras razas —dijo Santez—. Tenemos más en común con vosotros de lo que pueda parecer a simple vista. Por lo que sé de vosotros, defendéis una revolución espiritual para los ayas, tal y como ya está en marcha entre los hombres. —Santez esperó un momento para que Caver le mostrara su conformidad con lo que le acababa de decir, como así hizo con un movimiento de cabeza—. Los hombres que no creen, encuentran apoyo en los ayas que no siguen vuestro dogma y al revés. Mi superior considera, muy acertadamente, que mientras estos incrédulos encuentren estos apoyos, nuestro camino y el vuestro se verá dificultado. Mi señor quiere vuestro compromiso y ayuda para eliminar a esos seres que cubriéndose los ojos con lo que ellos llaman razón, se niegan a aceptar la verdad de «nuestras» creencias, impidiendo que Dios se sienta orgulloso de nuestra raza. Cuando esto se produzca y todos los hombres sean adeptos a nuestra Iglesia, nuestro Dios bajará a la tierra y acabará con todos los peligros que acechan a nuestra raza.

—Entiendo —dijo Caver—, en eso nuestras deidades no se diferencian mucho. Nosotros —dijo mirando a su alrededor— sabemos que a nuestros dioses «ancestrales» —recalcó esto, pues los ayas consideraban que el Dios de los hombres era falso—. No les gusta la situación en la que se encuentra nuestra raza, están muy ofendidos con el comportamiento de muchos hermanos nuestros, que se alejan cada vez más de nuestros ritos, que nos convierten en zihurant, —Santez sabía que Caver se estaba refiriendo al término antiguo en su lengua que significaba «pueblo elegido por Dios para gobernar el mundo».

—Sí —dijo Santez—, como podéis ver, nuestras causas están más cerca de lo que podríamos pensar al principio.

—Veo que nos entendemos y que hablamos el mismo idioma, —dijo el supremo fautor— ¿Exactamente qué es lo que propone tu señor?

Antes de contestar, Santez se tomó su tiempo. Yirdan entendió que no había ninguna diferencia entre la Rama Dorada y la Iglesia de la Única Verdad. Si lograban sus objetivos, sería cuestión de tiempo que se enzarzaran en una guerra entre ellas, comprendió que toda religión que dice tener la verdad sobre lo que ocurre en el universo, por necesidad es excluyente, es decir, no puede convivir con otra creencia que ponga en duda la verdad de lo que dice. No era esto lo que Yirdan esperaba cuando comenzó a servir en la Iglesia. Cada vez estaba más arrepentido de haber entrado al servicio de unos seres tan arrogantes.

Estuvieron todo el día conversando y determinando cuáles serían las mejores maneras de colaborar. Los aya se comprometieron en primer término a perseguir a todos los de su raza que tenían un tratamiento más cordial con los humanos, intentando por todos los medios que el pacto de no intervención en la política interna de las razas se mantuviera a rajatabla. En segundo lugar, se decidió que los adeptos a la Rama Dorada debían tomar posiciones de poder dentro del ejército aya, cosa que hasta entonces no habían hecho. Yirdan se comprometió a pasar toda la información posible sobre los colaboradores que los máximos enemigos de la Iglesia tenían entre los aya. Los dos decidieron que el primer objetivo debía ser acabar con la Universidad de Camora e intentar que el Ejército Común volviera a ser lo que fue al principio, dos ejércitos distintos, con mandos distintos, por supuesto en manos de los sumos sacerdotes de cada Iglesia.

Yirdan supo, después de la jornada, que los dos individuos se habían entendido perfectamente. Se trataba del mismo tipo de ser, daba igual que fueran de razas distintas y que entre ellos se menospreciaran, se parecían más entre ellos que cualquiera de ellos a él. La actitud de los aya cambió hacia ellos, el capitán entendió que Santez se encontraba por encima de él, pues era evidente la obediencia que manifestaba a su señor el sumo fautor, aún así, su presencia en el Bosque Antiguo seguía incomodando a todo el mundo y todos estaban de acuerdo en acortar lo más posible su visita. Las dos Iglesias eran como dos imanes que estaban destinados a repelerse, aunque momentáneamente se acercaran, pues las dos tenían siempre el mismo polo de irracionalidad a la vista.

Capítulo 28

Salieron a la plaza del gremio, habían acabado sus tareas y decidieron dar una vuelta por la ciudad. Aquer no les había podido acompañar, Fausto le había requerido en el último momento para pedirle consejo sobre los instrumentos que debía de llevar a la expedición. Ilex y Helan se internaron solos por los callejones que él conocía tan bien y que a cualquier extranjero le hubieran parecido un laberinto sin sentido. Ella miraba para todos lados, a Helan le resultaba muy difícil saber lo que pensaba. Su actitud le recordaba mucho a la suya propia cuando asistía a alguna fiesta o entraba en alguna taberna, no se «metía en la escena», intentaba analizarla desde fuera, comprender todos los matices, descubrir qué pasaba, como si la vida fuera una obra de teatro que se representaba ante él. Ahora creía ver eso en otra persona y se sentía atraído por ella.

—Es una pena que ya haya tan poca luz —dijo Helan—, seguro que te gustaría ver el famoso panel de bronce que decora la fachada de la casa del gremio de joyeros—artistas. —Ilex lo miraba y él continuó—. Es una proeza artística, eso y la puerta Azul de la ciudad es lo que nadie que venga de fuera deja de visitar.

—No me malinterpretes —dijo Ilex—, pero no es eso lo que espero ver de Ter—Carlak, no sé cómo explicarme, quiero conocer la ciudad, no sólo su rostro más bonito.

Helan se detuvo delante de ella y la miró por unos instantes sin decir nada, después le dijo:

—Creo que te entiendo —afirmó Helan, estuvo un instante pensando y a continuación dijo—: sígueme.

Recorrió con decisión algunas calles y llegó a una pequeña plaza en la que existía un edificio que ocupaba todo un lateral. En unos soportales de enfrente, personas mayores estaban sentadas en poyetes hablando de los temas más peregrinos. La invitó a que se sentará en una escalera de un edificio en un lateral de la plaza. Le dijo que lo esperara un instante y él se metió en un establecimiento cercano. Al instante salió con un vaso de zumo de yela, un pequeño tubérculo de las montañas. En la otra mano llevaba unos pastelillos de piñones, especialidad del establecimiento y cuya receta era celosamente guardada por su propietario. Le dio un vaso y puso los pastelillos entre ambos. Ella le miraba, pues no sabía muy bien lo que pretendía Helan.

—Espera un momento —dijo Helan—las campanadas están a punto de sonar.

Al poco, las campanas del edificio grande de la plaza sonaron y, en un instante, la plaza se llenó de niños y niñas que corrían en todas las direcciones. Los maestros se mezclaban con los chicos, y los viejos de los soportales se quejaban del comportamiento de los escolares. En la plaza aparecieron como por arte de magia varios vendedores callejeros que gritaban a voz en grito las bondades de sus mercancías. Algunas mujeres aparecieron por los callejones que daban a la plaza, donde sabían que a aquella hora podrían encontrar a los vendedores ambulantes que acababan allí su jornada después de haber recorrido otras partes de la ciudad. Helan miraba a su compañera que parecía impresionada por lo que veía. Los dos espectadores comían pastelillos y bebían el zumo, a los ojos de todo el mundo eran invisibles, aunque de vez en cuando alguien parecía darse cuenta de que la chica que estaba con el hijo del herrero no era humana, después de la sorpresa inicial, volvía a sus quehaceres.

Sabandija sacó por unos instantes la cabeza de la mochila, pero al ver el ajetreo de la plaza, se metió de inmediato. Helan, que lo había visto de reojo, sonrió por un momento y después le dio unos golpecitos a la mochila para tranquilizar a su mascota.

—¿Tienes la facultad de comunicarte con Sabandija? —dijo Ilex de repente, como si lo que le estaba diciendo fuera lo más normal del mundo.

Helan no supo que responder. Aunque los hombres sabían que esa facultad existía, y que era así como se trabajaba con las aves parasum, nadie hablaba de ello. Entre los ayas era distinto,

era una disciplina muy respetada, además eran muchos más que en la raza humana los que poseían esa facultad. A los humanos les costaba mucho encontrar a alguien de su raza que supiera comunicarse con las aves. En la mayoría de las ocasiones, los humanos tenían que contratar a ayas para utilizar las aves parasum.

—Sí, o eso he pensado siempre —Helan se sorprendió a sí mismo, jamás pensó que se atrevería a hablar de aquel asunto con nadie—. En realidad, creo que se trata una especie de coordinación entre nosotros dos, no es como hablar con otro ser inteligente, pero si hay algo que le preocupa yo lo sé, y creo que esto también es recíproco.

—Muchos humanos tienen la capacidad y no llegan a saberlo nunca —dijo Ilex mirándole fijamente—. Si tú, sin ningún entrenamiento, te has dado cuenta de ello y has podido llegar a utilizarlo, es que tu capacidad debe ser de las más potentes entre los humanos.

—¿Tú también la tienes? —preguntó Helan interesado.

—En cierto sentido estoy en tu misma situación —dijo Ilex mientras miraba hacia la ajetreada plaza que había delante de ella—. Mi madre por lo visto la tenía, pero entre los aya la capacidad se transmite de abuelos a nietos, saltándose una generación, y Aquer y yo somos esa generación. Sin embargo, sí nos queda cierta reminiscencia que nos ayuda a entender en qué consiste la facultad.

—Creo que lo tuyo es peor —dijo Helan—. Yo no sé en qué consiste pero puedo ir descubriéndolo, pero vosotros sabéis en qué consiste y también sabéis que jamás lo tendréis.

—Quizás tengas razón, pero me queda la esperanza de saber que mis hijos y mis sobrinos si la tendrán.

Después guardaron un silencio, al que acompañó el repentino desalojo de la plaza. Igual que había aparecido aquella multitud, desapareció dejando a unos pocos viejos en el soportal, retardando la hora de volver a sus casas. Se levantaron de la escalera desde donde habían presenciado aquel pulso de vida, y salieron por el lado contrario al que habían venido dejando atrás la plaza. Helan la guió hacia la salida de la ciudad, quería enseñarle su barrio. Durante todo el camino no dijeron nada, al principio a Helan le incomodaba aquella situación, pero después entendió que era natural tratándose de dos seres introvertidos, en ningún momento se debía a que no tuvieran nada que decirse.

Salieron de la ciudad y se dirigieron al río. A esa hora, los lavaderos recogían la ropa extendida por las cuerdas a lo largo de toda la rivera. Hombres y mujeres parecían arriar las velas de la ciudad, representando mejor que nadie el parón en la actividad que se daba al llegar la noche. Después pudieron ver la procesión de gente que, con los cestos a la cabeza, se dirigían al interior de la ciudad, precedidos por un perfume a lavanda que anunciaba que la ropa limpia entraba a la ciudad. Apartados al lado del camino para dejar pasar la fila de lavaderos, Helan le dijo:

—No sé si es esto lo que querías ver, pero creo que lo que te he enseñado es la savia que hace que la ciudad funcione y sea como es. No son los gobernantes, ni sus monumentos, la vida diaria de la gente es lo que habla de lo que una ciudad es de verdad.

—Es esto a lo que me refería —dijo Ilex satisfecha— ¿Qué son aquellos edificios?

—Aquellos edificios —dijo pensativo como si no entendiera que Ilex no los reconociera—, se me olvidaba que vosotros no los criáis, ven conmigo.

El edificio al que se refería era parecido a una pequeña torre, sin ningún tipo de techumbre. Se acercaron a la puerta, y abriéndola hizo que pasara. Cuando entró, enseguida entendió a qué se refería Helan. Una luz intermitente llenaba el edificio. Cientos de mariposas como las dos manos de un hombre, estaban apoyadas en las paredes del edificio, creando una pequeña corriente de aire al mover sus alas rítmicamente. Los círculos concéntricos negros de las alas, simulaban ojos que les miraban a intervalos, marcados por los movimientos de sus miembros. Ese movimiento era también el que hacía parpadear la luz, pues detrás de ellas en pequeños

nichos de las paredes, había una enorme cantidad de capullos nomdu. Ilex estaba maravillada por el espectáculo, e inconscientemente había cogido la mano de Helan.

Cuando salieron de allí, era ya de noche y se dirigieron a la entrada de la ciudad. Cuando se alejaron lo suficiente, Helan hizo que Ilex se volviera para que viera los criaderos de las mariposas de lejos. Una docena de ellos se distribuía a lo largo del río. Eran como unas linternas que hacían señales al cielo, las luces se podían ver a kilómetros siendo una especie de faro para los viajeros que se dirigían a la ciudad de noche.

—En algunas épocas del año, se sincronizan y parece que estuvieran haciendo música. Es todo un espectáculo.

Ilex pensaba, mientras volvía a la casa de Loren, que hacía mucho tiempo que no pasaba una tarde tan agradable, el humano le había hecho olvidar la guerra, los problemas de la frontera... ¿Era eso lo que pretendía con tanta ansiedad, cuando buscaba la compañía de su hermano? Intentando resolver la cuestión llegó a casa de Loren.

Helan se había sentido muy a gusto en compañía de Ilex. Entendió lo que su amigo y maestro le había dicho muchas veces, eran la conciencia de sí mismo y la razón lo que hacía que los seres inteligentes no fueran tan distintos entre sí, aunque fuesen de diferentes razas.

La expedición salió por la puerta de la ciudad entre una multitud de curiosos que les preguntaban hacia dónde se dirigían tan cargados. El camino hasta la entrada de los túneles era muy corto, por lo que tenían asegurada una buena intendencia. Helan había realizado ese camino muchas veces. A su lado, Ilex caminaba a buen paso, pues para ir hasta las galerías nadie llevaba montura. Lo necesario para la expedición se había repartido entre las mochilas de todos los participantes.

Se estableció un sistema de mensajeros que aseguraba que cualquier necesidad sería cubierta en el menor tiempo posible. En las continuas reuniones que Loren tuvo con los altos cargos de todos los gremios, les intentó dejar claro la importancia que tenían aquellas investigaciones para los humanos. Le resultó muy difícil conseguirlo, pues tuvo mucho cuidado de no decir nada importante en las reuniones que pudiera filtrarse a los miembros de la Iglesia. Cuando se le explicó al rey la composición de la expedición, el sumo sacerdote se sintió extrañado por el desmedido interés que parecían tener los gremios por la investigación. El rey dejó claro que su interés también pasaba por abrir mejores rutas hacia el lago y comenzar cuanto antes la explotación del mismo, a nadie se le escapaba que el lago había pasado a ser propiedad privada de la corona y todos los beneficios irían directamente a las arcas reales.

El grupo lo componían Loren, Aquer, Ilex, Helan y una veintena más entre trabajadores e investigadores, que les ayudarían en todo lo necesario, estos también iban a comenzar los trabajos de desescombro de la galería que daba acceso al lago subterráneo. Más adelante, y poco a poco, Loren tenía pensado llamar a su lado a otros investigadores para que les ayudaran en la tarea más ingente que tendrían que afrontar, la investigación de toda una ciudad abandonada y por lo que Helan les contaba, en perfecto estado de conservación.

—¿Cómo están las cosas en el norte? —dijo Helan, preguntando a Ilex que andaba en silencio a su lado, para intentar comenzar una conversación.

—Como siempre —contestó Ilex y sonó a frase hecha. Era la frase que usaba, cuando alguien le preguntaba por el asunto de la guerra. Sabía que nadie que no hubiera estado allí, podía entender lo que significaba vivir en continuo peligro, sin saber si a la vuelta del siguiente risco te estarían esperando para acabar contigo.

—¡Tan mal! —dijo Helan. Ilex lo miró sorprendida intentando adivinar el sentido de las palabras de su amigo. Helan se había interesado siempre por la condición de vida de la frontera, y cuando su hermano mayor se alistó, le quiso seguir, pero sus padres no le dejaron. Hasta que no empezó a trabajar como prospector, no se le quitó de la cabeza la idea de alistarse.

—¿Has pensado en alistarte? —dijo Ilex interesada.

—Sí, pero creo que la vida como investigador me atrae ahora más —dijo Helan, en un tono claro de disculpa, y añadió—: desde luego, si alguna vez se requieren mis servicios, allí estaré para ayudar en lo que pueda. ¿Y tú, piensas reengancharte?

—Creo que no sirvo para otra cosa —dijo Ilex, sorprendida por lo fácil que le resultaba conversar con aquel humano. Le hablaba de cosas que no mencionaba nunca a nadie. La noche anterior, le había enseñado la ciudad como él la sentía, los rincones que para él eran especiales, y ella había podido ver el alma de la ciudad, no sólo su fachada como hubiera pasado si hubiera ido con cualquiera de los hombres que conocía en la frontera norte. Ella se había comprometido a enseñarle Camora, que era la ciudad donde se había criado, y le había propuesto visitar Dalantalasa, para intentar descubrir, entre los dos, el alma de la capital de los ayas.

—Creo que te juzgas muy severamente —dijo Helan—. Alguien que haya hecho la mitad de cosas que tú, sirve para lo que se proponga. —Se dio cuenta que había hecho un cumplido y agachó la cabeza avergonzado. La miró distraídamente, y se dio cuenta que para ella no se trataba de ningún piropo, para un aya, decir lo que uno sentía como verdad, no era causa de vergüenza. Sabía que el tiempo que había pasado solo explorando las galerías le había alejado del trato con otros jóvenes de su edad, y cuando volvía a la ciudad notaba que le costaba mucho tratar con chicas. Se sorprendió pensando en Ilex como en una chica, y no como en un ser hembra de otra raza—. Me alegra mucho que vengas con nosotros.

—No me lo perdería por nada, hace mucho que no estoy con mi hermano, y además he descubierto recientemente que me gusta estar en compañía de humanos como tú y como Loren. Os ayudaré en todo lo que pueda. —Helan la miró y por un instante pensó que era una pena que Ilex no fuera humana. Al instante se dio cuenta de lo tonto que era ese pensamiento, si Ilex fuese humana, no sería ella, sería otra persona que a lo mejor no le gustaría tanto como había descubierto que le gustaba la hermana de Aquer.

El grupo llegó por fin al gran hall donde daban comienzo las galerías subterráneas. Allí hicieron una pequeña parada para que Aquer pudiera examinar las ruinas del poblamiento de los sangrai. Cuando se disponían a entrar, descubrieron que un jinete venía al galope desde la ciudad y les hacía señas para que le esperasen, traía el lantar bípedo de Ilex con él. Cuando se acercó, se sorprendieron al ver que era Fausto quien galopaba hacia ellos. Enseguida recordó Helan la conversación que tuvo con él unas noches antes y su sospecha de que era más joven de lo que pretendía aparentar, la cabalgada que se dio hasta su encuentro, lo demostraba.

Todos se acercaron a Fausto, pero éste, después de saludarlos, desmontó y se dirigió hacia Loren, llevándose aparte, para comentarle algo entre susurros. Cuando terminaron, Loren llamó aparte a Ilex, Aquer y Helan.

—Ha llegado un mensajero de Camora, trae un mensaje para Ilex —dijo y Fausto le dio una carta—. El sello es del cuartel general de la Fuerza de Defensa Común. Las tres barras que aparecen en la esquina de la carta la catalogan como de máxima importancia y urgencia.

Ella asintió y cogió la carta. Se dio la vuelta para leerla tranquilamente. Al momento se volvió y les dijo:

—No voy a poder acompañaros —dijo Ilex sintiendo francamente lo que decía—. Requieren mis servicios y tengo que dirigirme lo más rápidamente que pueda a Dalantalasa.

—Pero ya no formas parte del ejército —dijo Aquer quejándose—, no pueden exigirte que hagas nada, ya has cumplido de sobra. —Aquer estaba confundido, sabía que a su hermana le habían encargado misiones muy peligrosas, y no le cabía ninguna duda de que ahora se trataba de algo similar—. Si les dices que no, estarías en tu derecho y nadie podría reprocharte nada.

—Aquer —dijo Ilex tranquilamente— a ellos sí les puedo decir que no, pero no puedo dejar en la estacada a mis compañeros, y yo sí que me lo reprocharía toda la vida.

Helan miraba la escena sin saber qué hacer, sabía que sin ella no sería lo mismo la exploración de la ciudad. Por fin dijo:

—Es una pena que no nos acompañes, creo que te entiendo. Cuídate y vuelve en cuanto puedas. Recuerda que tenemos un viaje pendiente.

Ella asintió y le puso la mano encima del hombro a Helan antes de darse la vuelta. Durante unos segundos se miraron fijamente a los ojos y entendieron que de alguna manera estaban conectados. Loren se acercó a ella y estuvieron un buen rato hablando antes de que se fuera. A Aquer y Helan les pareció claro que Loren sabía más del asunto que ellos. Más tarde intentaría sonsacarle lo que supiera. Fausto se acercó a Loren y cogiéndole la mano le dijo algo al oído que sólo él pudo oír. Después se dieron un abrazo de despedida, que a Helan le trajo a la mente las palabras de su madre cuando hablaba de ellos dos como si fueran mucho más que camaradas de trabajo. Dijeron adiós desde sus monturas y se dirigieron de vuelta a la ciudad.

—Ya se va otra vez —dijo Aquer, y en ese momento Helan se sintió más cerca de él, de lo que nunca había estado desde que le conoció.

Todos entraron en fila en el gran hall del que salían las galerías internándose en las entrañas de la tierra. Antes de entrar, Helan, miró a lo lejos para ver cómo Ilex y Fausto se alejaban de ellos, por un momento pensó que le hubiera gustado acompañar a la muchacha en aquella aventura que comenzaba. Sólo fue un momento, pues enseguida recordó la gran aventura que le esperaba a él. Sintió un movimiento en su mochila y Sabandija salió lanzándose al suelo para internarse en las galerías a todo correr. Helan sonrió y avanzó decidido detrás de su mascota.

Capítulo 29

Estaba contento con los compromisos a los que había llegado con los ayas. Ya no parecía un mendigo perdido por los bosques en una tierra que no era la suya. Caver le había asignado toda una comitiva que le acompañaría hasta que llegara a Ter-Carlak, y algunos se quedarían con él permanentemente en la ciudad de los hombres.

Entre su equipaje, lo máspreciado que llevaba eran las jaulas donde transportaban cuatro aves parasum. Estas aves tenían la capacidad de volar a cualquier sitio en el que un individuo de la colonia hubiera estado previamente. La dificultad radicaba en comunicarle al pájaro donde se quería que fuera. Los ayas habían descubierto, hacía muchos años, la capacidad de estos pájaros de comunicarse cosas sencillas telepáticamente. Un ser racional con el «don de la comunicación con los animales» y con un poco de entrenamiento, podía llegar a comunicarse con ellas lo suficiente para decirles el lugar al que querían que fuese. En la comitiva les acompañaba un aya cuya función exclusiva era ocuparse de esos animales, e intentar educar a Santez y Yirdan en el arte de comunicarse con los «pájaros de tormenta». Debido a la incapacidad de la mente de Santez, y a la negativa de Yirdan de mostrar avances en dicha ciencia, el aya, ya se veía condenado a acompañarles hasta su ciudad y buscar allí a algún humano que tuviera dotes telepáticas. Con estos animales, la comunicación entre los dos líderes de las religiones sería muy rápida y eficaz.

—Señor —dijo uno de los ayas del séquito dirigiéndose a Santez— tenemos que hacer una pausa, —y ante la cara de contrariedad del humano añadió—: no tardaremos mucho.

—Está bien —dijo Santez con resignación, aunque tremendamente interesado por saber para qué querían hacer la parada.

Todos los aya se bajaron de sus cabalgaduras, y sacando las vestimentas propias de su secta, se las colocaron, tapándose además la cabeza con la capucha. También se pusieron una máscara encima de la cara que les tapaba totalmente el rostro. La máscara era del mismo color que las vestiduras. Una vez que se hubieron vestido de esta manera, el aya se acercó a Santez y le dijo:

—Tengo que pedirlos, que mientras crucemos esta parte del bosque, si nos cruzamos con algún quinimus, hagáis como que no los veis. Si os dirigen la palabra, no les hagáis ningún caso.

—¿Por qué? —preguntó Santez.

—Seguramente en vuestra religión también tendréis misterios que no se pueden dar a conocer —Santez asintió con la cabeza y no dijo nada más. Yirdan fue a susurrar algo a su señor al oído, pero en el último instante se arrepintió y volvió a erguirse en su montura.

Los ayas parecían tener prisa por pasar por aquel territorio donde los quinimus tenían sus colonias, y las paradas fueron más escasas y más cortas que en otras jornadas. Por la tarde, Yirdan vio que una gran multitud de quinimus les observaba desde la espesura del bosque, no parecían amenazantes, más bien parecían asustados y expectantes por lo que los viajeros les pudieran hacer a ellos. Al final no hicieron nada y aquella jornada pasó sin ningún incidente.

Salieron a los valles cultivados y pasaron por las granjas que habían visto antes de entrar en el bosque. Aunque no hacía mucho tiempo de ello, a Yirdan le parecía que había pasado un siglo. Su señor se mostraba de forma altiva con su comitiva y trataba a los ayas igual que si fueran sus criados. Aquellos seres demostraban que estaban acostumbrados a recibir órdenes. Yirdan comenzó a darse cuenta de que existía cierta complicidad entre Santez y los ayas, y comprendió que planeaban algo a sus espaldas. No tardó en sentirse excluido del grupo, y aunque Santez disimulaba, estaba claro que había cambiado su actitud hacia él. No había olvidado la sensación que tuvo varias veces en el camino de que su señor quería quitarle de en medio. Si era así, ¿qué mejor ocasión para irse? Después de lo que habían pasado, no le costaría inventarse un accidente para explicar su pérdida, y de todas formas, ¿quién se atrevería a negar que no fuera cierto lo que contaba?, ¿a quién preocuparía su desaparición?

Según se acercaban al territorio humano, sintió que Santez comenzaba a ser más condescendiente con él que de costumbre, y esto le convenció de las intenciones nefastas de su señor. No esperaba más, aquella misma noche desaparecería en la oscuridad y se dirigiría a la sierra de los Vientos. Dicha sierra se extendía de oeste a este por el centro de la península, y en su parte central, era la frontera entre el territorio humano y el territorio aya. Esperaba internarse en la sierra y dirigirse por ella hacia el este, para desde sus estribaciones, cruzar las llanuras y llegar a la gran cordillera del sur, donde esperaba establecerse en alguna aldea remota donde nadie le conociese. Su señor no se atrevería a seguirle y perder así un tiempo precioso.

Así lo pensó y así lo hizo. Esa misma noche, cogió un lantar, lo que pudo de comida, y se alejó hacia el norte. No tardó en penetrar en la sierra y ya más tranquilo se dirigió hacia el este. Por fin se sintió libre, le parecía que había dejado de pertenecer al bando equivocado. Lo que había visto en aquel viaje, no lo olvidaría nunca. Creía haber descubierto las verdaderas intenciones de cualquier creencia que se cree con la verdad absoluta: conseguir el poder absoluto sobre todas las personas. Muy atrás quedó su creencia de que su Dios se ocupaba de su bienestar a través de la Iglesia. La Iglesia no había demostrado ser más que otro círculo de poder, y no el menos activo de la lucha que se llevaba a cabo en cualquier sociedad por conseguir el poder. Llegó al río Tar, que nacía en la sierra y era la frontera entre los dos territorios. Desde una parte elevada del camino, veía el valle fluvial y las laderas rojas por los colores de los árboles típicos de la sierra, la otra ladera estaba llena de robles mostrando su desnudez invernal.

Aquella experiencia no le iba a convertir en ateo, ni siquiera en agnóstico. A partir de entonces su relación con Dios sería una cuestión personal y no iba a permitir que nadie se erigiera en intermediario entre la deidad y él. El «los caminos del Señor son inescrutables y sólo nosotros los sacerdotes los podemos interpretar» se había acabado para él.

Un golpe tremendo le desmontó del lantar. Se había distraído mucho en sus pensamientos y había pagado muy caro el descuido. Cayó al suelo casi inconsciente, un fuerte pitido le zumbaba en la cabeza no permitiéndole pensar en nada. Mareado, se puso de rodillas, todo le daba vueltas, pero instintivamente se llevó la mano a la daga que ocultaba entre sus ropas. Un extraño desde atrás, se acercó a él y tirándole del pelo, le hizo mirar hacia el cielo descubriendo su cuello. Estaba claro que le quería degollar. Sin tiempo para pensar, Yirdan se tiró, hacía atrás, haciendo que su atacante, mucho menos corpulento que él, le callera encima, pues no quiso soltar su presa, y ese instante fue el que Yirdan aprovechó para, haciendo acopio de todas las fuerzas que pudo reunir, dar a su atacante una tremenda puñalada en el pecho. Fue un golpe de suerte, pues Yirdan estaba totalmente desorientado e igualmente podría haber dirigido la cuchillada hacia el lado en el que no se encontraba su enemigo. Inmediatamente después, perdió el sentido.

Capítulo 30

Helan iba el primero del grupo, con Aquer casi pegado a su espalda. De vez en cuando tenían que parar para esperar al resto, los dos hacían todo lo posible para que no se notara su fastidio por los continuos retrasos. A Helan le resultaba raro andar por aquellas galerías con tanta luz, hasta cierto punto era como si las viera por primera vez, ya que la iluminación que producían los capullos de nomdu de veinte personas era sensiblemente superior a la de una sola.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia atrás, para interesarse por el ritmo del grupo. Cuando Loren le vio, se paró a su lado y le preguntó:

—¿Falta mucho todavía?

—Ya estamos llegando —dijo Helan en voz susurrante.

—Puedes hablar en voz alta, todos los que nos acompañan han sido elegidos por Fausto personalmente —le dijo en tono grave—. No sé si te has dado cuenta, pero varios de nuestros hombres se han ido retrasando para asegurarse de que nadie nos siga. Esta gente sabe hacer su trabajo. También ha habido un lamentable accidente, y dos hombres del grupo han muerto aplastados por un desprendimiento —vio a su amigo terriblemente afectado, y no preguntó nada, no había nada que preguntar, su amigo no era un asesino y cargaría toda la vida con la decisión que había tenido que tomar.

Helan pensó en cómo iban ahora a conocer el camino hasta el lago los hombres que se habían ido retrasando, pero se dio cuenta que sus planos habían estado el tiempo suficiente en manos de Fausto como para que aleccionará a sus hombres en las distintas rutas de las galerías. Pensaba aún en esto cuando llegaron a la última bifurcación antes del lago subterráneo.

—Es el camino de la izquierda —dijo Helan, y tomándolo, volvió a dejarlos atrás acompañado por Aquer y Sabandija, que ya corría el primero hacia el lago.

Cuando el grupo salió a la playa quedaron maravillados, era como si no se hubiesen llegado a creer lo que Helan les había contado. Con toda la iluminación que llevaban, se podía apreciar el tamaño real de la cavidad. Helan vio como Loren se adentraba por la playa, buscando el embarcadero. Él y Aquer le alcanzaron y los tres llegaron al embarcadero solos. Rodeándolo, Helan les enseñó dónde estaba la inscripción, que éstos quisieron ver con sus propios ojos. Helan tuvo que raspar la argamasa que le había aplicado, y cuando sus compañeros se dieron por satisfechos, volvió a ocultarla de la misma manera. Después se alejaron un poco para poder ver la construcción por entero, acercándose al derrumbe de la galería ascendente.

—No hay ninguna duda —dijo Loren y Aquer asistió—, esto no lo han podido hacer los sangrai. De sus manos es imposible que saliera una construcción así.

—No, está más en la línea de quienes construyeron los oteaderos en las cimas de las montañas, aunque es tan poco lo que se conserva en pie de ellos, que es difícil asociarlos con otros restos, pero juraría que la manera de trabajar los sillares es la misma —dijo Aquer perdiéndose un poco en sus pensamientos—. Es una pena que no haya podido encontrar alguna construcción mayor de la misma época.

—Ya no —les interrumpió Helan—, ahora podemos decir que se conserva mucho en pie. En la ciudad, no vi ni una ruina, como si hiciera menos de una semana que fue abandonada, claro, que está por ver si son contemporáneos los oteaderos con la ciudad.

—Sí, ¡la ciudad! —dijo Aquer sin disimular su ansiedad—. ¿Cuándo vamos a verla?

—Primero debemos montar aquí el campamento y mañana... —dijo Loren dudando de sus palabras— bueno, ya no sé si es de día o de noche...

—Es la hora de cenar —dijeron al unísono Aquer y Helan, Loren les miró sorprendido.

—Sí —dijo Loren—, la hora de la cena. Pues mañana después de haber descansado unas horas nos dirigiremos a ver la ciudad.

Aquer quedó un poco desilusionado por la perspectiva de tener que esperar unas horas más para ver lo que le había relatado Helan, un sueño para cualquier investigador del pasado. No quería decir nada, pues sabía que Loren estaba muy cansado por el viaje hasta el lago. La voz de Helan lo sacó de su ensimismamiento.

—Sí, mañana iremos a ver la ciudad, pero ahora podemos ver el pasadizo que conduce hacia arriba —dijo Helan y los ojos de Aquer resplandecieron en la semioscuridad. Loren comprendió que no le podía negar algo así.

Los tres se dirigieron al recodo donde Helan había descubierto la abertura, y cuando Loren vio el agujero por el que se tendría que meter, estuvo a punto de aplazar la visita hasta el día siguiente. Helan le animó diciéndole que apenas eran unos segundos lo que tendrían que gatear para acceder al corredor de las decoraciones.

Cuando se incorporaron los tres, Helan hizo brillar al máximo los capullos de nomdu que llevaban con ellos. Durante unos momentos ninguno dijo nada. Loren se colocó en el centro del corredor ascendente y no dejaba de mirar hacia arriba, casi se podían escuchar sus pensamientos. Aquer iba de un lado a otro intentando ver cada centímetro de aquella pared cargada de decoración vegetal y geométrica, como si fuera a dar con alguna clave mágica que le explicará todo lo que estaba viendo. Helan les contemplaba lleno de gozo, se sentía orgulloso de ser el causante de que sus amigos se sintieran así.

—Es increíble —dijo Aquer—, parece imposible que esto se haya mantenido en tan buen estado después de tanto tiempo.

—No olvides —le recordó Loren— dónde nos encontramos. Aquí no estamos a la intemperie, ni por aquí parece haber pasado nadie, con excepción de los sangrai en mucho tiempo. En estos lugares se crean atmósferas muy estables que mantienen muchos materiales en perfecto estado de conservación. Tengo la esperanza de encontrar textos en la ciudad que nos ayuden a descifrar su lengua.

—Estaría muy bien explorar las montañas de la frontera norte donde están los oteaderos —dijo Helan—. Si son contemporáneos de esta ciudad, sería lógico suponer que allí también exista algún tipo de poblamiento dentro de las montañas.

—Ya lo había pensado —respondió Aquer—, pero si estuviera aquí mi hermana, te diría que la frontera norte cada vez es más peligrosa, y los mandos del Ejército Común no nos dejarían pasar. El último permiso me costó mucho conseguirlo, y me consta que si me dejaron acceder a las montañas fue más por mi hermana que por otra cosa.

—Por lo que he podido entrever en las leyendas, parece claro que estamos hablando de una gran civilización, con muchos centros poblacionales importantes —dijo Loren—. En las montañas en las que nos encontramos podría haber más ciudades como está.

Los tres estuvieron un buen rato sentados en uno de los bordillos de las escaleras ascendentes, hablando de la posibilidad de la existencia de nuevos poblamientos, e intentando descubrir algún patrón que les sirviera para dar con otros asentamientos en el futuro. Cuando dieron la vuelta, sus compañeros ya habían montado el campamento y comenzaban a preguntarse por el paradero de los tres. Encendieron un fuego para comer, a Helan le pareció un picnic de los que los habitantes de la costa celebraban de vez en cuando reuniéndose en la playa. Le resultaba reconfortante encontrarse allí con sus amigos. El lago parecía haber cobrado vida, era como si hasta aquel momento sólo hubiera existido en su mente, y ahora con la presencia de más personas, se materializaba para ser real. La conversación era animada, y todos parecían estar encantados de haber sido elegidos para aquella misión, eran los primeros hombres que, aparte de Helan, habían visto el lago subterráneo.

Uno de sus acompañantes, que estaba enrollado en una manta mientras sus ropas se secaban delante del fuego, dijo:

—He visto peces enormes totalmente blancos que debían de pesar más de ciento cincuenta kilos, otros no se diferenciaban en nada de los que hay en los arroyos de montaña. También he podido ver un par de criaturas que parecían pulpos, pero eran más alargados y juraría que sólo tenían un ojo en la parte más alta de su cabeza. Mañana intentaré cazar uno y veré si tienen buen sabor, he visto que se dirigían a las zonas más profundas del lago. —El hombre había traído una especie de globo traslucido en el que metía la jaula de nomdu y cerrándola le permitía tener algo de luz en sus inmersiones.

Sus compañeros le miraron con cierta repugnancia, aunque admirados del valor que demostraba el individuo. Estaba encargado de explorar los recursos alimenticios del lago, y no le quedaba otra opción que probarlos él mismo. Juster, era delgado, con el pelo castaño ensortijado y larga barba, parecía un náufrago que se hubieran encontrado en las profundidades de la montaña.

—Por cierto —continuó—, cerca del embarcadero, hay restos de lo que parecen ser cacharros de cerámica y algunos metales, aunque apenas queda nada. —Loren, Helan y Aquer le miraron con interés—. Mirad lo que he encontrado entre los restos. —y sacándose un objeto de entre los pliegues de la manta que le cubría, les enseñó una hoja muy deteriorada, de lo que había sido una daga trabajada con la hoja cubierta de decoración. Les dijo que lo había estado limpiando con arena para quitarle la mugre. Aquer se acercó a Juster y cogiendo la hoja se aproximó al fuego para poder verla mejor. Sin decir nada, se la acercó a Loren para que la viera a la luz del fuego y volvió a sentarse ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué es eso? —preguntó Helan a Loren con impaciencia, apenas se podía distinguir el dibujo de lo que había sido en el pasado la rica decoración.

—Parece ser un animal alado levantando el vuelo desde la cima de una montaña —dijo Loren—. Creo que esta es la prueba que buscábamos para poder decir que son los mismos constructores de los oteaderos.

Aquer le pidió la hoja a Juster, que se la regaló, sorprendido por el excesivo interés que habían demostrado por ella, para él no era más que un trozo de metal corroído y sin ningún valor. Aquer no volvió a decir nada en toda la velada, sabía que no iba a poder dormir pensando en los descubrimientos que había hecho hasta entonces, y los que haría al día siguiente.

Los que resisten

Capítulo 31

«Ellos llamaban y había que ir», era una de las frases hechas entre los miembros más veteranos del Ejército Común de Defensa. No importaba si te habías o no licenciado, si te llamaban ibas. De todas formas sabía que si la habían llamado era por algo importante, una vez licenciados, no se les llamaba por ningún capricho de un superior. Se imaginaba que tendría que ver con el arma que encontró en la última escaramuza en las montañas antes de partir en busca de su hermano.

La acompañaba Áster, que había sido el encargado de buscarla. Su superior Yann, había sido muy inteligente en mandar a Áster, pues ellos dos se conocían y era una manera de recordarle que no debía fallar a sus compañeros.

—¿Por qué tenemos que ir directamente a Dalantalasa y no a Camora? —preguntó Ilex rompiendo el silencio, le extrañaba que no tuviera que dirigirse al cuartel general del ejército.

—No lo sé —dijo Áster—, esas fueron mis órdenes, no me han dicho nada más, pero te puedo asegurar que sea lo que sea se trata de algo importante.

—Está bien —concluyó Ilex con fastidio—. Pararemos a comer en el paso del río Tar, y después seguiremos nuestro camino, esta noche podremos descansar en alguna de las granjas que encontremos dentro de nuestro territorio.

—Sí —dijo Áster—, precisamente cerca de la sierra, vive uno de mis hermanos, si no te importa, me gustaría ir a verle, apenas nos retrasará una hora de nuestro camino.

Ilex asintió satisfecha por la noticia.

—Iremos a la granja de tu hermano.

Los dos siguieron cabalgando por la llanura. Ya podían ver las crestas de la sierra de los Vientos. A la hora de comer, como había calculado Ilex, la habrían alcanzado.

Penetraron en la sierra sin ningún contratiempo, ya que aquella zona estaba muy poco poblada. Se trataba de un área montañosa que casi dividía la península en dos. Al norte estaban las tierras de los ayes y al sur la de los humanos. Los robles se alternaban con los pinos tapizando alternativamente todo el relieve de la pequeña sierra. Grandes valles la cruzaban de norte a sur, y desde el punto más alto, se podían ver los dos territorios, el humano y el aya. En el territorio humano se podía ver toda la llanura apenas interrumpida por alguna mancha boscosa muy localizada, hacia el norte esto cambiaba radicalmente, el bosque ocupaba más terreno. Eran dos concepciones diferentes de explotación de un territorio. Después de unos instantes observando el horizonte los dos ayes siguieron su camino. Ya debía estar cerca el río y siguiendo su cauce no tardarían en encontrar el puente donde habían planeado comer y dar descanso a sus monturas.

El puente sobre el Tar se encontraba en una zona donde el río se encajonaba. El camino por el que iban se convirtió en una calzada empedrada que se inclinaba poco a poco y después más bruscamente en su descenso hacia el cauce del río. Por fin vieron el puente de piedra. Cuando llegaron, Ilex paró su montura en seco e hizo una seña a Áster para que se parara. Con un movimiento ágil se subió de pie en lo alto de su lantar. Este, entrenado como estaba, se quedó totalmente parado, como si perteneciera al reino de los minerales. Áster intentó ver algo, pero no lograba ver nada, por lo que se colocó al lado de Ilex y permaneció vigilante esperando sus instrucciones. De un salto, bajó de su montura y sin hacer el más mínimo ruido la llevó hasta un árbol cercano, donde la ató a una rama. Áster la imitó y se colocó detrás de ella sacando su espada. Ella lo miró asintiendo y haciendo un gesto para que la siguiera.

Cruzaron el puente con mucho cuidado. Al otro lado el camino subía hasta lo que parecía una pequeña explanada, era aquel el lugar que llamaba la atención de Ilex. Se arrastró por el camino y asomó la cabeza cuando por fin llegó al borde de la explanada elevada. Ilex señaló al centro del llano. Áster se asomó y pudo ver lo que había alarmado a Ilex. Un lantar pacía

tranquilamente en la hierba que allí crecía. Muy cerca de él, dos figuras yacían en el suelo, un humano y un aya. Ilex le hizo señas a Áster para que rodeará la explanada por el norte y se colocará en posición por si surgía algún problema cuando ella se acercará a la escena.

Cuando le vio al otro lado de la explanada, se levantó y despacio se acercó al lantar, lo cogió por las riendas y se lo llevó hasta donde se encontraban los dos cuerpos caídos. Áster vio que no había ningún peligro cercano, se acercó a ella y tomó las riendas del animal. Ilex se arrodilló sobre los dos cuerpos para examinarlos.

—¿Están muertos? —preguntó Áster.

—El humano aún respira —dijo Ilex—. Pero está muy débil, ha perdido mucha sangre. Mira esto —dijo Ilex apartándose un poco del cadáver del aya para que Áster pudiera verlo bien.

—¡Por el roble albino! —dijo Áster, fijándose en la túnica gris ribeteada con una banda blanca llena de signos místicos—. Se trata de un acólito de la Rama Dorada. ¿Qué hace aquí tan lejos de su paraíso terrenal? —dijo Áster con una ironía que sólo compartían los ayas, que habían estado en contacto con los humanos durante mucho tiempo—. ¿Qué se traen estos entre manos para andar por los caminos matándose con los humanos?

—Ayúdame, le llevaremos al otro lado del río e intentaremos curarle lo mejor que podamos —dijo Ilex.

Entre los dos le llevaron por el puente y le tumbaron encima de una manta a la sombra de los robles. Después, le lavaron la herida y se la vendaron. El hombre aún no había recobrado la consciencia cuando Áster encendió un fuego a su lado, después de haber enterrado los restos del acólito de la Rama Dorada. Cuando estaban los dos decidiendo qué hacer, escucharon como el hombre se revolvía en el suelo y farfullaba algo sin sentido. Se acercaron a él para intentar entender lo que decía. Cuando el hombre abrió los ojos y les vio, instintivamente se protegió la cabeza con las manos.

—Tranquilo, no queremos hacerte daño —dijo Áster rápidamente. Cuando el hombre se dio cuenta de que le habían vendado la herida se tranquilizó—. Somos amigos, pertenecemos al Ejército Común de Defensa y sólo queremos saber qué ha pasado.

Cuando escuchó esto, el hombre bajo las manos de la cabeza y les examinó muy despacio, intentando descubrir en ellos algo amenazante. Al no hacerlo se decidió a hablar.

—Me llamo Yirdan —dijo algo aliviado—, y hasta ayer servía a un alto cargo de la Iglesia de la Única Verdad.

Ilex se sorprendió de la declaración de aquel hombre, ¿dos miembros de las sectas más radicales de los humanos y los ayas, matándose entre sí?

—Dinos qué ha pasado y por qué te ha atacado un acólito de la Rama Dorada —preguntó Ilex, que había reconstruido los hechos observando la escena de la llanura.

Yirdan la miró durante un largo rato sin decir nada. Al principio pensó en que no podía traicionar a su raza, comentándole a aquellos ayas lo que sabía. Cuando se dio cuenta de lo erróneo de su pensamiento se decidió a hablar. Eran las dos religiones las que habían traicionado a sus respectivos creyentes, promoviendo lo que a todas luces se trataba de un golpe de estado, que les daría el poder absoluto sobre todos los seres que poblaban la península. Entendió que tenía que hacer todo lo posible por intentar evitar aquello, y sólo se le ocurría una manera de empezar, hacer que aquellos seres le llevaran ante los generales del Ejército Común de Defensa.

—Os contaré todo, pues a vosotros también os incumbe la traición que se está preparando —dijo Yirdan y los dos ayas se miraron sorprendidos. Se sentaron y Yirdan les relató las maquinaciones que las dos sectas habían tramado para hacerse con el poder.

—No sé si creerte —dijo Ilex—. Si no fuera por el cadáver que hemos encontrado en la explanada, diría que se trata de los delirios de un loco, pero en cualquier caso, no nos corresponde a nosotros decidir sobre la verdad de tu historia. —Se levantó y dirigiéndose a

Áster le dijo—: dime dónde está la granja de tu hermano, iré allí y le diré que te mande un carro para recogeros. Después de unos días, cuando se sienta con fuerza, viaja con él a Camora y entrégalo a nuestros superiores, ellos decidirán qué es verdad y qué no. Yo continuaré hasta Dalantalasa y espero, de todo corazón, que sea todo una mentira —dijo mirando al humano, aunque en su interior sospechaba que la historia era verdadera—. No quiero ni pensar lo que supondría algo así.

—Como mínimo —la interrumpió Áster—, significaría una guerra civil, tanto entre los humanos como entre los aya, y lo más probable es que eso llevara al exterminio de las dos razas. —Yirdan le miraba asintiendo con la cabeza.

Sin decir nada más, Ilex recogió sus cosas y, montándose en el lantar, desapareció por el otro lado del puente en busca de la granja del hermano de Áster.

No esperó a que amaneciera. Quien la había hecho llamar a Dalantalasa tenía prisa por que llegara cuanto antes. A Ilex no le parecía nada descabellada la historia que le había contado Yirdan, y hasta cierto punto esperaba desde hacía algún tiempo que la gente de la Rama Dorada diera más problemas, a semejanza de los que les estaba dando a los humanos la Iglesia de la Única Verdad.

El resto del viaje lo hizo sin más contratiempos. Atravesó la llanura de Caldan, donde los granjeros le proporcionaron alojamiento por las noches, después atravesó las estribaciones del bosque que se extendía desde la costa oeste hasta los inicios de la cordillera Roja. Este brazo del bosque, separaba la llanura de Caldan de la llanura de Kebatur, en la cual se encontraba la capital del reino de los aya, ya en la costa occidental de la península.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo en Dalantalasa, pero sabía que no la encontraría muy cambiada. El gusto de los aya no era tan cambiante como el de los humanos y las modas que tanto tenían que decir en la sociedad humana, apenas tenían importancia en la sociedad aya, pues su duración era tan prolongada y los cambios tan lentos, que no tenían la sensación de un cambio en los gustos.

La ciudad se encontraba en una gran bahía, justo donde se interrumpían los acantilados que circundaban las tres quintas partes de la península. En el reino de los aya, había más ciudades, pero cuando algún aya se refería en primera persona a la ciudad, se refería a Dalantalasa. Pequeños bosques abundaban salpicados por toda la ciudad. Grandes avenidas dividían la ciudad en fracciones que estaban urbanizadas guardando en su interior patios también arbolados. Se decía que en aquella ciudad vivían más árboles que gente. Los escasos monumentos eran sin embargo muy significativos de la raza aya, apenas una avenida donde unos bustos se alineaban sin ninguna pretensión de preponderancia de unos sobre otros. Esos bustos estaban dedicados a todo tipo de personajes, que por una u otra causa habían trabajado por el bienestar de sus compatriotas. Era el máximo honor que se podía hacer a un aya. Allí se mezclaban tanto reyes como científicos, maestros, marineros... También era el puerto marítimo más importante de los dos reinos y sede central de la flota que vigilaba los mares que rodeaban la península. Casi toda la flota la componían barcos aya, pues los humanos apenas tenían una pequeña flota pesquera.

Mucho antes de llegar a la ciudad se podían ver las altas torres del palacio real. El palacio era el edificio más alto que jamás habían construido los aya, y se sentían orgullosos de él. Dos torres se alzaban por encima de la ciudad recordando en todo momento donde residía la autoridad. La gran muralla que rodeaba por tres lados la ciudad, no era menos impresionante que las torres, medía siete metros de alto y subía y bajaba las colinas que rodeaban la villa para cercarla por tierra. Pero todo el mundo sabía que la fuerza de la ciudad se encontraba en el mar. Su flota de guerra no tenía igual, y no había tenido nunca ningún problema en frustrar los intentos de invasión por mar que habían llevado a cabo los rankog. Sus esbeltos barcos llenaban de terror el corazón de los enemigos, y desde el último intento fallido no habían, ni

siquiera, vuelto a rehacer su primitiva flota. Los rankog eran esteparios, y para construirlos se habían valido de los pueblos que habían logrado esclavizar en la costa.

Ilex se dirigió directamente hacia la sede que el Ejército Común mantenía en Dalantalasa. Allí y tras pasar por el portón vigilado por dos guardas, la hicieron esperar en un patio enclaustrado. Se acercó al centro del patio y se asomó al pozo que había en él. De un pequeño saltó se sentó en el brocal y esperó a que alguien se decidiera a decirle algo. Aquel patio y sin saber por qué, le trajo a la memoria a su nuevo amigo, Helan. Debió ser la parte enclaustrada y más oscura del patio la que se lo recordó, por su trabajo bajo la montaña. Un humano que había elegido trabajar solo en una zona tan aislada como podían ser las cuevas era especial. Pensó que le encantaría acompañarle en alguna exploración. En realidad, creía que tenía muchas cosas en común con él.

No tardó mucho tiempo en aparecer un personaje por una de las puertas del patio y haciendo señas desde dentro del pórtico le indicó que lo siguiera. Bajaron por una escalera dos pisos y después se internaron en un pasillo apenas iluminado. Al final del pasillo vieron una puerta entreabierta. Su acompañante llamó a la puerta y la empujó. Cuando entraron, seis hombres que rodeaban una gran mesa se dieron la vuelta para ver a los que entraban. Ella los conocía a casi todos, vio apoyado en la pared del fondo a Kotabel, uno de los inseparables guardaespaldas humanos de Ogui, al que buscó por la habitación y descubrió en el lado contrario de la mesa, subido a una banqueta para poder ver bien el mapa que tenían desplegado. Aparte de estos dos personajes, también estaban dos humanos, Yann y otro aya anciano al que no reconoció.

—Encantado de volver a verte —dijo Yann— creo que nos conoces a todos, excepto a Tibiran —dijo señalando con la mano al aya de color muy oscuro que la miraba desde uno de los lados de la mesa. Al instante entendió que si el asunto había requerido que Yann se desplazara hasta Dalatalasa dejando su puesto, era más importante de lo que al principio había pensado.

—Te pondremos al día —dijo Yann—. Por favor Tibiran —añadió para que comenzará a hablar. —Soy especialista en los lenguajes secretos de los artesanos ayas de Dalantalasa, y de algunos humanos —dijo con orgullo—. Tenía usted razón, entre la enmarañada decoración de la empuñadura hemos podido discernir caracteres de la escritura secreta de nuestros herreros. —Ilex prestó mucha atención a lo que aquel hombre le decía—. Desde entonces hemos recogido todas las armas de los rankog que hemos podido y hemos encontrado varios textos que van dirigidos a los jefes del Ejército Común, le leeré las transcripciones:

Naufragamos y nos capturaron. Ahora tenemos que trabajar para ellos. Somos veinte ayas entre herreros y orfebres. Lo escribió Aliso.

—Sabemos quién es el tal Aliso. Hace dos años, un barco que transportaba pasajeros se perdió en una tormenta. Se dio a todos por muertos, pero está claro que algunos alcanzaron las costas del continente. En el barco iba un tal Aliso, herrero de primera categoría.

Ilex le miraba atentamente intentando averiguar qué era lo que ellos esperaban que hiciera, la idea que se estaba formando en su cabeza no le gustaba.

—Sin embargo —continuó— este no es el texto más interesante que hemos encontrado, aunque sí es el primero que leímos gracias a usted —le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza—. El más interesante y el que ha hecho sobre todo que nos reunamos todos aquí, es el siguiente:

En las montañas Brumosas, los rankog siguen luchando con humanos. Estos ofrecen una feroz resistencia y todavía no les han podido conquistar. Están acompañados por una raza parecida a la dae-lin que lucha con ellos. Lo escribió Aliso.

—¿Hombres en el continente? —dijo Ilex sorprendida—. Pero si todos emigraron cuando aparecieron los rankog.

—No, eso no es del todo cierto —le dijo el humano que acompañaba a Yann. Tenía una larga barba y un pelo también largo, en el hombro lucía una insignia que le delataba como perteneciente al gremio de los arquitectos—historiadores—. Unos cuantos pueblos de las montañas pertenecientes sobre todo al gremio de ebanistas, se negó a abandonar sus hogares. Pensaban que los rankog pasarían de largo y volverían al poco tiempo a la estepa —dijo llevándose la mano a la barbilla—. La verdad es que los dimos a todos por muertos hace mucho tiempo. Si han podido resistir todo este tiempo rodeados por rankog, deben de ser ahora un pueblo digno de alabanza.

—¿Y esos pequeños salvajes que les acompañan? —dijo Ilex mirando interrogativamente a Ogui.

—Las historias de mi pueblo les mencionan en muchas ocasiones —dijo Ogui—, se dice que viven en las cuevas de alta montaña, pero hablan de ellos casi como de animales. Me sorprendió mucho cuando me enteré que se habían aliado con los humanos, —los ojos de Ogui brillaron e Ilex sabía por qué, Ogui tenía la esperanza de que en realidad se tratase de gente de su pueblo, pues como dijo más adelante, las historias no dejaban claro si se trataba de dae—lin o de otra raza—. La verdad es que casi siempre se les menciona para decir que estuvieron en guerra contra nosotros.

—Veo que ya adivinas qué es lo que queremos de ti —dijo Yann dirigiéndose a Ilex.

—¿Queréis que compruebe la veracidad de las historias que cuenta el tal Aliso? —dijo Ilex, segura de que eso era exactamente lo que querían sus superiores.

—Sí —dijo Yann—, que tomes contacto con ellos y les lleves algunas aves parasum. También queremos que veas la posibilidad de liberar a los ayas cautivos, es muy importante que los rankog no aprendan nuestras técnicas metalúrgicas —dijo enfatizando esta última frase.

Ilex quedó aturdida y en silencio durante un rato, trataba de evaluar la dificultad de aquella misión. Antes de que dijera nada, Ogui interrumpió sus pensamientos y dijo:

—Debo pedirte perdón, pues fui yo quien pidió que fueras tú quien me acompañara con una pequeña fuerza en esta misión.

—Eso ya lo sospechaba en cuanto vi a tu sombra apoyada en la pared —dijo Ilex sin ningún resentimiento—. ¿De verdad pensáis que se puede hacer? —preguntó Ilex.

Nadie se atrevía a contestar a aquella pregunta, hasta que Yann se vio en la obligación de romper el silencio.

—Sí, hay posibilidades, sino jamás te mandaríamos —dijo mientras le hacía señas para que se acercara al mapa que tenían desplegado—. Mira, una pequeña fuerza podría desembarcar aquí —señaló con el dedo un lugar de la costa del continente—. Este tramo de costa apenas está habitado y por la noche nadie os verá. Además no hay que olvidar que los rankog no esperan una invasión —dijo sarcásticamente—. Después podréis internaros en el bosque del este, no tendréis problemas para avanzar por él. Los rankog odian los bosques y todo lo que sea no estar al aire libre, —con el dedo, mientras decía esto, marcaba una línea imaginaria por el mapa—. El mayor problema estará cuando salgáis del bosque, pues calculamos que existen unos veinte kilómetros de terrenos abiertos y de cultivo hasta que lleguéis a una zona protegida de las montañas, y allí seguro que os encontraréis con las fuerzas rankog que luchan contra los hombres.

—¿Y los artesanos aya? —preguntó Ilex sin dejar de mirar el mapa, para verificar los datos que le habían dado, e intentar crearse una idea propia sobre la misión.

—Cuando estéis de vuelta, te desviarás, —volvió a hacer una línea imaginaria con el dedo que recorrió una gran parte de la costa—. Es por esta zona donde los tienen, al menos a quien escribe los mensajes, pues nos ha hecho una especie de mapa en una empuñadura de una daga. Tenéis que intentar liberar a todos los que podáis, pero no olvidéis que vuestra misión principal es que nuestra tecnología no caiga en manos rankog. —La miró mientras decía esto para

asegurarse de que Ilex entendía bien cuál era su misión, y no dijo nada más. Ella bajó la cabeza, había entendido perfectamente lo que la estaban pidiendo que hiciese.

—Las montañas Brumosas nada menos —dijo Ilex en un susurro que sin embargo escucharon todos sus compañeros.

—Creo sinceramente que se puede hacer —dijo Ogui—. Tanto tú como yo hemos entrado y salido del territorio rankog alguna vez, si alguien puede hacer esto somos nosotros —dijo sin que nadie interpretara sus palabras como una fanfarronería.

—Está bien —dijo Ilex—, quiero elegir a los hombres que me acompañarán. ¿Cuándo habéis pensado que salgamos? —dijo Ilex, que había olvidado de inmediato que ya estaba licenciada.

—Cuanto antes mejor —dijo Yann—, nos hemos adelantado a esa exigencia y hemos pedido a tus compañeros habituales que vengan, si quieres algún otros sólo tienes que decírnoslo.

Ella asintió con la cabeza, lo tenían todo previsto y en ningún momento habían contado con su negativa, qué demonios, había nacido para aquel trabajo y de todas formas, «ellos llamaban y había que ir».

La reunión continuó por un tiempo, intentando contemplar todos los contratiempos con los que se pudieran encontrar. En el mapa se veía claramente que la zona más cercana a las montañas Brumosas no era el sitio que habían elegido para desembarcar, las montañas llegaban al mar por la parte que daban a la gran bahía de las Brumosas. Le comentaron que en dicha bahía, toda la costa estaba constituida por grandes acantilados, y además pensaban que aquella zona estaría más vigilada.

Cuando todos se dirigieron a la puerta para irse, Ilex se acercó a Yann, este comprendió que quería decirle algo, y esperó a que todos se fueran. Cuando se quedaron solos, Ilex rompió el silencio.

—Creo que tenemos un serio problema —dijo Ilex.

—¿Crees que la misión es suicida? —dijo Yann.

—No, no me refiero a la misión —dijo Ilex, y Yann se acercó a ella con interés. Le explicó cómo habían encontrado a Yirdan y lo que este les había contado. La veracidad de la historia no parecía estar en entredicho, y aunque sabían que tenían que desconfiar de todo, ese era su trabajo, ya que Yirdan parecía no tener nada que ganar. Después de unos momentos en silencio, Yann le dijo:

—Nos temíamos algo así desde hace tiempo —su tono era pesadoso—, pero jamás esperábamos que entre las dos sectas pudiera haber algún tipo de acuerdo, las dos son claramente racistas con respecto a las otras razas. Desde hace unos meses, nuestros espías nos han estado avisando de un recrudecimiento de la actividad de los miembros de la secta, por eso sabíamos que estaban tramando algo, ya tenemos más pistas de lo que es. ¿Dónde está el tal Yirdan?

—Le di ordenes a Áster de llevarlo a Camora y entregártelo, sólo espero que no haya muerto en este tiempo.

—Le interrogaremos para saber si su historia era verídica —dijo Yann hablando casi para sí mismo—. Si como dices quiere colaborar con nosotros nos será de gran ayuda. Por lo pronto, voy a mandar personal nuestro a vigilar los caminos de Longonar, debemos evitar que exista un tráfico fluido entre ellos.

—¿Y la política de no intervención? —dijo Ilex.

—Recuerda Ilex que no estamos interfiriendo en la política interna de los humanos, simplemente estamos investigando a unos ayas que podrían estar pensando en traicionarnos y levantarse contra nuestro rey.

—Tienes razón, y en cierta forma me alegro de que haya pasado esto, pues ahora estamos más cerca de quienes de verdad son nuestros verdaderos amigos —dijo Ilex, mientras se daba la vuelta para salir de la habitación.

—Ilex —le dijo Yann agarrándola del brazo—. Cuídate en el continente, y créeme que si pensara que la misión es suicida jamás prestaría a ninguno de mis hombres para ello. Ella asintió con la cabeza y salió silenciosamente a la noche que envolvía el patio y toda la ciudad costera. Mientras salía a la calle, pensaba con una sonrisa en los labios: «ellos llamaban y había que ir».

Capítulo 32

—¡Vaya! —dijo Aquer, mirando la abertura que les llevaría al interior de la ciudad— has tenido mucha suerte al descubrirla . —Helan no pudo descubrir en su tono ningún matiz que le pudiera ofender.

—Si no hubiera sido por Sabandija, jamás habría encontrado la ciudad —dijo Helan—, en realidad ni siquiera hubiera descubierto el pasadizo que ascendía desde el lago. Los sangrai se quedaron a escasos centímetros de encontrarla, después de todo el trabajo en los túneles hubiera sido justo que fueran ellos quienes la encontraran.

A Loren le costó pasar por el pequeño pasadizo que daba acceso a la ciudad, agrandar los accesos sería unos de los primeros trabajos de los hombres que les habían acompañado. Ya dentro de la estancia, Aquer pareció que rejuvenecía por momentos, pues su piel estaba palideciendo y tomando el color de los ayas cuando eran niños. Helan se acercó instintivamente a él por si se desvanecía. Miraba a su alrededor intentando asimilar de un vistazo lo que tenía delante. Helan comprendió que fue una suerte que la entrada diera a una sala tan humilde, pues no hubiera sabido cual sería la reacción de sus amigos si hubieran accedido directamente a la gran plaza del edificio de la escalinata con arcadas.

—No lo puedo creer —dijo por fin Aquer—. Toda mi vida he estado intentando interpretar pequeños fragmentos de cerámica y restos de cimentación, cascotes a los que intentaba exprimir la máxima información sobre quienes los habían realizado, y ahora de golpe, me encuentro dentro de una vivienda en buen estado, con una vasija entera —dijo señalando a un rincón de la estancia donde reposaba en una quietud de siglos un recipiente de barro—. Parece que de un momento a otro va a entrar alguien por la puerta y me va a contar lo que yo he estado intentando averiguar durante toda mi vida.

Instintivamente todos miraron de reojo a la puerta esperando ver al personaje de que hablaba Aquer. Helan no había pensado detenidamente lo que aquello significaba para una persona como su amigo, que había dedicado toda su vida a la investigación de una civilización desaparecida.

—Será mejor que te tranquilices, pues esto es una minucia comparado con lo que aún queda por ver —dijo Helan comprendiendo que su descubrimiento dejaría de ser suyo, para ser de todos los que le acompañaban, aunque lo compensaba todo, poder ofrecer aquello a sus amigos, y además le interesaba mucho lo que ellos tuvieran que decir de la ciudad que había descubierto, al fin y al cabo ellos eran los verdaderos expertos en la materia.

Salieron a la calle y todos quedaron maravillados mirando el milagro que se producía en el techo al traer a la caverna la luz del exterior. Aquello demostraba definitivamente que quienes construyeron la ciudad estaban más adelantados técnicamente que ellos. Por más que lo miraban, no lograban dar con ninguna teoría que fuera mínimamente aceptable. Helan entendió que eran estas las cosas a las que se refería Loren cuando decía que la investigación del pasado podría ayudar a avanzar a grandes pasos hacia un futuro mejor. Después de inspeccionar cada centímetro de la pared de roca, Helan les convenció para que avanzaran, estaba impaciente por enseñarles la gran plaza que había descubierto.

Les dirigió por la calle hacia el norte, hasta llegar a la vía más ancha que Helan había encontrado en su anterior visita. Enseguida se dieron cuenta de que en aquella zona el techo de la cueva era más alto permitiendo que algunas casas tuvieran hasta tres pisos. Parecía que a Aquer le iba a dar un ataque de ansiedad, pues estaba sufriendo un bombardeo de información como no le había pasado nunca. Por un momento Helan se imaginó lo imbéciles que parecerían a los ojos de los antiguos pobladores, una procesión de pasmados que iba por sus calles mirándolo todo, sonrió. Era impresionante como, andando por el pueblo, uno olvidaba que se encontraba en las profundidades de la tierra. Las paredes de las casas no se diferenciaban nada

del suelo ni del techo, ya que eran de la misma roca, y por muy pocos sitios se veían paredes construidas. Los antiguos habitantes habían luchado contra la monotonía de los materiales decorando las paredes con grabados y pinturas murales de muchos colores. Estos colores se veían ya apagados, pero en su tiempo debieron ser luminosos, reflejando la luz del techo por los rincones más escondidos de la ciudad. Loren se empeñó en subir a la azotea de una de las casas que tenían dos pisos, quería ver de cerca el techo luminoso de la bóveda. Cuando bajó les dijo que el techo estaba totalmente frío, y que la bóveda parecía estar formada por una especie de cristal de roca, pero no pudo averiguar más, no fue capaz de concluir si era natural o si estaba construida.

Aquer creía haber sido un tonto, por emocionarse al encontrar unos restos de cimentaciones en la cima de algunas montañas. Varias calles salían por la derecha y por la izquierda, pero Helan no se desvió de la calle principal. Por fin llegaron al cruce con la otra calle ancha que dividía la calle por la que venían en perpendicular. Pasaron por el lateral del edificio de la escalinata, y la anchura de la calle les permitió ver las tres alturas de arcos superpuestos que delimitaban la gran plaza. Los cruzaron sin decir palabra y quedaron asombrados, si es que podían asombrarse más de lo que ya estaban. Aquer miraba hacia arriba y subió la escalinata hasta la plataforma que interrumpía las escaleras del edificio.

—Esto es sin duda un edificio de poder —dijo Aquer, y su voz retumbó por toda la plaza, se cayó inmediatamente con la sensación de haber realizado alguna especie de sacrilegio. Bajó de la escalinata y se unió a sus amigos que le esperaban en la plaza.

—Una alocución que se haga desde ese punto, se escuchará claramente desde cualquier rincón de la plaza, y no me extrañaría que llegara a oírse en toda la ciudad —dijo Loren mirando a Aquer.

—En la pared opuesta a este edificio, existen unas grandes puertas que parecen estar selladas. Por más que lo intenté, no pude moverlas ni un ápice —dijo Helan, que venía de aquella dirección.

—Otro misterio más —dijo Loren—, pero será mejor que nos tranquilicemos y nos tomemos este asunto con más calma. —Estaba claramente agotado y sobrepasado por lo que veía—. Debemos organizarnos para empezar de inmediato la exploración en profundidad de la ciudad. Debemos traer más ayudantes de Ter–Carlak. Antes de que el rey se entere de lo que tenemos aquí, tenemos que estar seguros de qué es en realidad este sitio.

Después de decir esto, todos se relajaron un poco, parecían haber entendido que la ciudad no iba a desaparecer de allí, y que tendrían todo el tiempo del mundo para aclarar el misterio que tenían delante. Tenían la sensación de que la ciudad les había estado esperando durante milenios, se sabían privilegiados por ser ellos quienes estaban allí en aquel momento.

Capítulo 33

Su regreso había sido tan proverbial como el viaje mismo. El sumo sacerdote estaba cambiando a sus cargos de confianza. Sospechaba que estaban organizando algo contra él. En ese momento apareció Santez, seguido por una comitiva de sumisos ayas, dispuestos a colaborar. No dudó en nombrarle primer consejero cuando este le relató su viaje. Santez confió en haberle impresionado pero en realidad fue elegido porque había estado mucho tiempo lejos de Ter-Carlak, y era imposible que hubiera estado involucrado en cualquier conspiración contra él. Una nueva sensación de poder le acompañaba a todas horas. Notaba como si una nueva aura le envolviera, haciéndose visible a los demás, que comprendían enseguida que se trataba de un ser superior a ellos. Él lo interpretaba como la huella que su Dios había dejado en él al señalarle como su elegido para llevar a cabo una misión divina.

Su trabajo ahora era agotador, y tardó más de lo que al principio creía en rodearse de personal propio de confianza. Alguna vez pensó que tal vez se había precipitado al intentar matar a Yirdan. Por mucho que conociera su pasado mejor que nadie, podría haberle sido de gran ayuda en aquellos momentos.

En las audiencias se colocaba de pie por detrás de su señor. Este le requería en muchas ocasiones para consultarle sobre las medidas que aplicaba y Santez se cuidaba mucho de contradecir a su señor, aunque cada vez veía más claro que Dios no le había guiado durante aquel viaje para que ahora ocupara un segundo lugar en la Iglesia. Para él estaba claro que tendría que terminar ocupando el puesto de sumo sacerdote, su Dios no estaría contento hasta que así fuera. A Santez, cada vez le parecían más evidentes las limitaciones que tenía Rocarela para llevar a cabo la misión que Dios les había impuesto. Desde el momento que entendió esto, decidió que llevaría personalmente las conversaciones con los miembros de la Rama Dorada y que a su señor le diría lo imprescindible para que no sospechara nada. Se convertiría en el único interlocutor con los aliados ayas.

Su siguiente paso sería colocar a gente de su confianza en los puestos de mayor responsabilidad de la milicia que tenía la Iglesia, la orden de los pordioseros, que sumada a la guardia real, que ya estaba formada en su mayoría por miembros de la Iglesia, era la fuerza militar más grande de los humanos, sin contar por supuesto, las fuerzas que pertenecían al Ejército Común de Defensa. Su trabajo más arduo era intentar que la situación siguiera como hasta ahora, hasta que él asumiera el control de la Iglesia. Santez se enteró de que existía un plan del rey y de Rocarela para acabar eliminando a los gremios. No iban a consentir un poder distinto del suyo en la sociedad humana

Le resultó muy fácil quitar de en medio a los antiguos colaboradores del sumo sacerdote, cada vez era más dependiente de él, y no dudó en acusar falsamente a todo aquel que se acercaba demasiado a su superior sin contar con su venia. Era lo suficientemente inteligente como para que Rocarela no se diera cuenta de sus artimañas y confiara plenamente en él.

Había mentido al supremo fautor de la Rama Dorada, le decía que su señor no se quería comprometer aún con acciones directas programadas entre ellos. Sondeó a su aliado respecto a un posible cambio de poder en la cúpula de su Iglesia, y recibió de él todo su apoyo. El supremo fautor le dejó claro que le apoyaría en todo momento para hacer que su plan fuera adelante. Después de unos meses, todo parecía estar preparado para llevar a cabo el golpe, sólo quedaba elegir un buen momento. Lo que más le preocupaba era la reacción que pudiera tener el rey. Aunque ya casi le habían usurpado su poder, aún tenía ciertos apoyos peligrosos, además no se le pasaba por alto la posibilidad de que el rey buscara la ayuda de los gremios, con lo que la situación se volvería ciertamente peligrosa para la Iglesia. Sabía perfectamente que su Dios no le perdonaría que pusiera en peligro su causa y con ello su divina voluntad.

Era tarde y se dirigía por los pasillos del palacio hacia la parte del edificio que estaba prácticamente tomado por los miembros de la Iglesia. Las obras del nuevo palacio continuaban y resultaron ser una distracción perfecta para el rey. A Santez le molestaba que el edificio más grande del reino, y el más majestuoso, no estuviera dedicado a la gloria de su Dios. Se cruzó varias veces con cortesanos cercanos al rey y notó que no le miraban con agrado. Aquellos cortesanos parecían haber entendido su juego desde el primer día que fue nombrado primer consejero. Seguramente habían puesto sobre aviso a su señor contra él. Al poco de estrenar su cargo comenzaron a tratarle de manera descortés, como si se tratase de un lacayo de la más baja condición, aquello le revolvió el estómago. Sin duda estaban convencidos de que no duraría mucho en su nuevo cargo. Dos cortesanos cercanos al rey se acercaron a él cuando andaba por los pasillos en dirección a la puerta de salida.

—Mi señor ha dado órdenes de no cruzarse contigo en esta parte del palacio —dijo el más alto de los dos con un tono socarrón que Santez jamás olvidaría. Se fijó en su aspecto buscando alguna característica que pudiera guardar en su memoria, tenía un lunar cerca del lóbulo de la oreja izquierda tan grande como un pulgar, su compañero estaba lleno de pecas. Santez dudaba muy seriamente que el rey se preocupara en si se cruzaba con él o no—. Retírate a ese balcón mientras mi señor pasa por aquí.

El cortesano le indicaba con el dedo la puerta que daba a una pequeña terraza. Santez se quedó quieto por un momento mientras pensaba qué era lo que debía hacer. A la vuelta de la esquina ya se oía a la comitiva que acompañaba al rey a sus aposentos. Entendió enseguida que el sumo sacerdote jamás le perdonaría que hubiera enrarecido las relaciones que tanto tiempo le había costado establecer con el rey y que eran su mejor contribución a la causa de la Iglesia. Los cortesanos parecían saber esto, pues siempre que podían le gastaban este tipo de bromas. Finalmente comprendió que se trataba de una prueba de su Dios, de otro obstáculo en su camino para medir su dignidad y su valía para cumplir la misión divina que parecía saber sólo él. Salió al balcón enfurecido por aquella falta de respeto. Se apoyó en la barandilla y observó desde aquella altura las obras del nuevo palacio iluminado por la luna. Miró las obras fijamente intentando imaginárselas ya terminadas. Entonces vio la nueva edificación, pero en su imaginación no veía ningún signo de la realeza, sino que ante sus ojos, se presentaba un edificio cargado de los símbolos de la Iglesia. Estuvo un tiempo pensativo, escuchó a su espalda las risas de la comitiva que acompañaba al rey. Levantó la vista al cielo y dijo:

—Gracias Señor, tú siempre me has sabido guiar en tu beneficio y te lo agradezco. Soy tu más sincero súbdito.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Había comprendido lo que su Dios quería. Los hombres le estarían eternamente agradecidos por darles la oportunidad de servir a su Dios de la mejor manera posible. La nueva edificación sería su palacio y estaría consagrado a mayor gloria de Dios. Respiró hondo y siguió su camino, ya tendría tiempo de ajustar cuentas con todos aquellos que alguna vez le habían desdeñado.

Mientras se dirigía a sus habitaciones, pensaba que al fin y al cabo, sólo un poder podía ser legítimo, el poder de Dios todopoderoso. La existencia de otro poder en el mundo que no fuera el suyo era un insulto a su omnipotencia. Pensaba que la dignidad de la condición humana sólo era proporcional a lo que fueran capaces de dignificar a su Dios. Dios debía ser la medida de todas las cosas.

Capítulo 34

—Jamás te lo perdonaré —dijo Vertax a voz en grito, mientras reclinado sobre la borda, sentía como su estómago se volvía sobre sí mismo. Ilex le miraba divertida, mientras intentaba no perder el equilibrio y caer por la borda.

—Esto no es nada —dijo Ogui, que se apretaba junto a un fardo que había atado a la cubierta del velero—. Esta es la parte fácil y divertida del viaje.

Unos bártulos se soltaron y aplastaron las jaulas que transportaban las aves parasum, sólo una sobrevivió, de no haber sido así, se hubieran visto obligados a volver por más pájaros a la península.

Vertax levantó la cabeza por un momento para mirarle, pero rápidamente tuvo que bajar la mirada al mar. Una terrible tormenta les había pillado en alta mar mientras navegaban hacia la costa del continente. Al principio se alegraron pues eso suponía que sería más difícil que les descubrieran, pero ahora la mayoría de ellos preferían vérselas con los guerreros rankog que alargar aquella situación.

Ya podían ver la costa del continente cuando la tormenta amainó lo necesario como para desembarcar al grupo de guerreros. Bajaron un bote y en dos viajes transportaron al grupo a la playa. Vertax cayó de rodillas a la arena y estuvo así hasta que el bote regresó del segundo viaje. La playa era arenosa por aquella parte, y las dunas se internaban hacia el interior formando un litoral estéril para cualquier actividad económica, por lo que por allí no vieron ningún poblado.

—¿Ya vas recobrando el color? —le preguntó Ilex, y como única respuesta obtuvo un gruñido del humano—. No nos podemos quedar aquí, recoged todo y dirijámonos al interior, antes de que amanezca debemos estar dentro del bosque.

Todos recogieron rápidamente los bártulos que tenían por la playa, y comenzaron una carrera contrarreloj hacia el interior. Kotabel llevaba a la espalda a Ogui, se lo iría relevando en la carrera con Gar, el otro inseparable guardaespaldas que le acompañaba a todos los lados, tanto era así que se les conocía como «las sombras de Ogui». Cuando acabaron las dunas de la playa, comenzó un tipo de paisaje con sotobosque, de vez en cuando salpicado por algún terreno de cultivo que tenían que atravesar. El frío se hacía notar a aquellas horas de la noche de una forma lacerante, pero apenas lo sintieron debido al esfuerzo físico que estaban realizando. Si hubieran tenido más seguridad y hubieran decidido desembarcar en la bahía de las Brumosas, el camino se hubiera visto sensiblemente reducido. Pero sabían que la costa por aquel lado estaba formada por grandes acantilados y estaría más vigilada por su situación de zona en guerra con los humanos de las montañas que la playa donde habían desembarcado.

Cuando el cielo comenzó a cambiar hacia un color ambarino anunciando la salida del sol, llegaron a los inicios del bosque, pero siguieron corriendo para adentrarse en él lo que pudieran antes de que la mañana estuviera más avanzada. Llegaron a una zona más escondida del bosque y todos cayeron al suelo agotados por la carrera. Ilex y Ogui se fueron cada uno por un lado para investigar los alrededores y decidir si aquel lugar era lo suficientemente seguro para pasar allí la jornada. Vertax no dejaba de impresionarse cada vez que su pequeña compañera hacía aquellos alardes de resistencia, los humanos tenían más fuerza, pero pocos llegaban a ser tan resistentes como los ayas.

A la media hora de haberse ido, aparecieron los dos y se juntaron para dialogar. Decidieron que el lugar era lo suficientemente seguro para pasar el día esperando a que anocheciera para reemprender la marcha. Cuando estuvieran más adentrados en el bosque, podrían realizar los viajes tanto de día como de noche. Establecieron las guardias y se acomodaron como pudieron para poder dormir, por lo menos había dejado de llover cuando paró la tormenta, y aunque todo el bosque estaba empapado, parecía que por ahora no llovería más.

Por la mañana Ilex y Ogui se dispusieron a hacer otra salida de exploración, esta vez hacia delante, para inspeccionar por lo menos la primera parte del recorrido que les esperaba por la noche. Llegaron a un camino de tierra que dividía el bosque en dos y permanecieron escondidos en la maleza un par de horas. Se sorprendieron de la cantidad de rankog civiles que vieron, pasaron varias carretas cargadas de viandas, campesinos que regresaban de los campos de trabajar, una caravana de lo que parecían ser comerciantes... Ilex vio por primera vez aquella zona como lo que realmente era, estaba floreciendo el comercio y las actividades productivas. Estaba claro que algo había cambiando en los rankog desde que se establecieron perdiendo el nomadismo que les había llevado hasta aquella parte del continente, se habían sedentarizado. —¿Quién lo hubiera dicho? —dijo Ogui—. Cada vez que entro en su territorio me sorprenden más.

—Creo sinceramente que si siguen así llegará el día en que podamos hacer tratos con ellos —dijo Ilex, pero vio que Ogui movía negativamente la cabeza.

—Siguen siendo guerreros, toda esta gente que hemos visto pasar, son poco más que esclavos de las castas guerreras. ¿Sabes que se cuenta que antes de invadir este continente, se lo habían repartido entre los distintos clanes? Pues bien, al clan que le había tocado la península se quedó sin tierra, y ahora son una especie de parias cuyo único fin en la vida es conquistar nuestros reinos. Ellos han sido siempre los que han llevado el peso de los ataques a la frontera norte y siempre están presionando para que se produzcan más ataques y una unión de los clanes que acabe para siempre con nosotros. Su odio hacia nosotros es visceral, pues nos culpan de su situación indigna. Ellos jamás aceptarán nada que no acabe con nuestra rendición incondicional.

—Sí, quizás tengas razón —dijo Ilex, acucillada en su posición encubierta, mientras veía a lo lejos a más campesinos volver de sus trabajos—, pero todo esto que están haciendo tarde o temprano acabará con su ardor guerrero, y cuando pase eso, será cuestión de tiempo que dejen de apoyar a dicho clan. ¿Por cierto, como estás tan enterado de la política de los rankog?

—No perdamos tiempo —le dijo escuetamente sin querer decir nada más, ella no insistió—. Será mejor que volvamos y descansemos un poco, esta noche nos espera un largo camino. —Dicho esto se fue a incorporar, pero Ilex le sujetó por el brazo impidiéndole que lo hiciera. En ese momento Ogui escuchó un sonido chirriante a los lejos, y se agazapó aún más para descubrir de qué se trataba.

El ruido se fue haciendo más fuerte según se acercaba a su posición. Un enorme carretón tirado por dos grandes búfalos se acercaba a ellos. El chirrido lo provocaban los ejes metálicos de las ruedas. El carretón estaba lleno de humanos, su piel era más clara que la de sus compañeros de la península. La mayoría llevaban largas melenas, pantalones de cuero reducidos a harapos y camisas de un fuerte lienzo. Su aspecto debió haber sido en otro tiempo feroz, pero ahora reducidos a la esclavitud, apenas dejaban entrever lo que habían sido en el pasado. Les acompañaban a los lados del camino una veintena de guerreros rankog, aburridos por aquel tedioso papel de acompañantes. Parecía como si no fuera el primer viaje que hacían, sino que aquella actividad de traslado de esclavos fuese rutinaria para ellos.

—¿Quiénes son esos humanos? —preguntó Ilex.

—No lo sé, es la primera vez que los veo —respondió Ogui—. Quizá Kotabel pueda decirnos algo al respecto. Vámonos de aquí.

Se alejaron por el camino y volvieron al bosque, con los hombres que descansaban en el sitio que habían elegido la noche anterior.

—Si eran guerreros, sólo puede significar que los pequeños reinos del norte han caído o les falta poco para sucumbir —dijo Kotabel rodeado por Ilex y Ogui.

—Pero, esos reinos del norte ¿existen de verdad? —preguntó Ilex.

—Son tan reales como nosotros —dijo Vertax uniéndose a la conversación—. En mi familia lo sabemos muy bien, uno de mis antepasados era miembro de la raza norteña. Cuando atacaron los rankog se les pidió ayuda, pero se negaron pues no querían soliviantarles contra ellos, pensaban que la lejanía de sus reinos era una garantía de que los rankog les dejarían en paz. Nadie logró convencerles de que era cuestión de tiempo que les tocara a ellos. Por lo que contáis, su momento ha llegado.

—Quizás por eso nos han dejado en paz tanto tiempo y sólo han llevado a cabo pequeñas razias contra nosotros —dijo Ogui pensativamente—. Si los rankog han estado ocupados todos estos años con los reinos del norte y con los hombres de las montañas, es normal que no hayan hecho intentos serios por conquistarnos.

—Eso sólo quiere decir —dijo Vertax— que cuando acaben con los hombres del norte y con los de las montañas Brumosas, nada les impedirá volcarse sobre nosotros para conquistar la península.

Todos bajaron las cabezas pensativamente y fue Kotabel quien dijo lo que todos estaban pensando.

—Hemos estado engañados. Siempre hemos creído que estábamos preparados para el ataque de los rankog pero ellos jamás nos han atacado en serio. Tenemos que informar de esta situación antes de que sea demasiado tarde. Si dirigen un gran ejército por varios puertos a la vez, dudo mucho que tengamos efectivos suficientes para cubrirlos todos.

—¿Como han podido ocultar esa información? —dijo Vertax.

—En realidad no han ocultado nada, siempre nos hemos imaginado que éramos su blanco principal. Tenían dos frentes abiertos y no han querido abrir otro. Es lógico, han querido acabar primero con los fáciles para luego lanzarse contra la península. Jamás pensaron que les llevaría tanto tiempo acabar con los pequeños reinos del norte. Esperemos que no hayan acabado ya con los hombres de las montañas. Tenemos que hacer llegar estas noticias a Camora cuanto antes —dijo Ogui.

—Sí —dijo Ilex, y dirigiéndose a Vertax le dijo—: tú conoces tanto como yo o como Ogui las montañas, tienes que intentar atravesarlas y comunicar las noticias al mando.

—No quiero dejarte —dijo Vertax. Sabía que no había otra manera, pues dos de las tres aves parasum que transportaban, sufrieron un accidente en el barco que les llevó al continente y habían muerto, era imprescindible conservar la que les quedaba por si acaso encontraban a los hombres de las montañas Brumosas.

—No te preocupes por mí y hazlo por ti. Es muy importante que les lleves las noticias sin perder tiempo. Las montañas están a dos días de distancia, tendrás que hacerte pasar por un mercenario urgo. Das la altura y con la mala leche que se gastan no creo que nadie se atreva a molestarte. No esperan a un humano yendo en esa dirección.

Todos colaboraron como pudieron, para cargar a Vertax con todo tipo de piezas sueltas de armadura. Vertax estuvo ensayando un caminar balanceante y reclinado, hasta que Ogui le dio el visto bueno. Se despidió con pesar de sus amigos y tomó rumbo al sur.

Los demás siguieron la ruta que les llevaría al final del bosque, donde tendrían que pasar el tramo más peligroso de su viaje, pues los veinte kilómetros que separaban el bosque de los primeros refugios de montaña estaban ampliamente poblados y sospechaban que tendrían que pasar por varios pueblos. Aún esquivando las poblaciones, correrían serio peligro de ser descubiertos.

Pudieron llegar al final del bosque cuando las primeras luces del día comenzaban a iluminar la llanura y vieron en el horizonte los picos más altos de las montañas Brumosas. Decidieron que lo mejor sería descansar hasta la noche, cuando emprenderían camino hacia las montañas.

Después de que todos hubieron descansado de la gran caminata que habían realizado, Ogui les reunió y protegidos por la espesura de los árboles de aquella zona les dijo:

—Temo que la última parte del camino no va a ser tan fácil como lo que hemos dejado atrás. — Todos le miraron expectantes—. El camino que nos queda debe estar lleno de patrullas y campamentos rankog. No olvidéis que para ellos esas montañas son territorio enemigo. Si nos descubren estamos perdidos. Esta noche, nosotros —dijo señalando a sus dos inseparables guardaespaldas— nos acercaremos a alguna población e intentaremos robar una de esas carretas que utilizan los campesinos. Esperamos estar de vuelta antes del alba.

Cuando la oscuridad empezó a cubrir el horizonte, los tres personajes encapuchados dejaron el campamento después de una despedida lacónica. Ilex les acompañó hasta el borde del bosque desde donde los vio dirigirse hacia el sur. En aquella dirección habían visto varias columnas de humo que interpretaron como los hogares de una población. Ella permaneció allí, toda la noche esperándoles. Cuando la noche estaba avanzada, escuchó que se acercaba una gran carreta desde el sur, afinó el oído, y cuando la carreta estuvo a su altura descubrió con alivio que se trataba de sus amigos. Salió de su escondite y acompañó a sus compañeros al interior del bosque, donde los otros esperaban expectantes el regreso de alguien con noticias. Ya en el campamento, Ilex mandó a dos de sus hombres a que borrarán las huellas que había dejado la carreta. Desataron a los bueyes de tiro y disimularon la carreta como pudieron. En todo el tiempo que habían estado en el bosque, no vieron ningún rankog en su interior. Como Ogui les había explicado, se incomodaban mucho cuando algo se interponía entre ellos y el cielo.

—Cargaremos la carreta de leña dejando en el centro un espacio donde iremos todos salvo Gar —explicó Ogui—. Él conducirá la carreta —Ilex se fijó en Gar, y comprendió por qué le había elegido para aquella misión, era al menos tan grande como Vertax y más corpulento; con la cabeza cubierta, parecería un rankog o un urgo que llevaba un cargamento de leña para un puesto avanzado en las montañas.

Hicieron todos los preparativos y cuando la noche se acercó, salieron del bosque dirigiéndose a las montañas. Se cruzaron con muchos rankog, pero ninguno les detuvo, ni siquiera se saludaban entre ellos, era como si quisieran evitar cualquier posible enfrentamiento. También se cruzaron con varias patrullas que miraron con interés la carreta, pero no les pararon, el camino debería estar concurrido de verdad por el día. El perfil negro de las montañas se hacía más grande, y los guerreros rankog eran más numerosos y más desconfiados, la inclinación del terreno cada vez se hacía más patente, a la vez que les costaba más a los bueyes continuar su camino. Después de unas interminables horas de viaje las estrellas empezaron a desaparecer del cielo, y por fin llegaron a lo que parecía ser un puesto de vigilancia en el camino que cortaba el paso. Veinte metros más allá del puesto de vigilancia, comenzaban los árboles de las montañas, el camino se encajaba en la ladera de la montaña y la pendiente era más pronunciada.

Desde dentro de su escondite, Ogui e Ilex vieron como un gran rankog se puso delante de ellos pidiéndoles que se pararan. Ella fue a desenvainar su espada para saltar sobre el guarda que les impedía el paso, pero Ogui le agarró el brazo y le hizo una señal para que esperara. Ilex lo miró sorprendida. Si eran descubiertos estarían perdidos, su única oportunidad pasaba por atacar por sorpresa y abrirse camino luchando hasta el bosque que comenzaba unos metros más adelante. El capitán rankog se dirigió a Gar, y tras unos segundos, Ilex miró sorprendida a Ogui, Gar le estaba respondiendo en su lengua. Ogui la miró sonriendo y le dijo entre susurros casi inaudibles:

—Le ha dicho que vamos al campamento que hay más arriba. —Después de unos segundos, el capitán hizo un gesto con las manos y dijo algo. En ese momento, aceleraron y rodearon la carreta, Ilex volvió a echar mano a su espada—. Los rankog nos proporcionarán escolta hasta el campamento, pues aunque el camino es seguro, con los hombres nunca se sabe.

Ilex se tranquilizó un poco y esperó a ver qué pasaba. Cuando la carreta echó a andar, se dio cuenta que había estado aguantando la respiración todo aquel tiempo. Ascendieron sin más

contratamientos por el camino llevando la escolta que les había proporcionado el celoso capitán de los rankog. Cuando dieron varias vueltas y Ogui se aseguró que ya no estaban a la vista del puesto de guardia rankog, Ogui sacó el brazo de su escondite y tocó la espalda de Gar, que no se volvió. Con rápidos movimientos de los dedos, Ogui le comunicó a Gar, que iban a atacar a la escolta. Todos en el escondite sacaron sus armas. Ogui, les hizo un gesto para que se tranquilizaran y pasando por encima de sus compañeros se dirigió a la parte trasera de la carreta. Cuando llegó se acomodó lo mejor que pudo y sacó de un bolsito que llevaba colgado del cinturón una pequeña cerbatana. Con mucho cuidado sacó una pieza de cuero enrollada sobre sí misma y atada por una cuerda. Desplegó la pieza de cuero y cogió uno de los dardos que guardaba allí, cuidándose mucho de no tocar las puntas. Después de observar durante unos instantes a los dos últimos vigilantes que les escoltaban, se decidió por disparar sobre el que iba a su derecha, pues el que iba a la izquierda estaba claramente distraído sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor, aquel viaje debía ser algo que hacía varias veces al día. Sus compañeros observaban boquiabiertos el proceder de Ogui. Cargó el dardo y apuntó con él al escolta elegido. Después de escuchar un seco zumbido, vieron como el rankog se llevó la mano al cuello y poco más le dio tiempo a hacer, pues cayó al suelo como un muñeco de trapo. Sin perder tiempo, volvió a cargar la cerbatana con otro dardo y lo disparó contra el otro escolta del final. Este dio un grito cuando sintió el dardo, llamando la atención de sus compañeros, que desenvainaron sus espadas y dando la espalda a la carreta, comenzaron a mirar recelosos al bosque que les rodeaba. Ese momento lo aprovecharon los emboscados, para salir de un salto de la carreta y precipitarse sobre sus enemigos. Estos, cogidos por sorpresa, no pudieron hacer nada, y a los pocos segundos, eran cadáveres esparcidos a lo largo del camino. Temiendo ser descubiertos, todos corrieron hacia el bosque alejándose a toda prisa del lugar de la lucha. Ahora su oportunidad estribaba en encontrar cuanto antes a los hombres para que les guiasen al lugar seguro de sus campamentos.

Capítulo 35

Poco a poco fueron levantando el plano de la ciudad. Cuando Loren entendió la importancia que podía tener el descubrimiento, mandó mensajeros a más miembros de los gremios para que se unieran a ellos. Helan era el encargado de traerlos con sigilo hasta la ciudad sin que nadie sospechara que se estaba reuniendo un equipo más grande. Se valía del alcantarillado y de otras rutas que sólo conocía él, por donde iba y venía a su gusto desde los túneles de la montaña. El rey parecía encantado con los primeros productos que le trajeron del mar subterráneo. Habían encontrado una especie de cefalópodos que resultaron ser exquisitos, y parecía que los hubiera en grandes cantidades. Landerius comenzaba a conseguir rápidos beneficios y eso parecía ser lo único que le importaba, por fin había podido dar un fuerte impulso a la construcción de su nuevo palacio real.

Aparte de los hombres de Fausto que trabajaban en el lago subterráneo, acondicionando caminos para llegar a él fácilmente con caballerías, ya eran unas veinte personas las que trabajaban a las órdenes de Loren en la ciudad oculta. Todos eran sabios en las materias de sus gremios, y ya era un secreto a voces que algo importante estaba sucediendo en las galerías de la montaña. Todo el mundo creía, incluso la Iglesia, que se había producido un hallazgo importante relacionado con los sangrai.

Loren miraba el plano en la habitación de juntas del edificio de la escalinata. Helan se acercó a él y con un lápiz se inclinó sobre el plano y marcó con una equis una estancia del norte de la ciudad que salía a la calle perimetral.

—Otro que agrandó su casa —dijo Helan. Se refería a las muchas excavaciones que se hacían en algunas casas, para agrandar su superficie. Por la manera en que se hacían, siempre tenían una entrada pequeña, fácilmente disimulable. A todos les parecía que se habían realizado en una fase posterior a la de la construcción de la ciudad.

Con los planos casi terminados y las continuas reuniones, se habían hecho una idea clara de cómo era la ciudad que habían encontrado. Dos calles se cruzaban como una «T» que se inscribía en el óvalo que era la ciudad. La más larga de las dos iba de norte a sur por el eje largo del óvalo que dibujaba el perímetro de la ciudad. Después de cruzarse, la calle larga no continuaba y el espacio a continuación lo rellenaba todo un barrio de la ciudad. También existía una calle perimetral alrededor. Habían clasificado las distintas zonas que encontraron en tres tipos de espacios de hábitat y cuatro tipos de superficies relacionadas con otras actividades.

El primer tipo de hábitat lo constituían dos barrios de la ciudad, uno al oeste de la calle larga, y otro al noroeste de la ciudad. Ambos barrios se caracterizaban por tener calles estrechas y laberínticas, que en escasas ocasiones formaban pequeñas plazas. En estos barrios era casi imposible ver una línea recta. Casi todas las casas eran del mismo tamaño, algunas tenían dos pisos e incluso tres, pero la mayoría de ellas tenían un piso y una azotea. La falta de decoración era manifiesta, incluso las paredes de roca no estaban tan bien acabadas como en otras zonas de la ciudad.

El segundo tipo de hábitat lo componían dos núcleos de manzanas situadas al norte de la calle corta. Se extendían desde el oeste al este, interrumpiéndose en el centro, por la presencia de un gran edificio que todos consideraban que era un comedor inmenso, con unas grandes cocinas que debían preparar la comida para todos los habitantes de la ciudad. Al otro lado del edificio, las manzanas seguían hasta el límite este de la ciudad. Las casas eran más grandes que la del tipo anterior y la estética estaba mucho más cuidada, a nadie se le escapaba que aquella era la zona donde vivían las clases más poderosas de la localidad.

El tercer tipo de zona residencial no tenía nada que ver con los anteriores, pues el cuadrante que ocupaba en la ciudad, estaba totalmente cuadrículado, y rectas estructuras se levantaban unas al lado de otros formando calles rectilíneas. Una de las estructuras era más grande que las

otras. También existía un espacio que se abría al este de la calle larga y cuyo pavimento estaba formado de arena fina. Esta zona se encontraba al este de la calle larga y al sur de la gran plaza del edificio de la escalinata. Aquer les explicó que dicha zona no podía ser otra cosa que un cuartel, y les comentó que la estructura básica no había cambiado. Era muy similar a los cuarteles que llenaban la llanura de Camora. Los barracones tenían una antesala para dejar el equipo y en la sala interior, dormirían doce soldados, pues claramente se veían los camastros excavados en las paredes, cuatro en cada pared a dos alturas, exceptuando la pared donde se encontraba la puerta de acceso.

En cuanto a las otras zonas de actividad, tres de ellas se encontraba en el sur de la ciudad, donde parecía haber estado la entrada principal. Dos grandes áreas estaban relacionadas claramente con la artesanía, pues muchas dependencias tenían hornos, pozos de agua, talleres, etc., y se abrían a un gran patio central. La otra zona del sur y más cercana a la salida estaba constituida por una estructura muy parecida a la anterior, pero en lugar de hornos, había una gran cantidad de silos para cereal y almacenes, aquello debía ser la despensa de comida de la ciudad. La siguiente zona se encontraba en el extremo noreste de la ciudad, y todos estuvieron de acuerdo en que era una zona comercial, llena de puestos y tabernas. Aquella zona habría sido la más activa de la villa.

La última área fue la única a la que no supieron asignar ninguna utilidad, pues tenía una gran terraza se abría al exterior y estaba llena de pequeñas dependencias que nadie sabía a qué podían corresponder. Algún investigador propuso que se trataba de unos establos para caballos, pero su situación en la ciudad lo desmentía. Era una zona aislada del resto de la ciudad, a la que sólo se podía acceder por una gran puerta que se comunicaba con el área de los artesanos. La terraza que se abría al exterior estaba en parte destruida, y su apariencia natural, desde abajo, había hecho que nadie reparara en ella. Era otro de los misterios que rodeaban la extraña ciudad y que posiblemente iba a seguir siendo una incógnita por mucho tiempo.

Parecía que habían existido dos puertas en la ciudad, pero las dos estaban cegadas por derrumbes de la montaña, nadie supo decir si fueron intencionados o naturales. Todos los investigadores estaban cada vez más seguros de que la urbe sólo se podría haber construido por una sociedad altamente organizada. Nadie supo decir qué les llevó a construirla dentro de la montaña. La hipótesis más plausible que manejaban era la necesidad de defensa frente a algún enemigo. En lo que estaban todos de acuerdo, era en el hecho de que toda la ciudad fue pensada, proyectada y construida de una vez, pues no parecía que tuviera un crecimiento caótico excepto en algunas zonas residenciales. Los cambios que se habían producido se limitaban a alguna ampliación dentro de las casas.

Cada uno se alojó donde quiso, aunque por comodidad, acabaron casi todos residiendo en el barrio que se situaba en la calle corta, al lado de la plaza de las arcadas. El edificio de la escalinata, con su sala de escaños y las dos grandes salas que contenía, se había convertido en un centro de investigación perfecto, estaba céntrico en la ciudad y muy cerca de los comedores. Después de no se sabía cuánto tiempo, las cocinas volvieron a funcionar, y el olor a comida inundaba el centro de la ciudad anunciando las horas de comer. Se exploraba toda la ciudad y llevaban al edificio de la escalinata todo tipo de objetos que encontraban, por lo que comenzaron a llamarle «el museo».

Loren salió con Helan del museo, dirigiéndose a la gran plaza, a Loren le gustaba caminar por los alrededores de la plaza para intentar aclarar sus ideas. Cuando alguien le buscaba y no estaba dentro del edificio, sabían que lo podrían encontrar en los alrededores. Su amigo caminaba ensimismado y Helan le seguía sin decir nada. Comprendió que aún siendo tan importante el descubrimiento, Loren parecía encontrarse algo decepcionado con la ciudad.

—¿Quién hubiera dicho que nuestra montaña ocultaba toda una ciudad en su interior? —dijo Helan para romper el hielo e iniciar una conversación.

—Sí, y su descubrimiento no podría haber sido en un momento mejor —respondió Loren de forma abstraída.

Helan le miró intrigado, se le escapaba algo. Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, Loren le aclaró las dudas.

—Esta ciudad, nos servirá de refugio si el rey y la Iglesia vuelven a atacar a los gremios.

Helan entendió muchas cosas de repente. Su amigo estaba usando la ciudad como escondite. Entendió de inmediato que los sabios que había ido subiendo a la ciudad, no sólo eran investigadores, sino que también eran refugiados políticos. Por eso aún no se había informado al rey de la verdadera envergadura del hallazgo.

—Hay algo más —dijo Helan—, es como si la ciudad te hubiera decepcionado de alguna manera. Loren miró complacido a Helan, su perspicacia no dejaba de asombrarle, esperaba poder prepararle para que, en algún momento del futuro, pudiese tomar algún cargo de responsabilidad en el gremio.

—Tienes razón —dijo Loren mientras caminaba debajo de las arcadas que limitaban la plaza—. Por lo que conocemos de nuestro pasado, estaban más desarrollados que nosotros, los gremios son conscientes de que ahora apenas conocen una parte de lo que antes se sabía, y por lo que estamos viendo en esta ciudad, es cierto. Los sistemas de canalización de agua son muy complejos, el sistema de ventilación, y el alcantarillado también lo son. La iluminación de dos tercios de la ciudad no sabemos cómo se produce, sólo sabemos que viene de unos cristales que hay en el techo y que de alguna manera recogen la luz del exterior. —Helan miró para arriba y se dio cuenta que fuera debía estar anocheciendo por la intensidad de luz que entraba. El tercio de la ciudad que no estaba iluminado correspondía con la parte más alejadas del centro de la caverna. Loren continuó—. Nosotros no podríamos realizar todas las maravillas que nuestros antepasados realizaban —y agregó con cierta rabia en la voz—, y eso es tan antinatural, que no permitiremos que se vuelva a producir un retroceso en las ciencias como el que ya vivimos en el pasado.

—¿Y?... —insistió Helan.

—¿Dónde está todo ese saber? Por más que hemos registrado la ciudad, no hemos encontrado nada que se parezca a una biblioteca, ni a una escuela, nada —dijo con cierta desesperación—, todo lo que hemos encontrado pertenece a las clases productoras, ¿Dónde está lo demás?

—Quizás en esta ciudad no existía nada de eso, y para todas esas cuestiones dependían de otro núcleo urbano —dijo Helan.

—Si fuera así —dijo Loren, apoyándose en las grandes puertas que existían al otro extremo del museo en la plaza—, ojalá hubiéramos descubierto la «otra ciudad».

Helan calló por unos instantes, miró la gran puerta y dijo:

—Aquer lleva varias expediciones fuera de la montaña intentando encontrar el acceso exterior que da a esta puerta, si logramos abrirla, la plaza cambiará totalmente.

—Sí, aunque espero que sea tan fácil de defender como la otra —dijo Loren.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Helan.

—¿El siguiente paso? —dijo Loren pensativo—. Nosotros hemos hecho lo que podíamos, el siguiente paso lo dará el rey y su cómplice. —Helan le miró con preocupación, pues entendió que se había despreocupado de todo lo que pasaba fuera de la montaña. Seguro que su familia lo estaría pasando mal bajo del yugo de la Iglesia, cuyo puño cada vez se cerraba más sobre los hombres. Loren continuó hablándole—. El rey empezó a impacientarse con las noticias que le venían de la montaña, hasta que aumentó la cantidad de cargamentos de pescado del lago y su carácter cambió por arte de magia. El sumo sacerdote está contento con mi desaparición de la escena política, debe pensar que con los estudios que ahora llevo a cabo sobre unas ruinas, estoy tan absorbido que no me entero de todo lo que pasa en palacio. Parece que Rocarela ha convencido al rey de que la Iglesia debe ser su brazo derecho, y éste ha pensado que su poder

estaría más seguro en manos de la Iglesia que de sus antiguos ministros. Con ese paso, nuestra influencia sobre el rey ha desaparecido del todo, sólo nos queda defendernos de lo que su eminencia el «venerable pollino» haya planeado para acabar con nosotros.

Una profunda tristeza invadió a Helan. Se alegró de que apenas hubiera luz en la plaza, así su amigo no podría ver lo afectado que estaba por sus palabras. Si los gremios estaban decididos a enfrentarse a la sinrazón de la Iglesia para evitar otra época de oscuridad y retroceso en los saberes, sólo quedaba un camino: la guerra entre humanos. Los gremios lo sabían hacía tiempo, por primera vez se dio cuenta de la importancia que tenía en todo aquel asunto las actividades que Fausto llevaba a cabo.

—No es sólo eso —dijo Loren—. Temo por la unidad de los gremios. Como sabes no siempre hemos estado unidos, y a veces pienso que sólo la amenaza común de la Iglesia nos hace continuar en la misma dirección. En el futuro será imprescindible separar a los gremios del poder político de los hombres. No podemos permitir que los intereses económicos particulares de un grupo, arrastren al resto de los humanos.

Helan entendió que lo que había dicho su amigo podría ser interpretado por otros coordinadores de los gremios como traición. Loren estaba planeando dejar a los gremios fuera del gobierno de los humanos.

—Me parece terrible —comentó Helan en voz baja, casi inaudible— que nuestra existencia como raza esté en juego y que aún así demostremos una y otra vez que el peor enemigo del hombre, no sean los rankog, ni ninguna de las otras razas o monstruos que pueblan el mundo, el peor enemigo del hombre es el mismo hombre.

Loren lo miró con una tristeza profunda, esa tristeza que sólo unos ojos que han visto muchas penas pueden dejar escapar. Se dieron la vuelta y sin decir nada más, arrastrando un silencio triste, se dirigieron al museo para asistir a la reunión que se celebraba todos los días al final de la jornada.

Capítulo 36

Vertax había dormido poco y siempre en duermevela, alerta a cualquier movimiento que se pudiera producir. Ya estaba en las montañas que eran la frontera norte de la península. En todo el camino nadie le había molestado, por su actitud se podía ver desde lejos que tenía muy malas pulgas. En las cercanías a las montañas había mucha actividad, enseguida entendió que algo estaba pasando.

Existía una franja de terreno de nadie en la vertiente norte de las montañas, en territorio rankog, donde las bandas de guerreros campaban a sus anchas y eso se traducían en que el territorio estaba sin cultivar. Ningún granjero rankog o de cualquier otra especie, aguantaría mucho tiempo estando expuesto a los caprichos de las bandas guerreras. Las únicas explotaciones que había en aquella franja de terreno eran las que funcionaban a la vez como cuarteles de tropa. Ninguna banda se atrevería a atacar abiertamente una instalación de alguno de los clanes que componían la sociedad rankog. La rapiña contra los civiles que no pertenecían a ningún clan de guerreros no estaba mal vista y mientras no interrumpieran la actividad de las granjas nadie decía nada. Esto obligaba a muchos granjeros a pedir protección a los distintos clanes guerreros y entrar en un sistema de servidumbre con el que apenas mejoraba su situación.

Hasta que llegó a las montañas, su viaje había sido más tranquilo de lo que había esperado. En las montañas ya era otra cosa, allí los arqueros disparaban primero y después sentían curiosidad por saber a quién habían matado. Tuvo que esquivar varias patrullas. Ilex tenía razón, si alguien podía pasar por aquella frontera era Vertax, después de Ilex y Ogui era el explorador que mejor conocía el terreno.

Cuando creyó que ya estaba lo suficientemente dentro de las montañas, se empezó a quitar el disfraz de urgo, para parecer decididamente humano, pues tenía más miedo a los exploradores humanos que a las patrullas de rankog. Escuchó sonidos de una patrulla que venía detrás de él. Se pegó a la roca de la pendiente y se metió entre una zarza y la pared. Allí acuciado esperó a que pasara la patrulla. Aquel grupo era inusualmente grande y anormalmente cauteloso, aún estaban dentro de su territorio y hasta allí no llegaban nunca las patrullas humanas. Cuando pasaron a su lado, vio como llevaban las piezas metálicas de su armadura cubiertas de cuero. Vertax siguió con la vista al grupo y le pareció extraño todo aquello. Decidió que cuando pasaran de largo les seguiría durante un tiempo. Lo dudó durante unos instantes pues tenía una misión importante que cumplir. Pero todo aquello le resultó raro, los rankog cargaban con una inusitada cantidad de bártulos que no les harían falta en una misión normal de exploración. Su instinto de explorador le acuciaba para averiguar más sobre aquello.

Antes de entrar en un vallecillo estrecho, el capitán de la patrulla se subió a una piedra desde la que se apreciaba todo el contorno. Una vez encima de la piedra levantó los brazos en alto y dio una palmada por encima de la cabeza. Al poco tiempo, en la vertiente de enfrente, apareció un rankog haciendo el mismo gesto. Vertax entendió enseguida que el gesto era un santo y seña para acceder al valle sin ser atacado. Después de recibir respuesta, la patrulla siguió su camino al fondo del valle. Fijándose bien, descubrió varios rankog distribuidos por distintos sitios vigilando los accesos al valle. Escondido donde estaba, vio como el grupo de rankog se dirigía a la ladera de enfrente y desaparecía dentro de una cueva. Había tenido suerte pues de haber intentado atravesar el valle, por su cuenta le habrían descubierto y a esas horas ya estaría muerto, o lo que es peor prisionero.

Estuvo escondido toda la tarde viendo pasar grupos de rankog por la covacha. Otros salían de la covacha pero sin los fardos con los que entraban. Parecía como si los rankog estuvieran abasteciendo o preparando el avituallamiento de un ejército. Para cuando anocheció, Vertax ya había compuesto una ruta segura fuera de la vista de los vigías para acercarse a la covacha.

Cuando ya no había nada de luz, arrebujándose en su capa, comenzó a bajar con mucho cuidado la pendiente. Se acercó con cuidado a la cueva y desde fuera pudo ver que una galería levemente iluminada se introducía en la montaña.

Se arrastró lo más despacio que pudo hasta la boca y se metió por el túnel, esperaba que ninguno de los guardianes le hubiera visto. Al cruzar un recodo, se paró y esperó para comprobar que nadie le seguía. Cuando no escuchó ningún ruido de persecución, se colocó el disfraz de urgo lo mejor que pudo y se adentró más en la galería. Esperaba que si se cruzaba con alguien en penumbra, le podría engañar con su disfraz igual que había hecho durante todo el camino. Continúo durante cuatro horas por la galería principal que era la única que estaba iluminada.

De algunas de las galerías que dejaba a derecha e izquierda, salía un olor fétido, la atmósfera estaba muy cargada y en algunos tramos le costaba respirar. En un par de ocasiones se retiró de la galería principal para dejar pasar a un grupo de rankog. Según se alargaba la galería, Vertax iba entendiendo que se encontraba con un verdadero peligro para su pueblo.

Después de un tiempo más de camino, el pasillo por el que iba desembocó en una gran caverna que no estaba iluminada, pero pudo ver desde la entrada, que a lo lejos en el otro lado, unas luces indicaban la continuación de la galería por la que venía. Sin pensarlo se metió en la caverna, para descubrir que estaba llena de rankog durmiendo por el suelo. El olor se hacía insoportable y la temperatura en la cámara era varios grados más alta que en las galerías. Con cuidado de no pisar a ninguno pasó entre ellos. Aquello más parecía un establo que un dormitorio de seres racionales. Tenía que salir de allí cuanto antes y llevar aquella información a sus superiores. Recordó con agrado lo que le dijo Ogui: los rankog no aguantaban bien los sitios cerrados, aquellos seres estarían sufriendo con el hacinamiento.

Cuando retomó la galería iluminada respiró hondo y aceleró el paso. Se volvió a cruzar con varios rankog, pero ninguno le hizo caso, aquellos seres se sentían completamente seguros y pensaban que era imposible que ningún enemigo les hubiera descubierto. Eso sólo quería decir que aquel lugar era conocido por los rankog desde hacía mucho tiempo.

Llegó a otra cámara mucho más pequeña que la anterior, en ésta no había nadie durmiendo, en el techo se veía una grieta que permitía ver el cielo, una corriente de aire purificó el cargado ambiente de las cuevas por unos segundos. Continúo durante un rato más, para descubrir que la salida a la cueva estaba vigilada por un destacamento de rankog y le sería imposible salir por allí. Después de pensarlo durante unos instantes, decidió darse media vuelta e intentar escapar por la grieta que había visto un poco más atrás en la pequeña sala.

El camino lo hizo rápidamente, pues no quería que se hiciera de día y ya debía de estar amaneciendo. Con todos los rankog despiertos le sería muy difícil pasar desapercibido. Cuando llegó a la cámara, vio que las primeras luces entraban por la grieta del techo. Después de examinar bien los posibles caminos hacia el techo, se decidió por uno y comenzó el ascenso. Había ascendido unos tres metros, cuando escuchó ruido de una multitud que se dirigía hacia la sima. Se quedó quieto donde estaba esperando que ninguno de los rankog mirase hacia arriba. Cuando se tranquilizó un poco el tráfico, ascendió unos diez metros más hasta una cornisa. Desde allí y ahora más seguro pudo observar como abajo la actividad era frenética, por lo que parecía, los rankog estaban agrandando la cueva, con el propósito de albergar en ella un gran ejército.

Guiado por la prudencia, decidió esperar todo el día en la cornisa hasta que llegara la noche, ya que la salida de la cueva estaría tan vigilada como la entrada. Cuando el día llegaba a su fin, se decidió a ascender hasta la abertura de la sima. Antes de salir, sacó la cabeza para intentar descubrir los puestos de guardia de aquella zona. Para su sorpresa, a unos veinte pasos de él, había un guardián que le daba la espalda, ajeno a lo que le tenía detrás. Salió con cuidado y se acercó a él por la espalda degollándole en un instante. Desde ese puesto pudo ver a dos

vigilantes más. Hacía el sur, donde estaba la salida de la cueva, debía haber más guardias repartidos por la zona.

Enseguida reconoció la zona en la que se encontraba, había salido por detrás de la primera línea de defensa del Ejército Común. Si los rankog lograban introducir por allí un ejército entero, el sistema defensivo caería como un castillo de naipes, y si conquistaban los pasos de montaña, la península estaría indefensa ante un ataque masivo. La única oportunidad era parar a los ejércitos rankog en los pasos de montaña, donde la orografía frenaba a los grandes ejércitos haciéndolos vulnerables.

Aquel pensamiento le erizó los pelos de la nuca, pues sólo podía significar una cosa, el ejército humano y el aya tendría que pasar a la ofensiva para conquistar toda la cordillera montañosa, haciendo retroceder a los rankog hasta la llanura del continente, y eso no iba a ser fácil. Sabiendo la importancia de la información que llevaba, no se entretuvo y se dirigió a toda prisa hacia el sur esquivando la salida de la cueva de los rankog, por caminos que ya conocía bien. El peso que llevaba le parecía casi insoportable y deseaba con todas sus fuerzas no ir solo, ojalá le hubiera acompañado Ilex, ella habría sabido destacar ante sus superiores la urgencia de prepararse ante lo que se les venía encima. Hasta ahora ignoraban que los rankog habían estado entretenidos en su guerra contra los reinos del norte y con los hombres de las montañas Brumosas, y también desconocían que el ataque ya había comenzado, de manera encubierta, y que todo un ejército rankog se preparaba para salir de la montaña al sur de la primera defensa de la península.

Capítulo 37

Corrían a toda prisa alejándose del camino. Esperaban que los rankog interpretaran la matanza como un ataque de los humanos que vivían en las montañas. Se dieron cuenta de que las posiciones más avanzadas no se introducían mucho en las montañas, por lo que a partir de allí no encontraron ningún rankog en su camino.

Después de ascender y descender para atravesar varios valles, caminaban subiendo por el cauce de un arroyo dirigiéndose a su cabecera. Su idea era internarse en los valles más altos y en las zonas más escarpadas donde podrían encontrar los campamentos humanos. Toda la zona estaba totalmente cubierta por árboles, lo que ayudaba a protegerles, además, el nombre de montañas Brumosas era muy acertado, pues desde que habían entrado en las montañas, una bruma se cernía sobre todo el paisaje. Esperaban que cuando alcanzaran las zonas altas, se disiparía un poco.

Ogui se paró en seco, había oído algo, Ilex fue la primera que comprendió que algo pasaba y mandó parar a todo el grupo. Agazapados esperaron impacientes a que Ogui les diera alguna directiva. El dae-lin se adelantó a los demás y confiado subió de un salto encima de una roca, todos se sorprendieron por su acto ya que ofrecía un estupendo blanco, y aún se sorprendieron más cuando le oyeron decir.

—¡Hombres libres de las montañas Brumosas somos aliados vuestros!, —y después de tomar aire volvió a decir—: queremos que nos llevéis ante vuestros jefes.

Un silencio opresor se extendió por aquella parte de las montañas. Varias figuras humanas se alzaron de su escondite y el grupo pudo ver lo que Ogui ya había descubierto, estaban rodeados por arqueros que los apuntaban con miradas desconfiadas. Ilex se levantó para dejarse ver y ordenó a los suyos que hicieran lo mismo. Todos se miraron por unos instantes extrañados ante esa improbable reunión de humanos. Uno de ellos, posiblemente su jefe, se adelantó al resto y dijo con un acento cerrado y gutural:

—¿Quiénes sois?

Ilex se adelantó para que la vieran bien los hombres que les rodeaban y dijo:

—Como ya os hemos dicho, somos aliados vuestros, nuestros enemigos son los mismos. Venimos de la península de Estilia y hasta hace poco no sabíamos de vuestra existencia — explicó Ilex esperando alguna reacción por parte de los hombres que les rodeaban.

Los arqueros al ver que se trataba de un pequeño grupo, bajaron los arcos, parecían haberse tranquilizado al ver a varios humanos en el grupo. Ilex se fijó por primera vez en sus vestiduras y comprendió que aquellos hombres se habían criado en una sociedad guerrera y que lo único que conocían era la milicia. Serían unos inestimables aliados si conseguían entenderse con ellos. Uno de ellos, envuelto en una capa gris verdosa más o menos igual que las del resto de los hombres, se adelantó y bajando despacio la pendiente se acercó a Ogui y a Ilex, pues eran los primeros que componían el grupo. Cuando estuvo a su altura, mirando por encima del hombro de ellos, se fijó en el resto del grupo, compuesto en su mayoría por hombres.

—Veo que ellos aceptan vuestro liderazgo —dijo el hombre que tenía un acento particular, refiriéndose a los cinco humanos que había en el grupo, compuesto, además de por Ilex y Ogui, por cuatro ayas.

—Como te han dicho —confirmó Kotabel uniéndose al grupo—, somos aliados y en nuestro Ejército Común tanto Ogui como Ilex están por encima de nosotros en el mando. Pero muchos mandos también son humanos, eso no quiere decir que los hombres nos hayamos sometido a nadie.

El hombre le miró con incompreensión y dijo:

—Vosotros sabréis lo que hacéis, —y después de una pequeña pausa dijo—: sabemos lo que habéis hecho con los rankog del convoy y no desconfiamos de vuestras palabras, os llevaremos

ante nuestros jefes. —Hizo un ademán y varios hombres se adelantaron para acercarse a su jefe—. Sin embargo, como nos obliga la ley, me veo obligado a vendaros los ojos. —Todo el grupo se revolvió incómodo, pero Ogui se adelantó para ser el primero en ser vendado, eso hizo que el resto permitiera que les vendaran los ojos como si fuera una orden directa suya. Ilex sabía que Ogui podía memorizar la distancia en pasos y conocer la dirección que tomaba incluso con los ojos vendados, él sabría cómo llegar a donde le llevarán otra vez, partiendo del sitio en que estaban ahora.

Después de venderles los ojos, les ataron unos a otros como precaución ante posibles caídas, ya que iban a andar por caminos abruptos y peligrosos, pero el capitán de los hombres de las montañas les había garantizado la vida y como prueba de buena voluntad, no les había confiscado las armas.

El camino se hizo penoso para todos, menos para Ogui que parecía estar en un trance, del cual sólo salía a veces para alargar las manos y tocar el suelo por el que iban. Después de notar el frescor propio de la noche, los hombres les hicieron parar y descubriéndoles los ojos pudieron ver que se encontraban en un gran abrigo rocoso. Les explicaron que pasarían allí la noche para volver a partir antes del alba. El capitán les dijo que ya les quedaba poco, pero que prefería no arriesgarse a hacer el camino que quedaba sin luz, todos dedujeron que la parte que quedaba iba a ser la más peligrosa.

Les despertaron antes del alba y después de un frugal desayuno volvieron al camino, otra vez con los ojos vendados. Durante aquel último tramo, el grupo notó que el avance era muy lento en algunos trechos se dieron cuenta que andaban por una cornisa estrecha. Cuando el peligro hubo pasado, el capitán se dirigió a ellos.

—Ahora, mis hombres os quitarán las vendas, pues el camino restante no es secreto, ya estamos a las puertas de nuestro pueblo.

Les quitaron las vendas y vieron que se encontraban a la entrada de un cañón natural. El cañón se iba estrechando, hasta que casi se juntaban las dos paredes, dejando apenas la anchura necesaria para que pasara un carro. Según andaban se dieron cuenta de que cientos de ojos les miraban desde una multitud de aberturas en las paredes del cañón. Para asombro de Ogui, la mayoría de los ojos pertenecían a la raza que los humanos conocían como «pequeños salvajes», en ese momento hubiera querido haber seguido con los ojos cubiertos. El silencio era aterrador en aquel pasillo natural, hasta que empezaron a oírse los primeros murmullos provenientes de los agujeros en la pared. Ogui pudo distinguir algunos insultos dirigidos a él. Los hombres que los llevaban se sorprendieron de la actitud de sus aliados y les miraban reprobatoriamente sin saber a qué venía aquel recibimiento tan descortés.

—Disculpad a nuestros amigos —dijo de pronto el capitán confundido por aquella actitud.

—No se preocupe —dijo Ogui comprendiendo que el capitán no sabía de qué se trataba—. Esos insultos sólo van dirigidos contra mí —el guía le miró interrogativamente—. Nosotros fuimos enemigos acérrimos en el pasado, y esa enemistad aún pervive en sus corazones. Si fuera al revés seguramente mi gente también insultaría a uno de esos salvajes si pretendiera entrar en nuestro poblado.

Después de esto, nadie más volvió a decir nada. Cuando se acercaban al ensanchamiento del cañón, pudieron ver que un gran campo de estacas clavadas en el suelo imposibilitaba un ataque rápido por aquella parte de la entrada. Detrás de las estacas, el grupo vio a varios guerreros ataviados con armaduras de piezas metálicas y de cuero. Escudos sujetos a sus muñequeras, lanzas de largas puntas y espadas afalcadas eran el armamento pesado de esas fuerzas humanas, que apretados unos contra los otros formarían un impresionante tapón imposible de deshacer en aquellas estrecheces. Al lado de estos guerreros, también podía ver por aquí y por allá a los pequeños bárbaros que miraban con odio a Ogui, más por tradición que por que tuvieran realmente algo contra él. Estos apenas se cubrían con un pantalón y botas

dejando al aire sus pequeños pero desproporcionados torsos musculosos. La mayoría de ellos se armaban con lo que parecía ser su arma favorita, una gran hacha de piedra, con la que podían dar terribles golpes a sus enemigos. Los rankog habían aprendido a temer a las fuerzas de los montañeses cuando luchaban juntos, pues en las batallas pasadas, siempre habían perdido, dejando en el campo una multitud de cadáveres.

Tanto los hombres como los pequeños salvajes, les hicieron un pasillo por el que el grupo pasó sin decir nada más. El capitán apenas intercambió unas palabras con el oficial que estaba a cargo de la guardia.

Cuando pasaron el cañón, pudieron ver el interior de un gran cráter que había sido aterrizado, formando unos bancales donde habían cultivado todo tipo de árboles y plantas. Desde la parte más alta a la más baja, estaba todo cultivado. En el fondo del cráter había ganado pastando libremente. Era una visión increíble, habían transformado aquello en un verdadero vergel. En las paredes que delimitaban el cráter, los hombres habían construido su ciudad y se podían ver edificios excavados en las paredes. La impresión que tuvieron fue la de entrar a un gran circo, con un escenario fantástico que les rodeaba trescientos sesenta grados. Nadie en la expedición esperaba algo parecido, más bien creían que se encontrarían con un campamento de famélicos humanos al borde de la muerte.

Un gran edificio resaltaba por encima de los demás, estaba medio construido y medio excavado en la roca. Era la única parte del cráter que estaba construido por encima de su borde, existía una cornisa lo suficientemente ancha como para construir media docena de edificios. Una gran escalinata ascendía hacia unas puertas enormes rebajadas en la pared de roca. La mayoría del edificio se levantaba por encima del cráter, donde salían como torres varios edificios más. Bordeando el cráter se dirigieron hacia el edificio. Todos les miraba con curiosidad, pero nadie les dijo nada en todo el trayecto. Como portaban sus armas, para todo el mundo estaba claro que no se trataba de prisioneros, y una pequeña esperanza comenzó a iluminar sus corazones por largo tiempo en las penumbras de la desesperanza. Quizás esos extraños trajeran una solución para su desesperada situación.

Cuando se dirigían al edificio pudieron ver por la calle principal varias fuentes de agua caliente. A aquella altitud no hubiera sido posible la existencia de aquella ciudad sin la presencia del calor que desprendían las fuentes termales, el cráter tenía varios grados de temperatura por encima del exterior, era aquel calor el que propiciaba que las plantas crecieran como en el mejor jardín de Dalantalasa.

Entraron en el edificio del senado, donde ya se habían reunido los máximos representantes de los habitantes de las montañas, tanto humanos como «pequeños salvajes». En la entrada del edificio les habían pedido que dejaran las armas. Ogui e Ilex se adelantaron al grupo dejando claro que ellos eran los interlocutores. Los senadores parecían estar sobre aviso de aquella circunstancia y ninguno pareció sorprendido como les había pasado a los humanos que les apresaron.

El edificio era de líneas muy limpias, el color gris oscuro de la roca era el predominante en el interior, se había construido la primera y la tercera fila del hemiciclo con piedra clara, dando así un contraste que hacía dirigir la mirada hacia los escaños donde se sentaban los senadores. Era un edificio austero, como sin duda se habían visto obligados a ser los habitantes del cráter. Una galería con arcadas, construida justo donde el edificio sobresalía al exterior, también proporcionaba bastante luz y permitía escuchar todo lo que ocurría en el hemiciclo. La galería y la explanada estaban llenas de gente, no cabía ni un alma más, todo el mundo sentía curiosidad. —Mi nombre es Antelo y antes de realizar ninguna pregunta, os quiero dar la bienvenida en nombre de todos los pobladores del cráter. Nos han contado lo que habéis pasado para llegar aquí —todo el grupo se lo agradeció con un movimiento de cabeza—. Ahora decidme, ¿de dónde venís y qué queréis? —les dijo el senador desde su estrado. Su tono era inquisitivo pero

a ninguno les pareció amenazador. El hombre vestía exactamente igual que las gentes que había visto por el cráter, tanto hombres como mujeres vestían un pantalón ancho de piel vuelta y una camisa del mismo material. Preciosos dibujos figurativos adornaban sus ropas, y más de uno se colgaba cintas de colores del pelo. A su lado un pequeño salvaje estaba de pie mirándoles de forma desafiante.

—Venimos de la península de Estilia —dijo Ogui pasando por alto la mirada iracunda del pequeño salvaje, desde arriba le llegó un murmullo de la gente que estaba escuchando la recepción—. Hace poco tiempo nos enteramos de la existencia de un pueblo de humanos que había resistido los ataques de los rankog en las montañas Brumosas. Por eso montamos esta expedición, queríamos verificar si la historia era cierta.

—Ya veis que sí —les dijo el senador que debía ser el más alto representante de la cámara—. Lo que nos sorprende es que aún no hayan conquistado toda la península de Estilia. No teníamos ninguna noticia y hasta que descubrimos a varios fugitivos de los reinos del norte, pensábamos que éramos los últimos humanos del mundo. Nuestros exploradores no han llegado jamás tan lejos como para poder tener noticias de vuestra existencia.

—No sólo no han conquistado toda la península, sino que no han logrado rebasar los puertos del norte. —dijo Ilex y el rumor de la parte alta del hemiciclo volvió a repetirse—. Toda la península es libre y la coalición entre humanos y ayas los ha mantenido a raya hasta ahora.

Todos los senadores dirigieron su mirada sobre los humanos del grupo para que confirmasen las palabras de la aya. Kotabel dio un paso adelante y habló por primera vez. Les contó todo lo referente al Ejército Común de Defensa, y como había sido la casualidad la que había provocado que los dos mandos que comandaban la misión no fueran humanos. Inmediatamente Kotabel volvió a ponerse por detrás de Ilex y de Ogui dando a entender que era con ellos con quienes tenían que hablar.

—¿Y los dae–lin también son vuestros aliados? —el pequeño salvaje se movió inquieto, ahora el ruido que escucharon fue una especie de zumbido de rechazo.

—Los dae–lin —dijo Ogui con gran solemnidad— ya no se pueden considerar aliados de nadie. Mi pueblo se ha visto reducido hasta casi la total extinción, pero los pocos que quedamos luchamos contra los rankog, igual que hacéis vosotros. El único enemigo que tenemos ahora todos nosotros son los rankog y sus mercenarios. Nuestro pueblo entiende que sólo hay una manera de convivir con los rankog, ser sus esclavos. Los dae–lin, como creo que también piensan nuestros primos, valoramos por encima de todo la libertad.

Para sorpresa de todos, el pequeño salvaje no pareció alegrarse de las noticias que le dio Ogui de su pueblo. Pareció verse en sus ojos una expresión de tristeza, se sentó en su escaño y no volvió a hablar durante toda la conferencia, por primera vez desde que empezó la audiencia, el silencio inundó la sala. Entendió al instante que los pequeños salvajes también temían que la extinción de su raza estaba cerca, y no les costó nada identificarse con la situación de sus antiguos enemigos los dae–lin. Ahora, sentado en su escaño mirando hacia el suelo, no parecía tan salvaje. Después de un corto espacio de tiempo que a todos les pareció más largo de lo que fue en realidad, otro senador dijo:

—Quizá, seáis la respuesta a nuestras plegarias. Desde hace varias generaciones nuestro nivel de vida se ha deteriorado. Cada vez somos más gente y la producción del cono resulta insuficiente. Los ataques de los rankog se han multiplicado desde que los reinos humanos del norte han caído. No teníamos ninguna solución para nuestro excedente de personas. Ya hemos empezado a establecer medidas para controlar la natalidad, pues nos es imposible establecer una colonia en ningún otro lugar. —Dicho esto pasó a la pregunta directa—. ¿Sería posible que la península admitiese un grupo de personas?, entre ellas también irían varios contingentes militares que os podrían ayudar en la defensa de la península.

Todos los senadores esperaban interesados lo que tuvieran que decirles. Ogui e Ilex se miraron sin saber bien que decir. Los dos sabían que su misión era exclusivamente de exploración, no tenían poderes como embajadores.

—No tenemos poder para discutir sobre esas cuestiones —dijo Ogui— pero hemos traído con nosotros un ave parasum, dos de las tres que traíamos murieron en el barco. Con ella nos podemos comunicar con nuestros mandos en la península. Ellos decidirán.

Un aya se adelantó con un fardo que llevaba tapado con una tela, levantó la tela para que todos pudieran ver el ave que transportaba en la jaula. Los senadores parecieron sentirse un poco decepcionados de no poder negociar directamente con ellos, aunque el pájaro creó gran expectación, pues la mayoría de la gente pensaban que se trataba de animales mitológicos.

—¿De cuanta gente estamos hablando? —preguntó Ilex—, me parece que el problema, más que en la península, estará en cómo sacarlos del cerco a que les tienen sometidos los rankog. A nosotros nos ha costado mucho llegar hasta aquí, y creo que un ataque por tierra para abrirnos paso por el territorio rankog está descartado.

Los senadores se miraron unos a otros, los componentes del grupo comprendieron que ocultaban algo.

—Créanos si le decimos que eso no es ningún problema —dijo el senador que los había interpelado con anterioridad—. Ustedes sólo tendrían que proporcionarnos los barcos necesarios para trasladar a la gente a la península desde la costa. En cuanto a la cantidad de personas a transportar, tendrían que ser las máximas posibles, siempre dejando atrás el número necesario para defender el cono. —Ante la mirada extrañada del grupo continuó—. Estas montañas son nuestro hogar, y no lo vamos a dar por perdido, estoy seguro que todos y cada uno de los exiliados, no tendrá otra idea en su vida que la de volver a las montañas Brumosas. —Todo el senado asintió al unísono ante las palabras de su representante.

—Si es así —dijo Ogui— no creo que haya ningún problema, sobre todo si nos pueden proporcionar ayuda para defender los pasos del norte.

—Como habrán podido comprender por nuestra situación, todos los habitantes del cono son guerreros —dijo un senador levantándose de su escaño para que se le escuchara mejor y se acercó a ellos—. Mi nombre es Rostar, y hasta que el pueblo me retire su apoyo, estoy encargado de la dirección de la milicia. Como les decía, todos los ciudadanos son soldados, de hecho no entendemos un concepto sin el otro, nos ganamos el derecho a la ciudadanía defendiendo nuestra ciudad. Por eso todo el contingente que se desplace, menos los niños y los ancianos, estará constituido por guerreros.

—Desde luego serán ustedes de una gran ayuda —dijo Ilex— no sólo nos aportarán más fuerzas para defender los pasos del norte, con la comunicación de las aves parasum, podremos decir que contaremos con una base dentro del territorio enemigo.

—También había pensado en eso —dijo Rostar meditabundo— pero no creo que aún estemos preparados para pasar a la ofensiva. Ahora que han acabado con los reinos del norte, se volcarán sobre nosotros, y me temo que contra un ataque masivo y continuado será cuestión de tiempo que caigamos —el murmullo que vino desde arriba mostraba el miedo de las gentes de las montañas.

—Vayamos por partes —dijo Antelo—. Primero veremos qué tienen que decir nuestros amigos de la península. Seréis nuestros invitados. Tenéis libre acceso a toda nuestra ciudad, sólo os impondremos una condición, no podréis abandonar el cono.

Se despidieron y una comitiva presidida por una senadora les acompañó hasta las habitaciones que les habían reservado. Cuando salieron del edificio del senado, se dieron cuenta que las noticias ya habían llegado a todas las personas. Les miraban con esperanza y agradecimiento, Ilex esperaba de todo corazón que todo saliera bien.

Capítulo 38

Les dejaron una casa para que se establecieran mientras permanecían en el cono. Lo agradecieron sinceramente, ya que conocían los problemas de espacio por los que pasaban los hombres de las montañas. La casa estaba cerca del edificio del senado y tenía dos plantas excavadas en la pared del cono. La mayoría de las casas se concentraban en la terraza más alta del cráter. Ilex y Ogui compartían una habitación en el segundo piso; un balcón se abría al cono ofreciendo una vista privilegiada. Les permitieron cenar solos y dejaron los banquetes para el día siguiente cuando todos estuvieran más descansados.

Ilex y Ogui se retiraron pronto a su habitación, querían preparar el correo que mandarían con el ave parasum al amanecer. En el mensaje no sólo contaban todo lo ocurrido en el cono, también relataban las noticias de la caída de los reinos del norte y su preocupación por lo que pudiera afectar a la península, pensaron en la posibilidad de que Vertax no tuviera éxito en su misión. Cuando estuvieron de acuerdo con la redacción del documento, lo dejaron preparado dentro del pequeño cilindro que llevaría el pájaro atado a la pata.

—¿Qué crees que contestarán? —dijo Ilex mientras se llevaba una copa de licor a los labios, estaba apoyada en la balaustrada del balcón.

—Sinceramente, creo que los mandos del Ejército no van a consultar con las autoridades humanas ni con las ayas. Van a acoger a estos hombres bajo su tutela —dijo Ogui convencido de lo que decía. Las nubes de vapor caliente subían hacía el cielo tapándolo en parte.

—Eso sería lo mejor —le comentó Ilex, mientras miraba hacia el cono, sorprendida por la cantidad de plantas que había en cada terrazas—, el reino de los hombres no pasa por su mejor momento.

—¡Nunca son buenos tiempos para los humanos! —Ilex le miró interesada esperando que le diera una explicación—. Sinceramente creo que los humanos se parecen más a los rankog que a nosotros como raza. —Ilex fue a protestar, pues tenía muchos amigos humanos y nunca los hubiera comparado con los rankog—. Deja que me explique. Creo que existen razas inteligentes que han pasado la «infancia» y otras que no. La inestabilidad de la sociedad humana sólo es comparable con la rankog o con los quinimus blindados. La recurrencia a la violencia es continúa en su historia. Como raza tienen un comportamiento muy similar al de un niño. No sé si será cuestión de tiempo que pasen esa «infancia» o simplemente es que son así. Pero coincidirás conmigo que convivir con ellos es más arriesgado que con otras razas «adultas».

—En cierto modo, tienes razón —dijo Ilex, en aquel momento comenzó a nevar y se trasladaron al interior de la habitación. Los dos se callaron por un momento para contemplar la nevada. Los copos que caían directamente al cono, se convertían en lluvia antes de llegar al suelo. Por la mañana las montañas estarían cubiertas de nieve y el interior del cono parecería una mancha verde y negra en un mar blanco—. Aún así, tengo la suerte de conocer muchos humanos que valen la pena y que pueden ser muy bien la redención de su raza, dudo mucho que entre los rankog los individuos sean más civilizados de lo que es su sociedad. —Ogui asintió pensativo, estaba de acuerdo con Ilex, el problema parecía estar en la sociedad.

—Será mejor que me acueste, estoy cansado y mañana pienso explorar todo lo que me permitan nuestros amigos —dijo Ogui con una sonrisa y se metió en la cama.

Ilex estuvo un tiempo más mirando el cono. Pensó que a Helan y a su hermano les hubiera encantado presenciar la maravilla que era la ciudad dentro del cráter volcánico. Comenzaba a estar asustada, se estaba preparando una tormenta terrible en el horizonte de la península. Los tiempos venideros serían inciertos, y todos tendrían que estar a la altura de ellos para lograr sobrevivir, mucha gente iba a morir.

Cuando en el horizonte el ámbar ganaba terreno a la oscuridad de la noche, les despertaron para mandar el ave mensajera. Ilex, Ogui y el aya encargado del pájaro siguieron a Rostar por la

ciudad. Subieron por la escalera que ascendía hasta la explanada que existía en el borde del cráter. Después alcanzaron la torre que ascendía desde el edificio del senado, y subieron por una escalera de caracol, llegando hasta la máxima altura de aquella ciudad. La plataforma sobre la que estaban, se cubría por una cúpula de piedra negra. Desde allí se podía ver casi todas las montañas Brumosas, el cráter era una de sus máximas alturas. A Ilex no le extrañó que los hombres de las montañas no quisieran abandonar el cráter, el paisaje era de los que se quedan grabados de forma indeleble en la retina. Todos los habitantes de aquel cono volcánico no podrían encontrar un hogar similar fuera de allí, siempre se sentirían desplazados de su casa.

Soltaron el pájaro en dirección hacia la península. Previamente, el aya encargado del animal se lo acercó por unos instantes a su cabeza y lo mantuvo allí paralizado contra su cráneo. El ave voló hacia el suroeste con decisión, sabía dónde ir. Aún permanecieron allí por un momento viendo cómo se alejaba por encima del manto blanco que cubría todas las montañas.

Cuando bajaban las escaleras empezaron a escuchar entrecuchar de espadas, y se alarmaron, pero Rostar les tranquilizó diciéndoles que se trataba de las prácticas de lucha que se realizaban todas las mañanas. Cuando salieron de la torre, vieron en el centro del cráter, a varios grupos de personas que entrenaban en las técnicas de lucha. A pesar de la distancia, los ruidos se escuchaban como si estuvieran a pocos metros de ellos, el senador les explicó que era un efecto causado por la topografía del lugar.

Después de desayunar, Rostar les sirvió de guía enseñándoles las defensas que habían construido a lo largo de generaciones. La actitud de los pequeños salvajes cambió con respecto a Ogui, ahora simplemente le ignoraban. El guía se interesaba mucho por saber cómo los humanos y los ayas habían logrado sobrevivir en la península, también le interesaba saber la composición del ejército, sus tácticas..., quería hacerse una idea clara de lo que su pueblo se iba a encontrar, si por fin viajaban allí.

Había gente por todos los lados yendo y viniendo. Pudieron ver que muchos abandonaban el cono para realizar trabajos fuera. Los rankog jamás habían logrado llegar tan arriba, y para ellos era un misterio saber cómo una comunidad tan grande podía vivir en aquellas alturas. Pero había mucha gente que se había trasladado a las cavernas que existían en el exterior del cráter, aliviando un poco la situación de apiñamiento, ahora todos sabían que era una medida desesperada y que no iban a poder extenderse más por las montañas. Ogui y los demás se dieron cuenta de la sencillez de la vida en el cono, apenas podían aspirar a conservar la ciudad por alguna generación más mientras luchaban diariamente por la subsistencia.

Hasta que volvieron los pájaros parasum con la respuesta de la península, los senadores no quisieron hablar más de los planes de evacuación que habían preparado. Ilex y Ogui aprovecharon para recopilar toda la información que pudieron sobre las costumbres de los rankog y la distribución de sus fuerzas. En la semana que tardaron en responderles desde la península, pudieron comprobar lo bien organizados que estaban los hombres y los pequeños salvajes que vivían en aquel lugar. La necesidad les había obligado a convertirse en un campamento militar más que en una población normal.

Ogui había conseguido al final ser admitido por los pequeños, que le enseñaron sus cuevas. Éstos habían horadado a placer las paredes del cráter llegando en algunas ocasiones a atravesar toda la pared y sacar pequeños respiraderos al exterior del cono. Sus viviendas eran mucho más simples que las de los humanos, limitándose a pequeños cuartos que salían de sus enormes pasillos excavados, la mayoría con muy poca ventilación.

Una tarde les llamaron al senado, por lo visto habían llegado varios pájaros desde la península. Durante todo aquel tiempo las nevadas habían sido frecuentes y los humanos se relajaban un poco, pues era imposible llegar hasta aquellas alturas desde los valles ocupados por los rankog.

Antes de entrar en el senado vieron que la explanada superior estaba totalmente llena de personas. Entraron en el senado y enseguida se dieron cuenta que se habían cumplido todas las expectativas de los senadores.

—Vuestros jefes nos han contestado —dijo el senador representante de la cámara, exultante de alegría—. Tenemos su permiso para trasladar a la península a tanta gente como podamos llevar. Sólo les tenemos que decir cuándo y dónde deben mandar los barcos para recogerlos.

—Estábamos seguros de que esa iba a ser su respuesta —dijo Ogui—. Espero que nos contéis cómo se puede sacar de estas montañas un contingente numeroso de personas rompiendo el cerco a que estáis sometidos y ahora además con todos los puertos nevados. Para nosotros que somos menos, y expertos guerreros, llegar hasta aquí, fue una odisea.

—Si hubiéramos sabido que veníais, vuestro viaje hubiera sido mucho más cómodo —dijo otro senador. Desde arriba ya se oían los murmullos, la gente ya se había enterado de la noticia y estaban celebrando la confirmación de que iban a poder aliviar su situación.

Ilex y Ogui se miraron sin saber cómo interpretar las palabras de aquellos senadores que a los dos se les antojaban bastante ilusas.

—No hemos estado todo este tiempo cultivando el cono y mirando las estrellas. Nuestros exploradores no han dejado de buscar rutas de huida, y podemos llegar a la costa sin problemas por medio de los túneles y algunos valles inaccesibles que existen hasta los acantilados del noroeste. Nuestro problema era que desde allí no podíamos ir a ningún sitio sin barcos.

Ogui comprendió enseguida de qué se trataba. Cuando estuvieron eligiendo la ruta para ir hasta las montañas, la costa más cercana se encontraba al oeste de las montañas, pero los altos acantilados hacían imposible su escalada sin ser vistos, por lo que se eligieron las playas del sur de las montañas aunque el camino fuera casi el doble que desde los acantilados.

—Conocemos una ruta segura y no muy difícil por la que podemos llegar hasta los acantilados, desde ellos podemos acceder al mar donde nos podrían esperar vuestros barcos.

—En realidad —dijo Kotabel que hasta entonces había guardado silencio—, los barcos pertenecen a los ayas, la flota humana se reduce a una decena de barcos de guerra y una pobre flota pesquera, la verdadera flota de la península pertenece a los ayas.

Los senadores se miraron unos a otros, Kotabel les quería dejar claro que si llegaban a la península, se tendrían que adaptar a la situación allí existente y tendrían que aprender a convivir y obedecer a los ayas cuando correspondiera.

—Desde luego —dijo Antelo—. Una vez que lleguemos a la península obedeceremos a los mandos que se nos den. Sólo esperamos ser tratados como aliados que están lejos de su hogar, pues no aceptaremos ser súbditos de ningún rey, humano o no.

—Así será —dijo Ogui dudando de sus palabras, pues sospechaba que el rey humano no consentiría que un grupo de humanos anduviese por la península sin someterse a su autoridad, pero aquello sería un tema que deberían tratar en el futuro.

Por la noche hubo una gran fiesta donde, por primera vez en innumerables años, no se racionó la comida. Dentro de poco tiempo serían muchos menos en el cono y los que se quedaran volverían a tener cierta comodidad. Todos estaban contentos pero temerosos de ser ellos a quien les tocara viajar a la península, eran muy pocos los que se habían presentado voluntarios. Los más contentos de todos resultaron ser los pequeño salvajes, habían decido que no irían a la península, pero que mandarían un pequeño contingente, más que nada para tener voz y voto en lo que se pudiera decidir sobre las montañas Brumosas.

Al día siguiente mandarían el ave para fijar la fecha de encuentro con los barcos en la bahía. El tiempo que tardaran en contestarles, sería el tiempo que tendrían para preparar la marcha. Esperaban lograr hacerlo sin que los rankog se enteraran. Ilex y Ogui se empeñaron en conocer

la ruta antes del día de la partida y los humanos se comprometieron a llevarles con guías para que vieran con sus propios ojos la seguridad de la ruta de escape.

Capítulo 39

Los barcos aparecieron en el horizonte entre las sombras de la creciente oscuridad. Como habían prometido, ante ellos se desplegaba una flota preparada para llevarles a la península, donde esperaban disfrutar de la libertad secuestrada por tanto tiempo. Sólo se quedaron las personas imprescindibles para sostener el sistema del cono y para defender la ciudad. La mayoría de los pequeños salvajes se alegró de perder de vista a la multitud de humanos con los que se veían obligados a convivir.

La disciplinada gente de las montañas había hecho el camino de forma estoica y nadie se había quejado de las penurias de la ruta ni del fuerte ritmo que habían impuesto los guías, ni siquiera los niños había dicho nada. Cuando por fin apareció la luz al final del túnel, todos se pararon y se sentaron de espaldas a la pared, esperando órdenes.

Ilex y Ogui se adelantaron para comprobar dónde habían llegado. Desde el borde del túnel vieron que se encontraban a unos doce metros de la superficie del mar. Debajo de ellos unas grandes piedras les servirían de improvisado embarcadero. Vieron que los soldados estaban atareados montando una estructura que habían transportado durante todo el camino. Al cabo de poco tiempo, habían instalado una escalera que bajaba hasta las piedras, y por la que todos podrían bajar con cierta comodidad.

—No hemos dejado nada al azar —dijo una voz que les llegó desde dentro del túnel, se dieron la vuelta y vieron a Rostar acercarse a ellos.

—Sí, parece como si hubieran esperado haber tenido que abandonar la ciudad —dijo Ogui.

El senador les miró pensativamente, y admitió:

—Todos hemos sabido siempre en nuestro interior que era una cuestión de tiempo. Ni en nuestros mejores sueños hemos pensado que nos podríamos liberar del acoso de los rankog. Hemos discutido mucho en el senado y a casi todos nos parecía evidente que quedarnos en el continente fue un error. Un error que sin vuestra aparición hubiera acabado tarde o temprano con nuestra aniquilación.

El silencio que siguió, se vio interrumpido por un explorador que llegó escalando la pared del acantilado, se incorporó a su lado y cuando recobró la respiración dijo:

—Le estaba buscando senador Rostar.

—Dime Ligan —contestó el senador demostrando conocer muy bien al explorador montañés que le buscaba.

—Anoche encontramos a un hombre durmiendo entre los riscos de la playa, por su lamentable estado, se diría que lleva bastante tiempo malviviendo de lo que puede.

—¿Un hombre? —dijo sorprendido el senador.

—Debe pertenecer a las tribus de los hombres del norte, y aunque nuestras lenguas son distintas, se parecen lo suficiente como para haber entendido que se había escapado de su cautividad con los rankog.

—¿Hay rastro de ellos? —preguntó Ogui.

—No —respondió Ligan—. Sus asentamientos más cercanos se encuentran en el interior, y por aquí no esperan ningún asalto. En cuanto al fugitivo parece que nadie lo busca.

Los tres dirigieron la vista hacia el fondo del acantilado y vieron que dos exploradores vigilaban a un humano bastante escuálido que no parecía resistirse lo más mínimo.

—Será mejor que lo llevemos con nosotros —dijo Ogui y el senador asintió con la cabeza—. A nuestros superiores les parecerá muy interesante todo lo que sepa sobre el estado de los reinos del norte.

Sin más tardanza comenzaron el traslado, por medio de barcas, de toda la gente a los barcos ayas. Cuando despuntaba el amanecer todo el mundo estaba a bordo y tan sólo quedaba la barca del senador.

—¿Tú no vienes con nosotros? —dijo el senador a Ilex, cuando vio que no subía a la barca.

—No, mi misión no ha terminado aún, tengo que ir a un pueblo de la costa a verificar una información.

—Buscas acaso a unos seres como tú —dijo Ligan.

—Sí —respondió Ilex interesada— ¿has visto a otros como yo con anterioridad?

—Sí, son cautivos de los rankog —dijo Ligan.

—Ligan es uno de nuestros mejores exploradores y conoce muy bien todo el territorio, incluso ha estado en algunos de los pueblos rankog —dijo el senador sin ocultar su orgullo poniendo la mano sobre el hombro de Ligan.

—¿Sabes dónde se encuentran ahora? —dijo Ilex.

El explorador miró por un instante al senador, como demandando un permiso que no se atrevía a pedir. Rostar entendiendo lo que Ligan le estaba pidiendo asintió. Aquella decisión con toda probabilidad le mandaría a la muerte.

—Ligan te acompañará en esta misión —dijo el senador mientras Ligan desembarcaba para unirse a Ilex.

—Te lo agradezco mucho —dijo Ilex, pero sólo recibió el asentimiento de cabeza del humano.

Ogui miró a Ilex y ella supo que le estaba deseando lo mejor para su viaje, entre ellos no hacía falta más que aquello, su complicidad había llegado a ser total en aquel viaje. Cuando dieron unos pasos, Ligan se dio la vuelta por un momento y dijo dirigiéndose al senador que ya se alejaba en la barca:

—Dile a mi mujer y mi hija si no vuelvo, que mi último pensamiento fue para ellas.

—Así se lo diré a mi hija y a mi nieta. —Con estas escasas palabras se despidieron demostrando una austeridad propia de aquellas gentes educadas desde la infancia como guerreros dispuestos a morir en cualquier momento por su comunidad. Ligan e Ilex se internaron en territorio rankog.

Capítulo 40

Helan escogía muy pocas veces aquel camino, sólo lo hacía cuando por un motivo importante tenía prisa. En varias zonas, las galerías de los sangrai atravesaban las cavernas naturales, y estos las utilizaban todo lo que podían cuando iban en la dirección que les interesaba. En las cuevas naturales existían formaciones geológicas con estructuras curiosas. Una galería natural destacaba por encima de todas las que había encontrado en sus exploraciones, la llamó la caverna de los Centinelas, y guardaba su existencia como si fuera su último tesoro.

Los sangrai la habían descubierto, pero Helan llegó a la conclusión de que no habían pasado de la entrada, algo les había intimidado lo suficiente como para no seguir por allí sus excavaciones. Al lado de la abertura que habían realizado los sangrai, se alzaban dos grandes estalagmitas de un color blanco puro. Las estalagmitas alcanzaban los tres metros de altura cada una, y a las dos las separaba apenas unos centímetros de la estalactita que las había creado. Su forma recordaba a dos guerreros que se interponían en el camino de cualquiera que se acercara a ellos. Helan recogió de la base de las estalagmitas varios recipientes de cerámica pertenecientes a los sangrai. Debieron de dejarlos allí como forma de pedir perdón por su irrupción. Pasando entre los dos centinelas, Helan sacó las tres jaulas de nomdu que llevaba para poder apreciar mejor lo que había ante él. Lo que tenía delante le dejó anonadado, pues todas las formaciones que había ido encontrando durante sus trabajos de exploración se encontraban allí juntas y de unos tamaños que jamás hubiera imaginado. Estalagmitas y estalactitas aparecían por todos los lados, coladas de colores que iban del blanco al rojo y al negro tapizaban casi toda la superficie de las paredes. Del techo colgaban unas formaciones planas que parecían ondear al viento. A todo esto había que sumar algunas que él no había visto antes, una especie de erizos de un blanco inmaculado colgaban de algunas estalactitas, sus púas brillantes como el cristal se ramificaban caprichosamente en todas las direcciones. Se añadía el suave tamborilear de cientos de gotas de agua que componían una melodía interpretada por la tierra imposible de descifrar para el oído humano.

Cuando andaba entre las formaciones, las estalagmitas parecían observarle, la mayoría con el ceño fruncido, por lo que no se atrevió ni a tocarlas. Todo brillaba, desde las precipitaciones negras de manganeso a las aragonitas que desafiaban la ley de la gravedad precipitándose en las formas más caprichosas posibles. Después de andar durante unos seiscientos metros, las formas fueron desapareciendo, y un pequeño riachuelo que recogía el agua de la cavidad se derramaba por un pequeño túnel por el que Helan se metió.

No pasaron sesenta metros cuando el agua salió al exterior por una fuente que desembocaba en el río, muy cerca del complejo que ocupaba una de las ferrerías de Ter–Carlak, en el norte de la ciudad. Entre los ferrones tenía muchos amigos, pues aunque era uno de los trabajos más duros de su gremio, a todos los aprendices se les obligaba a pasar una temporada trabajando en las ferrerías, y él había hecho muy buenos amigos en el tiempo que pasó procesando el mineral. Sabía que en aquella en concreto, la ferrería del Ondas, que era como se llamaba el río que la alimentaba, se encontraba su amigo Fido que había decidido prepararse para maestro ferrón. Antes de salir al exterior ya se podía oír el mazo golpeando el hierro para forjarlo.

Esta vez no tenía tiempo para detenerse a hablar con él y esperaba pasar desapercibido. Loren le había encargado que recogiera a dos personas en las proximidades de la ferrería. Tenía que guiar a la ciudad subterránea a Endrino y al barón Lisander, que se había ocupado de acompañar al sabio aya desde Camora. Endrino había sido el aya encargado de seguir con la investigación de la lengua de la inscripción que apareció en el embarcadero. Ahora habían recogido más restos de escritura por toda la ciudad, y cuando le pidieron a Endrino que fuera, sin ser visto, hasta la ciudad subterránea, no se lo pensó dos veces. Loren había pedido al barón Lisander que se encargara de acompañar al aya, y que se quedase con ellos en la ciudad.

Cuando le notificó por medio de un ave parasum la cantidad de objetos que estaban encontrando, acabó por convencerle. Lisander siempre se había posicionado al lado de los gremios aunque no pertenecía a ninguno de ellos, y Loren entendió que aquello era una manera de pagar su lealtad.

Volvió por otro camino distinto al que había usado para llegar allí, por ahora quería que la gruta de los centinelas siguiera siendo sólo suya. Cuando llegaron a la ciudad, y aunque estaban visiblemente cansados, los dos insistieron en unirse de inmediato con el resto de investigadores. Helan sintió un poco de envidia cuando les introdujo en la ciudad subterránea, aún recordaba lo que sintió la primera vez que vio la urbe. Les dirigió directamente al museo, donde sus amigos les esperaban.

—¿Qué tal todo? —preguntó Loren mientras abrazaba a su amigo.

—Cada vez peor —dijo Lisander—, te agradezco mucho que me hayas invitado a venir, era cuestión de tiempo que vinieran a por mí.

—Aquí estarás lo más seguro que se puede estar en el reino de los humanos —dijo Loren.

—Fausto me dio esta carta para ti —dijo mientras sacaba un papel doblado con un sello de lacre que le pasó a Loren.

—Gracias —dijo Loren retirándose un poco del grupo y acercándose a un capullo de nomdu colocado en una pared del museo.

Después de leerla, Loren se quedó callado con la cabeza agachada durante un rato, todos entendieron que se trataba de malas noticias. Esperaron pacientemente a que su amigo les dijera algo.

—Fausto me dice —dijo con voz pesadosa— que esperan en poco tiempo nuevas represalias. Por lo que me da a entender, ahora no se andarán con contemplaciones. Quieren meter tanto miedo a los gremios como les sea posible. Cree que quieren acabar con toda la organización gremial y dejar los oficios en manos del gobierno de la Iglesia.

Helan se alarmó, sabía que su padre estaría de los primeros puestos de la lista de los represaliados por la Iglesia. Miró con desesperación a Loren, este, poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—Fausto me comunica que ya ha mandado mensajeros para avisar a las posibles víctimas. Dice que nos preparemos para recibir a muchos exiliados.

Mantuvieron un tenso silencio, hasta que Loren habló de nuevo:

—Es hora de afilar las espadas, no consentiremos que nos condenen a otra época de oscuridad y sinrazón.

Todos asintieron en silencio, muy en su interior esperaban que aún hubiera una esperanza de salir de aquella situación sin caer en una guerra civil. Muy pocos pudieron dormir esa noche.

Capítulo 41

Ilex y Ligan recorrieron los acantilados de la costa hasta que encontraron las primeras playas de arena, no muy lejos del lugar en el que ellos desembarcaron. En todo aquel tiempo no vieron ninguna señal de los rankog, estaban casi seguros de que no se habrían dado cuenta de la presencia de los barcos.

—Se hace de día, será mejor que busquemos un sitio para descansar y escondernos —dijo Ligan—, esta noche seguiremos por la costa hasta la población en la que están los de tu raza. Sígueme conozco las ruinas de una granja que nos servirá bien de refugio.

Ilex asintió con un movimiento de cabeza. Aquella aya le gustaba, pensó Ligan. Había esperado que su compañía fuera molesta, pero ella no le había incordiado desde que empezaron el viaje. Además sabía moverse mejor que cualquiera de sus hombres, sin duda estaba ante una exploradora experta. Esperaron todo el día relevándose en las guardias para dormir por turnos. Ligan se descubrió al atardecer preguntando a su compañera sobre la península, ahora esperaba no convertirse él en un incordio, aunque Ilex jamás le había contestado mal y demostró tener mucha paciencia.

Cuando empezó a oscurecer, los dos salieron de su escondite y se dirigieron al sur siguiendo la línea de costa. Ilex agradeció la poca vocación de los rankog por el mar, pues en todo el camino hasta el pueblo al que se dirigían, apenas había unas pequeñas aldeas que vivían de espaldas al mar. Por algunos momentos Ilex llegó a pensar que se trataba de un agradable paseo por la costa. Cuando llegó el amanecer, ya podían divisar a lo lejos el pequeño pueblo que iban buscando. Era uno de los pocos que tenía un embarcadero, bastante destartado por el desuso. Llamarlo pueblo quizás fuera excesivo. Se trataba simplemente de un conjunto de barracones, y unas dependencias que debían servir de taller a los artesanos. Se podría más bien hablar de un campo de prisioneros.

—El puerto es la única parte del pueblo que está realmente vigilada —dijo Ligan—. El resto de fuerzas rankog están acantonadas en el interior a doce kilómetros del pueblo. —Ilex le miró interesada.

—¿No hay habitantes rankog en el pueblo?

—No —dijo Ligan—, tan sólo está la guarnición que vigila el puerto y que actúa como policía de los cautivos. Ellos saben que no pueden escapar por ningún lado, sólo en alguno de los barcos que hay atracados, y es allí donde está la guarnición. Los esclavos realizan varios trabajos para los rankog. Les pareció más efectivo concentrarlos en un solo pueblo. Por lo poco que he podido averiguar, estos seres han llegado a estimar mucho los productos que salen del pueblo y han decidido no tratarlos «mal». Para el jefe del clan que los explota, son muy valiosos

—Entiendo —dijo Ilex— ¿De cuántos rankog estamos hablando?

—Entre catorce y dieciséis —dijo Ligan.

—Y ¿cuántos cautivos hay en el pueblo? —preguntó Ilex.

—Alrededor de una veintena —dijo Ligan y añadió en tono burlón—, ciertamente no piensan que unos seres de tu raza puedan ser rivales para ellos.

—Pues tendremos que hacerles cambiar de idea —dijo Ilex en un tono que su compañero no supo interpretar.

De haber sabido la situación exacta dónde estaban prisioneros les hubiera resultado muy fácil montar un ataque rápido por mar. Cuando quisieran venir las tropas del interior ya habría acabado todo. Sin embargo ahora, ella tenía que montar una revolución con un puñado de artesanos. Esperaba que entre ellos se encontraran algunos guerreros.

—Tenemos que llegar al pueblo y escondernos antes de que haya más luz y nos descubran —dijo Ilex.

—Conozco el sitio ideal para ello —dijo Ligan mientras comenzaba a andar agazapándose detrás de todos los obstáculos que encontraba, ella supo entonces que Ligan había ido hasta allí en repetidas ocasiones—. Tienen un gran comedor donde se reúnen todos para las comidas y siempre que les he vigilado, jamás han sido interrumpidos por los guardias. Es como si hubieran llegado a un acuerdo de cooperación, ellos les proporcionan las manufacturas que realizan, y los rankog les dejan vivir a su aire.

Aunque sabía que sus compatriotas jamás caerían en la traición a su pueblo, era fácil que inconscientemente ya lo hubieran hecho. No tardarían en traer expertos en metalurgia que averiguaran cómo realizaban las manufacturas para luego copiarlas, evitando así depender de unos prisioneros. Esperaba que aún no hubieran llegado a descubrir gran cosa de la tecnología que utilizaban.

Cuando llegaron arrastrándose a los edificios, ya se oía el ruido de las personas que comenzaban a despertarse. Los dos se agazaparon en las cocinas. No habían pasado dos minutos cuando empezaron a aparecer los ayas que se encargaban de preparar el desayuno. Ilex pudo ver que uno de ellos se dirigía a los demás con cierta autoridad. Salió de su escondite y dirigiéndose directamente a él dijo:

—Soy Ilex, exploradora del Ejército Común de Defensa, ¿con quién hablo? —Su voz era intencionadamente autoritaria.

El aya perplejo no supo qué responder en un primer momento y le costó hacerse una idea de lo que significaban las palabras que acababa de oír. Era como si aquel ser hubiera estado en otro sitio y de golpe hubiera vuelto a la realidad. Aún perplejo logró responder.

—Soy Terbian —y como si se tratase de un acto reflejo continuó— pertenezco al gremio de metalúrgicos de Dalantalasa.

—¿Quién es el jefe del asentamiento? —preguntó Ilex, y saliendo por fin de su sorpresa, Terbian dijo:

—Los rankog, por supuesto, pero si te refieres a quién de nosotros representa a todos los ayas, yo soy uno de los tres altos cargos de los gremios, y cualquiera de nosotros puede hablar por el resto.

—¿Puedes hacerles venir? —dijo Ilex, y vio como Terbian se había colocado delante de la puerta para que ninguno abandonará la cocina sin su permiso.

—Sí desde luego, pero ¿cómo habéis podido llegar hasta aquí?

—Las preguntas después —le cortó Ilex de forma autoritaria, quería dejar claro a su compatriota que desde aquel momento ella tomaba el mando del pueblo.

Les sirvieron algo de almorzar mientras esperaban que los otros dos altos cargos, aparecieran. Ligan no dejaba de vigilar el exterior desde una ventana. Según fueron llegando los ayas para desayunar, desde las cocinas se les sirvió la comida como todos los días. Ilex les había advertido que no quería que nadie se enterara de su llegada y parecía que los ayas destinados en la cocina estaban obedeciendo sus órdenes. Ligan hizo un gesto con la cabeza a Ilex indicándole que alguien se acercaba. Ella se puso de pie y se colocó frente a la puerta.

Tres personajes entraron en la cocina, cerraron la puerta y se pusieron enfrente de Ilex. Uno de ellos, el de más edad se adelantó a los otros dos y dijo:

—Habéis encontrado mis mensajes —dijo esperanzado a Ilex.

—Tú debes ser Aliso —el hombre asintió con la cabeza—. Sí, los mensajes nos dieron la pista para llegar hasta aquí. —Después de una pequeña pausa siguió—. Mi compañero pertenece al pueblo de humanos que resiste en las montañas, él me ha traído hasta aquí.

—Y gracias a los mensajes de Aliso, vosotros habéis llegado hasta mi pueblo —dijo con agradecimiento Ligan.

Los cinco se sentaron alrededor de la mesa. Después de muchas preguntas, Ilex llegó a la conclusión de que sólo había una manera de escapar: atacar a la guarnición que cuidaba del

puerto y huir en uno de los destartalados barcos que se pudrían lentamente. Por ello se aseguró de que entre ellos había marineros del barco que naufragó en aquellas costas.

—Esta noche será la más importante de nuestras vidas —dijo Aliso—, o recobramos la libertad o morimos en el intento.

La peor de todas las guerras

Capítulo 42

Tarde o temprano iba a tener que contratar un ayudante. No le costaría mucho conseguirlo, eran muchos los que querían aprender de él. A Lictorius cada vez le costaba más cumplir con sus encargos. Había aguantado todo este tiempo sin otro ayudante, porque tenía la esperanza secreta de que su hijo al final cambiaría de idea y volvería al taller. Pero el tiempo pasaba y Helan cada vez paraba menos por casa de sus padres, su nuevo trabajo le gustaba de verdad. Lo quisiera o no, ya no tenía ningún poder sobre la vida de su hijo.

Esta vez, se le había hecho tarde volviendo de entregar un encargo en Arlantón. Regresaba ya anocheciendo a su casa y su mujer estaría preocupada. Si aquel tipo no se hubiera empeñado en invitarle durante tanto tiempo, haría varias horas que estaría en su hogar. No quería preocupar a Meghana e intentaba darse prisa, pero su mula de carga no podía andar más rápido. Había aprovechado el viaje para conseguir algunos lingotes de metal, que siempre salían más baratos comprándolos en las cercanías de las minas.

Ya se veía la ciudad cuando dos individuos le salieron al paso desde la espesura de los lindes del camino. Le dieron el alto y le interpellaron de forma imperiosa:

—¿Dónde vas a estas horas? —dijo el más alto de ellos, un fanfarrón engreído.

—A ti qué te importa —le respondió el herrero en tono desafiante—. No veo que seas un alguacil para poder interrogar a los viajeros.

—No me hace falta ser un alguacil —y acercándose, le enseñó la insignia que llevaba prendida en el pecho. Como se había imaginado era un acólito de la Iglesia de la Única Verdad.

—Bonita chapa —dijo Lictorius socarronamente— y ¿a qué crees que te da derecho esa alhaja?

—Me da derecho a enseñar respeto por la Iglesia a los ateos como tú —dijo malhumorado el secuaz. No estaba acostumbrado a que nadie se le enfrentase de aquella manera tan descarada. El herrero se separó del mulo, y dirigiéndose a su interlocutor le dijo:

—Tú, y ¿cuántos «crédulos», como tú?

—Yo solo me basto para acabar con un patán como tú.

Y antes de acabar la frase, se abalanzó con la fuerza y la embestida de un buey. El herrero le esquivó y agarrándole, le retorció el brazo en la espalda mientras le cruzaba su otro brazo por encima del pecho inmovilizándolo.

—Tu Dios te ha dado pocas luces si has pensado que me podrías ganar en un pelea limpia —replicó el herrero mientras miraba a su alrededor esperando ver aparecer a una jauría de fervorosos creyentes.

El acólito, sin apenas poderse mover, hizo un gesto con la cabeza y seis hombres armados con largas lanzas surgieron de la espesura. Casi los seis a la vez clavaron sus lanzas en el herrero, que soltó a su presa con un grito de rabia y se derrumbó en el suelo agonizante. Lo último que pudo oír fueron las risas de los lanceros, burlándose de su compañero. El primer atacante iba con la cabeza baja y se llevaba una mano al hombro, que le dolía horrores, esperaba que no le hubiera dado tiempo al herrero a causarle ninguna lesión grave.

A la mañana siguiente, unos campesinos que se dirigían a realizar sus faenas diarias reconocieron al herrero muerto en el camino y a la mula pastando no muy lejos de él. Avisaron al alguacil, quien llamó a un miembro del gremio de herreros—químicos para que identificara el cadáver. Al alguacil le acompañaba desde hacía algún tiempo un sacerdote, que no le perdía de vista ni por un momento y que informaba de todas sus actividades a sus superiores.

Cuando llegaron junto al cadáver, el miembro del gremio se agachó y le confirmó al alguacil que se trataba de Lictorius, un destacado miembro del gremio. Cuando el funcionario y el sacerdote se dieron la vuelta para inspeccionar los alrededores, abrió el puño que el herrero apretaba con el rigor de la muerte. Tenía agarrada una insignia de la organización religiosa que se guardó en un bolsillo interior sin que nadie le viera.

—Sin duda, —escuchó a sus espaldas la voz del sacerdote— se trata de asaltadores de caminos. El alguacil guardó silencio por unos instantes y mientras miraba como la mula, cargada aún, pacía tranquilamente en un claro cercano dijo:

—Sí, sin ninguna duda —y agachando la cabeza se dispuso a volver a la ciudad, aquello era lo que se esperaba que dijera.

—Su padre jamás hubiera permitido que la situación llegará a deteriorarse tanto —dijo el hombre delgado y alto, con la cara llena de cicatrices mientras se llevaba la jarra de cerveza a la boca.

—Calla Terquer —dijo el hombre que le acompañaba en la mesa de la taberna mirando a su alrededor, por si alguien les estaba prestando atención—. Ya sabes que en estos tiempos las paredes tienen oídos.

—Es a eso a lo que me refiero —dijo Terquer—, cuando yo era capitán de la guardia de su padre, ese pequeño monstruo ya le daba muchos problemas al viejo, además se hacía acompañar por lo peor de la corte. Con él aparecieron por la corte todo tipo de indeseables buscando un lugar donde cobijarse bajo el futuro rey.

—Cállate por Dios, alguien te va a oír.

—No me importa, ya es hora de que alguien le diga a ese demente que no tiene derecho a hacer su santa voluntad. —Y haciendo una pausa para beber otro trago continuó—: ¿Crees que no saben de sobra lo que pienso de ellos? —su volumen era alto y desafiante—. Si el sistema permite que una persona como él llegué al trono y no se le pueda echar, el sistema está mal de principio. No funciona, no sirve para los hombres libres, y aún somos hombres libres, o ¿acaso esa condenada organización religiosa ya nos ha regalado a su Dios y somos sus esclavos?

—¿De qué estás hablando? —le dijo su compañero convencido ahora de que nadie les estaba prestando atención.

—Estoy hablando de la república —dijo—. De que sean los hombres quienes se gobiernen a sí mismos y no dependan para el buen gobierno del capricho de la naturaleza. Con este sistema que tenemos ahora, era cuestión de tiempo que apareciera algún monstruo y que tuviéramos todos que pagar sus desmanes. Es injusto lo mires por donde lo mires —siguió después de una pequeña pausa—. Y ahora, como un paso más en sus desmanes, pretende dar una justificación divina a su poder, es el siguiente paso lógico, que supondrá el fin de toda libertad, pretenden dirigir nuestras vidas desde la cuna a la tumba. No va a quedar nada de nuestra libertad, es decir no va a quedar nada de nuestra humanidad, la divinidad eclipsa al hombre.

En ese momento, entraron cuatro encapuchados a la taberna y se dirigieron a la mesa en la que se encontraba Terquer y su amigo.

—¿Otra vez difamando a nuestro señor? —le dijo el encapuchado que iba por delante de los demás.

Los pocos clientes que aún había en la taberna a aquellas horas no esperaron más para desaparecer, incluso el tabernero se quitó de en medio, aquella no era una pelea entre borrachos en la que pudiera mediar.

—Sois perros por lo que veo, pero, ¿a qué amo te refieres? —dijo Terquer, sabiendo que con los sentidos embotados por el alcohol no tenía ninguna posibilidad contra aquellos. Dudaba si podría ponerse rápidamente en pie, pero se llevó disimuladamente la mano al pomo de la espada— al pelele enfermo que lleva la corona, o al cabrón aliado de los demonios que gobierna en las sombras.

—Creo que para ti se ha acabado la retórica —dijo mientras se abalanzaba contra él con la espada en la mano.

—Antes se acabará para ti —dijo sacando la espada lo más rápido que pudo y desentendiéndose del resto de los enemigos esquivó el golpe y le cortó la garganta a su

atacante—. ¡Ve con tu Dios! Si es cierto que es justo, de una patada te mandará a los infiernos. ¡Escapa! —dijo mirando a su amigo con los ojos rojos por el alcohol y la furia.

Su amigo comprendiendo que no había nada que hacer, corrió hacia la puerta trasera de la taberna y se esfumó en la oscuridad y la niebla que ocultaba todo.

La lucha no duró mucho más. Los otros no dudaron en herirle de muerte en cuanto atacó a su jefe. Inmediatamente después, dos de ellos arrastraron hacia el exterior a su compañero y desaparecieron igual que había aparecido. El tercero de los atacantes intentó sin lograrlo dar alcance al hombre que había escapado. Ninguno de los asesinos pudo identificar al hombre que había huido, pero daba igual, ellos tenían órdenes de acabar con el capitán y lo habían hecho.

Aunque era tarde, todavía estaba trabajando en su taller. En dos días tendría que entregar el encargo, y hacía mucho tiempo que no le encargaban uno tan especial. Se trataba de una rueda de timón con brújula para el hijo del más importante armador de Denisa. Iba a capitanear su primer barco y su padre quería premiarle. Era un encargo que sólo el mejor ebanista—botánico del reino podría realizar, y ése era él. Ya lo tenía casi acabado, había dado varias capas de barniz a muñequilla y trabajado los distintos metales. Cuando llamaron con insistencia a la puerta, estaba comenzando a dar otra capa de barniz. Abrió la puerta y dos personas entraron en tromba al taller. Sorprendido dejó caer la muñequilla que sujetaba en la mano, y cuando iba a abrir la boca para protestar por aquella intromisión, le interrumpieron.

—No hay tiempo para dar explicaciones Sineo, ha empezado una purga y esta vez no se están limitando a encarcelar a la gente. Síguenos, rápido.

—Pero...y mi familia —dijo mientras le empujaban hacia fuera.

—No te preocupes, ellos están a salvo, sólo persiguen a los miembros más activos de cada gremio, pretenden instaurar el miedo en la sociedad, para hacer todo lo que se les antoje.

—¿Dónde vamos?

—A un lugar seguro, no te preocupes por eso.

Y entre susurros desaparecieron por los callejones más recónditos de la ciudad. Muchos habían salvado aquella noche la vida gracias a la previsión de Fausto, que hacía tiempo había convencido a las altas esferas de los gremios para introducir espías en palacio y en la Iglesia.

A los pocos días de la noche en que se habían cometido los asesinatos, aparecieron por toda la ciudad pintadas por las calles en contra del rey y de la organización de la Única Verdad. Todo el mundo sabía que habían sido los miembros de la Iglesia quienes habían cometido los asesinatos con el consentimiento del rey, incluso se sabía que el mismo rey había señalado algunos objetivos.

Ahora todos tenían la certeza de que en breve sería el terror quien gobernase. Ese era el tiempo que tenían los gremios para intentar organizar una defensa. Loren les había avisado hacía tiempo de que si la Iglesia lograba detentar más poder, sus organizaciones y lo que es peor, el conocimiento humano, desaparecerían. Ese poder lo habían logrado aliándose con el rey, convenciendo al rey de que sus intereses iban en la misma dirección.

El rey pretendía el gobierno absoluto sobre su reino, a eso le acompañaba una paranoia creciente, creía ver por todos lados conjuras para derrocarlo. Para él la existencia de las organizaciones de gremios ponían en peligro su deseado poder absoluto. La Iglesia, por su parte, simplemente deseaba más poder. Si había convencido con sus dogmas a una parte de la población, pensaba que el miedo acabaría por atraer al resto. El simple hecho de tener poder, ya había multiplicado sus miembros por diez, la mayoría de ellos, buscavidas y maleantes que querían probar suerte en una organización que les daba la oportunidad de continuar sus turbios negocios, pero de una manera «legal».

Capítulo 43

El plan era sencillo, Ilex y Ligan se adentrarían en el mar y atacarían desde allí por sorpresa a los guardianes por la espalda. Los ayas cautivos esperarían al acecho en sus barracones, y armados con lo que pudieran encontrar, la señal de los dos exploradores o en su defecto los ruidos de lucha, para intervenir en la pelea.

En el embarcadero siempre estaban de guardia tres rankog. Cercanos al embarcadero había tres barracones que pertenecían a la guarnición. Uno era el comedor de los rankog y donde pasaban la mayor parte del día y los otros dos eran dormitorios, uno reservado a los oficiales. Eran estructuras muy sencillas y lo único que las diferenciaba de los barracones de los cautivos, eran que tenían unos ventanucos muy pequeños y a mucha altura del suelo, siendo las únicas entradas de luz en aquellas estructuras. El techo parecía estar construido con algún tipo de ramaje muy prieto.

Al atardecer se mezclaron entre los trabajadores y sin que nadie les viera se dirigieron a la playa para ir nadando hasta unas grandes piedras que afloraban del agua no muy lejos del destartalado embarcadero. Allí entre las piedras y abrigados, como mejor pudieron, esperaron a que anocheciera del todo. Estuvieron atentos a todos los movimientos de los rankog, y esperaron hasta que les pareció que todos, menos los que estaban de guardia aquella noche, se fueron a los dormitorios. Después bucearon hasta colocarse en los extremos opuestos del embarcadero. Cuando Ligan vio que Ilex trepaba hacia la parte de arriba, la siguió.

Los tres rankog estaban en el centro del embarcadero, y con la poca luz que había, pudieron ver que se acuclillaban sobre las maderas del suelo para jugar a una especie de juego de dados con unos huesecillos. Un pequeño farol situado encima de un viejo barril, les servía de iluminación. No se enteraron de que su muerte estaba cerca, y sólo el último que mataron logró verles la cara. No le sirvió de nada, no tuvo tiempo a dar la alarma.

Se acercaron con sigilo al barracón que quedaba más cerca, Ligan alzó en hombros a Ilex para que se asomara por las pequeñas ventanas. Después fueron a revisar el otro para decidir en cuál de ellos había menos rankog. En el segundo sólo había tres rankog durmiendo, estaba claro que se trataba de los oficiales. Se dirigieron a un montón de leña que había cerca y cogiendo un palo, atrancaron con él la puerta donde dormía la tropa. En aquel momento, un rankog dio la vuelta a la esquina y se quedó parado sin saber que estaba pasando, se debía de haber rezagado en el comedor. Cuando reaccionó, comenzó a gritar como un energúmeno, y aunque fue poco el tiempo que estuvo gritando, logró despertar a sus amigos.

Los oficiales comenzaron a salir del barracón sin sus armaduras. Ilex y Ligan se dirigieron hacia ellos sin perder tiempo, los dos sabían que el factor sorpresa aún era muy importante. Se comenzaron a oír los golpes de los rankog que estaban encerrados en el barracón de la tropa. Los primeros ayas que aparecieron alertados por el griterío se dirigieron hacia aquella puerta para defenderse por si lograban salir. Entre todos no tardaron en reducir a los tres oficiales, pero la tropa amenazaba con derribar la puerta. Cuando se reunieron todos delante del embarcadero, no perdieron más tiempo y se dirigieron hacia el destartalado barco que ya no contaba con volver a navegar. Los jefes de los ayas habían organizado todo perfectamente y cada aya que llegaba al embarcadero cargaba fardos de comida y barriles de agua para la travesía.

Uno de los ayas, temiendo que los rankog acabaran por tirar la puerta antes de que les diera tiempo a zarpar, lanzó una antorcha encima del tejado. Los gritos del interior se redoblaron cuando el humo comenzó a dejarse sentir. Todos corrieron al barco, el último en embarcar fue Ligan, que sorprendiendo a todos, bajó a la playa y cogió una piedra de buen tamaño. Después, desde el embarcadero y demostrando una gran pericia, lanzó la piedra con tal puntería que derribó el madero que atrancaba la puerta. De un salto subió al barco que ya partía. Todos le

miraron asombrados, pero nadie le reprochó lo que había hecho. Los rankog que salieron del barracón, tosían intentando recobrar el aliento, la mayoría ya estaban medio asfixiados. Cuando se recobraron no pudieron hacer nada, sólo ver como se alejaba el barco con sus preciosos cautivos.

Comprendieron al momento que algunas cabezas rodarían, y habiendo muerto todos los oficiales, lo más fácil es que no dejarán a nadie vivo, para dar ejemplo. Pensaron que lo mejor sería la desertión, siempre podían volver a su estepa originaria y comenzar allí una vida en otro clan como mercenarios.

En el barco todo era sorpresa y alegría por haber conseguido huir. La profesionalidad de los marineros se impuso, y pronto todos estaban colaborando en el manejo de la nave. Después de evaluar el barco, decidieron que aguantaría la travesía si no tenían que vérselas con ninguna tormenta fuerte y de inmediato comenzaron a hacer las reparaciones más urgentes para que se mantuviera a flote. A todos les parecía increíble lo sencillo que les había resultado la huida, y muchos sintieron vergüenza por haber tenido que venir alguien de fuera para mostrárselo. Empezaban a sospechar que sus paisanos podrían reprocharles cierto grado de colaboración con los rankog. Ilex en ningún momento quiso intervenir en estas discusiones. Se acercó a la persona que parecía haber ocupado el puesto de capitán, y simplemente le ordenó con voz autoritaria:

—Diríjase a Dalantalasa lo más rápido que pueda —dicho esto, se retiró a un rincón de la cubierta y durante todo el viaje no volvió a decir nada. Ligan al igual que ella, se había retirado a otro rincón para no molestar. Ilex mirándole de reojo pensó que los hombres eran desconcertantes, pues más de una vez, hubiera sido incapaz de decidir si sus acciones eran virtuosas o no. Esperaba que la travesía fuera sencilla, pues ante la más mínima brisa, el cascarón crujía y parecía que se desmantelaría para irse a pique.

Capítulo 44

Era reconfortante ver a tantas personas por la ciudad. Helan estaba orgulloso de que fuera su trabajo el que había proporcionado un lugar seguro a toda aquella gente. El único pero, era que todos eran refugiados, y dudaba seriamente que alguno de sus paisanos se hubiera prestado a vivir allí libremente. La guerra abierta había empezado, los humanos luchaban entre sí en la más despiadada de todas las guerras posibles, la que enfrenta a amigos de la infancia y a familias por una victoria que siempre será vergonzosa para el conjunto de la humanidad. En cuanto a él, se sorprendió pensando que viviría allí mientras le fuera posible. Al poco de llegar a la ciudad empezó a sentirse en ella como en su hogar, aunque sabía que eran muy pocos los que opinaban como él.

El comité de investigadores, había aceptado el nombre que Loren había propuesto para la ciudad subterránea, Met–Sadest. Loren les explicó que aquella ciudad significaría lo mismo que su ciudad homónima, Avi–Sadest, el principio de una nueva era para la raza humana que pretendía dejar atrás una etapa oscura de la historia. El nombre elegido simplemente quería decir en lengua antigua «Sadest de la montaña», mientras que la más antigua Avi–Sadest, significaba: «Sadest la poderosa». La mayoría de la gente acertó el nombre, hasta que el uso impuso simplemente el término Sadest.

La organización de los gremios había empezado a funcionar de inmediato, todo respondía a un plan concebido tiempo atrás. Al poco, todos parecían tener una ocupación productiva. A lo que Helan no acababa de acostumbrarse, era a la militarización que había sufrido la sociedad rebelde de los gremios. Como le había explicado su madre, que vivía ahora con él en la ciudad, y era una de las máximas responsables en la organización, para mantenerse en pie y poder hacer frente a las fuerzas del rey y de la Iglesia, habían tenido que movilizar a toda la gente. Toda persona adulta que voluntariamente se hubiera unido a la rebelión, sabía que pasaba a ser parte de la milicia.

Su madre se había volcado en el trabajo para no tener que pensar en el asesinato de su padre. Por lo que ella le contaba, había comités para todo lo imaginable. Uno de los más famosos era el comité de sabios que se estaba dedicando a redactar las nuevas leyes. Muchas personas habían mostrado su preocupación por que el estado de guerra sirviera para establecer una nueva tiranía.

Para realizar actividades fuera de la montaña era necesario ir armado y siempre en grupos numerosos. Se había despejado la entrada sur de la ciudad y todos coincidieron en que aquella puerta era inexpugnable. A la puerta se llegaba desde una rampa construida en el exterior. Al final de la rampa, una torre exenta comunicaba la rampa por un puente levadizo con la entrada en la montaña, que estaba a veinte metros de altura en una pared totalmente lisa. Después a los dos lados de las puertas en el interior, existían dos grandes cuartos de guardia que abrían hacía el exterior numerosas saeteras cubriendo todos los ángulos posibles de ataque. Si el enemigo lograba pasar estos obstáculos, tenía que atravesar un pasillo no muy ancho, al cual salían aberturas desde las paredes, por donde los defensores podrían lancearlos a placer. Todas estas estructuras de la puerta estuvieron durante muchos siglos cubiertas por los derrumbes de la montaña y por la maleza que cubría su exterior. El trabajo de limpiarlas había sido muy tedioso pero por fin pudieron dejar todo limpio de escombros y en uso.

Los trabajos que unían la ciudad con el lago subterráneo se habían detenido para imposibilitar la entrada al enemigo por aquel lado. Loren había dejado de mandar a Helan a la ciudad a por refugiados, pues como le confesó, temía que le cogieran prisionero y le obligaran a informarles de los caminos secretos que horadaban la montaña. Al principio se sintió humillado por su amigo, pero no tardó en comprender que tenía razón. Siempre sería más fácil vigilar el único camino que conocían los guías, que tener que vigilar todas las posibles rutas que él conocía.

—Pero, yo nunca hablaría —dijo Helan enfadado a su amigo.

—No menosprecies los conocimientos de los monjes —le respondió Loren—, además no olvides que muchas personas de los gremios se han pasado a su bando y te puedo asegurar que en el gremio de panaderos–boticarios saben cómo hacer hablar a una persona en contra de su voluntad.

Con aquello se zanjó la conversación, aunque le molestaba que su amigo tuviera razón. Se siguió dedicando a la exploración de las galerías, descubrió algunas que partían desde casas de la ciudad y se internaban en la montaña, no pocas acababan saliendo a la superficie. Estos túneles eran inmediatamente cegados por la milicia, pues representaban un peligro para la seguridad.

Se sorprendía gratamente cuando se cruzaba con algún conocido de su antiguo barrio, y todos los días se enteraba tristemente de alguna nueva baja. Sin proponérselo se había convertido en una persona famosa dentro de la ciudad, y notaba como le miraba con admiración gente que no conocía. Cuando entró en la sala del museo donde se reunían, Loren aún estaba con los encargados del gobierno de la ciudad. Se apartó a un rincón y apoyándose en la pared esperó pacientemente a que acabarían con la reunión que estaba en curso.

—No quiero que se tome ninguna medida represiva contra las aldeas de las montañas que no se han querido unir a nosotros —dijo Loren—. Que se vigile las veinticuatro horas al día los caminos de acceso a las montañas, quiero saber quien sale de ellas, quien entra y para qué. ¿Han vuelto a hacer algún intento de penetrar en los túneles?

—No —le respondió un hombre de aspecto fiero, al que Helan sólo conocía de oídas—. Desde el intento de la semana pasada no han vuelto a las andadas. Se han dado cuenta que da igual la superioridad numérica, la cuestión está en quien tiene la mejor posición, y esos somos nosotros. Cuando se sientan seguros y consideren que han acabado con todos los enemigos que tienen en la ciudad, reagruparán las fuerzas y atacarán a las aldeas de las montañas que se nos han unido.

—Al primer signo de ataque hay que evacuar todas las aldeas y traer a todo el mundo aquí dentro. Desde aquí abajo podemos hostigarles a placer hasta que abandonen las montañas. Después nos tocará a nosotros darles el golpe donde menos se lo esperan, pero eso tendrá que esperar a que estemos preparados. ¿Qué sabemos del Ejército Común de Defensa?

—Cuando el rey ordenó que la mayoría de las fuerzas volvieran a Ter–Carlak, los generales en masa se declararon neutrales, y han dicho que su sitio está en la frontera. Durante la primera semana permitieron, a todo el que quiso, abandonar el ejército para unirse a quien creyeran conveniente. Sólo dejaron su puesto uno de cada veinte hombres, y la verdad es que se nos unieron más a nosotros que a las fuerzas del rey. El rey no se ha atrevido a intentar tomar ninguna medida en contra de los generales. Los guerreros que han ido llegando desde la frontera serán los que adiestren al resto.

—¿Cómo están los miembros de los gremios en las ciudades? —preguntó Loren.

—No dejan de cazarlos y los tienen muy vigilados —respondió un hombre bajo que se apoyaba con las dos manos en la mesa—. Continúan las desapariciones, ¡esos canallas no las van a pagar todas juntas cuando los cojamos!

En todos los que habían podido huir había un sentimiento de culpabilidad por haber dejado a sus compañeros expuestos a los peligros de la rebelión. Su ira aumentaba con cada nuevo caso que conocían. Hacía ya tiempo que no llegaban nuevos refugiados en grupos, tan sólo alguno aislado ayudado por los guías de la ciudad que recorrían los alrededores de las montañas ayudando a todo aquel que se había extraviado.

—Tienes que traer a Fausto como sea —dijo Meghana preocupada—. Ya deben de saber que es uno de los máximos responsables del espionaje de los gremios.

—Lo he intentado, pero se resiste —dijo Loren con preocupación—. Esta misma semana mandaré un guía para que lo traiga, le mandaré una orden directa del comité del Gobierno Provisional.

Helan se incorporó un poco, pensaba que debía ser él quien acompañara a Fausto hasta la ciudad. Habría que entrar en Ter-Carlak y podrían surgir problemas que le hicieran cambiar la ruta prevista, definitivamente tendría que ser él quien fuera a por Fausto. Su madre pareció leerle el pensamiento, pues se rodeó un poco para mirarle con expresión pesadosa, él le sonrió intentando disimular. Más tarde, cuando terminara la reunión, intentaría convencer a Loren de que era la persona adecuada para la misión.

Capítulo 45

—¡Lo tengo! —el aya gritaba como si estuviera poseído por el alma de un vendedor callejero. Todos los que le veían corriendo por la ciudad se paraban para mirarle. Perdió una sandalia y no se paró para recogerla. Aquer le oyó gritar y corrió hacia él preocupado.

—¿Qué ocurre, Endrino? —preguntó Aquer pensando que le pasaba algo grave.

—¡Lo he encontrado Aquer! —exclamó Endrino sin parar de correr, se dirigía hacia el museo buscando a Loren.

—¿Has traducido la lengua? —dijo Aquer siguiéndole de cerca, Endrino le miró, y soltando una carcajada, siguió corriendo.

Los dos corrían ahora juntos hacia el edificio del museo, Endrino sin una sandalia. Aquer sabía que le iba a resultar muy difícil contradecir a los humanos que desde aquel día pensarán que los ayas estaban un poco locos.

Cuando llegaron a las escalinatas del museo, los investigadores les estaban esperando en el exterior, habían escuchado los gritos y se asomaron para saber qué pasaba. Endrino se acercó corriendo, y se paró en la base de la escalinata para tomar aliento. Los espectadores miraban extrañados su conducta. Loren comenzó a sonreír, pues entendió antes que nadie de qué se trataba, y por las conversaciones previas, sabía que ya estaba cerca de lograr descifrar la lengua de los antiguos habitantes de Met-Sadest.

—Lo he conseguido, he traducido la lengua de los antiguos humanos —dijo mientras retomaba el aliento—. Ha sido el manuscrito que Helan encontró en la zona de los artesanos lo que me ha dado la clave. —Helan había descubierto hacía unas semanas, un legajo de documentos en la zona artesanal de la ciudad, inmediatamente se lo dio a Endrino, quien se volcó en su estudio, pues era con diferencia el de mayor tamaño que habían encontrado—. Después de darle muchas vueltas, se me ocurrió que si estaba en la zona artesanal, se podría tratar de un manual sobre la creación de algún producto. Creí reconoce el signo de pan y el de la cerveza, y preguntando a los gremios me dieron las recetas más antiguas que conservaban. A partir de ahí, todo consistió en ir comparando lo que podrían ser los distintos ingredientes y su manufactura. Os sorprendería lo poco que han cambiado las recetas en todos estos siglos. —Todos le miraban con admiración, les parecía increíble el tesón que el pequeño aya había puesto en su trabajo.

—¡Es fantástico! —dijo Loren— Cuando hayas aumentado el vocabulario, quiero que tomes discípulos y les enseñes lo que sepas. Quiero que traduzcáis todos los textos que se han encontrado en la ciudad —en realidad, la mayoría de los textos encontrados eran grafitis en las paredes—, y quiero que lo hagáis cuanto antes.

—Sí, eso no es todo —dijo Endrino—, he podido traducir todo el documento de los artesanos y he conseguido algunas fórmulas que los boticarios van a experimentar de inmediato. Alguna de las sustancias que aparecen se creía que eran solamente míticas, están más entusiasmados que yo con el descubrimiento.

—Estupendo —dijo Loren, en sus ojos se asomaba la esperanza de reencontrar un pasado perdido para la raza humana—. Al fin comenzamos a tener resultados efectivos, esperemos que esto sea sólo el principio.

—Me gustaría poder comunicárselo de inmediato a mis colegas de Camora —dijo Endrino.

—Desde luego, les mandaremos un ave de parasum explicándoles tus hallazgos. Lo siento —dijo Loren al ver la cara de desilusión del aya, que había pensado llevarlos él mismo y poder explicarlos personalmente delante de sus colegas— no podemos permitir que vayas tú, no podemos garantizar tu seguridad.

—Lo entiendo —dijo Endrino algo desilusionado—. Son extraños los tiempos en que vivimos, estamos haciendo los descubrimientos más importantes de nuestra historia, y a la vez nos

estamos jugando, el todo por el todo, a una carta. —Todos le miraron extrañados, pues daban por sentado que aquella situación afectaba poco a los aya. Ante sus miradas, Endrino siguió hablando, mientras miraba a Aquer—. Los acólitos de la Rama Dorada han empezado a actuar abiertamente, y están presionando al gobierno para que se rompan las relaciones con los humanos. Se les atribuye el crimen de un alto magistrado que siempre se había enfrentado a ellos. Creemos que están de acuerdo con la Iglesia de la Única Verdad y están atenazando a nuestro rey para que acepte sus condiciones.

Los presentes guardaron silencio, habían descubierto que la lucha se había extendido por toda la península, era cuestión de tiempo que los religiosos extremistas se unieran, al menos por el tiempo suficiente para dominar a sus respectivas sociedades. Aquello empeoraba la situación en la frontera norte. Los más extremistas de las dos religiones parecían haber olvidado que se encontraban sitiados y en lucha constante contra los rankog para poder sobrevivir.

—Sobre eso, creo que tengo algo que decir.

Todas las miradas se posaron en un hombre que desde un extremo de la plaza había estado escuchando la conversación. Había venido con los primeros humanos del Ejército Común de Defensa que abandonaron Camora para unirse a los gremios. Todos recordaban haberle visto en alguna ocasión, su cara era difícil de olvidar, una cicatriz le cruzaba la cara enmarcando la cuenca vacía de un ojo, que tapaba con su largo pelo castaño.

—¿Cómo te llamas y qué tienes que decir? —dijo Loren de forma amable invitándole a comentar lo que quisiera.

—Me llamo Yirdan —dijo—, y fui el sirviente particular del venerable Santez, actual mano derecha del sumo sacerdote. —Todos atendían muy interesados mientras Yirdan les contaba su viaje con Santez buscando la alianza con la secta de la Rama Dorada, no traicionó a sus amigos peludos y no dijo nada de los sangrai. Insistió sobre todo en la última parte del viaje, cuando Santez creyó que formaba parte de algún plan divino para conseguir el poder absoluto sobre todos los seres—. Estoy seguro que no se conformará con su puesto actual, durante el viaje perdió la razón, y se cree llamado a ser el enviado de Dios entre los humanos. Tarde o temprano intentará reemplazar al sumo sacerdote. Cuando eso ocurra, los humanos vamos a conocer lo que es el terror.

—He oído antes esa historia —dijo Loren—. La aya que te salvó nos mandó un informe desde Dalantalasa contándonos esa historia. Si Santez está preparando un golpe de estado, ese será el momento en el que tendremos que actuar. Fausto ya ha detectado movimientos de los servidores personales de Santez en esa dirección. Mañana irás —dijo dirigiéndose a Helan— a Ter-Carlak, y traerás aquí a Fausto. A partir de ahora vamos a ser nosotros quienes tomemos la iniciativa en esta guerra. Quiero que contactes con Fausto cuando esté entre nosotros —dijo esta vez mirando a Yirdan— y te pongas a su disposición.

—Haré todo lo que esté en mi mano. He venido hasta aquí para ayudar a acabar con la aberración en que han convertido mi Iglesia —dijo Yirdan y añadió—. Sin embargo debo decir que no haré nada que vaya en contra de mi Dios.

—Nuestra lucha no es contra las divinidades —dijo Loren—. Nosotros luchamos contra la sinrazón de los hombres. No estamos en contra de las religiones, pero sí en contra de que se impongan a la gente por la fuerza o el miedo. Estamos en contra de que determinen el futuro del hombre, de que limiten su potencial racional, los saberes de los boticarios han salvado más vidas que los rezos de cualquier sacerdote de cualquier religión.

—En eso estamos de acuerdo —asintió Yirdan.

—Quiero que veas una cosa —dijo Loren a Yirdan, guiándole dentro del museo, a la sala de los escaños. Los que estaban en la plaza les siguieron con curiosidad para enterarse de qué era lo que le quería mostrar—. ¡Mira! —le dijo situándose en el centro de la sala y señalándole el friso que bordeaba la parte alta de las paredes. Se podía ver a distintos hombres y mujeres luchando

contra criaturas fantásticas—. Hace poco, he entendido lo que querían decir estas representaciones. En principio pensaba que se trataba de hombres luchando contra otras razas. Endrino ha dado en el clavo cuando nos ha recordado lo mucho que nos parecemos a nuestros antepasados, las recetas sólo son una muestra. Los seres contra los que luchan no son seres normales como nosotros o los ayas, o los rankog, se trata de divinidades. El friso habla de la lucha del hombre racional contra las fuerzas irracionales representadas por las divinidades. Si os fijáis bien, veréis el parecido con algunas de nuestras viejas deidades.

El friso levantó un acalorado debate entre los presentes, y a Yirdan le quedó claro que no existía ninguna unanimidad en la opinión de los hombres de los gremios al respecto. Entre ellos, había creyentes, agnósticos y ateos. Surgieron muchas teorías distintas, algunas mantenían que eran hombres luchando contra sus instintos más salvajes, otros que eran creyentes acabando con los enemigos de su Dios verdadero, otros hablaban de las virtudes del hombre y no tenía nada que ver con las divinidades... Después de un buen rato discutiendo, sin llegar a ningún acuerdo, Loren le dijo a Yirdan:

—Espero que te haya quedado claro lo que te he querido decir —dijo mientras le pasaba un brazo por encima del hombro.

—No estoy de acuerdo contigo en lo que representan los frisos —dijo Yirdan un poco cohibido por contradecir a una autoridad como Loren, pero una vez que el criterio de autoridad había fallado en la mente de un hombre, era muy difícil que se volviera a imponer sobre su racionalidad.

—No me refiero a eso —dijo Loren—. Desde luego que no estás de acuerdo conmigo, ya has podido comprobar que no eres el único. De eso se trata amigo mío, has podido escuchar lo que cada uno piensa del tema, y lo has hecho libremente, tú también has dicho tu opinión. La clave está en el respeto mutuo. Como le gustaba decir a un buen amigo mío —dijo mientras miraba a Meghana y a Helan con cariño— «en el fondo se trata de un problema de dignidad».

Capítulo 46

—Todo está preparado, su excelencia.

En la semioscuridad de la habitación, no se podían distinguir las caras de ninguno de los hombres que susurraban de rodillas ante una figura alta que les escuchaba impasible.

El personaje alto se dio la vuelta y sin decir nada, salió de la sala. Los tres monjes se incorporaron y desaparecieron entre las sombras de la noche. Cada uno se dirigió a su puesto, todo debía estar a punto para la media noche.

El sumo sacerdote cenaba, cuando Santez entró en la sala y se situó detrás de él para escuchar las informaciones que los distintos mandos daban a esa hora. Hoy había mucha gente en la sala. Las campañas en las montañas se habían intensificado en las últimas horas. El oficial superior de los pordioseros daba su informe al sumo sacerdote, que ni siquiera le miraba. De vez en cuando el oficial desviaba la mirada hacia Santez, que se mantenía imperturbable.

—Me gustaría que su excelencia viera este mapa —dijo el oficial, esperando la aprobación de Rocarela, este le miró por un momento y le hizo un gesto para que se acercara. Santez retiró a un lado su plato de sopa y la copa de vino para que el oficial pudiera colocar el mapa delante del sumo sacerdote.

—Esta zona de las montañas se ha pasado por completo a los gremios —dijo el oficial con preocupación, pasando la mano por encima de una amplia zona del mapa. Rocarela le miró intentando descubrir cuál era el interés que tenía su oficial en que viera el mapa.

—Oficial, como bien sabéis, os nombré general del ejército de la Iglesia, para que os ocuparais vos de los temas de la guerra. La única noticia que quiero oír, es que por fin habéis acabado con los traidores.

—Sólo quería que entendierais la dificultad de nuestro empeño —dijo el general mientras recogía el plano y daba unos pasos para atrás. Santez, muy servilmente, volvió a poner la comida y la bebida delante de su señor—. Como sabéis, casi todo el ejército del rey se encuentra ahora fuera de la ciudad intentando cercar a los rebeldes. La zona es muy grande, y han tenido que diseminarse por una gran extensión de terreno. —Haciendo acopio de todo el valor que logró reunir dijo—: espero que intercedáis ante el rey para que solucione esta situación. La estrategia que está siguiendo su majestad es nefasta para nuestros fines, está estirando las tropas al máximo, lo cual las hace muy vulnerables a los ataques de guerrilla de los gremios...

—General —dijo Rocarela algo irritado—, vos sabéis mejor que nadie que el rey está empeñado en dirigir personalmente la campaña, y no es alguien que se deje aconsejar. De todas formas, el rey nos deja hacer en Ter-Carlak lo que queremos, y estamos reduciendo a nuestros enemigos a la más mínima expresión. Cuando acabemos con el peligro en casa, será nuestro turno en las montañas.

—Señor —dijo el oficial—, si no remediamos la situación, las tornas podrían cambiar en cualquier momento. Un contraataque bien dirigido podría acabar de un golpe con la mayoría de las fuerzas de su majestad. Además nuestros informadores nos han dicho que la ciudad está llena de túneles que vienen desde la montaña.

—Insinuáis que los gremios podrían plantear un ataque a la ciudad —dijo Rocarela—. Os equivocáis, les estamos exterminando. Tengo una buena noticia para vos, esta misma tarde, hemos dado muerte a quien dirigía la disidencia en la ciudad. Su cabeza está clavada en una estaca en el medio de la plaza del gremio de los herreros—químicos. Es cuestión de poco tiempo que logremos la adhesión de los pocos que aún pretenden enfrentarse a nosotros. Toda la ciudad estará integrada por temerosos creyentes.

—Tenéis razón señor, como siempre. Os pido permiso para volver a mi puesto.

El sumo sacerdote le hizo un gesto con la mano para que se retirara. Después continuó cenando, pues era conocido entre todos sus sirvientes que el apetito de su señor era a prueba de disgustos y contrariedades.

En la puerta de la ciudad, el centinela miraba con desconfianza al capitán de la guardia real que, embozado en una capa larga, susurraba a un monje. No les podía oír, pero sin duda no se trataría de nada bueno. El monje alargó una bolsa con aspecto de ser pesada. El capitán la colgó de su silla de montar. Estuvieron hablando un rato más. Después cada uno partió en una dirección, el monje volvió a los callejones de la ciudad, y el capitán cabalgó hasta perderse en la oscuridad que reinaba a esa hora. No le gustaba el asunto, el centinela sabía que el capitán estaba de servicio en el palacio del rey y no parecía una misión oficial la que le había hecho partir a esas horas de la noche. Le quedaba apenas una hora en su turno guardia, después se escondería en casa de su suegro, y hasta que no hubiera pasado la tormenta que parecía avvicinarse no saldría de allí. No pensaba morir por personas como aquellas. Pensativo, subió las escaleras de la muralla y comenzó a caminar de arriba a abajo por el paseo de ronda.

—No me encuentro bien —dijo Rocarela, levantándose despacio del sillón donde estaba sentado.

—Ayuden al sumo sacerdote —dijo Santez dirigiéndose a unos monjes que estaban recogiendo la mesa—. Acompañadle a su habitación —dijo mientras les guiaba por el pasillo hasta la estancia privada de Rocarela.

Se cruzó con varios guardas por el pasillo, y les hizo una señal, los guardias le respondieron con la misma señal. Entraron en la habitación del sumo sacerdote y le ayudaron a desvestirse para meterle en la cama.

—¿Llamamos al médico de su excelencia? —dijo uno de los criados cuando salía de la habitación.

—Decidle que venga de inmediato —dijo Rocarela desde la cama, con la mirada perdida en el dosel. Estaba perdiendo el color por momentos y parecía estar quedándose sin fuerzas. Santez se sentó en una silla al lado de la cama y cogió la mano del sumo sacerdote. No podía dejar de mirarle, el sumo sacerdote le devolvía la mirada sin comprender qué era lo que le estaba pasando.

Se escucharon golpes en la puerta y a continuación el médico asomó la cabeza pidiendo permiso para entrar. Santez se levantó y se acercó al médico que estaba claramente cohibido por la situación. Cuando estuvo delante de él, le dijo mientras le miraba fijamente a los ojos:

—Su excelencia se encuentra indispuerto. La cena parece haberle sentado mal.

El médico se acercó a la cama, su paciente apenas podía hablar en susurros. Acercó el oído al pecho del sumo sacerdote y después le miró la garganta. De repente volvió la mirada hacia Santez. Éste le miraba sin pestañear, con los brazos en jarras. El médico se fijó en que ahora había dos guardias de la confianza de Santez armados, dentro de la habitación. Tragó saliva e incorporándose dijo:

—Tenéis razón, se trata de una indigestión —bajó la mirada al suelo y salió de la habitación sin decir nada más, uno de los guardias le siguió por el pasillo, tenía órdenes de no perderle de vista.

A los quince minutos, el sumo sacerdote expiró. Casi en el mismo momento, se comenzaron a escuchar unos ruidos de lucha y gritos que venían desde el palacio real. Santez salió decidido, seguido por varios pordioseros que le esperaban en la puerta de la estancia del sumo sacerdote. Salió a la calle y se dirigió al palacio del rey con largos pasos. Cuando llegó, lo primero que vio fue varios cuerpos de guardias del rey muertos en las escaleras. Dentro aún había algún otro, pero la sorpresa había evitado que la lucha fuera duradera. Cuando se dirigía a las habitaciones del rey, vio a unos pordioseros que retenían a varios cortesanos. Estos miraban para todos los

lados intentando descubrir qué era lo que pasaba. Santez se detuvo a su altura reconociendo a dos de ellos.

—Quiero que colguéis de inmediato a estos dos —dijo señalando a dos cortesanos que le miraban espantados.

—Señor —dijo uno de ellos que era alto y estaba lleno de pecas— somos inocentes, jamás hemos hecho nada que fuera en contra de la Iglesia.

Santez le ignoró por completo, había dado una orden y sabía que se cumpliría de inmediato. A partir de aquel momento comenzaba la labor para la que el Creador le había elegido, tenía que convertir a los hombres en soldados de Dios. Para ello, tenía licencia divina para hacer todo lo que considerase necesario. Desde aquella noche todos los individuos serían considerados sirvientes de Dios, un honor que no se permitiría rechazar a nadie, y pobre de aquel que negara su nuevo estatus. En el reino de Dios no se consentiría ninguna desviación de la ortodoxia que Santez pensaba imponer. Les salvaría, aún a su pesar. Con estos pensamientos se dirigió a ver al rey, con una sonrisa socarrona, pensó que no llevaría bien su nuevo rol de vasallo.

Capítulo 47

Endrino se había establecido en los edificios de los artesanos. El gran patio al que daban las dependencias le hacía olvidar de vez en cuando que se encontraba bajo tierra. En aquella zona los gremios habían situado sus talleres, y casi todos los trabajadores vivían en el extremo sur del barrio más cercano, que se había convertido en el barrio más populoso de la ciudad. Esta zona estaba cerca de la puerta sur, sólo la zona de los graneros estaba más cerca de la puerta. Grandes chimeneas subían hasta el techo de la ciudad y se perdían dentro de la bóveda. Hasta que no se encendieron los hornos, nadie sabía por dónde salían al exterior. Para su tranquilidad, tenían la salida casi en la cima de la montaña, donde el humo se confundía, con las nubes que se agarraban a la cima.

Cada vez que podía, Endrino, se dirigía a la gran plaza del edificio del museo y pasaba allí el tiempo caminando de un extremo a otro, con algún papel en las manos. Aunque no se quejaba, todos sabían que para el aya era una tortura estar tanto tiempo sin poder salir al aire libre. Había pedido varias veces permiso para salir al exterior, aunque fuera en las proximidades de la entrada, y cuando Loren se lo concedía, siempre le acompañaban Aquer y algunos guardas armados.

Trabajaba en una sala grande con el techo más alto de lo normal, donde cabían de sobra seis mesas para sus ayudantes. Habían colocado un gran archivador en la pared donde guardaban todos los legajos que se habían ido encontrando. Al fondo de la sala, una puerta comunicaba con un pequeño cuarto que había pasado a ser su dormitorio. La sencillez que siempre le había acompañado en Camora, le parecía ahora un entrenamiento para su vida en Met-Sadest. Meghana siempre atenta a los detalles, le había regalado una jardinera con varios árboles pequeños, que formaban una especie de bosque en miniatura, aquel era el único tesoro que tenía el aya, y dedicaba todo su escaso tiempo libre a cuidar de ellos, tarea nada fácil en el interior de la montaña.

Explicaba algo a sus aprendices, cuando entraron Aquer, Loren y Helan, después de llamar un par de veces a la puerta.

—¿Cómo va todo? —dijo Loren entrando en la estancia, —todos los aprendices les saludaron y de inmediato siguieron a los suyos. Sabandija salió de la mochila de Helan y se dispuso a explorar la habitación, distrayendo a los aprendices de Endrino que lo llamaban como si se tratase de un gato para jugar con él.

—Mejor de lo que esperaba, una vez que hemos dado con un hilo del que tirar, lo demás es ir poniendo piezas en su sitio —dijo Endrino, mientras abrazaba a Aquer, siempre se alegraba de verle—. Ya casi hemos traducido por completo los legajos que encontramos en estas salas —dijo señalando el archivador de la pared—. Pronto empezaremos con los demás. Algunos de vuestros compañeros ya han empezado los experimentos con las recetas que hemos traducido.

—En parte venimos por eso —dijo Loren, mirando por encima del hombro de uno de los aprendices—, nos avisaron de que hoy tendrían algo importante que enseñarnos.

—Espero que esta vez no sea tan peligroso —dijo Endrino, cruzándose de brazos—, ayer se tuvieron que llevar a un maestro a la enfermería con quemaduras en el brazo. Creo que pronto van a empezar a lamentar seguir al pie de la letra mis traducciones.

—Todos saben que eres... —¡Buumm! un ruido sordo y estridente hizo retumbar toda la montaña. Salieron deprisa al patio para comprobar qué es lo que había pasado.

Un humo gris cubría todo, los gases que inhalaron les hicieron llorar y estornudar. Corrieron hacia la salida de la zona de los artesanos, allí el humo era menos espeso. Todos los que se encontraban en la zona corrieron hacia el mismo sitio. Algunos claramente creían que se trataba de un ataque, pues empuñaban sus espadas que siempre tenían cerca. Se congregaron muchas personas en la calle principal más ancha, enfrente de la entrada de la zona de los

artesanos, para enterarse de qué era lo que había pasado. Cuando llegaron allí, Sabandija ya se encontraba corriendo entre los pies de la gente. Después de unos instantes de confusión, aparecieron dos hombres sujetando a un tercero entre el humo. Los tres tenían la cara y las manos completamente negras y el pelo chamuscado, aún les salía humo de la cabeza y de las barbas. Aunque el tercero arrastraba un pie visiblemente herido, los tres reían a carcajadas.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo uno de ellos rodeado por una nube de humo que él mismo producía.

—¿Qué habéis conseguido, matar a alguien? —les dijo una mujer alta y fuerte con la voz todavía afectada por el susto.

—Con unos pocos toques más —dijo uno de ellos mientras se sentaba en el suelo, sin parar de reír— habremos afinado la sustancia explosiva de la que hablan las crónicas más antiguas.

—Sí —dijo su compañero apoyándose en la pared—. Tantas discusiones sobre su existencia, tantos experimentos fallidos, y ahora gracias a los estudios de nuestro pequeño amigo, lo hemos conseguido. —El hombre chamuscado no dejaba de reír, fue a decir algo más y cuando abrió la boca se le cayó un diente. Todo el mundo prorrumpió en carcajadas.

De no conocer a los ayas como los conocía, Loren hubiera jurado que Endrino se sentía orgulloso de haber ayudado a los gremios a conseguir fabricar la nueva sustancia. En realidad, pensó Loren, seguramente sentían orgullo igual que los hombres, pero no lo dejaban traslucir de ninguna manera.

La gente comenzó a dispersarse a la par que el humo. Loren daba vueltas a la nueva sustancia intentando buscarle aplicaciones inmediatas. Antes de poder preguntarles nada a los tres maestros del gremio de herreros—químicos, escucharon a sus espaldas la voz de Meghana que les llamaba. Se acercó a ellos muy alterada, estaba claro que traía malas noticias, ni siquiera parecía extrañada de ver a aquellos hombres medio chamuscados, ennegrecidos y sonrientes.

—Loren, todo ha empezado —dijo entrecortadamente, recuperando el aliento—. Santez ha dado un golpe, como nos dijo Yirdan. —Yirdan la acompañaba y asentía, su rostro era grave, pues conocía mejor que nadie al nuevo gobernante de los hombres—. Ha apresado al rey y todos piensan que ha asesinado a Rocarela. Ha quedado como gobernante absoluto y lo peor es que no ha encontrado apenas resistencia, lo tenía todo muy bien planeado. Esta mañana se nos han unido varios cientos de hombres de los ejércitos del rey, que se niegan a luchar para la Iglesia.

—Bien, es hora de empezar a actuar —dijo Loren, pero se cayó, pues por la actitud de Meghana, que miraba al suelo sabía que no habían acabado las malas noticias—. ¿Qué más tienes que decirme? —Loren esperaba lo peor.

—Han asesinado a Fausto, su cabeza esta clavada en una estaca en la plaza del gremio. —Meghana se acercó a Loren y le abrazó. Los dos guardaron silencio durante un rato que a todo el mundo pareció eterno. Con lágrimas en los ojos, Loren se volvió a sus compañeros y les dijo:

—Convocad una reunión general para esta tarde, quiero que asista todo el mundo que pueda. Sin decir nada más, se alejó abrazado a Meghana. Helan jamás le había visto tan afectado, apenas había podido vocalizar lo que les dijo. Mirando cómo se alejaban, Helan le vio más viejo que nunca, era como si viera por primera vez a su amigo. Aquer le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Se recuperará.

—Sí, al fin y al cabo todos lo hacemos. Pero, ¡le he visto tan mayor! —dijo Helan.

—No, le has visto derrotado. Esta tarde se encontrará mucho mejor y con nuevas razones para seguir la lucha. Fausto era el mejor luchador de todos nosotros, pero no el único —dijo Aquer demostrando que ya consideraba la causa de los hombres libres como suya. Era lo que siempre había esperado Loren, que las fuerzas de la razón se unieran para luchar contra la sinrazón y la superstición, sin importar la raza a la que uno perteneciera.

Capítulo 48

—¡Humillaos ante la imagen de Dios! —dijo el miembro de los pordioseros mientras levantaba la vara ante la gente que miraba la procesión desde los lados de la calle mayor.

Todos se tuvieron que arrodillar cuando la imagen pasaba ante ellos, era una representación en tres dimensiones de la insignia de la religión de la Única Verdad. Detrás, en una enorme carroza tirada por seis caballos, iba el nuevo sumo sacerdote, en su primera aparición en público. Su mirada estaba perdida, parecía no darse cuenta de toda la gente que le miraba desde las aceras. Quienes estaban cerca del sacerdote en la procesión le podían oír repetir una letanía agradeciendo a Dios los últimos acontecimientos, por haberle elegido a él para interpretar su palabra ante los hombres. La calle Mayor por la que discurría la procesión estaba llena de estacas con las cabezas de los rebeldes que habían sido asesinados, fue su primera ofrenda a Dios. Delante y detrás de las carrozas de la procesión, creyentes con velas encendidas cantaban los cánticos que los sacerdotes les habían enseñado. Pasaron por delante de las puertas cerradas a cal y canto de la taberna del Zorro plateado, ya no quedaba ninguna abierta. La gente pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su casa, temerosa de lo que pudiera pasar.

La procesión siguió por la calle Mayor para salir por la puerta del sur y, dando la vuelta por fuera de la ciudad, entrar por la puerta norte. En el barrio del arrabal industrial, muchas casas ardían como represalia contra sus dueños por haber huido a Met-Sadest. Las ruinas ennegrecidas de la fragua de Lictorius testimoniaban la nueva situación. En el barrio, la mayoría de la gente se había quedado dentro de las casas, y no habían salido a recibir el desfile triunfal.

—¡Alto! —dijo Santez levantando la mano, de inmediato toda la procesión se paró obedeciendo a su caudillo.

Haciendo una señal a uno de los monjes pordioseros que iba a su lado, le mandó que se acercara. Después de un momento, el pordiosero salió corriendo para cumplir las órdenes de su señor. Todos los pordioseros que seguían la procesión comenzaron a derribar las puertas del barrio para sacar a todos los ocupantes a la calle. No se anduvieron con contemplaciones, golpeaban a los que se hacían los remolones, y dieron ejemplo matando a palos a un anciano que se resistió a salir de su casa. Santez sabía que en aquel barrio era donde los gremios tenían más apoyo. Estrenaba el uniforme de sumo sacerdote, y se veía impresionante encima de su carroza. Se puso de pie y comenzó a hablar:

—Hasta el día de hoy los términos medios y lo tibio han sido la maldición del hombre. El hombre debe ser en primer término un siervo de Dios, si quiere ganarse el respeto de los otros, y este respeto existe hoy en día menos que nunca. Ya era hora de encontrar la fuerza necesaria para adoptar resoluciones, a las cuales debemos, en el más profundo y último sentido, la salvación de la raza humana. Sé que la labor que nos espera tiene problemas de muy difícil solución. El problema podrá ser muy grande, pero habrá que resolverlo a cualquier precio. Rige aquí la eterna máxima: donde reina una voluntad inquebrantable, se podrá salir de una época de penuria.

Era la primera vez que Santez hablaba en público y creía haberlo hecho de forma impecable. Haciendo una señal a sus guardias previamente convenida, estos desataron los caballos que arrastraban las carrozas, y a golpes obligaron a la gente del barrio a que tomará el puesto de las bestias y arrastraran las carrozas todo el tramo que quedaba para acabar la procesión. Si a alguien le quedaba alguna duda, el puño de Dios había bajado a la tierra y había atrapado a todos los hombres. La noche fue recordada por muchos siglos, cuando acabó la procesión y Santez volvía a estar en su palacio, soltó a sus perros pordioseros y estos enterraron el miedo en lo más profundo del alma de todos los residentes de la ciudad. No fueron pocos los que murieron aquella noche en la hoguera purificadora en nombre de la salvación del hombre.

Capítulo 49

—Ha desaparecido otro grupo —dijo el mensajero al hombre que desde la entrada a su tienda de campaña, miraba las montañas que se extendían en el horizonte, como si quisiera descubrir algún movimiento en ellas.

—¿Dónde ha sido? —dijo Vertax sin dejar de mirar a las montañas.

—Al sur del pico Abrupto —dijo el soldado.

—Cada vez más cerca —se lamentó Vertax—. Es el cuarto grupo que desaparece en este mes. —Esta vez se dirigía a las personas que estaban dentro de la tienda, uno de ellos salió y se unió a él en el exterior. Guter era el general encargado de la primera línea de defensa. Era un hombre alto y delgado, más bien nervudo, su escaso pelo ya blanqueaba, pero sus movimientos rápidos y ágiles demostraban que aún se encontraba lejos de la vejez.

—Debemos replegar nuestras fuerzas o acabaran matándonos a todos, poco a poco —dijo Guter.

El aya que escribía dentro de la tienda dejó lo que estaba haciendo y se unió a sus compañeros en el exterior. El máximo representante del servicio secreto del ejército, había sido destinado a la primera línea para ayudar en lo que pudiera a los mandos del ejército.

—Sabéis como yo —dijo Yann— que no podemos dejar de mandar grupos de exploradores. Tenemos que conocer los movimientos de los rankog, no tenemos fuerzas suficientes para proteger todos los posibles valles de acceso por los que pueden aparecer. Nuestra única baza es saber por dónde van a atacar y adelantarnos a ellos. Si no nos enfrentamos a ellos en los valles más estrechos, estamos perdidos. A campo abierto en una llanura, no tendríamos nada que hacer, son mucho más numerosos que nosotros.

—Lo sabemos querido amigo —dijo Guter— pero tenemos que hacer algo, cada vez están más cerca y aún no hemos podido detectar dónde está el grueso de su ejército.

—Justo ahora, con todos los años que llevamos defendiéndonos, y tienen que lanzar un ataque masivo cuando la península arde con las llamas de la guerra civil.

—¿Cómo está la situación en Dalantalasa? —preguntó Vertax preocupado.

—Por lo último que sé —respondió Yann—, los fuegos ya se han apagado, y los acólitos de la Rama Dorada huyen hacia su bosque sagrado, pero continúan los combates en la llanura de Caldan y en la sierra de los Vientos, va a ser difícil acabar con ellos.

Coincidiendo con el golpe de Santez en Ter—Carlak, Caver, supremo fautor de la secta de la Rama Dorada, se había levantado en armas y había atacado la capital del reino aya, Dalantalasa. Vertax no dejaba de lamentarse cuando se enteró, pues había visto con sus propios ojos la ciudad y le parecía increíble que buena parte de ella hubiera ardido en llamas, desapareciendo para siempre. Pensaba en la cantidad de cosas únicas e irrepetibles que habrían desaparecido con el incendio, ya que era con diferencia la ciudad más antigua y monumental de la península. Después de las dos guerras declaradas en la península, más de la mitad de los componentes del Ejército Común había abandonado sus filas para dirigirse a sus casas y ayudar en lo que pudieran. Como consecuencia la frontera norte se había quedado desguarnecida en el peor momento. Los oficiales dudaban seriamente poder, con sus actuales fuerzas, parar un ataque masivo de las fuerzas rankog, que ya habían sobrepasado la mayoría de los pasos de montaña de la cordillera. Si se producía un ataque sería en uno de los últimos valles, que ya se abrían a la llanura de la península. Perder en ellos la batalla suponía abrir las puertas a una marea irresistible de rankog, que acabarían en cuestión de semanas con toda resistencia de la península.

—Espero que acaben las luchas cuanto antes, y los gobernantes entren en razón y nos manden todas sus fuerzas, si no, estaremos perdidos —dijo Yann.

—Si es el sumo sacerdote de los hombres quien gana, olvídate de ningún tipo de racionalidad —dijo Vertax—, exigiré de inmediato la disolución del Ejército Común.

—Tienes toda la razón —dijo Guter—. Si ese loco logra derrotar a los gremios, volveré las fuerzas que me queden contra él.

Los tres callaron mientras pensaban en su difícil situación. Al fondo, el gran telón de la cordillera, colgaba amenazante sobre ellos. De cazadores habían pasado a cazados, la mayoría de los pasos montañosos estaban en manos de los rankog, que después de haber acabado con los reinos del norte, no habían tardado mucho en montar una nueva alianza de clanes para conquistar la única parte del continente que se les resistía aún.

Capítulo 50

Ahora entendía por qué Loren le había prohibido ir a explorar los túneles cercanos a la ciudad. Era el legado de Fausto y la razón por la que no había querido abandonar Ter–Carlak. Había estado mandando exploradores a todos los túneles que pasaban por debajo de la ciudad, hasta que había descubierto una entrada al primer recinto, a la acrópolis de la ciudad, donde se encontraban los palacios del rey y del sumo sacerdote.

La suerte hizo que se abriera una cavidad durante las obras de excavación para el nuevo palacio real. Habían estado vigilándola durante mucho tiempo, pero nadie en la obra se había dado cuenta de la importancia que tenía aquella galería. Ahora los gremios iban a utilizar ese túnel para tomar la acrópolis de la ciudad. Habían encontrado una puerta trasera abierta y sin vigilancia, Fausto entendió enseguida la oportunidad que suponía eso y no quiso poner la operación en peligro alejándose de la ciudad.

Helan no formaría parte de la operación, se lo habían prohibido expresamente, y a él le dolía la actitud tan protectora de su amigo. Sentiría vergüenza cuando Ilex se enterara. En aquella ocasión sólo tomarían parte los guerreros profesionales, de su resultado podría depender el fin de la guerra. En su mayoría serían soldados del Ejército Común, con experiencia real en combate. Tiram dirigiría el asalto.

Loren lo tenía todo preparado, había mandado unos mensajeros para que hablaran con los mandos del antiguo ejército del rey después tomar la acrópolis. Esperaban que, sin el rey, se pusieran de su lado. Existía una cierta antipatía entre las tropas de rey y las de la Iglesia, y Loren, aconsejado por Fausto, pensaba acertadamente que se podría beneficiar de eso para crear más malestar entre las tropas realistas.

Cuando la luz de la cúpula comenzó a declinar, los hombres de Tiran se prepararon para el asalto, la oscuridad sería su aliada. Esta vez, no llevarían armaduras pesadas, ni lanzas largas, les haría falta tener mucha movilidad y rapidez, el armamento sería corto y las protecciones pequeñas y poco pesadas. Los mejores arqueros acabarían con los guardias del paso de ronda de la muralla, que no tendrían ninguna protección contra los proyectiles que les llegaran desde dentro del acrópolis. Detrás de ellos, irían tropas auxiliares que ocuparían y defenderían la acrópolis cuando se acabara con toda la resistencia. El objetivo principal era capturar al sumo sacerdote, si escapaba, no lograrían acabar con la guerra.

Se arrastraron por la obra del nuevo palacio del rey sin que nadie les viera, habían pintado sus espadas de negro para que ningún destello les delatara, aunque se sorprendieron de la indolencia de quienes estaban a cargo de la vigilancia del primer recinto de la ciudad. Antes de comenzar la batalla tenían que intentar situar tantos guerreros como pudieran en la acrópolis de la ciudad. Como Fausto le dijo a Loren en su última carta, los monjes se sentían muy seguros allí y la guardia principal la colocaban en el último recinto de la ciudad. A los primeros guardias les tomaron por sorpresa, y cuando empezó la batalla, muchos atacantes se encontraban ya dentro de los palacios del rey y del sumo sacerdote, primeros objetivos junto con la puerta de la muralla del primer recinto. Todo fue rápido, la sorpresa fue total, y la ayuda de las tropas auxiliares, que entraron a continuación por la obra, frustró un intento de reconquista de las tropas que estaban diseminadas y acuarteladas por la ciudad. De un golpe se habían hecho con el control de los centros de poder del enemigo. Algunos monjes les miraban incrédulos, no se acababan de creer lo que había pasado, la mayoría estaban convencidos de estar seguros con sus trabajos de sirvientes en palacio. La acrópolis era muy fácilmente defendible de un ataque por la ciudad. Se produjeron muy pocas bajas, y después de asegurar a los prisioneros, todos los guerreros se dirigieron a los muros del primer recinto para defenderse de los ataques desorganizados de los monjes soldados que estaban fuera del primer recinto.

Yirdan acompañó a las primeras tropas de asalto, y se dirigió directamente al palacio del sumo sacerdote en busca de su antiguo amo. Era la persona que mejor le reconocería si intentaba hacerse pasar por otro para huir, además, quería ser él quien le detuviese, quería ver los ojos que ponía cuando se diera cuenta que su antiguo criado, a quien intentó asesinar, le detenía acabando con todos sus grandilocuentes y descabellados planes.

Se dirigió directamente a sus habitaciones particulares donde esperaba encontrarle. Él guiaba al resto de la tropa, pues eran muy pocos los que habían entrado alguna vez en el palacio del sumo sacerdote. En el último tramo tuvieron que abrirse paso luchando con la guardia personal de Santez, compuesta por los pordioseros más furibundos de la orden, fanáticos que habían esperado poder dar la vida por su Dios y ahora se les presentaba la oportunidad. Cuando derribaron la puerta y entraron en la habitación, Santez liado en una sábana, de pie delante de la cama, les increpaba pidiéndoles explicaciones por su actitud. Yirdan se adelantó al resto y se encaró con el sumo sacerdote. Santez tenía los ojos desorbitados y cuando Yirdan le vio allí de pie se dio cuenta que todavía le tenía miedo. Con la cara desencajada, entendieron al momento todos, que Santez estaba fuera de sí, debía pensar que aquello era un sueño, pues su Dios no permitiría que esos insignificantes hombres acabaran tan pronto con sus planes.

—En nombre de los hombres libres, daos preso, vuestro reinado de terror se ha acabado. Tu locura termina aquí —dijo Yirdan teniendo que hacer un esfuerzo para volver a hablar con su antiguo amo.

—Yo te conozco —dijo Santez acercándose a Yirdan, éste levantó la espada corta, interponiéndola entre los dos. —Sí, eres Yirdan —siguió con cierta estupefacción, hablaba como si se dirigiera a seres oníricos—, deberías estar muerto.

Le miró de arriba abajo esperando ver algo que le explicase por qué no estaba muerto, por qué no se había cumplido su voluntad y la de su Dios.

—¿No esperabas verme vivo? —dijo Yirdan, había esperado aquel momento inconscientemente desde que entendió que su señor le quería matar.

Por los ojos que puso, Santez estaba comenzando a entender su situación, no se trataba de una pesadilla ni de una visión, estaba pasando en realidad. Los compañeros de Yirdan miraban interesados todo el asunto con las espadas preparadas, si intentaba algo contra su camarada, no tendrían ningún problema en reducirlo a una masa sanguinolenta. Ese individuo encarnaba todo lo que durante los últimos tiempos les había hecho tanto daño a todos. Se acercó un poco más a Yirdan, le señaló con el dedo y subió el tono de la voz.

—¡Eres un traidor, traicionas a tu Dios y te alías con estos herejes!

Santez no dejaba de acercarse poco a poco a Yirdan, subió un poco más su espada para que Santez la viera y se detuviera.

—No vas a poder terminar con mi obra en la tierra, esto será sólo un intervalo que le enseñará a mis seguidores lo caro que puede resultar levantar la guardia. Cuando se enteren de mi cautiverio, en el monasterio de Illu harán lo imposible por liberarme y continuar la obra que Dios me encomendó, allí tengo muchos seguidores sinceros. Cuando vuelva, las cosas no serán como antes, sólo quedarán los puros de corazón, los que abracen sin reservas la fe de Dios, los que alaben a Dios sin ninguna duda en su voz.

Yirdan le escuchaba y no podía creer lo que estaba escuchando. Lo peor era que tenía cierta razón, mientras estuviera vivo, sus seguidores más recalcitrantes intentarían seguir adelante con la obra emprendida por Santez y harían lo imposible por liberarle. Una resolución debió de reflejarse en su rostro, pues el sumo sacerdote, tan seguro hasta aquel momento, se retiró un poco hacia atrás. Yirdan dio un paso adelante agarrando fuertemente la espada. Tiram le puso la mano en el hombro, pero no le dijo nada. Yirdan se volvió por un momento para ver a sus compañeros, pero su mirada pasó por encima de ellos, había tomado una resolución. Dio dos pasos confiados y cuando tuvo a Santez al alcance de su brazo, le lanzó una puñalada que pasó

entre las costillas y le dividió el corazón en dos. Santez se llevó la mano a la herida y después se miró la mano ensangrentada. No le dio tiempo a decir nada, solamente les miró sin llegar a comprender del todo que se moría irremediablemente como todos los que él había ordenado asesinar. Yirdan soltó la espada que sonó con un golpe sordo cuando se estrelló en el suelo empedrado de la habitación. Después se giró y miró directamente a los ojos de Tiram.

—Me someteré a la ley de los hombres por este acto. —Tiram se acercó a él y miró el cadáver que había en el suelo—. Ahora podré dormir tranquilo.

Se dieron la vuelta y salieron de la habitación. Que le hicieran si querían un mártir, de cualquier forma, sería más fácil negociar con los seguidores de un loco que con el mismo loco, pensó Tiram. No sería él quien acusara a Yirdan de asesinato, además desde la lógica de los creyentes, si Santez había muerto, sólo podría haber sido por voluntad divina.

En las caras de muchos monjes detenidos se podía leer un cierto alivio por su nueva situación. Los menos rezaban en voz alta por su líder. Unos pocos llegaron a suicidarse cuando se enteraron de la muerte de Santez. Lo peor del día fue cuando exploraron los sótanos del palacio del sumo sacerdote. Encontraron a muchos amigos de los gremios torturados y un pozo lleno de cadáveres. Como les había dicho Yirdan, el reino del terror había empezado, y ya no sólo se trataba de acabar con unos pocos para escarmentar al resto, se trataba de exterminar todo lo que se pudiera interpretar como oposición al régimen teocrático, que dirigía Santez.

Resistieron dos intentos de asalto aquel mismo día, pero la acrópolis estaba pensada para ser fácilmente defendida. Los atacantes estaban bastante desorganizados, la muerte de su jefe les había dejado sin dirección, y Loren esperaba llegar a un acuerdo con ellos antes de que algún otro se alzara como nuevo líder. Varios candidatos luchaban entre ellos en los distintos barrios de la ciudad. Todo cambió cuando las tropas reales y las milicias de los gremios se presentaron a las puertas de la ciudad. Los monjes se rendían a cientos y ningún líder ocasional pudo parar la rendición general. Las tropas de la Iglesia que estaban en las montañas se evaporaron como si nunca hubieran existido, y con el tiempo se hizo famosa la frase que repetían la mayoría de los monjes que negaban haber sido parte del ejército: «No formé parte de los pordioseros», cuando todo acabó resultó que nadie había sido de esa orden.

Con un golpe maestro habían terminado con la guerra.

Capítulo 51

Lo primero que vieron fueron las columnas de humo que ascendían al cielo, desde donde debía estar situada en el horizonte Dalantalasa. Todos miraban el panorama con expectación, se temían lo peor, que los rankog por fin hubieran entrado en la península y hubieran destruido la ciudad. Sólo Ilex pensaba que podría tratarse de otra cosa.

Cuando el destartado barco asomó ante los muelles, vieron barrios enteros consumidos por las llamas. Las columnas de humo que habían visto eran simplemente los rescoldos de fuegos más grandes. En el puerto se congregó un gran número de personas que les saludaban efusivamente. Fuera como fuera, parecía que la ciudad no había caído, todos los que les saludaban eran amigos. Entre las personas que les esperaban en el puerto, había muchos montañeses humanos. El barco se acercó poco a poco a puerto y la gente de la ciudad parecía contener la respiración, como si esperaran que se fuera a hundir de inmediato antes de atracar. Habían tenido mucha suerte en el trayecto pues, aún siendo temporada de tormentas, no se habían encontrado con ninguna y la travesía había sido lenta pero segura.

Bajaron del barco y notaron miradas de sorpresa, algunas personas los observaban como si fueran fantasmas. Una aya se acercó a otro avejentado claramente por las preocupaciones del exilio y después de inspeccionarle detenidamente, le reconoció como su hijo, al cual daba ya por muerto hacía tiempo. Dos de las seis torres que coronaban el palacio real habían caído, pero parecía que no habían podido conquistar el palacio. Hasta allí había llegado la catástrofe.

El senador humano se acercó a Ligan y le dio un abrazo, pero no cruzó ninguna palabra con él, la austeridad de los montañeses llegaba hasta ese extremo, sólo hacía falta mirar a los pasajeros del barco para darse cuenta de que habían cumplido su misión. Un niña salió de entre la gente y se colgó del cuello de Ligan, este la levantó y se la puso encima de los hombros después de darle un par de sonoros besos.

Ilex reconoció entre la gente del puerto a un general del ejército real aya y fue hacia él. No hizo falta que le preguntara nada, el personaje, ya de un color bastante oscuro, la reconoció y le dijo cuando se acercó a él:

—Ha sido espantoso, jamás en mi vida hubiera llegado a pensar en ayas luchando contra ayas. La lucha ha sido encarnizada, no imaginé que ningún aya pudiera sentir odio de esa manera contra otro. Nos va a costar muchos años olvidar algo así, como pueblo vamos a tener que replantearnos muchas cosas.

—¿Han sido los miembros de la Rama Dorada? —preguntó Ilex que ya sabía que la respuesta sería positiva.

—Sí, estuvieron a punto de acabar con nosotros, estábamos sitiados en el palacio real, y ya eran pocos los barrios que no habían caído en sus manos, cuando tus amigos los humanos montañeses desembarcaron y al ver que lo habían hecho en medio de una guerra formaron cuadros para defenderse. Los miembros de la secta interpretaron que eran aliados nuestros y emprendieron la huida. Estaba claro que en su ánimo no estaba luchar contra fuerzas humanas tan bien dispuestas para la lucha —dijo el general dibujando una sonrisa socarrona.

—Vaya, eso sí que es oportunidad y buena suerte —dijo Aliso que escuchaba la conversación de Ilex con el general.

—Desde entonces han cambiado las tornas. Ahora somos nosotros los que les perseguimos por las tierras del sur para acabar con ellos —dijo el general—. De todas formas será mejor que te presentes ante los altos cargos del cuartel general, ellos te darán más explicaciones.

—Espero no tener que recordar a nadie que pertenezco al Ejército Común de Defensa, y no al ejército de su graciosa majestad —dijo Ilex con toda la precaución que pudo.

—De eso se trata —dijo el general—. Las cosas no están mejor en la frontera que aquí. Los rankog han conquistado la mayor parte de la cordillera norte, y es cuestión de poco tiempo que

desborden nuestra primera línea de defensa. Los hombres también están con luchas internas, y el Ejército Común está casi desmantelado. Con los efectivos que les quedan, creemos que no podrán retener una avalancha rankog.

Ilex se llevó la mano a la coleta morada y comenzó a acariciársela, ese movimiento le permitía ensimismarse y concentrarse en sus pensamientos. Dalantalasa estaba casi totalmente destruida por una guerra civil, aunque parecía dominada. Los humanos estaban en guerra entre ellos, y su hermano estaba en medio. El Ejército Común se había reducido bastante debido a las luchas de los dos reinos y los rankog estaban a las puertas de las llanuras de la península. Todo estaba a punto de caer en un caos del que sólo saldría muerte y destrucción. La cosa había empeorado mucho desde que había partido a la misión que la llevó al continente. Aunque presentía que llegarían tiempos difíciles, no pensaba que la cosa fuera a comenzar tan pronto. Dándose la vuelta, intentó mirar con ojos optimistas a la ciudad, y pensar que en poco tiempo volvería a despuntar como la ciudad más bella de la península.

Los miembros liberados de los gremios se despidieron de Ilex y de Ligan, y una guardia de ayas armados los custodió hasta los cuarteles de su ejército. Antes de liberarlos querían saber qué era lo que sabían de los rankog. Los ayas declararon que sólo accedieron a trabajar para los rankog si estos respetaban en cada momento el secreto de su técnica, y aunque varias veces intentaron sonsacarles algo, siempre se habían negado a trabajar en presencia de ellos. Los rankog usaban sus producciones como artículos de lujo, y el jefe del clan para el que trabajan entendía que ganaría más prestigio si sólo los fabricaba él, por lo que acabó cediendo a las peticiones de sus cautivos.

A las afueras de la ciudad, y alejados de las ruinas, acampaban sus nuevos amigos, de los que en parte se sentía responsable. También quería conocer la opinión de Ogui al respecto. Se dirigió tristemente al campamento de los montañeses detrás del senador y de Ligan, pasando entre escombros. Los ayas eran muy laboriosos y no habían perdido el tiempo, sin que se hubieran enfriado los escombros, ya habían empezado la reconstrucción. Cuando vio el campamento de los montañeses entendió por qué los seguidores de la Rama Dorada habían huido. Aquello no era un campamento de refugiados como ella había esperado encontrar, aquello era un campamento militar en toda regla, incluso habían montado defensas alrededor del perímetro. Sin duda sus nuevos amigos serían de una ayuda inestimable en la defensa de la frontera norte. Ogui salió a esperarla a la puerta del campamento. Estaba sonriente, y la miraba con cariño y aliviado.

—Sabía que volverías —dijo mientras se acercaba a ella y la abrazaba, Ilex se tuvo que agachar para estar a la altura de su amigo—. Siento lo que ha pasado en Dalantalasa, al menos nuestra llegada sirvió para algo.

—Sí, fue una suerte —respondió lacónicamente Ilex, que todavía no se había recuperado de la destrucción que la rodeaba.

—Si no estás muy cansada, me gustaría informarte del lamentable estado en que nos encontramos.

—Cuanto antes mejor, necesito trabajar y concentrarme en algo rápidamente. Además durante el viaje no he hecho otra cosa que dormir —dijo Ilex.

Los dos se internaron en el ordenado campamento de los montañeses, tenían mucho trabajo por delante y poco tiempo para realizarlo. Menos unos gritos de unos niños en la lejanía, en el campamento reinaba un silencio casi sepulcral. Muchos montañeses habían empezado a pensar que se habían escapado de la sartén para caer en el fuego.

Cuando era noche cerrada y en todo el campamento sólo se veían los centinelas que hacían guardia, una pequeña figura salió por la puerta dando el santo y seña a los vigilantes que le dejaron salir. Cuando estuvo fuera del campamento, destapó el bulto que llevaba, y si alguien hubiera estado allí habría visto que estaba liberando un ave parasum. El ave salió volando hacia

el noroeste. Miró cómo se alejaba en el horizonte. La decisión que tuvo que tomar para mandar el pájaro fue la más difícil de su vida, pues podría suponer un sacrificio definitivo para su exigua raza. Estuvo durante un tiempo parado delante de la puerta del campamento humano como si no pudiera decidir qué hacer a continuación. Al fin se dio la vuelta y se dirigió otra vez hasta su tienda. Dos largas sombras se unieron a él para escoltarle de vuelta. Nadie dijo nada durante el camino. Los dos humanos que le acompañaban bajaron también la mirada al suelo, eran los únicos que entendían el sacrificio al que se enfrentaban los dae-lin.

El momento de la verdad

Capítulo 52

Por fin Helan podía volver a Ter–Carlak sin ningún temor, Aquer lo acompañaba y Sabandija se asomaba por la abertura de la mochila. La gente al principio se había mostrado muy reacia a mostrar cualquier signo de alegría, les habían enseñado con sangre a ser apáticos y tardaron un tiempo en comprender que la situación había cambiado. La tiranía de la fuerza y el miedo había acabado.

Mucha gente se interesó por el rey, pero el monarca había muerto sin dejar sucesor. Los monjes le habían matado cuando se sintieron perdidos con el asalto de las fuerzas de los gremios. No había ningún tipo de marcha atrás, y los representantes de los gremios comenzaron a discutir cuál sería el mejor sistema de gobierno. Mientras tanto el gobierno provisional, constituido al comienzo de la crisis, tomaba las decisiones más importantes. Nadie quería más tiranos en el poder, y poco a poco fue calando la idea de un gobierno de ciudadanos libres, un gobierno de iguales. Se informó a la gente que se estaba poniendo por escrito unas leyes que valdrían por igual para todos, y que serían aplicadas sin excepciones. La idea de que todos serían iguales ante la ley se impuso entre las decepcionadas personas en poco tiempo.

Aquer sabía dónde se dirigía su amigo. Callejeaba por el pasadizo de las Matronas y su camino sin duda acabaría en la plaza del Gremio de los Herreros–Químicos, donde habían asesinado a Fausto e hincado su cabeza en una pica para horror de todas las personas que habitaban en el barrio. No dijo nada en todo el trayecto. Cuando desembocaron en la plaza, no les resultó muy difícil descubrir donde había estado la estaca con la cabeza de Fausto, un montón de flores señalaban el lugar. Entre ellas, una flor de cardo despuntaba entre las demás, y los dos amigos supieron de inmediato que aquella la había puesto Loren. En la plaza reinaba un terrible silencio contenido, vibrante, como si fuera a estallar al próximo instante. Las flores no tapaban toda la mancha de sangre que había en el suelo de la plaza.

Una mujer les vio parados delante del pequeño homenaje improvisado y se acercó algo temerosa a ellos.

—Eres el pequeño de Meghana, el que trabaja para Loren, ¿verdad? —su tono era apesadumbrado.

—Sí, me llamo Helan.

—Ahora me acuerdo —dijo la mujer, mirando de reojo a Aquer, pero no dijo nada de él—. Cuando veas a Loren, dile que no pudimos hacer nada, o no supimos, ahora mismo es todo muy confuso —la mujer estaba agotada se veía en su mirada que llevaba varios días sin dormir—. No sabría decirte cuándo comenzamos a consentir el comportamiento de los monjes y cuándo fue irreversible la situación, pero la mayoría no queríamos que pasara lo que pasó. En la confusión de la lucha, recogimos los restos de Fausto y los incineramos en el horno de un artesano, no queríamos que volvieran a cogerlos los monjes. En los últimos momentos, cuando se supieron perdidos, muchos de ellos enloquecieron si es que les quedaba algo de cordura.

—Loren os lo agradecerá—dijo Aquer ahorrándole a su amigo tener que hablar.

—Es lo menos que podíamos hacer por él. Ha sido una pesadilla —dijo la mujer pensando que no la iban a creer, estaba francamente preocupada por que pudieran pensar que todos los creyentes habían apoyado la política de la Iglesia—. Esos brutos han acabado con toda la fe que teníamos al principio. —La mujer intentaba excusarse—. Al principio no era así, nosotros adorábamos a nuestro Dios, como otras personas adoraban a los dioses antiguos. —Mientras decía esto último miraba al suelo, se avergonzaba de haber formado parte alguna vez de una fe que se había atrofiado de tal manera.

—Afortunadamente ya ha terminado —dijo Helan sin demostrar ningún rencor contra la mujer. En adelante, le gustara o no, iba a tener que seguir conviviendo con creyentes de esa religión, si se permitía la libertad de culto, había que hacerlo sin excepciones—. Tenemos que trabajar

todos juntos para que algo así no vuelva a ocurrir, no debemos dejar que nadie más convenza a nadie de que la justicia divina está por encima de la de los hombres.

—Así debe de ser —dijo la mujer mirando al suelo.

—De todas formas, el gobierno que queremos crear para los hombres no prohibirá ninguna fe, ninguna religión, eso al menos es lo que se ha dicho en todas las reuniones a las que he asistido. —La mujer levantó la cabeza esperanzada.

—Siempre he sabido que todo lo que estaba pasando era por voluntad de los hombres, sé que Dios les juzgará severamente. Espero que todo vuelva a ser como al principio, que todos podamos convivir otra vez en paz.

—Haremos que sea mejor, y les enseñaremos a nuestros hijos que por encima de cualquier credo tienen que estar las leyes de los hombres, las que ellos mismos se han dado a sí mismos. —Mientras decía esto, Helan pensó en su padre, por fin iban a conseguir lo que él hubiera querido para los hombres. Unos gritos persistentes interrumpieron sus pensamientos y le sacaron de golpe de su ensimismamiento.

—¡Los llevan por la calle Mayor, los van a sacar de la ciudad!

Un anciano corría y gritaba avisando a sus vecinos. Helan y Aquer miraron por unos instantes al viejo, sin comprender qué era lo que estaba pasando. La gente salía de las casas y corría hacia la calle Mayor. Helan y Aquer siguieron a la gente y adelantaron al anciano que seguía gritando. Cuando desembocaron en la calle Mayor, una multitud ya se congregaba allí. El ruido era ensordecedor, todo el mundo insultaba e increpaba a una fila de monjes que, escoltados por soldados, desfilaban por la calle. En su mayoría se trataba de los temidos pordioseros, que miraban con odio a la gente que les insultaba. Unos días antes ninguno se hubiera atrevido siquiera a mirarles. Se producían empujones, pero la cosa parecía que no iba a pasar a más, hasta que a un monje se le ocurrió levantar la voz para maldecir en nombre de su Dios a la gente que les insultaba y que había traicionado su fe. Fue la gota que colmó el vaso, y una lluvia de todo tipo de objetos comenzó a caer sobre ellos. Al que había levantado la voz, una piedra se le estrelló en pleno rostro partiéndole la mitad de los dientes de la mandíbula inferior. Ninguno volvió a decir nada más, agacharon la cabeza y aligeraron el paso, entendieron que su vida pendía de un hilo muy fino, que ellos mismos acababan de rasgar.

Helan sintió pena, más por la raza humana que por los indeseables que se arrastraban por la calle Mayor, temerosos por sus vidas. Su ciudad tardaría un tiempo en volver a ser lo que había sido, pero estaba seguro de que algún día volvería a verla mucho mejor que antes. Ahora la gente podría tener el sentimiento nuevo de trabajar por el bien común, todo lo que se hiciera en la ciudad se haría para todos y no para engrandecer la memoria de ningún individuo. Esperaba que sus compatriotas entendieran esto, pues era crucial para el buen funcionamiento de la sociedad que estaban levantando.

Un atisbo de optimismo asomó a su rostro y le hizo acordarse de Ilex ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de ella? Sintió unas ganas terribles de volverla a ver y contarle todo lo que les había pasado en estos últimos tiempos.

—¿Tienes noticias de tu hermana? —dijo Helan mirando a Aquer.

—No —fue la respuesta de Aquer, y viendo la preocupación en los ojos de su amigo le dijo—. Yo también estoy preocupado por ella, pero no olvido que sabe cuidarse, y en su trabajo es la mejor. —Entonces mirándolo fijamente a los ojos le dijo—: Sé que ella también te aprecia mucho, y esté donde esté, seguro que también tiene algún pensamiento para ti. —Helan sintió vergüenza por el comentario de su amigo. Ahora que lo oía en boca de otra persona, se daba cuenta de que sentía algo por Ilex. Parecía disparatado. Además, pensó algo decepcionado, ¿qué podría ver una chica como ella, que se rodeaba de los mejores guerreros de su raza y de los humanos, en un joven como él? Intentó apartar aquellos pensamientos de su mente para no deprimirse más, le hacían daño y eso le extrañó. Su amigo le miraba desconcertado intentando

averiguar qué era lo que estaba pensando el humano, pero no dijeron nada más. Salieron de la ciudad para comprobar adonde llevaban a los monjes soldados.

Los prisioneros fueron encerrados en unos rediles para ganado que había a las afueras de Ter-Carlak. Querían evitar que la gente más afectada por el gobierno de terror de la Iglesia se tomara la justicia por su mano. La gente bajaba hasta el redil para insultarles, pero la presencia de guardias de los gremios evitaba que pasara nada más. Muchos eran señalados como asesinos de ciertas personas a sangre fría. Había personal de los gremios recogiendo todo tipo de información para juzgar a todos los que tuvieran delitos de sangre.

La situación le parecía a Helan lamentable, todo lo que había pasado hablaba muy mal de los humanos como raza, pero comenzaba a imponerse poco a poco una esperanza de tiempos mejores, y quizás una oportunidad para que los humanos demostraran que también eran capaces de realizar grandes obras. Todo esto, siempre que sobrevivieran a los próximos ataques de los Rankog, pensó Helan.

—¿Dónde os habías metido? Llevo una hora buscándoos —dijo Meghana algo alterada cuando encontró por fin a Helan y a Aquer, que despreocupados de todo paseaban por la calle Mayor. A su hijo le extrañó que su madre se hubiera puesto su mejor vestido, además se había recogido el pelo en un cuidadoso moño del que sobresalían los palillos de ébano negro que Lictorius le había hecho cuando se prometieron, aquellos palillos de madera eran un tesoro para Meghana. Se fijó en su madre y se dio cuenta que hacía mucho tiempo que no la veía como lo que era, una mujer madura, atractiva e inteligente. Podría conseguir al hombre que quisiera, pero por ahora parecía no interesarle lo más mínimo el asunto, estaba totalmente volcada en su trabajo.

—Estábamos dando una vuelta por la ciudad —dijo Helan con sorpresa—. No es la primera reunión del gobierno provisional a la que asistimos, no sé por qué te pones tan nerviosa.

—¡No te has enterado! Esta no es como las demás reuniones. Se va a constituir el gobierno de transición, y se va a establecer la base para nuestro futuro gobierno, los legisladores ya han acabado de redactar el documento y hoy se va a presentar a toda la ciudad.

—Bueno, pero no creo que sea para tanto —dijo Helan intentando tranquilizar a su madre que seguía alterada, con sus palabras logró lo contrario.

—Tu padre diría que es el día más importante para la historia de la raza humana y tú piensas que ¡no es para tanto! —Le miró fijamente y entendió que al fin y al cabo era un muchacho. — Este día será recordado por las generaciones futuras, y tú podrás decir que estuviste allí. Además, para mí es un día muy importante y quiero que estés a mi lado.

—De acuerdo —dijo Helan— pensábamos ir, aunque no tuviéramos ni idea de que fuera tan importante.

Los tres se dirigieron a la acrópolis de la ciudad, pues el texto se iba a presentar en la plaza que existía delante del palacio real. Las puertas del primer recinto estaban abiertas y muchos entraban allí por primera vez. Mucha gente se dirigía hacia la acrópolis como ellos, se dieron cuenta que la gente opinaba como su madre, sería un día histórico para la humanidad y nadie parecía querer perderselo. Cuando llegaron, sólo la insistencia de Meghana convenció a los guardias de que abrieran paso hasta las primeras filas, la plaza estaba abarrotada. Cayeron de inmediato en la cuenta de que, de no ser por Meghana, no hubieran logrado ni el acceso a la plaza. Tres altos cargos de los gremios estaban situados a las puertas del palacio real encima de la escalinata desde donde todo el mundo podría oírles, Loren era uno de ellos. El que se situaba en el centro de los tres se adelantó y comenzó a hablar.

—En este mismo momento, nuestros emisarios están leyendo este mismo texto en Met-Sadest, Camora, a las tropas acantonadas en la frontera norte y en todas las ciudades y pueblos de los humanos. También una representación nuestra, se dirige a Dalantalasa para exponer nuestros planes de futuro a nuestros aliados. Una comisión en la que se han integrado personas de todos

los orígenes y condiciones han preparado un texto que será la base de nuestra nueva sociedad. Ya no nos regirá la arbitrariedad de las decisiones de un individuo, ahora todo será juzgado desde este documento, un documento que todos los ciudadanos tendrán el derecho y la obligación de conocer. Así, la idea central del documento está contenida en la declaración que precede a las leyes propiamente dichas. La declaración dice: «Queremos declarar al resto del mundo, que nosotros los humanos nos queremos constituir como un pueblo formado por individuos libres. Personas libres que se declaran iguales ante la ley, con el derecho y la obligación de participar en el gobierno que nosotros mismos nos damos».

El alto cargo del gremio continuó con la lectura de todos los artículos de la nueva ley. Helan se perdió un poco, pues no dejaba de dar vueltas a lo que la primera parte de la declaración suponía. Su madre tenía razón, aquel día pasaría a ser el día más importante para la raza humana. Se le saltaron las lágrimas pensando en lo que su padre hubiera sentido de haber estado allí. Miraba de reojo a Meghana, orgulloso de su madre, pues sabía que ella había sido partícipe de la creación de aquel documento y de la organización de las distintas comisiones que se habían creado.

Aquer veía que la expresión de los humanos iba cambiando poco a poco. Muchos habían esperado un tiempo de terror e incertidumbre tras la guerra, pero estaban comprobando que lo que sucedía era un nuevo comienzo. La esperanza en un futuro mejor se abría sitio en la plaza abarrotada de gente. El formar parte de algo propio y no ser menos que nadie, esa era la idea principal que estaba calando entre todos los ciudadanos que escuchaban el contenido del documento. Muchos también entendieron que el nuevo sistema no sería tan cómodo como el anterior, donde el victimismo servía de refugio a muchos, ahora se veían en la obligación de tener que decidir cosas por ellos mismos, de influir en la dirección que querían que tomaran las cosas.

El hombre que hablaba, pronunció el nombre de su madre e hizo que Helan volviera a prestar atención, para enterarse de qué era lo que estaba pasando. Meghana se acercó a la escalinata y situándose al lado de los tres hombres dijo:

—Para mí será un honor liderar el nuevo gobierno provisional mientras dure la crisis. Esperamos que muy pronto se pueda convocar a todas las personas para que elijan al primer gobierno formal de la era de los hombres libres. Mientras tanto, prometo someterme al documento que se ha presentado hoy. Será nuestro marco de gobierno. A partir de él y sin traicionar sus principios, desarrollaremos todas las leyes que hagan falta.

La sorpresa de la gente se podía palpar. Aunque se llevaba tiempo anunciando qué tipo de gobierno se iba a constituir, parecía que nadie acababa de creérselo. Por si fuera poco, se había elegido a una mujer como máxima responsable del nuevo gobierno. La gente no sabía qué pensar, y entendieron de pronto que el precepto de que todas las personas eran iguales ante la ley comenzaba a aplicarse de inmediato. Muchas personas, sobre todo mujeres, comenzaron a dar gritos de alegría ante la nueva perspectiva que se les presentaba. Dentro de los gremios, las mujeres habían podido llegar a ascender, siempre con problemas, ahora Meghana estaba allí para demostrar que era verdad. Levantó los brazos pidiendo silencio a la concurrencia.

—Sin embargo —dijo Meghana— vivimos tiempos muy difíciles. Nuestro nuevo sistema político puede morir antes de nacer. —Todos los presentes guardaban silencio, pues sabían la grave amenaza que se cernía sobre ellos en la frontera norte—. Los rankog han conquistado casi toda la cordillera, y están a punto de lanzar un ataque que nos podría dejar indefensos ante ellos. Por tanto me veo obligada a que mi primera acción como responsable del nuevo gobierno, sea también la más triste que se pueda pensar, no tenemos más remedio que declarar una leva. Todas las personas capaces de empuñar un arma y cuyo trabajo no sea esencial para el funcionamiento de la ciudad, o cuyas responsabilidades familiares no se lo impidan, deberán presentarse dentro de tres días en las puertas de la ciudad, cargando con la comida que puedan

y las armas que puedan encontrar. En las sedes de los gremios se procederá al reparto de todas las que haya. Si no logramos vencer a los rankog, ellos volverán a conquistar nuestras tierras, y lo mejor que nos espera es la esclavitud, ya no podemos huir a refugiarnos en ningún otro sitio. El silencio era abrumador, nadie decía nada. Cuando parecía que un nuevo principio comenzaba lleno de esperanza, se veían obligados a luchar contra un enemigo despiadado y más numeroso. En la plaza sólo se podía escuchar la respiración de los allí congregados. Entonces un grito rompió el silencio, y otras muchas voces se unieron a esta en un coro de graves y agudos que llegó al corazón de todos los presentes:

—¡Libertad o muerte!

Durante un buen rato no se pudo oír nada más. La gente había sufrido mucho, los poderosos les habían considerado durante toda la historia humana, poco más que ganado prescindible. Ahora parecían darse cuenta de la injusticia que habían arrastrado, y no querían volver a la situación anterior, habían podido vislumbrar un futuro muy esperanzador. Meghana alzó las manos para volver a pedir silencio. Lo logró después de realizar varios intentos.

—Una vez en la frontera, todo nuestro ejército se pondrá a las órdenes de los generales del Ejército Común de Defensa. Ahora todos debemos retirarnos pues tenemos muchas cosas que hacer. Se han nombrado oficiales para los distintos barrios de la ciudad, para solucionar cualquier duda os pedimos que contactéis con ellos, su función es ayudaros en todo lo posible.

La multitud volvió a irrumpir en gritos, ahora ya no sólo se oían en la plaza, el clamor se alzaba por toda la ciudad. Hasta altas horas de la noche se oían gritos de alegría apoyando el nuevo gobierno de los humanos. Por muchas esquinas, jóvenes repartían librillos que contenían las nuevas leyes, era la plasmación real y no una promesa de lo que les habían contado. Para muchos fue la primera vez que veían la letra impresa con tipos móviles, y para ellos supuso la esperanza de que las cosas se podían hacer mejor que antes, y que podrían llegar por fin a todos.

En el campamento que se había constituido con la mayoría de las fuerzas del Ejército en la frontera norte, los soldados formaban con todo el equipo, mientras un oficial les leía la carta que les había mandado el nuevo Gobierno Provisional de los humanos. Era la fuerza más avanzada, y había estado esperando que los rankog hicieran algún movimiento para posicionarse frente a ellos. Durante toda la lectura, los legionarios no dijeron nada, se contentaron con mirarse unos a otros con estupefacción y alegría contenida. Los ayas que formaban en las alas montando sus lantares, también escuchaban la carta pensando en cómo les afectaría a ellos. Cuando el oficial les dijo que una leva del reino humano se dirigía hacia la frontera para ayudarles a contener a las hordas rankog, los legionarios comenzaron a golpear los escudos con el astil de sus lanzas, los lantares se inquietaron por el ensordecedor ruido. Sus padres, hermanos, hermanas, amantes se dirigían hacia allí para luchar a su lado. La esperada unión de todos para enfrentarse al peligro más acuciante parecía que se había producido, sólo esperaban que no fuera demasiado tarde. La formación se puso en marcha, y sin dejar de golpear los escudos se dirigieron hacia la posición donde por fin se había visto al grueso de la horda rankog preparada para la invasión.

Capítulo 53

Por la noche mientras cenaban, Helan miraba de reojo a su madre, y aunque no veía nada distinto del día anterior, sabía que no era la misma persona. Aquer, Helan, su madre y Loren, habían constituido una especie de unidad familiar de emergencia, en la que todos parecían encontrarse cómodos. Aquer hablaba con Loren del estado de las distintas investigaciones que se llevaban a cabo en Met–Sadest. Helan se armó de valor y le dijo a su madre:

—Sabes que tendré que presentarme en la leva —dijo Helan queriendo dar por sentado que eso sería así y evitar toda discusión.

—No, tú te ofreciste como voluntario para ayudar a los investigadores del gremio con las nuevas sustancias, y aunque lo hiciste en contra de mi opinión, te presentaste —dijo tranquilamente Meghana, era la carta que se guardaba en la manga, el trabajo de su hijo era imprescindible y no podría abandonarlo.

—¡Pero, no me puedes impedir que me presente! —dijo Helan furioso, ahora Loren y Aquer les miraban con atención.

—A ti, y a todo aquel que desarrolle un trabajo imprescindible.

Helan sabía que le había pillado. Aunque el trabajo del gremio con la sustancia explosiva estaba muy adelantado, no estaba acabado del todo. Loren no dejaba de meterles prisa para que estuviera preparada cuanto antes. Esperaba poder utilizarla de alguna manera en la guerra que se cernía sobre ellos.

—Por cierto, cómo se encuentra la investigación —dijo Aquer esperando desviar la conversación y acabar con la discusión.

—Se está forjando un artefacto que nos va a servir para dar un uso nuevo a la sustancia explosiva —dijo Helan encantado de poder acabar con una discusión en la que tenía las de perder, aunque le pesara, su madre tenía razón, no podía abandonar ahora el trabajo que estaba realizando en Met–Sadest— No sé cómo será, yo estoy perfeccionando la composición de la fórmula.

—¿Ya no se producen tantos accidentes? —preguntó Meghana.

—No, por fin dominamos mejor el proceso, ha sido una suerte que nadie muriera en los primeros experimentos, ahora nos damos cuenta del poder real de la pólvora.

—¿Así es como la habéis llamado? —dijo Loren.

—Es como Endrino nos ha dicho que se llamaba en el pasado —dijo Helan, y de forma desafiante le dijo a su madre—. Cuando los artilugios estén preparados y nos podamos dirigir a la frontera norte, si es que llegamos a tiempo, no tendrás ningún argumento para retenerme aquí.

—Cuando eso suceda —dijo su madre con pesar— lo sentiré como no puedes ni imaginar, pero lo aceptaré como todas las madres a las que la leva, que he promulgado hoy, ha afectado—. Helan se sintió avergonzado por lo que había dicho a su madre, pues se podría haber interpretado que ella utilizaría su cargo para evitar peligros a su hijo.

—Lo siento madre —dijo Helan— no quería decir...

—No importa —dijo Meghana, cogiéndole la mano—. Ahora nos tenéis que perdonar, pero Loren y yo tenemos muchas cosas que hacer antes de irnos a la cama. —Los dos se levantaron y desaparecieron por la puerta. Aunque nadie les hubiera reprochado que se establecieran en el palacio del rey, los dos decidieron seguir viviendo en la casa de Loren, en la plaza del Gremio, y a su pesar, en adelante serían muchas las noches que tendrían que pasar en el palacio real. El trabajo de investigación en Met–Sadest de Loren se tendría que parar por unos días, hasta que pudiera delegar sus responsabilidades de gobierno en otras manos.

—¿Qué son esos artefactos que referiste antes? —preguntó Aquer cuando se quedaron solos.

—En realidad no lo sé, pero si sé que los experimentos con ellos ya han causado más de una muerte —dijo Helan— Como podrás comprender, no le he querido decir nada a mi madre, aunque ella seguro que lo sabe. El barón Lisander está detrás de los artefactos, dice estar a punto de conseguir que funcionen a la perfección, pero el secreto que los rodea es total.

—Cuando vayas a la frontera norte, iré contigo —dijo Aquer con resolución. Helan le miró fijamente durante unos instantes.

—Te lo agradezco de veras —dijo Helan— he de confesarte que la sola idea de enfrentarme a los rankog, me hiela la sangre. No sé cómo voy a reaccionar en esos momentos. Admiro a la gente como tu hermana.

—La verdad es que yo tampoco sé como reaccionaré —le confesó Aquer—. Una vez preguntándole a Ilex por este asunto, me dijo que el secreto estaba en mirar hacia los lados y fijarte en los rostros de los compañeros que te flanquean, en ese momento, me dijo que la decisión siempre es ir hacia delante y luchar por tus amigos.

—Creo que a mí me dijo algo parecido una vez —y continuó—, te vuelvo a agradecer que me acompañes a la frontera, será más fácil así. Voy a salir a la calle después de cenar, toda la ciudad está de fiesta. Creo que en realidad la gente estaba deseando tener algo que celebrar después de tanto tiempo sufriendo penalidades. La mitad de ellos tiene algún muerto reciente en su familia, pero eso no enturbiará la fiesta esta noche.

—Los ayas diríamos, en un momento así, que la fiesta es un obligado homenaje a los que faltan —dijo Aquer.

Los dos salieron a la calle, y como habían imaginado, todo Ter—Carlak estaba celebrando el final de una época triste y calamitosa. Todas las tabernas abrieron las puertas, los mismos ciudadanos arrancaron las tablas que las cerraban y trajeron en volandas a los taberneros desde sus casas. Aquer y Helan no tardaron en unirse a un grupo de jóvenes que recorría en un desfile caótico las tabernas de la ciudad. Cuando se quisieron dar cuenta estaban borrachos y acabaron en un pajar de las afueras de la ciudad con dos muchachas desconocidas. Parecía como si todo el mundo quisiera recuperar todo el tiempo que habían perdido durante los largos años de estrecheces grises y falsas morales, cuya función era menospreciar al hombre frente a las divinidades. La luz de la mañana volvería a poner muchas cosas en su sitio, pero aquella noche había que actuar.

Capítulo 54

—Si nos pedís barcos para volver a vuestra tierra, nadie os reprochará nada —dijo Ogui, que hablaba en nombre de los generales del Ejército Común. La asamblea le respetaba como a ningún otro. Los emisarios de Guter, general del Ejército Común, escuchaban atentamente todo lo que se decía en la reunión que tenía lugar en una tienda del campamento de los montañeses, a las afueras de Dalantalasa. La tarde ya avanzada anunciaba el final del día.

—Sabemos que tus intenciones son buenas —dijo Rostar, el senador de los montañeses con un tono amable— pero esas palabras ofenden a mi pueblo. ¿Qué clase de personas seríamos, si a la primera dificultad abandonáramos a nuestros aliados? No señor Ogui, sin duda tus palabras se deben a la ignorancia de nuestras costumbres. Una persona sin honor, es un muerto viviente en nuestra sociedad, tenemos una deuda con vosotros, y es hora de que demos nuestra gratitud. Somos plenamente conscientes de lo que suponen nuestros compromisos.

—Os lo agradecemos sinceramente —dijo Ogui—. Os presento a Rilán —dijo extendiendo la mano para que se acercara uno de los emisarios de Guter. Ilex le miró interesada, pues sabía que así se llamaba el hermano de Helán, y también sabía que servía en el Ejército Común de Defensa. Escrutándole detenidamente, le encontró cierto parecido con Helán, debía ser su hermano.

—Hablo en nombre del general Guter —dijo Rilán—. Ya que acceden a ayudarnos en estos momentos, y después de agradecerles su inestimable ayuda, tendría que ordenarles movilizar sus fuerzas hacia el valle del Darras, donde se están concentrando las fuerzas invasoras de los rankog. Mi general me ordena que les diga que la movilización debe ser inmediata, pues el ataque parece inminente, aunque salieran hoy mismo, no es seguro que llegaran a tiempo para la batalla. Una vez que lleguen al valle del Darras, se les explicará la situación.

—Hoy —dijo Rostar— nos es imposible partir, pero mañana a primera hora de la mañana, nuestro ejército se pondrá en marcha, llevando sólo lo necesario para los días de viaje. Caminaremos a marchas forzadas y esperamos no fallar en nuestra primera batalla. Los niños, los ancianos y los enfermos se tendrán que quedar en este campamento. —Todos los presentes miraron con fascinación a aquel hombre, parecía increíble que en apenas unas horas su ejército se pudiera movilizar.

—Mi general me ordena que les comunique —dijo Rilán de la manera más formal que pudo— que aun contando con sus fuerzas, la proporción del enemigo es de veinte a uno y el valle del Darras es lo suficientemente ancho para que la desproporción sea decisiva.

Un silencio se apoderó de la gran tienda donde se estaba produciendo el parlamento. Todos conocían el dato, pero escuchado formalmente, por orden del general de las fuerzas de defensa, parecía un aviso de una inevitable catástrofe. Tras unos instantes, Rostar volvió a tomar la palabra para decir:

—Dígale a su general, que agradecemos de corazón su sinceridad. En cuanto lleve mis tropas al valle, las pondré a sus órdenes. Ahora tenemos mucho trabajo por delante, por lo que os ruego a todos que comiencen de inmediato los preparativos para la marcha.

Todos los montañeses desaparecieron de la tienda como si supieran exactamente qué era lo que tenían que hacer. El senador se acercó a Ogui y a los emisarios de Guter. Ilex se acercó a Rilán que conversaba con un oficial de los montañeses. Cuando terminaron de hablar, se puso delante de Rilán y le dijo:

—¿Eres Rilán, el hermano de Helán, hijo de Lictorius y Meghana?

—Sí, es mi hermano, ¿le conoces? —dijo Rilán con curiosidad, con la cota de malla que llevaba puesta todo el día, el sudor le corría por la sien.

—Mi hermano Aquer, está trabajando con él en la investigación de la ciudad de abandonada. Me alegro mucho de vuestra victoria sobre la Iglesia, Met–Sadest es un símbolo de esperanza para toda la península.

—Hace mucho tiempo que no he podido visitarlos en Ter–Carlak —dijo Rilan recordando de pronto la muerte de su padre y los hechos que acaecieron con posterioridad. Había tenido noticias de Ter–Carlak y la nueva ley de los hombres—. Tendría que haber estado allí, pero pensé que no podía abandonar el ejército de la frontera norte. —Estaba sinceramente apesadumbrado, muchos compañeros suyos dejaron el ejército para unirse a los gremios en aquellos momentos decisivos. Sabía que su madre lo entendería, pero él no se perdonaría jamás no haber estado con su padre cuando los pordioseros le tendieron la emboscada que acabó con su vida.

—Creo que hiciste bien —dijo Ilex—. Nuestra prioridad siempre tendría que haber sido la frontera norte. Los que empezaron los problemas en el interior de los reinos son unos idiotas incapaces de entender que si cae la frontera caerá toda la península y dará igual quien esté en ese momento en el poder. Si logramos salir de esta, espero que esa lección no se olvide jamás.

—¿Quieres cenar conmigo? —le dijo Rilan, pensando en quitarse la cota de malla y en continuar la conversación en su tienda.

—Desde luego, lo haré encantada —dijo Ilex pensando cuan diferentes eran los dos hermanos. Rilan parecía de esos hombres que después de cenar, pensarían en un postre especial. Helan no se hubiera atrevido a invitarla de una manera tan espontánea.

Durante la cena, hablaron de Ter–Carlak y de Helan, y para sorpresa de Ilex, Rilan no intentó nada con ella. Cuando se despidieron, lo hizo con cariño, casi como si estuviera tratando con una amiga. ¿Era posible que Helan le hubiera hablado de ella en sus cartas?

Mientras regresaba a su tienda, pensó en Helan, y se dio cuenta que cada vez lo hacía con más frecuencia. Sin embargo, le resultaba muy difícil pensar que un ser sensible, inteligente e ingenioso como él, se fijara en una chica tan descuidada, desaliñada y poco atractiva como ella, y si eso fuera poco inconveniente, perteneciente a otra raza. Necesitaba olvidarse del asunto, tenía muchas cosas que hacer y poco tiempo para disquisiciones.

Capítulo 55

La columna de confiados rankog se dirigía al valle del Darras. Cargaban con grandes bultos, e iban escoltados por una compañía de malhumorados urgos, deseosos de llegar a su destino. Los rankog todavía no habían logrado que los urgos les sirvieran como animales de carga, preferían morir antes que cargar como si fueran caballerías. Los pequeños bueyes que les servían de montura en las llanuras, se tornaban totalmente inútiles en las montañas y era preferible no contar con ellos en aquel terreno. Aquella zona ya era segura, no se veían humanos ni ayas desde hacía tiempo. Lo más difícil ya estaba hecho, sólo quedaba derrotar de una vez por todas al ejército que les había estado frenando el paso al territorio de la península. Tenían que conseguir la victoria en terreno abierto y ya casi estaba todo preparado, esta vez no cometerían ningún error, pues habían aprendido a respetar a sus enemigos, y el ataque definitivo no se produciría hasta que hubieran reunido el mayor ejército de invasión con el que podían contar.

Un crujido sordo en las alturas les hizo pararse en seco y sacar las armas. Después de inspeccionar las alturas, un segundo sonido y después una secuencia de ellos les advertía que se estaba produciendo un desprendimiento de rocas. No tuvieron tiempo para huir, y las piedras aplastaron a la mayoría. Antes de que el polvo de las piedras se volviera a asentar, una treintena de pequeñas figuras apareció por las laderas y acabaron con los sorprendidos rankog y urgos que aún se debatían intentando averiguar qué era lo que les había pasado.

—¡No lo puedo creer, sois unos inútiles! —dijo Kulrog visiblemente airado, mientras descargaba bastonazos a los oficiales que le estaban dando noticias sobre lo que acontecía en los pasos de retaguardia—. Es ya el octavo ataque en las dos últimas semanas, y ¿todavía no sabéis de dónde han salido? Tengo a todo un ejército esperando los últimos refuerzos —dijo mientras seguía repartiendo a diestro y siniestro golpes—. Tenéis que encontrarles y descubrir de dónde vienen, no podemos permitir dejarnos detrás un coladero por el que nos puedan atacar. Hay que zanjar este asunto antes de continuar, nuestras líneas de suministro no se pueden cortar hasta que no podamos contar con los recursos de la península.

—Señor —dijo un esbirro asustado por el genio de su señor— creemos que no son muchos, pero los hombres están hablando de ellos como si se tratase de espíritus de las montañas.

—Estúpidos —dijo el Señor de la Guerra— se trata de una simple compañía o dos que han encontrado algún resquicio por el que se han colado y pretenden retrasar nuestros planes.

—Pero señor, muchos testigos han dicho que se trata de seres pequeños, aún más que los ayas, y muy astutos. A algunos de mis hombres les recuerdan a los enanos que luchaban al lado de los hombres de las montañas Brumosas.

El Señor de la Guerra pareció meditar durante unos instantes.

—Más vale que digáis que se trata de esas ratas pequeñajas, que lucharon en las montañas Brumosas, más valdrá eso a que la tropa piensen que están lidiando con fantasmas.

Fuera de la tienda del Señor de la Guerra se escuchó un murmullo que crecía por momentos. Algo parecía estar creando expectación. En un instante, dos urgos entraron en la tienda arrastrando a un ser más pequeño que un aya como le había dicho su oficial. Le soltaron delante de él, y cayó al suelo como un fardo, parecía estar malherido. El Señor de la Guerra se le acercó y se agachó para verlo más de cerca.

—Tiene cierto parecido con los enanos de las montañas Brumosas, pero no es igual. —dijo y luego dirigiéndose al prisionero le preguntó. ¿Qué eres tú? —como parecía que no le iba a responder, le empujó con el pie para asegurarse de que aún vivía. El dae—lin soltó un quejido lastimoso.

Uno de los oficiales que estaban en la tienda, se agachó y zarandeó al pequeño ser para que respondiera a su señor.

—Al final acabaremos con vosotros —fue lo único que dijo el dae-lin, todos los presentes en la tienda, comenzaron a reír a carcajadas, les hacía mucha gracia que un ser tan pequeño y moribundo les amenazase a ellos, la élite de una raza guerrera milenaria.

—Creo que he oído hablar de vosotros —dijo el Señor de la Guerra— Vosotros sois la primera raza que nos encontramos cuando mi pueblo cruzó las grandes montañas del este —y añadió divertido—: aún quedáis algunos, los viejos dicen que se os exterminó a todos, para dar ejemplo a las otras razas que nos íbamos a encontrar en nuestro glorioso camino.

—No es tan fácil acabar con nosotros —dijo el moribundo, parecía que iba a exhalar el último aliento de un momento a otro.

—Pues a ti no ha sido tan difícil —contestó el Señor de la Guerra mientras sujetaba por la pechera al pequeño ser, que entre las manos del rankog parecía aún más pequeño. Todos los presentes, prorrumpieron en risas. Mientras sus ayudantes reían, un escalofrío recorrió la espalda del Señor de la Guerra, pues su prisionero esbozaba una tenue sonrisa de victoria. Cuando se lo quiso quitar de encima ya era tarde, el dae-lin había sacado un cuchillo camuflado en la hebilla de su cinturón y se lo había clavado un poco más abajo de la ingle. El Señor de la Guerra, reaccionó estrellando al prisionero contra el grueso poste que sujetaba la tienda por el centro, murió al instante aplastado por la fuerza del golpe. Todos se abalanzaron sobre su jefe para socorrerle, excepto dos altos rankog de su guardia personal, que despedazaban el cadáver del dae-lin en venganza por su osada acción.

Al instante apareció en la tienda el curandero de su horda avisado por la guardia personal de Kulrog. Le cortó los pantalones, y metió los dedos por la herida de su jefe para comprobar la profundidad y la trayectoria, para saber si había afectado a alguna vena importante. Tuvo suerte, pues el curandero le dijo que se pondría bien en unas semanas.

Al día siguiente, los otros tres grandes señores de la guerra que componían las fuerzas invasoras se unieron al herido en su tienda. Una mancha de sangre en el centro de la tienda, daba testimonio de lo que había pasado el día anterior.

—El Sol de Oriente —que era como los rankog llamaban a su caudillo, el emperador en Darkalat, dijo el herido— me nombró a mí encargado de llevar a cabo la invasión de la península, último gran territorio de occidente que no nos pertenece, y no voy a rechazar ese honor por una herida sin importancia —dijo Kulrog intentando que su voz sonara inapelable.

—Eso retrasará nuestros planes —dijo Ranlag señor de los Lobos del Norte, tirado sobre un montón de cojines, la espada que llevaba al cinto, había rasgado la tela de uno de los cojines, que derramaba sus entrañas sin que nadie reparara en él.

—Os repito que se trata de poco tiempo —dijo el herido incorporándose de su lecho de forma amenazante.

—Este tiempo, les servirá a ellos para agrupar más fuerzas —dijo Garagdan, señor de los Carroñeros del Frío, quien se sentaba encima de unos cofres que estaban al pie de la cama. Kagdan, el otro Señor de la Guerra e hijo de Kulrog no permitiría que se quitara a su padre del poder, a no ser que fuera él quien lo ocupara.

—¡Y qué temes!, que no seamos veinte veces más numerosos que ellos, que sólo lo seamos dieciocho. —Los otros señores de la guerra se rieron con la elocuencia de su jefe, pero el afectado le miró sin disimular el odio que reflejaban sus ojos—. Contra más se reúnan mejor, así no tendremos que recorrer la península detrás de ellos. Nuestra victoria será más abrumadora. De todas formas, no quiero dejar a esos dae-lin sueltos en nuestra retaguardia, y estamos volcados en acabar con ellos. Ayer mismo, el que me hizo esto —dijo señalando su herida—no fue el único que murió.

Los tres señores de la guerra que habían ido a verle se miraron y decidieron sin decir nada que no importunarían más al herido, tan sólo lamentaban que la puñalada no hubiera estado envenenada o hubiera tenido otra trayectoria. Al fin y al cabo tenía razón, tenían que acabar

con el peligro que suponían los dae—lin para sus líneas de suministro antes de continuar su avance.

Capítulo 56

Una muchedumbre se apiñaba a las puertas de la ciudad. Todos querían despedirse de los que partían hacia la frontera norte. Se jugarían el futuro en los próximos días, todo dependía de lo que pudieran hacer sus vecinos en la batalla. Cuando la formación comenzó la marcha, una multitud de niños les seguían. El paso era firme pero desacompañado, los equipamientos eran muy variados y las voces que se oían en la columna delataban que aquel ejército era ocasional, arrastraba el caos propio de la improvisación. Sólo la cabeza de la columna la componían soldados con experiencia, los del antiguo ejército del rey, soldados del Ejército Común que volvían a sus puestos y las fuerzas de milicia que los gremios habían podido formar durante la contienda contra el rey y la Iglesia. El resto de la columna la formaban ciudadanos que hasta ese momento no habían tenido nada que ver con las artes de la guerra, y ahora se veían inmersos en ella para defender sus hogares. Los veteranos tirarían del resto de la columna de día. Cuando tuvieran que marchar de noche, los veteranos se pondrían al final de la columna, para que la fuerza fuera lo más agrupada posible.

Las escasas fuerzas de caballería que los hombres podían aportar habían salido muy de madrugada, con la consigna de reunirse en Camora desde todas las regiones del país, para desde allí galopar a la cordillera y llegar cuanto antes a la primera línea de batalla.

Helan se subió al paseo de ronda de la muralla para verlos partir, le hubiera incomodado mucho que algún conocido le preguntase por qué él no estaba en la leva. Trabajaba dos turnos seguidos en los talleres del gremio de herreros-químicos que habían establecido en Met-Sadest, pero eso no evitaba que sintiera algo de vergüenza por no ir a la batalla con sus vecinos. Cuando los niños comenzaron a regresar a la ciudad, sólo se divisaba una columna de polvo que ascendía al cielo, a lo lejos. El silencio que se vivió esa noche, pasó a ser mítico en la república de los hombres. Al día siguiente se notaba mucho la merma de la población. Para la gente que se quedó en la ciudad, no fue más fácil, las cosas que había por hacer se habían multiplicado de la noche a la mañana.

Todas las noches llegaban rumores del avance del ejército, pero la mayoría de las veces eran falsos, muy pocos en la ciudad estaban enterados realmente de lo que estaba pasando, y uno de ellos era Helan, pues tenía acceso a la información que manejaba su madre. Después de tres días de marcha, la columna se había tenido que dividir, ya que la mayoría de los efectivos no aguantaban la marcha de los soldados profesionales, por lo que se decidió viajar en dos grupos. Lo primordial era llegar cuanto antes a las montañas. Estas noticias verdaderas, pocas veces se filtraban y cuando lo hacían, no circulaban durante mucho tiempo, pues la gente necesitaba buenas noticias que les dieran esperanza, de lo otro ya tenían una ración enorme todos los días. Aunque se podría haber pensado que la tristeza invadiría la ciudad, la verdad es que no era así. Todo el mundo arrojaba el hombro en todo lo que podía, las defensas de la ciudad se repararon en un tiempo récord. Por las tardes, algunos ancianos con experiencia militar enseñaban a los que se habían tenido que quedar, por si tuvieran que defenderse. La gente iba a estas clases voluntariamente, todos entendieron que lo que ahora defendían era suyo, era su responsabilidad defenderlo, era su obligación como ciudadanos. Así pasaban los días, siempre atentos a cualquier noticia que llegara del frente.

—Hay nuevas noticias de la frontera —dijo Meghana a Helan, que trabajaba en el laboratorio creando pólvora con la composición que habían perfeccionado, intentando producir la mayor cantidad posible. Dejó por un momento lo que estaba haciendo y se volvió hacia su madre. Los compañeros que estaban con él dejaron el trabajo para escuchar las novedades—. Parece ser que te vas a salir con la tuya, el barón Lisander me ha dicho que en un par de días os dirigiréis a la frontera norte. Cree que su invento puede ser útil en la batalla.

—Esperemos que no haya acabado todo cuando lleguemos —dijo Helan.

—En la frontera norte, algo ha paralizado al ejército rankog en la boca del valle, y no avanzan. Por lo visto, alguien está interrumpiendo sus líneas de suministro, y además, el jefe de la horda está herido y están esperando que mejore para comenzar el ataque. —Meghana se alarmó cuando vio el brillo en los ojos de su hijo.

Todos los que estaban en el taller y escucharon las noticias comenzaron a vitorear a la presidenta. Elevaron el ritmo del trabajo, ahora que veían posible y próximo el momento de enfrentarse a los rankog. Todos se preguntaban quienes podrían ser los soldados que interrumpían las líneas de suministro, pues ni la misma presidenta lo sabía, parecía claro que la herida del jefe rankog estaba relacionada con estos ataques, parecía que por fin iban a tener algo de suerte de su lado.

Aquer apareció por el taller en cuanto se enteró de las noticias, estaba exultante y quiso unirse al grupo, iba a ir con ellos y había abandonado temporalmente sus estudios, no quería parecer un invitado. Durante los dos siguientes días rondó por el taller realizando todo tipo de trabajo de apoyo, no se separaba de ellos en ningún momento y los del taller habían parecido adoptarlo con gusto, pues eran muchos los que no querían saber nada de la nueva sustancia.

Salieron diez días después de la partida del ejército de Ter–Carlak. Para no tardar tanto como la columna que partió a pie, llevaban todo en carros y caballerías. Su avance sería lo más rápido que les permitiera la sustancia explosiva que llevaban y la pesada carga de los artilugios de Lisander. Se había dado el aviso para que tuvieran preparados animales frescos, por el camino para no demorar la marcha

—¡Adelante! —gritó Lisander, que montado en un caballo abría la marcha, la formación comenzó a moverse hacia el noroeste a buen paso, el tiempo era primordial no estaban seguros de llegar a tiempo al valle del Darras, donde los dos ejércitos formaban uno frente a otro esperando el momento propicio para la batalla.

Un centenar de jinetes y diez grandes carros se alejaban de Ter–Carlak, al amanecer.

—Lo único que tengo en el mundo son mis hijos, y los dos están en el peor sitio imaginable —dijo Meghana que desde la torre de la puerta de la muralla, mientras veía alejarse a su hijo pequeño con sus compañeros.

—Si los rankog logran entrar en la península, nuestra única oportunidad de supervivencia es Met–Sadest —dijo Loren que estaba un paso por detrás de ella. —Allí podríamos resistir como nuestros hermanos de las montañas Brumosas.

—En Met–Sadest no caben todos los habitantes de la península. —Loren la miraba con curiosidad, pues sabía que algo estaba tramando—. Yo no iré, tú te ocuparás de los preparativos para la defensa de Met–Sadest. Si llega el caso, resistiremos todo el tiempo que podamos en Ter–Carlak, ese tiempo os servirá para acabar la defensa y agrupar allí a todos los que podamos. Por supuesto, estos preparativos los mantendremos en secreto hasta el último momento, no queremos que nadie piense que somos derrotistas. —Loren le puso la mano en el hombro a Meghana y los dos contemplaron cómo se alejaba la columna de su última esperanza. Esperaban que las expectativas que Lisander había puesto en sus máquinas fueran fundadas y que les diera tiempo a ser probadas en la batalla antes de que todo terminara.

Capítulo 57

—Creemos que el ataque es inminente —dijo Guter, dirigiéndose a los ocupantes de la mesa que se encontraba dentro de la tienda de mando en la desembocadura del valle del Darras. A la reunión asistían los altos cargos del ejército de alianza que se había formado para combatir a los rankog. A la derecha de Guter se encontraba Rostar, senador de los hombres de las montañas Brumosas—. Antes de empezar la reunión he de decir, que he nombrado a Rostar máximo responsable de la estrategia a seguir en la batalla, él será quien distribuya las tropas y las comande en la batalla. Todos estamos de acuerdo en que tienen mucha más experiencia que nosotros en esta clase de lucha. Nosotros llevamos años en los que la guerra se ha limitado a la caza de partidas de exploradores por los dos bandos. En las montañas Brumosas han tenido que repeler varios ataques de los rankog utilizando fuerzas menos numerosas. Por tanto quiero que sepáis que mañana, el senador Rostar tendrá el mando de todo el ejército en el campo de batalla. Quiero agradecer a Ogui la ayuda que su pueblo nos ha brindado en estos momentos, con su sacrificio han logrado que nuestro ejército se haya podido agrupar, nos han ofrecido un tiempo inestimable para nosotros. —Todos miraron con reconocimiento a Ogui, que se mantenía imperturbable ante los agradecimientos de sus compañeros—. Espero que los líderes de nuestros pueblos —dijo mirando directamente a Yann— no olviden jamás la fidelidad mostrada por los dae–lin. Ahora paso la palabra a nuestro nuevo comandante.

Rostar se levantó de la silla que ocupaba. No demostraba ningún tipo de alegría por el nuevo cargo ni siquiera de agradecimiento. Era un gran peso el que habían cargado sobre él, su austeridad le impedía cualquier inflexión de su carácter en aquellos momentos, se limitaba a realizar su trabajo lo mejor que sabía.

—Por los movimientos de las últimas horas, yo diría que van a atacar mañana mismo —dijo Rostar—. Nuestros espías nos han informado que ya han visto por el campamento enemigo al Señor de la Guerra hablando con sus hombres. Antes del amanecer, dispondremos nuestras fuerzas como os hemos enseñado en estos escasos días que hemos sacado gracias al sacrificio de los dae–lin. A nosotros no nos ha extrañado la fidelidad demostrada por los dae–lin, pues como sabéis, sus primos, los llamados «pequeños salvajes», llevan luchando mucho tiempo a nuestro lado y jamás nos han dado motivo de queja. —A su lado, media docena de pequeños salvajes escuchaba la conversación sin interrumpirla en ningún momento—. Creo que hablo por boca de todos si te doy las condolencias por cada muerto de tu raza en esta guerra, todos sabemos el valor añadido que cada dae–lin posee al haber tan pocos en el mundo.

Ogui seguía impertérrito ante los elogios que le estaban dispensando sus amigos. De esas muertes, él personalmente se sentía último responsable, y una vez que pasara todo no sabría cómo podría vivir con ese peso.

—Os agradezco vuestras palabras, pero no seríamos buenos aliados si no hiciéramos todo lo que estuviera en nuestras manos por llegar a nuestro fin común. Mi raza fue la primera víctima de la brutalidad rankog, y todos y cada uno de los individuos que quedaron con vida juraron luchar contra ellos hasta el último instante de su vida.

Fue lo único que dijo. Detrás de él, Kotabel y Gar, sus sombras, le miraban orgullosos. Ellos siempre habían sabido que su amigo se merecía todos los elogios que le pudieran hacer por la fidelidad demostrada durante tantos años.

—¿Ya han llegado todas las fuerzas que esperábamos? —preguntó Rostar a Yann.

—Sí, el último recuento dice que son diez veces más que nosotros, de ellos muy pocos son urgós. No han traído con ellos bueyes de combate, por lo visto, no han pensado que fueran necesarios como para arriesgarlos en los pasos de montañas. De cualquier forma, mucho mejor para nosotros, esas bestias en campo abierto son demoledoras.

—Eso que tenemos a nuestro favor —dijo Rostar—, está claro que nos menosprecian como rivales, pues en otras circunstancias habrían hecho lo imposible por contar con las bestias.

—Así es —dijo Yann—, otra muestra de ese menosprecio, es el pequeño porcentaje de urgos que componen sus fuerzas. Esas tropas mercenarias son caras, pero cuando creen jugarse algo importante, se rodean de ellas hasta casi arruinarse. Como bien dice Rostar, eso juega a nuestro favor. Ya sólo llegan grupos muy pequeños de los rezagados que salieron de las tierras más alejadas del país humano.

—Esas tropas, llamémoslas irregulares, junto a las tropas aya, y la caballería, serán las que hostiguen al enemigo, con avances y retiradas rápidas y con armas arrojadas, el resto tendremos que resistir hasta el último hombre en la desembocadura del valle, es nuestra única oportunidad. —Todos los conferenciantes se miraban unos a otros buscando miradas de complicidad. Los veteranos sabían que eran los peores momentos, justo las horas antes de la batalla.

Después de decidir el lugar definitivo que ocuparían las distintas fuerzas, se despidieron hasta la primera hora de la mañana, tenían que intentar descansar lo que pudieran. Ilex se despidió hasta el día siguiente, le habían dado el mando de las tropas auxiliares del ala derecha del ejército, la caballería ligera aya.

La noche era clara y la luna llena miraba a los dos ejércitos con reproche, miles de hogueras le devolvían la mirada desde el suelo. Se había ordenado encender más hogueras de las que realmente eran necesarias, y en muchas apenas había dos personas. La tensión se notaba en el ambiente, aquello era muy distinto a todo lo que habían hecho anteriormente como guerreros en la montaña. Le asustaba la cantidad de gente que se veía implicada en la batalla. Pensó por unos instantes en el gran número de personas que no habían tenido ninguna experiencia militar, y ahora se veían arrastrados a la mayor batalla en muchos años. A aquellas horas no había diferencia entre las distintas zonas del campamento, todos intentaban dormir y afrontaban lo que podría ser su última noche. Estaba claro que el rumor ya se había extendido y los que no podían dormir, comenzaron con los preparativos para el día siguiente. Entre toda la gente que se repartía acampada por el valle, Ilex se sintió sola, y tuvo la sensación que todos sentían lo mismo que ella. Ya sabía que no dormiría, la responsabilidad del mando de tantas personas la horrorizaba y tener que luchar montada en un lantar también sería nuevo para ella, pero se había repetido muchas veces todos los movimientos que tendría que hacer en la batalla y sabía que sus subordinados responderían como se esperaba de ellos, siempre era así.

Capítulo 58

—¡Levantaos perros! —bramaban los oficiales del Señor de la Guerra, despertando a sus tropas—. Hoy es el día, y un gran botín está esperando a los que no sean perezosos. ¡Levantaos! Dentro de unas horas, toda la península será nuestra.

Los guerreros rankog se desperezaban lentamente mientras los oficiales les azuzaban para que comenzaran con los preparativos del combate. Los grandes calderos con la comida de la tropa estaban ya hirviendo. Pronto se empezó a escuchar un rumor dentro del campamento rankog, y muchos se incorporaban y miraban hacia el sureste, para descubrir qué era lo que provocaba tal curiosidad entre sus compañeros. Entre la calima de la mañana y antes de que saliera el sol, se podía ver lo que a primera vista era un muro. Después del primer vistazo, se veía que el muro estaba compuesto por guerreros humanos y sus escudos. La horda de rankog miraba desde lejos al ejército que se le oponía. Algunos comenzaron a lanzarles insultos y desafíos, pero la distancia era aún muy grande para poder escuchar algo más que un estruendoso susurro.

—Señor —dijo el oficial rankog, hablando con el Señor de la Guerra, al que un par de criados ayudaban a poner la coraza de cuero repujado—, el enemigo ha formado ya en su posición, parece que sabían que hoy era el ataque.

El Señor de la Guerra hizo un gesto a sus ayudantes para que pararan un momento. Salió, aún cojeando un poco, de la tienda para ver al enemigo. Lo primero que vio fue a su ejército lanzando insultos a los hombres formados al otro lado del valle. Enfrente pudo ver lo que claramente era la última defensa de la península, después de aquel día, sería el señor de la mayor parte de la nueva provincia del imperio rankog.

—Se ve que tienen prisa por morir —dijo Kulrog entre dientes, escrutando el horizonte buscando alguna trampa.

—Danos la orden —apremió Kagdan con impaciencia—. Da la orden y permite que vaya delante de la horda, tiraré ese muro al primer envite. —El primer Señor de la Guerra y jefe de la horda, no escuchaba a su hijo, seguía perdido en sus pensamientos. Cuando todos le miraban expectantes, comenzó a reírse a carcajadas, todos le miraron como si estuviera loco.

—Decidle a los hombres que atacaremos después del mediodía —se dio la vuelta y se dirigió a la tienda.

—Señor —dijo Garagdan, Señor de la Guerra de los Carroñeros del Frío—, no retrases más el ataque, nuestros guerreros están preparados, y si atacamos ahora, a la hora de comer ya habremos acabado con ellos. Retrasando el ataque sólo lograras impacientar más a nuestras fuerzas.

Kulrog se paró y se dio la vuelta, como si hubiera esperado que alguien le preguntara eso.

—Nuestro emperador es sabio, por eso me ha nombrado a mí primer Señor de la Guerra y no a ti. —En los ojos del Garagdan se reflejó un odio que no se atrevió a expresar de otra manera—. ¿Qué orientación tiene el valle? —le pregunto Kulrog.

Todos se dieron la vuelta para mirar al cielo y ver la orientación del valle.

—Noroeste-sureste, pero qué más da eso... —guardó silencio inmediatamente, pues se dio cuenta de lo que su jefe quería decir.

—Nuestro Señor de la Guerra es sabio —dijo el Ranlag, señor de los Lobos del Norte, cuya habilidad principal consistía en saber callarse y hablar sólo cuando tenía algo que ganar, así había llegado a aquel puesto, pues era realmente un ser mediocre—. Si atacamos ahora, cuando salga el sol nos dará de frente y nos veremos luchando cara al sol.

—Eso es —dijo el primer Señor de la Guerra—, vamos a elegir nosotros el momento del ataque, si nos querían empujar a atacarles ahora, no hemos caído en su trampa. Si quieren seguir en

formación, cuando les atacemos estarán cansados, el sol que querían que fuera su aliado se va a volver en su contra.

Todos los oficiales rankog se relajaron, y dieron las nuevas noticias a sus guerreros. La mayoría decidió que lo mejor sería volver a dormir, esperaban pasar la noche realizando pillaje por los pueblos que pudiera haber en las cercanías, y para eso los rankog sí que habían demostrado ser metódicos.

—Señor —dijo una voz desde la entrada de la tienda— el sol ya está en su cenit y he venido a despertaros como me pedisteis.

El Señor de la Guerra se levantó despacio, el sirviente le dejó encima de la mesa que había en la tienda, una pierna asada y una jarra de cerveza negra ácida, la favorita de los rankog.

—¿Siguen los enemigos en formación como al amanecer? —preguntó a su sirviente.

—Sí señor, no se han movido en todo este tiempo, y el sol hoy aprieta lo suyo.

El Señor de la Guerra esbozó una sonrisa de satisfacción, su enemigo era orgulloso y eso le había perjudicado seriamente, estaba claro que había sobrestimado a sus rivales. No esperaba más.

Cuando salió cubierto con la coraza de su tienda, la horda le esperaba y comenzaron a vitorearle. Los gritos fueron ensordecedores, quizá se oían al otro lado del valle, mejor así, que los gritos de su horda helaran la sangre a los humanos y a sus aliados, les quedaba poco tiempo de vida.

Capítulo 59

—¡Que los hombres compongan las filas! —gritó Rostar ya protegido por su coraza de piezas metálicas y cuero endurecido, unidas unas a otras por encima de una cota de malla. Durante todo el día, habían dejado la formación con un fondo de cuatro filas que se iban relevando periódicamente, relevándose para descansar.

Los guerreros montañeses se diferenciaban muy bien del resto, pues con diferencia eran los mejor guarnecidos. Sus yelmos con carrilleras les daban un aspecto realmente fiero, pero lo que mejor los definía en la batalla eran los grandes escudos circulares con los que realizaban formaciones cerradas, de tal manera que el escudo de un hombre protegía también a su compañero. Sus lanzas acababan en una terrible punta tan grande como una espada corta. Por contra los humanos de la península, se protegían simplemente con una cota de malla que les llegaba hasta la mitad de los muslos y algunas piezas sueltas de armadura. Ellos también formaban en filas cerradas como les habían enseñado los montañeses, y se colocaron en las dos alas del muro humano. Se había conseguido una profundidad de ocho filas en la formación que a lo largo de la batalla se irían rotando.

Rostar avanzó con una pequeña guardia y se colocó delante de sus tropas. Todos le miraban con esperanza, sabían a qué se enfrentaban, y él lo pudo ver en las caras de los hombres y mujeres que le miraban desde las apretadas filas. Por detrás de la formación las tropas auxiliares mostraban el miedo natural ante aquella situación, ninguno de ellos había entrado en batalla con anterioridad. Alzando la voz para que todos les escuchasen, dijo:

—No esperéis un gran discurso como los que aparecen en las crónicas, que hacían los tiranos hablando de honor y fidelidad al rey y a Dios. El éxito sólo depende de una cosa, nuestra determinación. Recordad que no sois la leva de un rey o de cualquier otro caudillo, sois un cuerpo colectivo e igualitario de ciudadanos—guerreros, motivados de un modo imposible de igualar por cualquier leva o grupo mercenario. —Los gritos del ejército le hicieron callar por unos momentos, cuando pensó que ya se le podría oír otra vez siguió—. Entre los rankog y vuestros maridos y mujeres, padres y madres, hijos y amigos, sólo estáis vosotros. De vosotros depende que vuestros hijos caigan en la esclavitud o puedan vivir libres—. Levantó la espada como signo de que había acabado.

Los gritos fueron ensordecedores, los rankog guardaron silencio por un momento, sorprendidos, pero más les sorprendió la serie de golpes secos que comenzaron a oírse en la lejanía. Los guerreros montañeses habían comenzado a entrechocar las lanzas con los escudos provocando un ruido ensordecedor.

El Señor de la Guerra de los rankog, se puso al frente de su ejército, en el centro como mandaba la tradición, sólo adelantado por su guardia personal. La horda comenzó a moverse con los golpes de los grandes timbales que llevaban entre dos rankog, permitiendo que un tercero siguiera el ritmo que le imponía su jefe. Los otros señores de la guerra se acercaron a su señor para recibir las últimas órdenes.

—Quiero que se mantenga el paso hasta que estemos a tiro de sus arqueros, entonces comenzaremos la carga. —Todos asintieron. Después, con un gesto, el Señor de la Guerra les dijo que se retiraran cada uno a su lugar.

La horda no seguía ninguna formación, simplemente avanzaba hacia su enemigo buscando el cuerpo a cuerpo de la batalla singular, donde se sabían superiores. A los oficiales les costaba mucho que los guerreros mantuvieran el paso, pues los más furibundos se adelantaban al resto, y no querían que nadie se adelantara a ellos en el primer encontronazo. Esperaban deshacer las líneas enemigas al primer choque, confiaban en la pura fuerza bruta y en la decisión de cada uno de los individuos de la horda para acabar con sus enemigos.

Cuando apenas habían avanzado un centenar de metros, distinguieron unos puntos que, saliendo por los laterales de la formación de los humanos, se dirigían hacia ellos a toda velocidad. La caballería aya, montada sobre sus lantares, se lanzaba desde el ala derecha en dirección a la horda, por el ala izquierda, la caballería ligera humana también se lanzaba al ataque. Las tropas auxiliares avanzaron por delante de la formación hasta estar a tiro de flecha del avance rankog, desde donde les hostigarían retrocediendo a la vez que la horda avanzaba. Tanto unos como otros iban armados con arcos y hondas, su misión era hostigar el avance de los rankog. Las caballerías se acercarían más a ellos para no errar los tiros, comenzaron el acoso, y cuando estaban ya casi a su altura, subieron las laderas del valle para volver a bajarlo y seguir hostigándolos. El efecto fue el buscado, cuando los primeros rankog empezaron a caer por las flechas el orden tan costosamente mantenido a golpe de látigo de desmoronó. Muchos echaron a correr para enfrentarse a los jinetes, y todo el clan se desbocó cuando vieron que los jinetes comenzaban una lucha cuerpo a cuerpo. La lucha duró poco, pues su única pretensión era que los rankog embistieran en desorden y ya lo habían conseguido. Dieron la vuelta a sus monturas y se dirigieron al galope hacia sus filas. Sufrieron muchas pérdidas, pero habían logrado que la batalla empezara como interesaba a los hombres y a sus aliados. El resto de las tropas auxiliares subió un poco por las laderas para conseguir que la horda rankog se abriera más sobre el terreno, una vez logrado se retiraron detrás del muro que componían sus compañeros. Ilex sufrió varias heridas, pero cuando volvía al galope estaba sorprendida, jamás había luchado sobre una montura y no contaba con volver viva.

—Son muchos —dijo Ligan que formaba parte de la guardia de corps del senador Rostar.

—Sí, son muchos —y no volvió a decir nada, por un momento, dirigió la mirada hacia la posición donde se encontraba su hija. Se mantenía firme, era una pieza inamovible más del muro que formaban los humanos. Hizo cálculos mentales rápidos para ver cuando le tocaría estar en la primera línea de batalla a su hija. La determinación de la hija en formación, sin titubear le dio el valor necesario para dar las órdenes—. Arqueros, abran fuego. —Dos líneas de humanos y ayas, que se encontraban detrás del muro formado por sus compañeros, comenzaron a hacer fuego a discreción contra la horda que corría hacia ellos.

Cuando los rankog se encontraron al alcance de los arcos, ya habían corrido más de dos kilómetros y había descendido mucho el ritmo con el que empezaron la embestida. Las flechas que sembraron el valle de cadáveres, les recordaban que tenían que atacar con todo su ímpetu si querían romper la muralla humana, pero la horda ya se había extendido por el valle y la embestida no sería uniforme, habían perdido empuje.

Por fin llegaron a la primera línea de defensa. La presión fue en aumento, según iban llegando más y más rankog a la primera fila de combate. Los combates eran duros, pero los humanos no rompían filas, esa era su única baza. Los ataques rankog se producían en oleadas, lo que daba tiempo suficiente a las líneas de la formación a relevarse en la primera posición. Escudo contra escudo alanceaban sin piedad a los enemigos que se ponían a tiro, con ese sistema de rotación, la primera línea de combate siempre la componían soldados descansados. Cuando toda la horda chocó con más fuerza contra la formación humana, Rostar dio la orden a los laterales de avanzar y crear así un frente como de media luna, procurando estorbar todo lo posible las maniobras al enemigo. Después de varias horas de combate, el frente no sufría ningún cambio y las filas humanas cada vez estaban más mermadas, de ocho líneas de profundidad, se había pasado a seis, el resto habían muerto en los combates o estaban heridos y fuera de la formación. Por parte rankog se estaba creando una pila de cadáveres delante de la línea de la formación humana. Rostar tuvo que hacer retroceder por dos veces a la formación para evitar que esa muralla de cadáveres sirviera a los enemigos para saltar sobre las líneas humanas. Aunque cayeron muchos, había muchos más, y la lucha de desgaste beneficiaba sólo a los rankog, de seguir así era cuestión de tiempo que las líneas humanas se derrumbaran por la falta

de efectivos para seguir manteniéndolas. Si la mayor presión la estaba aguantando el centro, los laterales eran los que más bajas estaban sufriendo, pues allí era donde se situaban las tropas peor protegidas y auxiliadas por las ligeras, aún así, los rankog no lograban romper la formación.

Rostar se daba cuenta de la situación e hizo lo único que podía hacer, volvió a mandar a la caballería para, en un ataque envolvente, atacar al enemigo por detrás e intentar provocar su huida. Ilex recibió su orden, mandó montar a sus jinetes, que ayudaban en aquel momento a los arqueros y se dirigió hacia el ala derecha de la formación. Ahora no se trataba de ninguna maniobra que acabaría con una evasión, ahora tendrían que luchar cuerpo a cuerpo con los rankog hasta nuevas órdenes. A una orden suya, todos salieron de detrás de la formación y se dirigieron a las alas de la horda rankog. Los rankog los vieron y reaccionaron de inmediato extendiendo sus tropas hacia los lados para no permitir que la caballería llegara a su retaguardia. Frenaron en seco tanto a la caballería aya como a la humana por el lado izquierdo.

—Es cuestión de tiempo que desborden nuestras defensas —dijo Ligan al senador Rostar, que le escuchaba, a su lado Yann, y Guter también atendían a lo que el senador tenía que decir. Todos respetarían lo que dijera, pues ninguno de ellos hubiera soñado con contener por tanto tiempo a la horda rankog. Vertax encargado del ala derecha de la formación, había preferido luchar con sus camaradas y casi siempre se encontraba en primera línea.

—No podemos hacer más —dijo Rostar— los rankog nunca han mantenido un ataque tanto tiempo contra una formación como aquí.

Mientras decía esto, la presión de los rankog pareció disminuir, y la retaguardia rankog se alejó del frente un poco, para permitir a su vanguardia que se replegara hacia atrás. Rostar ordenó a la caballería que volviera, y a la formación que no siguiera a las tropas rankog.

Las maltrechas líneas humanas tuvieron un descanso y aprovecharon para limpiar sus filas de los cadáveres que les estorbaban en sus movimientos.

—¿Se retiran hacia las montañas? —preguntó Guter.

—No, simplemente se están replegando —respondió Rostar mientras miraba al horizonte intentando adivinar las intenciones de los rankog—. Creo que se quieren reagrupar para lanzar un ataque más ordenado, están viendo que de seguir así obtendrán una victoria pírrica. Sus bajas son mucho mayores que las nuestras.

Los rankog llegaron al límite del alcance de los arqueros y se pararon allí. Entonces se comenzaron a oír unas trompetas que se acercaban por detrás de sus líneas.

—Mi señor —dijo el rankog arrodillado delante del primer Señor de la Guerra que dirigía el ataque—. Me manda nuestro emperador, quiere haceros un regalo para vuestra conquista —dijo el vasallo esperando la contestación de Kulrog.

—Muy bien —dijo este—. Aunque no nos hacen ninguna falta para ganar la batalla, consentiré en cederles el honor del triunfo a los grandes jinetes de bueyes que me manda. —En la cabecera del valle, ya se oían las trompetas que siempre acompañaban a las tropas de los bueyes de combate.

Capítulo 60

El ejército de los rankog abrió huecos en sus filas para que pasaran los bueyes de combate. Estos animales sembraban el terror en todas las batallas en las que participaban. Eran unas bestias formidables, que podían tener hasta tres metros de altura y cinco de largo, su piel era gruesa, de hasta diez centímetros de espesor y podían llegar a pesar más de tres toneladas de peso. La pequeña cabeza que se alojaba entre enormes hombros, estaba coronada por tres afilados cuernos. Dos de ellos le salían por los lados y después de una curva se dirigían peligrosamente hacia el frente, el tercero de ellos le salía directamente de la frente. Aún no se había descubierto la manera de parar una carga de estas bestias, pues aunque se eliminara al rankog que las conducía, una vez que empezaba la carga su tenacidad les hacía no parar hasta que alcanzaban al enemigo.

Cuando los humanos y sus aliados vieron que las filas de los rankog se abrían y escucharon el sonido de las trompetas, supieron de inmediato lo que se les venía encima. Rostar vio con preocupación como cundía el nerviosismo entre las filas de humanos, no podrían parar a esas bestias. Aquello era una sorpresa, y algo imprevisto en una batalla solía diferenciar la derrota de la victoria. Sabía lo que tenían que hacer, como apenas eran una docena de bueyes atacarían dejando mucho espacio entre ellos, por esos huecos se debían colar las fuerzas humanas, pues los bueyes no eran fáciles de maniobrar. Los arqueros y las tropas ligeras se encargarían de luchar contra ellos como pudieran. El problema era que la horda venía detrás, y una vez que se deshicieran las líneas sería casi imposible volver a recomponerlas antes de que llegaran las tropas rankog, la suerte estaría echada. Rostar mandó inmediatamente a los enlaces para que explicaran la táctica a seguir a los oficiales. Su fin estaba cercano, sólo podían pretender vender muy cara su derrota, de tal manera que a los humanos y a los ayas les diera tiempo a intentar reclutar otro ejército antes de que los rankog se rehicieran de las pérdidas, para volver al ataque.

Ya veían a las bestias pasar entre las tropas de los rankog. Cada hombre intentaba calcular lo cerca que le tocaría pasar al lado de una, sabían que la táctica de abrir las filas para dejar pasar a los bueyes, causaría muchas bajas entre ellos. Les dijeron que el primer objetivo eran los jinetes que los guiaban, después su gruesa piel hacía que el animal sólo fuera vulnerable por debajo y en los pequeños ojos que tenían. Las tropas auxiliares se encargarían de derribarlos por acoso, si las bestias no tenían un objetivo claro sobre el que cargar, perdían mucha capacidad bélica, pues tampoco eran especialmente rápidas. Cuando sobrepasaron a las tropas rankog, la horda comenzó a seguir las prorrumpiendo en gritos, esta vez no se inmutaron cuando entraron en la zona de alcance de los arqueros. A algunos humanos se les saltaron las lágrimas por la impotencia que les causaba tener que enfrentarse a semejantes bestias, ninguno abandonó su lugar en la fila. Ilex desde detrás de las líneas, mientras preparaba a sus hombres para el combate, se dio cuenta que los guerreros humanos ahora hablaban con sus compañeros de fila como no lo habían hecho durante toda la batalla. Sintió una gran tristeza al comprender que se estaban despidiendo unos de otros y deseándose la mejor suerte posible. Las trompetas que acompañaban a los bueyes comenzaron a acelerar el ritmo, al igual que el paso de los animales. Las filas de los humanos parecieron entrar en consonancia con el ritmo de las trompetas rankog y comenzaron a vibrar, ya se sentían las pisadas de los animales en el terreno del valle.

Cuando ya todos sólo esperaban vender cara su muerte, tres truenos consecutivos sacudieron el aire desde detrás de las filas de los hombres. Durante un segundo aterrador, nadie supo lo que pasaba, después tres silbidos rompieron el aire anunciando que algo se acercaba peligrosamente. Lo siguiente que se produjo fueron tres grandes explosiones entre los bueyes de combate. Una de las explosiones sucedió tan cerca de la cabeza de un animal, que esta le

voló por completo dejando una masa informe de carne en medio del valle. Nadie sabía lo que había sucedido y todos se paralizaron muertos de miedo sin saber que más prodigios se iban a producir. Muchos pensaron que eran los dioses que lanzaban truenos sobre los rankog. Entonces se escucharon otras tres detonaciones, seguidas de los tres silbidos y de otras tres explosiones respectivas. Esta vez se produjeron más bajas, pues una explosión mató a otro buey y las otras dos alcanzaron la horda rankog. Muchos rankog saltaron por los aires despedazados. El terror hizo presa entre ellos, no sabían qué era lo que les estaban haciendo los hombres, pensaron que se trataba de una magia poderosa e invencible, como luego contarían los supervivientes en Darkalat.

Fue entonces cuando todos pudieron descubrir de dónde procedía el ruido, pues en una colina cercana a la desembocadura del valle y por detrás de las defensas del Ejército Común de Defensa, tres grandes artilugios metálicos se sujetaban a unas estructuras de madera con cuerdas que los mantenían con una inclinación variable.

La siguiente vez que se escucharon las explosiones, una de las tres fue distinta. Ilex vio asustada como uno de los cilindros de la colina explotaba en mil pedazos haciendo saltar por los aires a todos los hombres que pululaban por su alrededor. Los dos silbidos que salieron de las tres explosiones fueron suficientes para que las bestias dieran media vuelta y huyeran a galope tendido sobre sus propias tropas. Los rankog también huyeron antes incluso de ver que sus bueyes de combate les embestían. No estaban preparados para algo así, un arma tan lejana y tan contundente. No se dejaron de oír detonaciones mientras estuvieron al alcance de las terribles maquinas del barón Lisander.

Las filas de humanos al principio no supieron cómo reaccionar, estaban tan asustadas como los rankog, con la diferencia de que eran tropas amigas las que estaban causando tales estragos. Yann pareció ser el primero en entender qué era lo que pasaba y puso a Rostar al corriente de las investigaciones del barón Lisander. Rostar de inmediato se puso al frente de las tropas y les animó:

—Ahora es nuestro turno. Les echaremos de una vez por todas de la península, ¡Adelante!

Todas las tropas cargaron en orden contra el enemigo. Rostar sabía que tenían que aprovechar el momento de pánico para acabar con ellos. Desorganizados y huyendo los rankog eran un blanco fácil. Les expulsarían de toda la cordillera de una vez por todas. Ahora eran ellos quienes tenían que tomar las cabeceras de los valles de la vertiente norte de la cordillera. Tendrían que posicionarse allí y evitar las nuevas embestidas de sus enemigos, pero ahora lo harían con una nueva arma surgida de la inquietud intelectual de los humanos, del uso de la mejor arma que tenían los hombre, su pensamiento racional.

Ilex tuvo una corazonada y se dirigió a todo galope a la colina donde se encontraban los artilugios que les habían salvado la vida, sus hombres sabían perfectamente lo que tenían que hacer, seguirían al resto de las tropas para acabar con el mayor número de enemigos posible. Una vez allí, bajó de su montura y buscó nerviosa entre los humanos muertos por la explosión de una de las piezas.

—¿Buscas a alguien? —preguntó una voz familiar a su espalda.

Se dio la vuelta y Helan estaba allí, la miraba con asombro, en cuanto vio a lo lejos que una aya se acercaba a su posición supo que se trataría de Ilex. El joven tenía toda la cara negra por el humo de las explosiones de la pólvora, los ojos enrojecidos por la irritación y los pelos tiesos y negros como tizones, pero a parte de eso parecía encontrarse bien. A ella le costó reconocerle, cuando entendió que era él, le abrazó con fuerza. Estuvieron unos segundos abrazados, y de repente pareció entender lo que estaba haciendo e intentó separarse de él. Dejó que se alejara un poco, y azorada por lo que había hecho, no dejaba de desviar la mirada hacia otro lado para no cruzarla con él. Cuando por fin se armó de valor para hablar le dijo:

—¿Ha venido mi hermano contigo? —Helan no dejaba de mirarla, apenado pues sentía que estaba perdiendo la oportunidad de algo importante, se quedó callado sin escuchar lo que ella le había dicho. Creyó sentir más miedo que cuando vio a las bestias rankog cargar sobre las filas humanas. Sin decir nada, guiado por la decisión, pero temblando por la inseguridad, la atrajo hacia sí con suavidad y le dio un beso en los labios. Ella no se resistió. Después de besarse permanecieron un momento abrazados, sin decir nada, rodeados por el humo, el fuego y la muerte, hasta que escucharon:

—¡llex! —la voz de Aquer sólo era de sorpresa. Entonces ella se alejó de Helan y abrazó a su hermano que seguía petrificado por lo que había visto, después de unos segundos de estupefacción dijo—: son muy pocos los que en nuestra historia común, han elegido un camino tan difícil como el que acabáis de escoger. —Los dos le miraban aturdidos, pues empezaban a ser conscientes de lo que les hablaba Aquer, sus sentimientos habían atado sus destinos, comprenderlo y sentirse correspondidos les llenó de alegría—. Sin embargo me alegro —dijo abrazando a la vez a Helan y a su hermana.

Capítulo 61

Met–Sadest se convirtió en la factoría y el centro de investigación del reino humano. Se trasladó allí gran parte de los centros administrativos de los gremios, también se llevaban a cabo las investigaciones sobre todo lo que habían encontrado en la ciudad. Ya no había tanta gente como antes, pero aun así, Helan hubiera jurado que serían muchos menos los que la elegirían como lugar para vivir.

Bajo la dirección de Loren, habían empezado grandes reformas en los gremios, lo más importante era que la enseñanza ahora sería global, y cualquiera podría elegir en qué gremio entrar, sin que hubiera ningún tipo de beneficio para los hijos de los que ya pertenecían a algún gremio. Loren estaba aproximando el modelo de Camora a Met–Sadest. Quería establecer cátedras permanentes de conocimiento de los aya y estaba en tratos con su amigo Alasterín para que les mandara sabios aya de forma regular. La presencia de los aya había ido aumentando desde que en el territorio aya había acabado la guerra contra la secta de la Rama Dorada. Aparte de los aya, Loren también había invitado a «instruidos», que eran los sabios en las artes de los Samán que poblaban las islas occidentales. Quería convertir Met–Sadest en el gran centro de todos los saberes conocidos, y le estaba costando menos de lo que esperaba, pues eran muchos los grandes sabios de las tres razas que querían ver aquella prodigiosa ciudad por ellos mismos. La misma ciudad era el mejor reclamo.

Las cosas cambiaban todos los días, ahora parecía que una nueva luz iluminaba a los hombres, las imprentas trabajaban todas las horas del día para responder a la nueva demanda de saber. La estrechez del telón gris de la época anterior se había acabado y todo el mundo vivía ahora con una renacida ilusión.

—Creo que ha terminado mi trabajo aquí —dijo Endrino algo apesadumbrado.

—Si es lo que quieres, por supuesto debes partir —le dijo Loren sabiendo que perdía uno de los mejores cerebros de toda la península. Él era el artífice de la traducción de la lengua de los antiguos habitantes de la ciudad.

—Creo que sí, —bajó la cabeza desilusionado y dijo—: los ayudantes que he ido preparando, ya saben tanto como yo y pueden traducir los textos que quedan.

El museo estaba repleto de cosas, no parecía para nada el edificio desnudo que se encontraron la primera vez que entraron en él, había vuelto a la vida con una personalidad propia y distinta. Por allí pasaba todo aquel que tenía algo nuevo de que informar o los que querían ponerse al día de los últimos descubrimientos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Loren.

—Volveré a Camora y enseñaré todo lo que he aprendido sobre el idioma de los antiguos. Con tu permiso, realizaré la copia de algunos manuscritos que me ayudarán a enseñarles la lengua a los míos.

—Por supuesto —dijo Loren—, los manuscritos pertenecen a todo aquel que los quiera investigar. Pero ¿por qué no te quedas aquí? Podrías impartir aquí tus enseñanzas y podría venir todo el que quisiera a recibirlas.

—Te lo agradezco, he aguantado lo que he podido bajo tierra mientras enseñaba a mis pupilos, pero ahora prefiero ir a mi ciudad, al aire libre. Parece que siento el peso de cada tonelada que está suspendida encima de mí.

En ese momento entraron Ilex, Helan y Aquer. Aquer se dirigió directamente a Endrino.

—Me he enterado de que nos dejas —dijo Aquer sinceramente apenado—. ¿Qué voy a hacer yo ahora si tú te vas?

—Lo mismo que has hecho desde que has venido, y sin lo que ya no podrías vivir —dijo Endrino con seriedad—. De todas formas, mi partida no es inmediata, antes quiero poner en orden algunas cosas y asegurarme de que quien me sustituya esté a la altura.

—Se trataba de una pregunta retórica, amigo mío —dijo Aquer, le resultaba aún muy raro que su amigo fuera tan «aya» después de haber pasado tanto tiempo entre los humanos.

—Te has convertido en un topo —dijo Endrino con una sonrisa—. ¿Cuáles son tus planes?

—Quiero explorar bien el exterior de la montaña y llegar a la cima, tengo la sensación que nos falta todavía mucho por saber de esta ciudad. ¿Dónde da la puerta que está cerrada en la plaza del museo? Después me imagino que me dirigiré a la cordillera norte para explorar los túneles por los que los rankog lograron atravesar nuestras defensas —dijo y mirando a Helan continuó—. Creemos más que probable que esas galerías no fueran naturales en su totalidad y quizás nos hayan dado pistas sobre un nuevo poblamiento subterráneo.

—Suena bien todo eso —dijo Endrino—. Si encuentras textos nuevos espero que te acuerdes de tu compañero de exilio, quiero ser el primero en verlos.

—Te lo prometo —interrumpió Loren—, si encontramos algo nuevo serás el primero en saberlo y entre nosotros siempre tendrás un sitio cuando quieras venir a vernos.

—Gracias —dijo Endrino—, en cuanto a vosotros —dijo girándose hacia Helan e Ilex—, hay muchas cosas que no entiendo y que creo que nunca entenderé, pero la verdad es que eso importa bien poco, mucho más importante que entender ciertas cosas es respetarlas, y os deseo lo mejor.

—Gracias —dijeron al unísono Ilex y Helan. Los dos sabían que tanto Camora como Met–Sadest serían refugios para ellos, sitios donde la gente no les miraría como bichos raros, pues el roce continuo con individuos de otras razas, les había abierto las mentes a otras posibilidades.

—Por cierto Ilex —dijo Loren—, esta mañana hemos recibido un mensaje para ti de un compañero tuyo, un tal Vertax, toma —dijo acercándole la carta. Helan se puso tenso pues sabía que tarde o temprano, una carta o un mensajero la alejaría de su lado. Ilex cogió la carta, y sabiendo cómo era Vertax se apartó un poco de los demás para poder leerla tranquila, dudaba que sus amigos entendieran las bromas de Vertax sin conocerle.

Estimada amiga:

La próxima vez que te vea, me tendrás que tratar como a un superior, pues me han nombrado comandante de la nueva fortaleza que estamos construyendo en la frontera, en lo que antes era territorio rankog. Desde que hemos visto los artilugios de Lisander en la batalla, todos estamos convencidos de que es cuestión de tiempo que el continente sea otra vez nuestro. Lo primero que haremos, será dirigirnos a las montañas Brumosas para liberar al pueblo de nuestros amigos. Me consta que Rostar ya está haciendo planes. Espero estar en la vanguardia cuando llegue el momento.

Por otro lado, me he enterado de lo tuyo con el humano. ¡Con todas las noches que hemos pasado solos en la montaña! De haber sabido algo de tu «desviación» sexual hacia los humanos, ¡que distinto habría sido todo! Con el frío y el hambre que he pasado. Es igual, cuando te aburras de un muchacho y quieras probar un hombre de verdad, acuérdate de mí. Sea como sea, me alegro de que hayas encontrado a alguien por fin, tiene que ser una persona muy especial para que te hayas fijado en él. Da recuerdos también a tu hermano, sé que estuvo en el frente con Lisander, pero me fue imposible buscarle.

Seguro que te volveré a ver tarde o temprano por aquí, entonces me tendrás que aclarar un par de cosas que en este momento me rondan la cabeza.

Te deseo lo mejor, te lo mereces.

P.D. Dile a tu amigo que tienes un protector en las montañas del norte, y que como te haga el más mínimo daño, iré a buscarle y no habrá agujero en las montañas en el que se pueda esconder.

—¿Qué dice tu amigo? —preguntó Helan temiendo de la respuesta.

—Nada importante, le han ascendido y me da recuerdos para todos. Si alguna vez llegas a conocerle, seguro que te gusta. —Esto último lo dijo sin ninguna convicción, estaba

comenzando a coger costumbres humanas, pues dudaba mucho que se pudieran llevar bien alguna vez.

Capítulo 62

Ter–Carlak era una fiesta. Ahora celebraban que el héroe de la batalla del valle del Darras, volvía a la ciudad. Se había preparado un gran banquete en el prado que existía entre la muralla y el río en el lado sur de la ciudad. Se habían dispuesto grandes bancos en el prado, y cinco grandes espetones asaban bueyes, que giraban sin parar movidos por los ayudantes de los cocineros.

Cuando el barón Lisander y sus hombres entraron en la ciudad, una nube de niños les seguían. No traían los artilugios, pues se habían quedado en la frontera para defender los valles al norte de la cordillera. Varios fuertes se estaban construyendo en los pasos recién conquistados del norte, ahora serían los rankog los que se tendrían que preocuparse de defender su territorio. Lisander volvía a la ciudad con la idea de construir y perfeccionar, muchas más «bocas del trueno», como se habían bautizado, pues Endrino aseguraba que no había encontrado el nombre por ningún lado para aquellos artefactos. Durante todo el camino de regreso no dejó de pensar en cómo podría mejorar sus máquinas para que fueran más seguras. En el fondo se sentía culpable de la muerte de sus hombres en la colina, por la explosión de uno de los artilugios. No tardaron en acercarse a él antiguos compañeros de clase social buscando protección, pues los primeros que se adscribieron a la Iglesia también fueron los primeros que la abandonaron proclamándose partidarios desde el principio del nuevo sistema político.

Meghana evitó por todos los medios que se produjeran represalias contra los miembros de la Iglesia vencidos recientemente, pero también se encargó de que todos pagaran por sus crímenes del pasado. Toda la ciudad estaba invitada a la fiesta, y todos estaban preparados para no perder bocado media hora antes de comenzar el banquete. Tenían muchas cosas que olvidar, y parecían tener prisa por hacerlo. Aquel sería un día memorable para todos.

—Madre, creo que no conoces todavía a Ilex, la hermana de Aquer —dijo Helan tímidamente, y a su madre no le hizo falta que nadie le dijera nada más, algo había oído de la relación de su hijo y su tono de voz se lo confirmó.

—Hola cariño —dijo Meghana, y cogiéndola del brazo se alejó un poco con ella dirigiéndose a la mesa en el prado donde les había tocado sentarse—. Loren me ha hablado de ti, y de la buena impresión que le diste a mi hijo cuando estuviste en Ter–Carlak.

—Yo... —empezó azorada sin saber muy bien qué decir, ni cómo se tomaría su relación con Helan.

—No te preocupes, no tienes nada que explicar —le aseguró entre sonrisas indicándole que tomara sitio en la mesa a su lado. —Creo que es muy importante que recordéis que no tenéis que explicar nada a nadie, ni siquiera a mí, vuestra vida privada es sólo vuestra.

Helan caminaba unos pasos por detrás con Aquer e intentaba escuchar algunos retazos de la conversación, pero no lograba oír nada. La gente ya alborotaba por todos los lados y el olor de los asados ponía en guardia a los estómagos para el festín que se avecinaba. El vino ya había empezado a correr en abundancia y no eran pocos los corros que cantaban.

—¿Sabe lo mío con su hijo? —dijo Ilex sorprendida.

—Me lo acabas de confirmar, pero en cuanto he visto a mi hijo, he entendido de inmediato que estaba enamorado de ti y que eran verdad los rumores que me habían llegado.

—¿No le parece mal?

—Ni bien. Son cosas vuestras, yo jamás permití que nada ni nadie se interpusiera entre Lictorius y yo, no sé por qué no iba a hacer mi hijo lo mismo. Lo único que me apena, es que no me podréis dar ningún nieto —dijo Meghana, que no dejaba de saludar a todo el que pasaba por su lado, desde que tenía poder, todos los días hacia un buen puñado de nuevos amigos.

—Eso no es cierto —dijo Ilex un poco azorada—. Aún no hemos pensado en eso, pero simplemente no podemos concebirlos.

—Veo que eres una mujer inteligente —afirmó Meghana con satisfacción—. Creo que me gustará tener por nuera a una heroína de la guerra, y según me aseguran muchos, el mejor guerrero de la nación aya. —Diciendo esto, Meghana se levantó para recibir al barón Lisander, que se acercaba hacia ellos para sentarse a su lado.

—Siento mucho lo de Lictorius —dijo el barón.

—Sí, todos tenemos muchas cosas que sentir —dijo Meghana— pero hoy no es el día para ello. Hoy es el día para celebrar nuestra victoria, ya tendremos el resto de nuestras vidas para recordar a los caídos. —Lisander la miró con admiración, hasta entonces sólo había oído hablar de ella.

—Me alegro de haber vuelto —dijo Lisander—, nunca me he considerado un hombre de acción, y ahora todo el mundo cree que soy un héroe de guerra.

—No se extrañé barón —dijo Meghana— yo era una contable del gremio de los herreros-químicos, casada y feliz, con dos hijos, y ahora soy la dirigente de la nación humana. Son tiempos raros los que vivimos.

—Tiempos de cambio, señora. Doy gracias por poder vivir en ellos —dijo Lisander emocionado—. Con el descubrimiento de Met—Sadest, nuestra ciencia podrá crecer a pasos agigantados. No envidio el trabajo que tenéis por delante.

—Sí, tiempos de cambio. Seguro que habéis conocido mejores mesas que la que ahora compartimos —dijo Meghana intentando molestar a Lisander.

—Mejores mesas sí, pero nunca en mejor compañía que ahora. —Meghana aún a su pesar se ruborizó, esperaba encontrar a un engreído noble, y por el contrario descubrió a un científico amable y con el don de la palabra y el ingenio.

Aquer miró por un momento a su madre y después buscó con la mirada a Loren. Desde que murió Lictorius los dos vivían juntos haciéndose compañía, los dos se sentían muy solos. Arrimándose a Aquer, le susurró al oído:

—No sé si a Loren le gustará que mi madre coquettee con el barón Lisander. —Aquer se volvió para mirarle extrañado y después de un instante de indecisión le dijo:

—¿De verdad te preguntas eso? —Helan le miró sin comprender a qué se refería su amigo—. ¿No te dijo tu madre que eran sólo amigos? Pues créela. Loren aún no ha superado la pérdida de Fausto y no creo que la supere nunca. De todas formas, tu madre ya es mayorcita, y seguro que no te deja opinar sobre su vida privada, ya la has oído. Alégrate por ella, aún le queda mucha vida por delante y tendrá que rehacerla igual que el resto de nosotros.

—Ahora creo que entiendo lo que ha supuesto de verdad la pérdida de Fausto para Loren. Tienes razón, estoy seguro que no me dirá nada sobre mi relación con tu hermana, creo sinceramente que le ha gustado.

—En cuanto a eso —dijo Aquer aprovechando que su hermana hablaba muy interesada en aquel momento con Loren— yo sí quería decirte algo. No creo que sea capaz de quedarse mucho tiempo quieta en ningún sitio. Sólo conoce la vida en la milicia, lo lleva en la sangre y sé que tarde o temprano volverá a alistarse.

—Creo que yo también lo sabía, pero he querido pensar que esta vez se quedaría conmigo —dijo Helan apenado—. Como tú dices, lleva en la sangre la milicia y yo no seré quien me interponga en eso. Ella tampoco me pediría que dejara las exploraciones para estar juntos. Tendremos que vivir con eso. —Haciendo una pausa dijo—: no sé si me acostumbraré a estar sin ella aunque sea por cortos periodos.

—Lo harás —le dijo mientras le tocaba el hombro.

Comenzó a sonar la música y todos los jóvenes se precipitaron para coger sitio en el claro que servía de pista de baile. Ilex fue la primera en salir, sus compañeros de la frontera no la hubieran conocido aquella noche, en realidad ella misma tampoco se hubiera reconocido hacía apenas unos meses.

Después de las primeras canciones, Lisander sacó a bailar a Meghana, que después de un titubeo inicial salió con el barón al claro. Si no podía llevar una vida normal aunque fuera la presidenta de la nación, como cualquier mujer de la ciudad, mañana mismo abandonaría su puesto. Que dijera la gente lo que quisiera, aquello era una celebración y ella se iba a sumar al alborozo. Por unos instantes se sintió como cuando Lictorius la sacaba a bailar en las fiestas y recordó algunos momentos felices con él en los bailes. Con una sonrisa picarona en los labios, le dedicó el baile a quien había sido durante tantos años su cómplice y ahora no estaba con ella.